LA DESILUSION DE UN SACERDOTE

La verdad científica sobre la religión cristiana

Segunda edición reformada y aumentada

por el
Profesor
FRANZ GRIESE
Teólogo

Editorial Cultura Laica

Otras obras del autor:
(Ediciones Zamora)

Los elogiosos comentarios que ha merecido esta abra por parte de la prensa en general, algunos de los cuales se insertan a continuación, dicen elocuentemente que "La Sinfonía del Universo" no es solamente un libro útil, sino hasta imprescindible para toda persona que sabe preciar su cultura e ilustración, vale decir: para toda persona verdaderamente intelectual.

. . Relata en forma amena y sencilla les acontecimientos que han conmovido la ciencia Atomar... En su profundo y erudito estudio dice que, al comprobar la ciencia que el modo es energía y que no existe diferenciación entre la materia viva y la materia muerta, ... se han derrumbado todas las teorías y bases filosóficas, dando paso a una nueva y pujante verdad. " Revista: "Año Atómico", Año V, No 16, pág. 90.

"*Es, en cuanto al conocimiento de los principios reales y verídicos que guían al mundo actual, algo así como la panacea universal. " Revista "El Hogar", 12/02/1954.*

"Cabe reconocer el esfuerzo realizado para la elaboración de esta obra como suma de una alongada experiencia en la órbita de la especulación filosófica y en el terreno de las ciencias naturales... ofrecen estas páginas una visión muy completa de la evolución del universo. " Diario "La Nación", Bs. Aires. 14/2/1954.

"Se fundamenta en un estudio Inmenso que abarca profundos conocimientos de las ciencias en sus diversas ramas. " Diario "Democracia" (Bahía Blanca), enero 1954.

"Es imposible... dar en una breve nota, la síntesis de una obra que, como ésta del profesor Franz Griese, trata materias difíciles, o en las que no puede penetrarse sino después de largos estudios. " Diario "El Plata" (Montevideo), enero 1954.

"El autor, en una exposición amena e interesante, hace una sucinta reseña de las últimas investigaciones de la Ciencia Atomar. " Diario "Mundo Israelita" (Buenos Aires) 18/1/54.

"Desde las algas y la aparición de otras plantas y animales hasta el hombre, la sinfonía universal, que Griese compone, es una muestra acabada de erudición amplia que incursiona por los diversos campos de la ciencia con singular dominio. " Diario "La Vanguardia" (Buenos Aires) 31/1/54.

"Es un austero libro de ciencia, mejor dicho, un libro que quiere poner al alcance de todo el mundo, las grandes verdades de la ciencia en forma no sólo panorámica sino concatenada, organizada, una gran vista que, sin solución de continuidad, sin divisiones ni cercas os deje apreciar algo magnífico, pero casi nunca mostrado: La suprema unidad, sinfónica, artística, maravillosa, que es el universo: "

Alejandro Camión, presidente de la Casa de la Cultura Ecuatoriana, en su audición de la noche 03/02/54 (Quito). Programa: "Los Libros del Mundo".

“Con argumentos sencillos e Irrebatibles, emanados de sus conocimientos experimentales y de su erudición brillante, advierte a la humanidad e indica el camino más seguro para la consecución de la felicidad en las circunstancias más decisivo por que atraviesa desde que el mando existe. "Diario "La Calle" (La Plata) 29/01/54.

"Las explicaciones del autor aparecen ampliadas y corroboradas con una serie de notas, tablas, esquemas y fotografías muy eficaces para la mejor comprensión del lector. " Diario "España Republicana" (Buenos Aires) 30/01/54.

"Obra de vastas proyecciones científico culturales, donde su autor, el Prof. Franz Griese, echa las bases de una filosofía integral, fruto de muchos años dedicados a la investigación de la verdad: " Diario "La Nueva Provincia", Bahía Blanca

Editorial Cultura Laica
Avenida de Mayo 749

INDICE

Dedicado a la memoria de mi amigo el Doctor Lisandro de la Torre

Al lector

"La investigación de la verdad nunca puede afectar a quien, nación o persona, pretenda actuar dentro de los límites y con las garantías que fijan la ética y el derecho. "
"La Prensa", 16/01/1957.

Podría aparecer extraño el que en una obra de carácter científico, como la presente, se digan a veces cosas aparentemente poco relacionadas con la ciencia y, además, de cuando en cuando en un tono algo subido. Pero es que la ciencia no es ni debe ser letra muerta, sino eminentemente viviente, ya que está íntimamente ligada a nuestra vida espiritual y material en todos sus aspectos.

Por lo mismo, cuando se conduce al hombre por mal camino, cuando se lo enseña y hasta obliga a vivir una vida basada en doctrinas ficticias y principios falsos que llegan a torcer su conciencia a tal punto que el

hombre cree justificados actos no solamente inmorales e incompatibles con las normas del sano criterio, sino hasta actos de lesa humanidad, como lo son p. ej. los preparativos incalificables que, con la aquiescencia y el beneplácito de toda la cristiandad, se hacen con el fin abiertamente confesado de destruir, en un momento dado, a media humanidad, y hasta hacer desaparecer toda la vida de nuestra tierra, entonces ha llegado la hora de hablar claramente, tanto en nombre de la ciencia, ultrajada por quienes directa o indirectamente apoyan semejante genocidio, como también en nombre de la sociedad humana cuya supervivencia se ve amenazada por el peligro más grande de todos los tiempos y que, en vez de encontrar protección por parte de quienes debieran velar por ella, sólo observa con estupor que son ellos mismos que la llevan, cual animales conducidos al matadero, por el derrotero atómico hacia la perdición definitiva.

Sabemos y lo constatamos todos los días que nos encontramos en una situación desesperada y que el mundo está tan mal encaminado como no puede ser peor, ya que no se ve ninguna perspectiva de poder escapar al desastre universal. ¿Acaso no nos obliga este hecho a reflexionar seriamente sobre las causas que nos han llevado a este estado de cosas?

Si el hombre se niega a hacer esta reflexión o no puede hacerla, que escuche entonces por lo menos la voz de la ciencia, cuyo deber primordial es: liberar a la humanidad de las equivocaciones y errores cometidos, máxime cuando ellos la conducen a un caos tan grande como es el en que vivimos y a decisiones y acciones dé desesperación que representan no solamente un verdadero suicidio universal, sino también un atentado inaudito contra el propio Dios Creador, en quien se pretende creer, cuando al mismo tiempo se comete contra su Creación una conspiración que no puede ser ni más diabólica ni más atea ni puede quedar impune, pues lleva el castigo en su frente.

Por eso la ciencia debe dar a conocer las verdaderas causas de tamaña aberración de la mente humana, llamándolas por su real y verdadero nombre, sin miramientos de ninguna especie, por más que este pudiera afectar nuestros más sagrados sentimientos y nuestras más caras creencias. ¡A grandes males sólo grandes remedios!

Porque no cabe la menor duda de que los acontecimientos históricos de este siglo, incluso el estado caótico de nuestra era, no son sino el fruto postrero de una cultura totalmente equivocada que, desde hace 2000 años y más, ha venido corroyendo la médula de los pueblos que se confiaron a ella, dejándose engañar por sus cantos de sirena. Es allí donde se encuentran las raíces del mal que nos aqueja y que es un cáncer sumamente mortífero para quienes ciega y obstinadamente se aferran al error, por ser cómodos o estar acomodados'.

Ejerciendo por lo tanto un legítimo derecho y deber de la ciencia y, al amparo de la libertad de prensa y palabra, he escrito esta obra, *sine ira et studio*, y la publico sin otra finalidad que la de despertar -aunque sea a última hora- las conciencias y llamarlas a liberarse de los dioses falsos y de una cultura ficticia que, a través de su trayectoria bimilenaria, no ha hecho otra cosa que preparar el camino que nos ha llevado a este caos sin precedentes en que está debatiéndose todo el Occidente con la perspectiva de un cataclismo indescriptible.

Alguien dijo: *"En sus frutos los conoceréis"; "Un árbol bueno no puede llevar frutos malos"; "Todo árbol que* no *lleva fruto bueno, córtase y échase al fuego"* (Mateo 7, 16, 18 y 19).

Peores frutos no ha llevado árbol ninguno, ni ninguna cultura más que la nuestra. Ni nadie podría haberla sentenciado mejor que uno de sus principales autores.

¡Qué se cumpla su veredicto!

Una opinión de Toynbee sobre las religiones

Madrás, India, 8 (UP). - Arnold Toynbee, el historiador británico, dijo que las religiones del mundo podrían ser suplantadas por nuevas creencias si no se adaptan para llenar el vacío espiritual que confronta la humanidad.

En una conferencia que pronunció anoche en esta ciudad Toynbee manifestó que las religiones históricas, comenzando por el cristianismo, han estado perdiendo su dominio desde hace 250 años.

Ello se debe, según Toynbee, a la incompatibilidad de las doctrinas y de la práctica de la mayoría de las religiones con la ciencia moderna y a "la conmoción moral" que han producido los rencores y antagonismos con que han culminado las guerras religiosas y los conflictos sectarios.

Toynbee dijo estar convencido de que la humanidad no puede vivir sin religión; pero añadió que al mismo tiempo ya no puede aceptar religiones que no son convincentes.

"En mi opinión, existe un vacío espiritual en el mundo que sólo se puede llenar con la reforma de las religiones tradicionales o con el advenimiento de nuevas creencias", observó Toynbee.

"La Prensa", Buenos Aires, 09/01/1957.

Introducción

(A la segunda edición)

Hace poco, hubo un gran revuelo en la India en ocasión de haber sido publicada la traducción de un libro norteamericano que contenía juicios despectivos acerca de Mahoma.

Los hindúes mahometanos estaban sumamente ofendidos en sus sentimientos "religiosos" por un libro que, entre los cristianos norteamericanos, había suscitado por lo mismo gran satisfacción "religiosa".

De la misma manera un libro escrito contra la persona de Cristo o la religión cristiana causaría gran pesar "religioso" entre los cristianos y alegría "religiosa" entre los judíos y demás adversarios del cristianismo.

El contrasentido de este estado de cosas resalta aún más, si se supone por un momento que fervorosos cristianos, entre ellos sacerdotes, obispos, etc., hubieran nacido y educado de padres hindúes o judíos o hubieran sido llevados de chicos en una familia mahometana (como les pasó a los jenízaros) y que destacados fieles de Mahoma o de Buda hubieran crecido en un ambiente netamente cristiano. Todos ellos

tendrían en tal caso sentimientos "religiosos" enteramente contrarios a los que tienen actualmente.

Deducimos de ello que los sentimientos llamados religiosos son el producto del ambiente en que, por casualidad, un individuo ha nacido o sido educado y que ellos nada tienen que ver con la verdad religiosa.

Más aún, esta verdad religiosa debe estar muy por encima de toda esa confusión de sentimientos "religiosos" que imperan en las distintas partes de la tierra, incluso los que reinan en los países cristianos.

Esto deberían tener en cuenta muy especialmente aquellos cristianos que son o se dan por fanáticos. El fanatismo es el peor consejero y los estragos que ha causado a través de la historia de las religiones, en especial de la religión cristiana, son netamente horrorosos en todo el sentido de la palabra [1]

Ahora bien: Este estado de cosas impera ya desde hace miles de años, sin que haya sido posible resolver el problema religioso en forma satisfactoria.

Porque es evidente que esa división de religiones que se combaten mutuamente, causa a la humanidad un daño mucho más grande todavía del que produce la división política o ideológica. Y si los jefes de Estado de todo el mundo hoy continuamente se reúnen para ver si pueden eliminar sus diferencias, ¿por qué no deberían reunirse los jefes de las diferentes religiones para allanar el camino hacia una verdadera religión universal, ya que todos ellos pretenden que su afán único y máximo es servir a Dios, al Dios verdadero?

Pues si hay un Ser Supremo, como aseguran todas las religiones, sólo puede haber uno, no varios: uno para los cristianos, otro para los budistas, otro para los mahometanos, bramanes, judíos, etc.

Pero los jefes de las diferentes religiones se van a cuidar mucho de reunirse al estilo de los estadistas. Hay demasiadas diferencias de opinión y aún más "intereses creados" en juego.

Sin embargo se impone un examen de la religión. Es ésta una necesidad tan urgente como incontrovertible.

Hay por cierto 700 millones de cristianos (cristianos por su nombre, sin tener en cuenta lo que son en realidad). Pero hay también unos 600 millones de budistas, 300 millones de mahometanos, 250 millones de bramanes, 100 millones de paganos, 18 millones de judíos y varios centenares de millones de otros credos.

Los unos están tan convencidos de la verdad de su religión como los otros y, si a algún cristiano muy cristino le hubiera tocado nacer en la India, estaría tan convencido del budismo como hoy lo está de su cristianismo.

---

[1] 1 Si supiéramos a ciencia cierta que Dios, El Ser Supremo, hubiera hecho una revelación escrita u oral, nadie se negaría a acatar lo revelado y creer en la palabra divina. Vale decir que no rechazamos los libros que se dan por revelados porque sí, sino precisamente porque no hay ninguna prueba valedera de que lo sean, y que en cambio hay muchísimas razones que hablan en contra de la pretendida revelación. Luego no negamos fe al Ser Supremo, sino a los que sostienen que tales o cuales libros sean revelados, sin poder probarlo de manera alguna. Es esto algo muy distinto. Mientras tanto seguimos convencidos de que la única auténtica revelación del Ser Supremo es la Creación y que Dios no necesita otra, para manifestarse al mundo, que ella basta y sobra, ni puede haber otra mejor.

Todas las religiones tienen tan "sólidos" argumentos a su favor que sus adeptos creen firmemente poseer la verdad.

Es *empero evidente que una religión no por eso es la verdadera, porque se ha nacido en ella y que tampoco todas las religiones pueden tener la verdad; a lo mejor no la tiene ninguna de ellas.*

La religión es el fundamento de toda cultura. Así nuestra cultura occidental se ha formado en base a la religión cristiana.

Ahora bien, si una religión no es la verdadera, entonces toda la cultura está basada en un error religioso; es como un castillo de naipes: sé derrumba al chocar con la realidad.

¿Acaso no se derrumbó el principio fundamental de la religión cristiana, ese principio de amor al prójimo, aún cuando él sea un enemigo, en las dos guerras mundiales, cuando los pueblos llamados cristianos se hundieron en un mar de odio y de sangre, jamás conocido en la historia del mundo, ni siquiera del mundo pre-cristiano? Cuando se mataban esos cristianos mutuamente peor que si fueran caníbales, no considerando ni a niños, mujeres y ancianos, ¿dónde quedó su cristianismo? ¿No lo pisotearon?

Y si remontamos la historia del cristianismo hasta sus primeros siglos, ¿no se nos presenta cuadro tras cuadro de persecuciones, guerras religiosas sin fin, autos da fe hasta con palcos reservados para los espectadores, etc., etc.?

¿En qué queda luego la paz prometida por Cristo a los suyos y la redención que sus representantes dicen que ha traído? ¿Acaso no fueron justamente ellos mismos los instigadores de tamaños horrores?

¿No es la crisis y el caos por los cuales está atravesando el mundo cristiano actual, la consecuencia y el resultado de semejante inconducta? ¿No estamos hoy a los 2000 años de redención cristiana menos redimidos que nunca?

¿No nos obliga todo esto a preguntarnos, si el cristianismo es en realidad la religión verdadera o si es un error, y, si todo lo que ha sucedido y lo que está sucediendo se debe justamente a aquella religión que nosotros creíamos la verdadera, cuando en verdad es un error y uno de los errores más grandes de la historia, siendo por eso precisamente esta religión la culpable principal de cuanto mal ha acontecido en la historia del mundo?

La religión es un asunto demasiado importante como para tomarla ligeramente.

No basta ir a la iglesia en busca de sentimientos religiosos, entonar cánticos y gritar: ¡Viva Cristo Rey! Esto es puro eclesiasticismo que no tiene nada que ver con la religión ni tiene mérito alguno ante el Ser Supremo.

En las demás religiones también se va a la iglesia, se vive allí sentimientos religiosos, se canta y se grita.

Pero si mientras tanto los mismos fieles cometen las barbaridades más abominables, contrarias a los principios más sagrados de su religión, creyendo que esto sea compatible con su credo, entonces no solamente son mal aconsejados, sino que debe haber algo malo en la religión misma,

ya que ese fenómeno se ha repetido, y en forma creciente, durante los dos mil años de existencia del cristianismo.

Es por todo esto, que este libro ha sido escrito. Ha de cumplir una gran misión, la de revisar y hacer revisar el fundamento de nuestra cultura.

No he dado a la publicidad esta obra para combatir la religión ni mucho menos. Pues creo sinceramente ser tan religioso como cualquiera de mis lectores. Sólo quiero evidenciar los errores en que está basada nuestra cultura; porque son precisamente ellos la causa de la desgracia de los pueblos cristianos.

Ruego al lector que lea esta obra con el mismo espíritu que ha sido escrita.

Buenos Aires, 25 de octubre de 1956. El autor

Carta Abierta, dirigida al Papa[2]

a quien mandé al mismo tiempo un ejemplar de la edición alemana de mi libro, pues él mismo y su Secretario de Estado, el Cardenal Pacelli[3], saben perfectamente el idioma alemán. También se ha enviado a Roma esta edición castellana.

Mendozae in Argentina, Idibus Januariis MCMXXXIII
Franciscos Griese
Pío XI. Papae
Salutem

Sanctitati Vestrae, opusculum meum nuperrime editum hac vea, mittere mihi liceat, quod utile atque necessarium judicavi quia hoc libello causas rationesque adduxi, quae mihi, Ecclesiae Catholicae quondam sacerdote persuaserunt, ut habitum sacerdotalem deponerem fidemque deficerem.

Ne ignoscat Sanctitas Vestra, libellum meum **non solum Ecclesiae** doctrinam, praesertim sacramentorum vehementissime aggredi, sed etiam ipsius Christi personam, cuius proximi adventus su vaticinationem falsam atque fallacem arguit quin immo ad oculos demonstrat.

Quapropter Sanctitas Vestra, defensor fidei per excellentiam videat, si qua refutare possint argumenta libre istius, ne quid detrimenti capiat neque fundamentum Ecclesiae neque grex fidelium.

Quae scripserim, coram quibuslibet Sanctae Sedes theologis palam defendere paratus sum, cuando ubique Sanctitas Vestra jubeat.

De hac epístola, proximae opusculi mee editioni adjuncta, ephemeridibus mundum certiorem faciam.

Poste restante Mendoza, Argentina

Vale.

Franz Griese.

[2] En 1933 era Papa Pío XI, falleció el 10 de febrero de 1939
[3] En 1939 fue coronado como Pío XII

Mendoza, Argentina, 15 de enero de 1933

Francisco Griese

saluda

Al Papa Pío XI

Séame permitido enviarle por la presente mi obra recientemente editada. Así lo he juzgado útil y necesario, porque indico en este libro las causas y razones que me indujeron a mí, el anterior sacerdote de la Iglesia Católica, a dejar los hábitos sacerdotales y renegar de la fe.

No quiero que Vuestra Santidad desconozca que mi libro no solamente ataca con vehemencia la doctrina de la Iglesia, en particular los Sacramentos, sino hasta la misma persona de Jesucristo, cuyo vaticinio de su propia y próxima vuelta al mundo, conceptúa de falso y falaz, demostrándolo hasta la evidencia.

Por esta razón vea Vuestra Santidad, como defensor de la fe por excelencia, si de algún modo pueden refutarse los argumentos de este libro, para que no sufra ningún perjuicio el fundamento de la Iglesia ni la grey de los fieles.

Estoy dispuesto a defender públicamente cuanto he escrito, frente a cualquier teólogo de la Santa Sede, donde y cuando Vuestra Santidad disponga.

Esta carta, que será agregada a la próxima edición de mi libro, la publicaré mediante la prensa.

Dios guarde a Vuestra Santidad.

Francisco Griese

Poste restante: Mendoza, Argentina.

Es obvio decir que no he recibido ninguna contestación a esta misiva, como tampoco a la edición alemana por parte de los teólogos de Alemania. La razón es harto sencilla: no es posible oponer argumento alguno de valor a las razones y hechos expresados en este libro.

Primera Parte

La Religión Cristiana

Cristo Dios?

Introducción

Para la Iglesia Católica la cuestión de la divinidad de Cristo es de capital importancia, pues constituye un dogma considerado como el fundamento de la Iglesia.

La existencia misma de la Iglesia depende, en consecuencia, justamente de este dogma, cuya destrucción equivaldría a su propia destrucción.

No así la Iglesia Protestante. Para ella la cuestión de la divinidad de Cristo es de segunda importancia, y la gran mayoría de los teólogos protestantes, aun cuando le atribuyan a Cristo una misión divina, niegan

rotundamente la divinidad de su persona. Con eso los protestantes no dejan de ser -en la opinión de ellos- buenos cristianos, sino que muy al contrario profesan a Cristo profundo amor y sincera veneración.

Cuando dejé los hábitos -hace 30 años- creía todavía firmemente en el dogma de la divinidad de Cristo y estaba convencido que Cristo. era Dios. Recién años más tarde, a raíz de un estudio detenido de la persona de Cristo, tal como se presenta en el Nuevo Testamento, me vi obligado -muy a pesar mío- a cambiar de idea.

A continuación expondré las razones, que me dieron la absoluta convicción de que Cristo no era ni es Dios.

Son argumentos tan sólidos, tan claros e irrefutables, que vale la pena, alterar el orden lógico y cronológico de este libro y estampar en primer término la cuestión de la divinidad de Cristo[4].

Capitulo Primero

La Divinidad de Cristo a la Luz de la Biblia

Dice el dogma de la Iglesia Católica, que Cristo es la segunda persona en Dios, siendo el padre la primera, y el Espíritu Santo la tercera.

Pero estas tres personas no forman tres dioses, sino uno, solo; no existiendo entre ellas ninguna prioridad de una persona sobre la otra, sino la más perfecta igualdad entre las mismas.

Esto, que constituye el llamado misterio de la Santísima Trinidad, ha debido ser explicado en alguna forma a la mente humana y a esta tarea se han dado los teólogos. Ellos afirman, que Dios el Padre, en un acto eterno e inmenso de su Inteligencia, conoce como en un espejo a su propia persona, y esta imagen del Padre, hecha realidad, o más bien siendo suprema realidad, es el Hijo. Pero al mismo tiempo, al conocerse Padre e Hijo, el uno al otro en su sublime perfección, surge un amor infinito entre ellos, y este amor entre Padre e Hijo, una nueva realidad, es el Espíritu Santo. De suerte que una sola naturaleza divina, una sola divinidad, es poseída por tres personas: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.

Genial concepción, compartida también por la Iglesia Ortodoxa (griega y rusa) con la sola diferencia, que ella asevera, que el Espíritu Santo sale del Padre "por" el Hijo, como una flor sale de la raíz "por" el tallo; mientras que la Iglesia Romana asegura que el Espíritu Santo sale del Padre "y" el Hijo en la manera arriba indicada.

---

[4] Para evitar cualquier mal entendido, hago la advertencia que me atengo estrictamente y en un todo a las palabras de la Biblia, también en lo referente a la persona de Cristo.
Como el lector observará, la verdad y veracidad de la llamada Sagrada Escritura dejan tanto que desear que, si Cristo ha existido, ha sido muy distinto de lo que hace de él la Biblia.
Por eso hago la salvedad de que yo me refiero sólo al Cristo bíblico.
[?] En lo sucesivo se citarán los textos de la Biblia como de costumbre, indicando nombre, capítulo y versículo, por ej,: Mat. 3,25 significa: Evangelio de Mateo, capítulo 3, versículo 25. Si hay varios libros o cartas de un mismo autor o de igual clase, se coloca el número del libro o de la carta en primer término, p. ej.: 2. Cor. 7,10 significa: segunda carta de San Pablo a los Corintios, capítulo 7, versículo l°.

Esta diferencia en la doctrina, aparentemente sutil y abstrusa para un profano, ha sido sin embargo motivo de discusiones acerbas entre los más destacados y eruditos teólogos las cuales se prolongaron durante siglos y, extendiéndose a la grey ignara, se tradujeron en persecuciones y matanzas terribles. Para ella, inaccesible a estas complicaciones doctrinarias, la cuestión se redujo, y todavía se reduce, a saber, si el signo de la cruz se hace de izquierda a derecha (del Padre "y" el Hijo) o a la inversa (del Padre "por" el Hijo).

Naturalmente, pretende la Iglesia Católica que su doctrina de la Trinidad y por consiguiente la divinidad de Cristo está contenida en la Biblia, en particular en el Nuevo Testamento.

Como la existencia de la Trinidad en Dios depende de la divinidad de Cristo, es ésta última la cuestión fundamental. Por eso vamos ahora a examinar lo que dicen los Libros del Nuevo Testamento al respecto, ya que éstos, según la opinión de los cristianos, están suficientemente autorizados para opinar sobre esta cuestión; aunque tal opinión no sería la última palabra, si se demostrara por otro conducto que Cristo no era Dios.

Ahora bien, en el Nuevo Testamento se distinguen claramente dos diferentes grupos de manifestaciones sobre la divinidad o no divinidad de Cristo.

Al primer grupo pertenecen todas aquellas palabras que a primera vista parecen afirmar una perfecta igualdad de Cristo con Dios. El segundo comprende aquellas frases que expresan claramente una subordinación de Cristo a Dios[5].

Del primer grupo citamos las siguientes expresiones del mismo Cristo: “Antes de que Abraham era, soy yo" (Juan 8, 58).

“Ahora también tú, Padre, glorifícame con la gloria, que tenía contigo, antes de que el mundo era" (Juan 17, 5). Estas dos frases recalcan claramente la existencia premundial de Cristo.

Otras expresiones dan a conocer la íntima unidad de Cristo con Dios: "Yo y el Padre somos uno" (Juan 10, 30). "Todo lo que hace el Padre, hace igualmente también el Hijo". (Juan 5, 19).

“Porque (Padre), todo lo que es mío es tuyo; y lo que es tuyo, es mío". (Juan 17, 10).

No cabe la menor duda, que estas palabras de Cristo prima facie hacen pensar que él estaba en íntima relación con Dios, y hasta podría creerse que, como según nuestra manera tradicional de pensar no hay otra cosa sino Dios y Criatura, Cristo según estas palabras debería ser Dios mismo. Sin embargo veremos pronto que no es así.

Pero antes estudiemos las palabras que pertenecen al segundo grupo y en las cuales se encuentra una abierta inferioridad y subordinación de Cristo con respecto a Dios. Esta subordinación de Cristo se refiere tanto a su saber como a su poder a todo su ser.

Primero: inferioridad en el saber. Al hablar Cristo de la fecha exacta de su próxima vuelta al mundo dijo a los Apóstoles: "De aquel día y de

5

aquella hora no sabe nadie, siquiera los ángeles del Cielo, tampoco el Hijo, sino sólo el Padre". (Mat. 24, 36. Marc. 13, 32).

Segundo: inferioridad en el poder: A los hijos de Zebedeo, dijo: "El poder sentaros a mi derecha e izquierda no es cosa mía, sino de él, a quien es dado de mi Padre". (Mat. 20, 23). Otra oportunidad dijo: “Yo no puedo hacer nada por mí mismo". (Juan, 5, 30). “Descendí del Cielo, no para hacer mi propia voluntad, sino la voluntad del que me mandó". (Juan 6, 38). Y en el Monte Olivo rogó a Dios: "Padre, si es posible, deje pasar este cáliz; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya". (Mal, 26, 39). En estas palabras Cristo se califica de simple ejecutor de la voluntad divina de su Padre, con poderes estrictamente limitados.

Tercero: inferioridad de la misma persona de Cristo. A este respecto tenemos una palabra muy clara del apóstol Pablo [6] quien dice, refiriéndose al próximo fin del mundo "Mas luego que todas las cosas le fueran sujetas (a Dios), entonces también el mismo Hijo se sujetará a aquél quien le sujetó a él todas las cosas – para que sea sólo Dios todo en todo". (1. Cor. 15, 28). Quiere decir que, cuando Cristo haya sujetado todo el mundo a Dios, terminando así su tarea, entonces el mismo Cristo también entregará su propia dominación a quien se la dió: a Dios, y entonces no habrá más otra dominación sino la de Dios. Cristo ya no será más que cualquier otra criatura subordinada.

Hay también otras palabras, en este caso del mismo Cristo, que implican una franca inferioridad de su persona con respecto a su Padre. Así cuando dice: "El Padre es más grande que yo". (Juan, 14, 28). "Ascenderé a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios". (Juan 20, 17). "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?" (Mat. 27, 46). Todas estas frases nos hacen ver que Cristo reconoció a un Dios, que le era superior y más grande, y al cual se sentía supeditado.

Ahora bien: sabemos que Dios, el Ser Supremo, es suprema perfección. Nada, absolutamente nada de imperfecto en poder, saber y ser, puede existir en él. Menos todavía hay subordinación alguna o inferioridad en Dios.

Cómo se explica entonces el dualismo entre aquellos dos grupos de manifestaciones que acabamos de tratar y de las cuales unas indican igualdad de Cristo con Dios y otras inferioridad?

La teología católica, haciendo la tarea muy sencilla, declara que Cristo tenía dos naturalezas: una divina y otra humana. De suerte que si expresó su inferioridad y subordinación a Dios, lo hizo con respecto a la naturaleza humana, y si expresaba su igualdad con Dios lo hacía refiriéndose a su naturaleza divina.

---

[6] San Pablo, según sus cartas, no ha visto a Cristo, y en un principio persiguió a los cristianos, hasta que por un milagro se convirtió, siendo desde entonces el propulsor más incansable de la doctrina de Cristo. Hizo tres grandes viajes, fundan fundando en todos los lugares que visitó, comunidades cristianas. Una vez organizada la comunidad (iglesia), siguió viaje, pero quedó constantemente en contacto con sus fundaciones, escribiéndoles cartas, de las cuales, según el canon, 14 se han conservado forman parte del Nuevo Testamento. Estas cartas, desfiguradas por gran cantil de anotaciones, que en vez de estar debajo del texto se encuentran en él, sin que sean en algún modo marcadas como tales, eran por lo mismo sumamente difíciles de entender, En muchos años de trabajo continuo, logré fijar cada una de estas anotaciones y sacándolas del texto, resultó éste de una claridad sorprendente.

Tal explicación no deja de ser cómoda. Es como si un rey, habiendo aprendido el oficio de sastre, dijera una vez: “Yo gobierno" (como rey), y otra vez: "Soy gobernado" (como sastre).

Pero, ¿no le parece al lector que tal juego de palabras en un asunto de tan trascendental importancia es simplemente inadmisible? Mas aún: lo que Cristo dijo, lo dijo en todo momento de su persona, de su propio yo, y esta persona, este yo de Cristo, según la misma doctrina católica era divino; pues según el dogma había en Cristo una sola persona, la persona divina, y ninguna persona humana: ¿Cómo se explica entonces que a esta su persona divina le atribuyese inferioridad y subordinación, cuando el dogma declara, que la persona de Cristo, era en todo sentido igual a la del Padre?

A qué sofismas, a qué razonamientos rebuscados debió acudir Jesús, según esta doctrina teológica, para justificar la contradicción flagrante entre sus propias manifestaciones de divinidad e inferioridad a Dios. ¿Cómo podían haberlo comprendido los apóstoles, a quienes no dio ninguna explicación en el sentido teológico.

Finalmente, ¿no es un arbitrario anacronismo el atribuir a las palabras de la Sagrada Escritura conceptos filosóficos, que recién varios siglos más tarde fueron desarrollados? ¿No es un deber entender la Biblia por el significado que tenía en su tiempo? ¿No debemos interpretar aquellos escritos con el espíritu con que fueron redactados, con la mentalidad con que habían sido pensados, con las ideas del ambiente del cual habían surgido?

Por cierto, es ésta la única manera de llegar a la verdad de las cosas y encontrar una solución, que es natural, porque es propia del texto; y es verdadera, porque resuelve todas las dificultades fácilmente y sin esfuerzo alguno.

¿Cuál será entonces la verdadera solución del aparente dualismo de aquellos dos grupos de palabras sobre la divinidad de Cristo?

Para encontrar esta solución, hay que recordar las ideas filosófico-religiosas de aquel tiempo. Según estas ideas, muy vulgarizadas también en la teología judaica, existían tres clases de seres razonables: Dios, espíritus puros y hombres. Los espíritus puros eran seres dotados de poderes divinos. Así por ejemplo, eran ellos quienes habían creado el mundo; porque Dios, como Ser Supremo, no podía mancharse con la creación del mundo material. Para esta tarea creó Dios a los mencionados espíritus puros.

La teología judaica, en tiempos de Cristo, se había compenetrado de estas ideas y hasta enseñó que, no Dios mismo, sino los ángeles habían dado la ley a Moisés en el Monte Sinaí, una doctrina que el mismo San Pablo reproduce en su carta a los Gálatos. (Gal. 3, 19).

Con la base de esta filosofía teológica, que tuvo un desarrollo muy grande en el Gnosticismo, tan de moda en el mundo entero de entonces, se soluciona fácilmente la divinidad de Cristo.

En efecto, si se supone que Cristo haya sido considerado como uno y el más grande de aquellos espíritus superiores, se comprende en seguida por qué por un lado se le atribuían cualidades divinas, y por el otro, una subordinación completa a Dios.

La prueba más rotunda, de que hay que buscar la solución de aquel antagonismo por este camino, la dan las mismas palabras de San Pablo, quien en su carta a los Efesios se refiere directamente atoles ideas, diciendo: "También recuerdo de vosotros en mis plegarias, para que el Dios de Nuestro Señor Jesucristo, el Padre de la gloria, os dé un espíritu sabio e inteligente, a fin de que lo conozcáis... mediante aquel signo de su gran poder que mostró en Cristo al resucitarlo de los muertos y al ponerlo en el Cielo a su derecha, muy por encima de los Príncipes, Poderes, Potestades y cualquier otro ser que existe no sólo en éste, sino también en el otro mundo". (EF 1. 17). Se ve por estas palabras, que San Pablo consideraba a Cristo como un ser, que ha sido puesto por Dios por encima de todos aquellos espíritus, de los cuales se nombraron nueve diferentes clases.

La misma idea expresa San Pablo en su carta a los Colosos diciendo: "El (Cristo) es el visible lugarteniente del invisible Padre, el Primogénito ante toda la creación. Pues en él fueron creadas todas las cosas visibles e invisibles en el Cielo y en la tierra: Tronos, Dominaciones, Príncipes, Protestadas -todo es creado por él y para él. -También es él anterior a todos los demás y todo tiene sólo en él su consistencia". (Col. 1, 15)[7],

Expresa aquí San Pablo que la superioridad que, según el texto anterior Cristo tiene sobre estos espíritus, la tenía ya antes de su existencia terrenal, parque Cristo era el Primogénito o sea la primera creación del Padre y recién entonces por él y para él, fueron creados los demás espíritus.

Era necesario, inculcar a los Efesios y Colosos esa creencia en la superioridad de Cristo sobre los demás espíritus o ángeles, porque en Efeso y Colosas ciertos cristianos se dedicaban al culto de aquellos espíritus, considerándolos iguales y tal vez superiores a Cristo. Por eso les escribió el apóstol: "Que no os arrebate nadie la palma de la victoria, quien se complace en un humilde culto de ángeles, se jacta de visiones y, no teniendo por qué, está hinchado de vanidad, sin quedar unido con la cabeza (Cristo), por la cual todo el cuerpo, engendrado y mantenido por articulaciones y músculos, posee un crecimiento efectuado por Dios". (Col. 2, 18).

En forma análoga, dice la carta a los hebreos: "Mediante él (Cristo), creó (Dios) el mundo. El es el resplandor de su gloria y la imagen de su ser, y él mantiene con su poder el Universo. El también, después de haber consumado el sacrificio expiador de los pecados, ha tomado asiento a la derecha de la majestad divina en la altura y sobrepasa en poder tanto a los ángeles cuanto los supera el nombre que heredó. Porque, ¿a quién de los ángeles ha dicho Dios alguna vez: "Tú eres mi Hijo, hoy te he generado"? (Hebr. 1, 2) [8]

---

[7] Es ésta la concepción filosófico-teológica de aquel tiempo que nos hace comprender también la frase del comienzo del Evangelio de Juan: En el principio era el Verbo (logos) y el Verbo era con Dios, y un Dios era el Verbo (Juan 1,1).
El representante máximo de esta doctrina del "logos" era el filósofo Judío Philon, quien vivió desde 40 años antes hasta 20 años después de Cristo. Fué profesor de la Universidad de Alejandría, la más grande y más famosa en su tiempo.
No hay ninguna expresión relativa al "logos" y su carácter divino en los escritos de los Apóstoles Juan y Pablo que no se encuentre en los libros de Philon

Según estas palabras Cristo es la imagen del Padre como también Adán lo fié, a quien Dios creó según su imagen y semejanza". (Génesis, 1). Además heredó el título "Hijo", un título que David también tenía. Por cierto posee Cristo el título "Hijo" por razones muy superiores a David, pero Cristo heredó el título, quiere decir que hubo un tiempo en que no lo tenía.

Efectivamente que hay una gran diferencia entre el título "Hijo de Dios"[9], y Dios mismo; lo confirma también Cristo en el Evangelio de San Juan. Según el relato de San Juan, Cristo había dicho a los judíos: "Yo y el Padre somos uno". (Juan 10, 30). Entonces los judíos levantaron piedras para apedrearlo. Pero Jesús les previno y dijo: os he mostrado muchas obras buenas que son de mi Padre. ¿Por cuál de estas obras queréis matarme? Los judíos contestaron: No por una obra buena queremos apedrearte, sino por la blasfemia; porque tú, aunque eres solamente un hombre, te das por Dios. Jesús les replicó: ¿No está escrito en vuestra Sagrada Escritura: He dicho: Dioses sois? Por lo tanto, si Dios ha llamado "Dioses a los que fue dirigida la palabra de Dios, y si debe cumplirse la Sagrada Escritura ¿cómo podéis entonces decir a quien el Padre consagró y mandó a este mundo: tú blasfemas de Dios; porque yo dije: soy Hijo de Dios"? (Juan 10, 30).

De esta conversación se desprende lo siguiente:

Primero: Jesús niega rotundamente haber cometido una blasfemia en el sentido de los judíos. Con otras palabras: él no ha querido en ningún momento igualarse a Dios con sus manifestaciones.

Segundo: según Jesús, la misma sagrada escritura da a los hombres hasta el título de Dioses, sin que esto implique una divinidad realmente verdadera en ellos [10].

---

[8] Las palabras "Tú eres mi Hijo, hoy te he generado" son de los salmos (Salmo 2, 7), donde Dios las dice a David por lo que se ve, que ni el nombre "Hijo", ni la expresión "Generar" han de ser tomadas en un sentido real, sino espiritual y figurado. Es una gran falta, desconocer esta idiosincrasia de los Judíos.

[9] En el lenguaje judaico se usa muy a menudo el término "Hijo" para designar alguna semejanza, P. ej.: significa `hijo del toro' un hombre fuerte; Benjamín significa: "hijo de la gordura" o sea "hijo gordo". Análogamente significa la expresión "Hijo de Dios" un hombre íntimamente unido con Dios o a un predicador de Dios en este sentido se atribuye también Cristo tal titulo

[10] Efectivamente, el propio Jahvé dice a Moisés con respecto a Aaron:
"El hablará por ti al pueblo; y él será tu boca; y tú serás su Dios" (2. Moisés 4, 16).
Y más adelante dice Jahvé: **"Mira, yo te he constituido Dios sobre Faraón, y tu hermano Aarón será tu profeta"** (2, Moisés 7, 1).
Vale decir que Jahvé mismo otorga el título "Dios" a una persona a pesar de que ésta ni es ni puede ser el Ser Supremo.
Por lo mismo Jahvé, que se designa en todo momento como dios exclusivo de Israel, reconoce la existencia de otros dioses, al decir:
"No tendréis dioses ajenos delante de mí" (-no apreciéis a otros dioses más que a ¡ni) (2. Moisés 20, 3).
Finalmente la Biblia da el titulo "Dios" e "Hijo del Altísimo" a todo el pueblo Israel:
"Yo dije: Vosotros sois Dioses e Hijos del Altísimo todos" (Salmo 82, 6). Aquí se ve a todas luces con qué insensata ligereza la propia Biblia regala el titulo de "Dios" a seres humanos. Moisés un "Dios" David un "Dios", cada judío un "Dios", ¿por qué no declarar "Dios" también a Cristo?
Basta asegurar algo con la severidad y seriedad necesarias y hasta la gente que se precia de instruida cree las cosas más descabelladas. ¿No creían los antiguos Romanos que sus emperadores eran dioses? ¿No se consideraba en aquellos tiempos ya "Dios" cualquier ser dotado simplemente de fuerzas extraordinarias?

Tercero: Jesús afirma aquí, que él se da el titulo de "Hijo de Dios" tan sólo por su consagración y misión divina.

Esta explicación del título "Hijo de Dios" dada por el mismo Cristo, debiera echar por tierra de una vez por todas la idea de una divinidad real en Jesús, que lo iguale al Ser Supremo.

Coincide con esta explicación lo que nos dice la historia de la Iglesia. Sabemos que en los primeros tres siglos los escritores eclesiásticos desconocían de un modo absoluto una verdadera divinidad de Cristo. Especialmente los autores de Oriente, entre ellos el más importante, Orígenes, que era tan cristiano como sabio, niega en absoluto tal divinidad.

La divinización de Cristo empezó en Roma y así se explica que en el año 318, o sea apenas después del cierre de las catacumbas, Arrío, sacerdote de Alejandría, se opusiera enérgicamente a esa divinización, secundado no sólo por el ilustrado obispo Eusebio, sino también por la gran mayoría de los obispos de su tiempo, de manera que San Jerónimo, al escribir los sucesos de aquella época, exclamó: "Et miratus est orbis, esse se arianum", lo que significa: Y el orbe terreste se asombró, al ver que era arriano.

Comenzó entonces una lucha encarnizada en Roma contra el arrianismo; tuvieron lugar persecuciones tan sangrientas, que recordaban los tiempos de Diocleciano, sólo que esta vez los mismos cristianos luchaban entre ellos. Concilio tras Concilio fueron celebrados y la tierra resonaba en anatemas hasta que, después de un siglo, Roma salió victoriosa y la tierra a la fuerza "convencida" de la verdadera divinidad de Cristo.

Capitulo Segundo

La Divinidad de Cristo a la Luz de su Gran Profecia [11]

Hemos visto que es imposible interpretar las palabras de la Sagrada Escritura en el sentido de que Cristo haya sido y sea verdaderamente el mismo Dios. Muy por el contrario, entendiendo las palabras de la Biblia en el sentido en que habían sido redactadas, se ve en seguida que en aquel entonces ni se pensaba todavía en una divinidad de Cristo.

Pero aunque el Nuevo Testamento hubiese aseverado que Cristo era Dios y aunque todos los cristianos lo hubiesen confesado, existe una prueba irrefutable en contra de tal divinidad; una prueba, que por sí sola basta para destruir definitivamente toda posibilidad de que Cristo haya sido Dios. Y esta prueba nos la ha dado el mismo Cristo por su gran profecía de su próximo retorno al mundo para el juicio final, profecía que falló del modo más absoluto.

Era esta profecía el Ceterum censeo, el alfa y omega no solamente de la prédica de Cristo, sino también de la de los apóstoles, quienes imbuidos de esta creencia, cifraron en ella todas sus esperanzas y

---

[11] Tanto en este capítulo como en los siguientes se supone que Cristo haya dicho lo que los Evangelios lo hacen decir; pues son las únicas fuentes que tenemos.

llevaron al espíritu de todos los cristianos la misma ilusión, que alentaba a ellos. Y si el cristianismo logró tantos prosélitos y se propagó con tanta rapidez, ha sido en primer término, porque la anunciación de la próxima vuelta

de Cristo hizo una profunda impresión, ya que todos los conversos vivían en la firme persuasión de la inminencia del gran acontecimiento. En esta esperanza vivieron los primeros cristianos y con esta esperanza murieron.

Pero esta profecía de Cristo no solamente tiene su gran importancia, por haber sido el punto central de la doctrina y creencia cristiana, sino también, porque era y es la piedra de toque para la cuestión del origen divino o humano de la persona de Cristo y de su religión.

En efecto: si Cristo hubiese cumplido aquella profecía, el origen divino de su persona y doctrina se hubiera comprobado ampliamente.

Pero nos vemos frente a un hecho que es trascendental en su significado, el hecho de que Cristo no cumplió esta su gran profecía, la de volver al mundo, mientras aún vivían sus apóstoles. El fenómeno sobrenatural, único en la historia de la humanidad, de que un ser volviese a este mundo después de muerto, este fenómeno no se ha producido, y no se producirá jamás; porque una profecía, que no se cumplió en el tiempo fijado por ella misma, comprueba por sí sola, que es una profecía falsa. Y en vez de ratificar la divinidad de Cristo y de su doctrina religiosa, resulta ser todo lo contrario: el veredicto adverso y definitivo de su autor.

No escapa al criterio del lector, que es absolutamente necesario descubrir debidamente este hecho, que con singular maestría se ocultó hasta ahora al mundo entero, y en particular al mundo cristiano.

En efecto: si los cristianos hubiesen sabido el fracaso de aquella profecía de Cristo, que con letras imborrables, está escrita casi en cada, página del Nuevo Testamento, si los teólogos cristianos no hubiesen disimulado el verdadero significado de las palabras que predican aquella profecía, si hubiesen confesado la verdad íntegra, la divinidad de Cristo habría pasado hace mucho a la historia.

Por eso mismo nos incumbe el deber de tratar esta cuestión, esta gran profecía de Cristo con toda minuciosidad, para que de una vez por todas quede sentado, que Cristo aquí erró, erró como jamás ha errada un hombre, y que por esta misma razón él no podía ni puede ser Dios.

Al empezar ahora nuestro estudio sobre la profecía de Cristo, dividiremos el plan en dos partes: la primera tratará de las palabras mismas de Cristo y la segunda de las de sus apóstoles.

I
La profecía de Cristo según sus mismas palabras

Desde el día en que Cristo inició su prédica pública, comenzó también a hablar del día del Juicio Final, sancionando así su palabra con la promesa de un premio eterno para los que aceptaron y de un castigo igualmente eterno, para los que la acogieran con, indiferencia o incredulidad. Al principio indeterminada y sin fijación precisa de fecha, la profecía del Juicio Final hízose cada vez más clara y definida.

He aquí la primera amenaza, hecha a las ciudades de Israel: Cafarnaum y Betsaida, que a pesar de sus milagros no se habían convertido: "A Tiro y Sidón les será más soportable el día del juicio que a vosotros" (Mat. 11, 22). Y a todos los judíos previene: "Los habitantes de Nínive saldrán de acusadores contra este pueblo, porque ellos aceptaron la prédica de Jonás[12] y aquí hay más que Jonás" (Mat. 12, 41). Más tarde pinta Cristo el cuadro del Juicio final: "El Hijo del Hombre mandará a sus ángeles y éstos, juntarán de su reino a todos los seductores y malhechores y los lanzarán al fuego, donde habrá clamor y estridor de dientes" (Mat. 13, 41). Y a sus apóstoles promete: "Amén os digo, vosotros, que me habéis seguido, en la resurrección cuando el Hijo del hombre se siente en su espléndido trono, vosotros os sentaréis en doce tronos y juzgaréis las doce tribus de Israel" (Mat. 19, 28). Culmina este cuadro en la más grandiosa y detallada profecía que Cristo hizo del Juicio Final según el evangelio de Mateo (25, 31-46) y que todos nosotros conocemos por el insuperable cuadro de Miguel Angel en la capilla Sixtina, donde Cristo, separando las buenas de los malos, pronuncia la sentencia final.

En todas estas profecías que hemos citado hasta ahora, no hay ninguna indicación o insinuación de la fecha del Juicio Final.

En cambio veremos a continuación seis profecías del mismo Cristo, que expresan esa fecha, no con precisión numérica, señalando el día del terrible acontecimiento, pero sí, con una exactitud completamente Determinada y al alcance del control de todo el mundo.

Pues Cristo prometió en cada una de estas seis profecías, que iba a volver en la generación contemporánea y cuando aún algunos de sus apóstoles viviesen.

Primera Profecía

Luego que Jesús hubo hablado de su próxima vuelta, San Pedro le reprocha, porque no quería saber de la muerte de su querido Maestro; pero Jesús retó a Pedro recordándole que su muerte sería necesaria para volver en gloria: "Porque pronto volverá el Hijo del hombre en la gloria de su Padre y entonces retribuirá a cada uno según sus actos. Amén os digo, hay algunos entre los que están aquí; que no gustarán la muerte hasta que no vean al Hijo del hombre venir en la gloria de su reino" (Mat. 16, 27; Marc. 9, 1; Luc. 9, 27). ¿Acaso podía Cristo haber hablado con más claridad de la que hay en estas palabras?

Segunda Profecía

Jesús la pronunció, cuando rabió a sus apóstoles de los sufrimientos, que durante la prédica del Evangelio tendrían que soportar por parte de los judíos en Palestina. Con el objeto de consolarlos, agregó que estas persecuciones felizmente no durarían mucho tiempo, porque antes de que

[12] Jonás era aquel profeta que según la Biblia estuvo Tres días en una ballena y después predicó con gran éxito en Nínive, mientras que las ciudades de Israel ni con la prédica del mismo Cristo se convirtieron. De ahí la palabra de Jesús.

los apóstoles hubiesen terminado su misión serían sorprendidos por la llegada de Cristo al Juicio Final: "Amén, os digo, vosotros no terminaréis con (la prédica en) las ciudades de Israel, hasta que no vuelva el Hijo del Hombre" (Mat. 10, 23).

Como se ve, dirige Jesús su palabra a los mismos apóstoles, diciéndoles que ellos mismos no podrán terminar su prédica en Palestina antes de su vuelta, quiere decir, que Cristo ni piensa siquiera en sucesores de los agóstales, o en una conversión de todo el mundo cuando apenas queda tiempo para la conversión de la Palestina.

Según esta profecía y la anterior, la vuelta de Cristo en ningún caso podría demorar más allá del primer siglo. Al contrario, como Cristo hizo estas profecías más o menos en el año treinta y tres, su vuelta al mundo debió tener lugar a más tardar, a fines del primer siglo.

Tercera Profecía

Esta profecía es la más importante de todas. Se destaca muy especialmente por el hecho que Cristo repite constantemente a sus apóstoles, que son ellos mismos quienes tendrán que sufrir todas las angustias que precedan su vuelta al Juicio. Además la fecha de su regreso está aquí determinada por otro acontecimiento: la destrucción de Jerusalén que, según esta profecía, deberá ocurrir poco antes de la vuelta de Cristo. Este culmina sus palabras con la solemne promesa de que no pasará la actual generación sin que no se produzca todo cuanto haya dicho.

Por la gran trascendencia de esta profecía, he creído necesario reproducirla íntegra, a pesar de su extensión. He elegido el texto del evangelista Mateo, con el cual coinciden, más o menos, los textos de Marcos y Lucas. He aquí el relato:

"Cuando Jesús abandonó el templo y se alejaba, se le acercaron sus discípulos, para, llamar su atención sobre el edificio del templo. Pero él les replicó: no hagáis caso de esto; amén os digo, que no quedará ninguna piedra sobre la otra.

"Cuando más tarde estaba sentado en el monte divo, se le aproximaron sus discípulos y le preguntaron: ¿Cuándo será todo esto y cuál es la señal de tu vuelta y del fin del mundo?

"Jesús les contestó: cuidado que nadie os engañe porque muchos van a abusar de mi dignidad y dirán: yo soy el Cristo, y seducirán a muchos. Vosotros sentiréis de guerras y rumores de guerra. Cuidaos, sin embargo que no perdáis el ánimo; porque así debe venir, pero todavía no es el fin.

"Pues se levantará un pueblo contra el otro y un imperio contra el otro. También habrá aquí allá peste, hambre y temblores; pero todo esto es sólo el principio de las angustias.

"Entonces os entregarán al suplicio y os matarán[13]; porque seréis odiados de todos los paganos de Palestina por mi nombre.

"Muchos van a sucumbir entonces, a traicionar y odiarse los unos a los otros. También surgirán muchos profetas falsos que engañarán a

[13] Lucas dice con más exactitud y en conformidad con las anteriores profecías: "algunos de vosotros matarán". (Luc. 21, 16).

muchos. Y como el ateísmo abunda, se enfría en muchos el amor. Pero quien soporta hasta el fin, será salvado.

"Y este Evangelio del reino de Dios será predicado en todo el país (Palestina), para que sea confesado delante de todos los paganos y entonces vendrá el fin.

"Tan pronto como vosotros veais la "horrorosa abominación", de la cual habla el profeta Daniel – el que lea esto que lo entienda bien – huyan los que de vosotros vivan en Judea a las montañas, y el que esté en la terraza no baje para sacar sus cosas de la casa, y quien esté en el campo, no vuelva para buscar su vestido. Mas ¡ay de las preñadas y de las que crían en aquellos días! Orad, pues, que vuestra huída no sea en invierno ni en sábado porque habrá entonces una tribulación tan grande como no fué nunca desde el principio del mundo hasta ahora, ni será. Y si aquellos días no fueran acortados, no se salvaría nadie; más por causa de los escogidos aquellos días serán acortados.

"Si entonces alguien os dice: he aquí está Cristo o allí, no creáis. Porque se levantarán falsos Cristos y falsos Profetas[14] y darán señales y prodigios grandes para seducir si fuera posible a los escogidos. He aquí, os lo he dicho de antemano.

"Así que si alguien os dice: ¡Mirad, él está en el desierto, no salgáis! ¡Mirad, él está en las cámaras, no creáis! Porque como un relámpago (que sale en el Oriente y brilla hasta el Occidente) así será la vuelta del Hijo del Hombre. Los buitres se juntan allí donde hay un cadáver[15].

"Pronto después de la tribulación de aquellos días, el sol se oscurecerá, la luna no dará ya su lumbre, las estrellas caerán del cielo[16] y las fuerzas del Cielo serán conmovidas. Y entonces aparecerá el signo del Hijo del hombre en el Cielo y se lamentarán todas las tribus del país y verán al Hijo del Hombre venir en las nubes del cielo con gran poder y majestad. Y él mandará a sus ángeles con fuertes voces de trompeta y juntarán sus escogidos de los cuatro vientos y desde un horizonte al otro.

"De la higuera aprended esta similitud: cuando brota su rama y salen sus hojas, sabéis que el verano está cerca. Así también vosotros cuando veáis todo esto, sabréis, que mi vuelta está cerca, a las puertas.

"Amén os digo: esta generación no pasará, hasta que no acontezcan todas estas cosas. Cielo y tierra pasarán pero mis palabras no pasarán" (Mat. 24, 1-35; Marc. 13, 1-32; Luc. 21, 5-33).

En esta profecía podemos hacer constar tres hechos:

Primero: Cristo, contestando a la pregunta de los apóstoles sobre el fin del mundo, dice, que tendrá lugar poco después de la destrucción de Jerusalén, que se produjo en el año 70, de acuerdo con una supuesta profecía de Daniel.

Segundo: Cristo dice a los apóstoles que son ellos mismos quienes tendrán que sufrir todas las angustias que preceden tanto la destrucción de Jerusalen, como el fin del mundo.

---

[14] En el año 132 después de Jesucristo el judío Bar-Kochba se declaró Mesías, siendo reconocido por el rabino Akiba. También los judíos Theudas, Jakob y Simón, se hicieron pasar por Mesías

[15] El cadáver son los pecadores; y donde hay pecadores, tendrá lugar el juicio.

[16] Se ve que el autor de la profecía era de la opinión que el sol, la luna y las estrellas eran unos discos fijados en el cielo, que en más o menos un cuarto de hora podían caer sobre la tierra. ¡Pobre astronomía!

Tercero: Cristo declara finalmente, en la forma más solemne, que ambos hechos acaecerán antes de desaparecer la actual generación.

Con esta última afirmación Cristo repite lo que había dicho en las primeras dos profecías, sólo que la solemnidad de su promesa esta vez es muy superior a la de los vaticinios anteriores. Obsérvese también que todo el fin del mundo se realiza en Palestina.

Cuarta Profecía

Pronunció Jesús esta profecía el día de su muerte y se puede agregar que murió por ella. En efecto, ya preso fué llevado a la presencia del Sumo Pontífice Caifás quien a raíz de esta profecía lo declaró reo de muerte. He aquí el relato bíblico:

"El Pontífice le dijo: te conjuro por el Dios viviente que nos digas, si eres tú el Cristo, Hijo de Dios.

"Jesús le contestó: tú lo has dicho; además os digo: dentro de poco[17] veréis al Hijo del Hombre a la derecha de Dios y venir en las nubes del Cielo. "

"Entonces el Pontífice rasgó sus vestidos, diciendo: Blasfemo: ¿Qué más necesidad tenemos de testigos? ¡He aquí, ahora habéis oído su blasfemia! ¿Qué os parece?

"Y respondiendo ellos dijeron: "es reo de muerte" (Mat. 26, 63; Marc. 14, 61; Luc. 22, 67).

El lector habrá advertid ó que también en esta profecía Cristo se dirige a su auditorio: el Pontífice y la gente que le rodea, y les asegura solemnemente que ellos mismos lo verán dentro de poco venir en la gloria de su Padre.

Quinta Profecía

Encontramos esta profecía en el evangelio de San Juan. Jesús la hizo después de su resurrección, cuando sorprendió a sus apóstoles, pescando en el mar de Tiberíades. Dice el texto:

"Cuando Pedro se dió vuelta y vió seguir a aquel discípulo, al cual amaba Jesús (el que también se había recostado en su pecho durante la Cena y le había dicho: Señor, ¿quién es él que te ha de entregar?), entonces Pedro, viéndolo a éste, dice a Jesús: "Señor, ¿y éste, qué?" -Jesús le contesta: "Si yo quisiera que él quede, hasta que yo venga, ¿qué te importa a ti? - ¡Sígueme tú!"

"Salió entonces este dicho entre los hermanos que aquel discipulo no había de morir. Mas Jesús no dijo: no morirá, sino: si yo quisiera que él quede, hasta que yo venga, ¿qué importa a ti?" (Juan 21, 20).

También en esta profecía dice Cristo indirectamente, que él volverá, estando la actual generación con vida. De lo contrario su contestación a Pedro estaría fuera de lugar; porque

17

Juan solamente habría podido quedarse hasta la vuelta de Cristo, si ésta hubiese tenido lugar dentro de un tiempo razonable. Los mismos discípulos entendieron en esta profecía que la vuelta de Cristo estaba muy cerca y hasta creían que Juan no moriría antes de ese acontecimiento. El apóstol corrige esta última creencia en forma condicional, no la primera, y afirma en su Carta, como veremos más adelante, que Cristo pronto volverá.

Así confirma esta profecía las anteriores en todo sentido.

Sexta Profecía

Esta última profecía la hizo Cristo en el momento de su ascensión al Cielo. Son las últimas palabras de él, según el evangelio de Mateo. Dice el texto

"Yo estaré con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo". (Mat. 28, 20).

Cristo promete aquí a sus apóstoles, que él estará con ellos, o sea que no los abandonará. ¿Hasta cuándo? ¿Hasta su muerte? No; porque antes de esta muerte se cumplirá la gran promesa, la gran profecía de Cristo; pues él volverá mientras al menos algunos de sus apóstoles todavía viven. Y por eso les promete aquí, estar con ellos hasta el fin del mundo. Promete estar "con ellos". No habla de sus sucesores. En efecto. ¿Para qué? si él volverá tan pronto, si ellos viven todavía, si no acaban de predicar el evangelio en la Palestina, si tienen que vigilar y estar alertas, porque el día menos pensado viene Cristo como un ladrón en la noche, como un rayo del Cielo- ¿Para qué entonces sucesores de los apóstoles? Efectivamente: ¿para qué?

Resumiendo todo esto, es posible establecer que Cristo en cada una de las seis profecías prometió en forma inequívoca, que él volverla al Juicio Final, mientras la generación contemporánea a él y hasta algunos de sus discípulos estuvieran todavía en vida.

Que éste es el sentido de las profecías de Cristo, está ampliamente confirmada por una serie de palabras y parábolas, que son la consecuencia natural de su convicción de que próximamente volvería al mundo.

Pues si era cierto, que Cristo dentro de poco e inopinadamente (ni él mismo sabía indicar la fecha exacta) volvería al Juicio Final para llevar los buenos al Cielo y los malos al infierno, entonces era necesario que sus fieles, los cristianos, estuvieran listos para aquel dio.

Y así Cristo pronunció una serie de amonestaciones y parábolas, inculcando con ellas a los suyos que vigilaran y estuvieran preparadas para el día de su vuelta al mundo. Recuerdo tan sólo la parábola de las cinco vírgenes prudentes que estaban listas, con las lámparas preparadas y provistas de aceite, y las cinco fatuas que durmieron no teniendo aceite en sus lámparas. De repente viene el novio celeste y lleva a las prudentes consigo mientras que las fatuas van en busca de aceite perdiendo de esta manera la entrada al Cielo. Termina esta parábola con las palabras: "Velad pues, porque no sabéis el día ni la hora, en que el Hijo del Hombre ha de venir" (Mat. 25, 1-13).

Recuerdo además la parábola del ladrón en la noche, quien viene sin avisarse, y con quien compara Cristo su llegada. Concluye esta similitud con la frase: "Luego también vosotros estad listos, porque el Hijo del Hombre ha de venir a la hora que no pensáis" (Mat. 24, 44). Y la parábola del siervo que dormía, cuando su amo lo sorprendió con su llegada, imparte la moraleja: "Vendrá el Señor de aquel siervo en el día, que no espera, y la hora que no sabe; y lo separará, y le dará su parte con los hipócritas, donde habrá clamor y crugir de dientes" (Mat. 24, 50). También en Mateo 24, 42 dice Cristo: "Velad, pues, porque no sabéis a qué hora ha de venir vuestro Señor".

Como se ve, dirige Cristo en todas estas manifestaciones su palabra directamente a sus oyentes, apercibiéndolos a fin de que estén listos y preparados para el día de su llegada. Nos preguntamos: ¿Para qué estas continuas y constantes amonestaciones para prepararse para el Juicio Final, si Cristo no hubiese tenido la firme convicción, que él retornaría dentro de muy poco tiempo? Nos preguntamos, ¿acaso Cristo podía haber hablado así, sabiendo que iban a pasar miles de años antes de su vuelta? Sólo un hombre ciego y lleno de prejuicios podría afirmar tal cosa. Quien toma y lee los textos en el sentido natural y real que tienen, llega sin ninguna duda a la absoluta seguridad, de que Cristo efectivamente tenia el propósito y la convicción de volver pronto al Juicio Final.

Finalmente deducimos igual resaltado de otras palabras de Cristo, las cuales se refieren a la predicación del evangelio.

En efecto, si Cristo iba a volver tan pronto al Juicio Final, si, según sus propias palabras, los apóstoles hasta aquel momento no podrían terminar ni siquiera la conversión de la Palestina; ¿qué objeto tenía entonces una conversión del mundo que en ningún caso hasta su vuelta, podía realizarse?

Y así vemos que Cristo considera que tanto su propia tarea, como la de los apóstoles, consiste tan sólo en convertir a los judíos y hasta prohíbe a sus apóstoles predicar el evangelio a los paganos. He aquí sus palabras:

"No vayáis a los paganos, sino a las ovejas perdidas de Israel" (Mat. 15, 24). "Vosotros seréis mis testigos en Jerusalén y en toda la Judea y Samaria y hasta los limites del pala" (Actos de los Ap. 1, 8). "Id y predicad a todas las tribus (las doce tribus de Israel) y bautizadlos en nombre del Padre, del Hijo y del Espirito Santo" (Mat. 28, 19).

En consecuencia los apóstoles se limitaron a predicar tan sólo a los judíos de Palestina, salvo muy raras excepciones, como lo es la conversión del capitán pagano Cornelio (Actos 10), que por otra parte dió motivo a violentas recriminaciones Por parte da los judíos conversos de buena fe, pues éstas consideraban a las gentes extrañas a su raza, y en especial a los romanos, como gente inferior, a los cuales calificaban de perros inmundos.

Cama condición previa para admitirlos en las nuevas creencias exigían de ellas el cumplimiento de los preceptos y reglas de Moisés. Sólo la autoridad de San Pablo pudo imponer – después de muchas luchas – el reconocimiento de la propagación del Evangelio entre los paganos. La

resolución definitiva fue tomada recién en el Concilio de los Apóstoles en el año 50 (Actos 15).

Esta resolución fue facilitada por los grandes milagros, que San Pablo había efectuado entre los paganos, considerándoselos como una aprobación de la obra del apóstol por parte de Dios. Sólo así se explica esta medida, que contrariaba al espíritu y a la práctica de Cristo y su expreso mandato.

En efecto, sí Cristo alguna vez hubiese encargado a los apóstoles de predicar el Evangelio también a los paganos, esas dificultades jamás habrían surgido. Pero Cristo no encomendó tal prédica, porque estaba seguro de su próxima vuelta al mundo para el Juicio Final.

En resumen, podemos ahora constatar que Cristo en mil diferentes oportunidades y en mil variaciones anunció su próximo retorno al mundo, que éste era el "amén" de toda su prédica y la sanción de su Evangelio, debiendo su vuelta realizarse en vida de la generación que le era contemporánea.

II
La Profecía de Cristo en los Escritos de los Apóstoles

Nadie mejor que los mismos apóstoles debía conocer la doctrina de Cristo y su verdadero significado. Ellos habían seguido a Jesús, desde sus primeros pasos, y de él habían recibido prácticamente su doctrina, le habían escuchado sus predicciones y adquirido la convicción de su próximo regreso.

Imbuidos de estas ideas y francamente convencidos de la verdad de su vaticinio, no omitieron nunca en su campaña de difusión del nuevo espíritu creado por el Maestro, la mención de su próxima vuelta, insistiendo en este hecho, y transformándolo en uno de los fundamentos y de los más sólidos pilares de la doctrina y en uno de los incentivos más seductores para atraer a la masa de los oyentes.

Si estos apóstoles, los discípulos más selectos, los continuadores de la cruzada, elegidos por el mismo Mesías, para llevar su verbo a expresan clara y precisamente en sus escritos la seguridad del regreso del Redentor, nosotros logramos presentar un nuevo argumento, tan fidedigno, tan original, tan indestructible como el primero, del error que el transcurso del tiempo ha permitido ver que existía en ese anuncio y en esa doctrina.

Ahora bien: quien ha dejado más escritos, en los cuales con una sinceridad, claridad e insistencia, que a veces confunden, preanuncia la próxima vuelta de Cristo al mundo, es el apóstol Pablo, el que por su incansable actividad ha contribuido más que nadie a la divulgación de la doctrina cristiana. Como el estudio de sus cartas me ha ocupado durante ocho años y la versión que hice de ellas, mereció señalados elogios por

ser la primera y única traducción fiel[18], hablo aquí, más que nunca, con absoluto conocimiento de causa. He aquí los testimonios:

Primer Testimonio

(Carta a los Corintios - 1. Cor. 15, 51)

"Mirad, os anuncio una profecía: no todos nosotros moriremos; pero todos seremos transformados, en un momento, en un abrir y cerrar de ojos, al último toque de la trompeta. Pues sonará la trompeta y entonces tanto los muertos resucitarán en incorruptibilidad, como nosotros seremos transformados, porquees necesario que esto corruptible sea vestido de incorrupción y esto mortal de inmortalidad".

Esta palabra de San Pablo no puede ser más clara. El apóstol está absolutamente convencido, que el Juicio Final lo encontrará a él y a los corintios en general, en vida todavía. Cree que al último toque se levantarán los muertos vestidos de un cuerpo incorruptible, y que él y los corintios entonces se transformarán en un momento, cambiando su cuerpo mortal por un cuerpo inmortal.

Segundo Testimonio

(Carta a los Tesalónicos - 1. Tes. 4, 13)

"Sobre la suerte de los dormidos (muertos) no quisiéramos Dejaros en ignorancia, hermanos, para que no os aflijáis, como los demás que no tienen ninguna esperanza. Porque, como creemos, que Jesús después de haber muerto resucitó así Dios llevará a los dormidos por Jesús y con él arriba hacia sí.

"Pues os aseguramos con una palabra del Señor, que nosotros, que estamos todavía en el mundo y quedaremos vivos hasta la vuelta del Señor, no llegaremos por eso antes que los dormidos a la meta. Porque cuando el toque de alarma retumbe y el Arcángel su voz levante, la trompeta de Dios resuene, y el Señor mismo descienda del Cielo, entonces primero resurgirán los muertos en Cristo; recién después también nosotros, que quedamos en vida, seremos llevados juntos con ellos hacia el Señor".

---

[18] Padre A. Stonner S. J., profesor de la Universidad de Viena: las Cartas de San Pablo de Griese son muy excelentes. No dejo de reconocer que es la mejor traducción de San Pablo. Por primero vez un Pablo, que se comprende a la primera lectura.
Padre Constantino Rosch O. M. C., profesor de la Universidad de Münster: "Después de haber leído el libro, congratulo a usted por la magnífica obra; es formalmente por su representación, y materialmente por su contenido sobresaliente. No dejo de rconocerle la palma de traductor."
Padre G. Bichlmayer 5. J., Viena: "He empleado esta traducción como manual en mis lecciones de Biblia y la encuentro para este objeto espléndidamente idónea. He recomendado ya varias veces públicamente este libro".
Cura Hefele, Bregenz: "Las Cartas de San Pablo de Griese son magníficas. Así uno comprende por fin al San Pablo. Con gusto recomendaré el libro entre mis amigos".
Revista St. Franzissi - Glocklein: "Griese supera a todas las traducciones anteriores. Fácilmente y con claridad se leen estas cartas. Tan naturales, tan propias como cartas evangélicas nos parecen. Según los más grandes conocedores de San Pablo es esta edición la mejor que tenemos."
Revista Oberschwabischer Anzeiger: "Este libro debería ser el texto oficial de las clases superiores de la enseñanza secundaria para la lectura de las cartas de San Pablo. Es un excelente regalo para todos los que tienen sentido religioso, especialmente para sacerdotes, clérigos regulares y los que quieran serlo."

Para comprender el motivo que determinó esas manifestaciones de San Pablo es necesario recordar que los tesalónicos estaban inquietos por la demora de la vuelta de Cristo, tantas veces prometida, y esta inquietud creció, cuando algunos miembros de la colectividad cristiana murieron; pues se temía que ellos no podrían participar en la vuelta de Cristo. Con esta preocupación se dirigieron a San Pablo, quien entonces les escribió el párrafo citado. El efecto fué sorprendente. Los tesalónicos, seguros ahora de la inminencia de la vuelta de Cristo, hasta dejaron de trabajar (2. Tes. 3, 11), no pensando en otra cosa, sino en la próxima llegada de Cristo. En esta seguridad fueron confirmados por exaltados, que en las reuniones religiosas[19] se daban por posesos del Espíritu Santo, vaticinando la inminente llegada de Cristo, como si ésta fuera ya un hecho.

El apóstol, enterado de este estado anormal, se vió obligado a dirigirse nuevamente a los tesalónicos, y en un pasaje un tanto confuso de esta segunda carta, niega haber dicho que el día del Señor hubiese llegado ya, desautorizando a la vez a los exaltados. Recuerda a los tesalónicos, haberles dicho, que antes de la vuelta del Señor debería aparecer el Anticristo, cuyos primeros indicios ya se notan, y que pronto vendrá, seguido por Cristo, quien le dará muerte.

En otras palabras: San Pablo no retira sus anteriores manifestaciones, sino que las suaviza para confirmarlas nuevamente. He aquí el texto:

Tercer Testimonio

(Segunda carta a los Tesalónicos - 2. Tes. 2, 1)

"Os rogamos, hermanos, no exaltaron tan pronto por la vuelta del Señor Jesucristo, y nuestra unión con él, y no dejaron confundir ni por un exaltado, ni por una supuesta palabra o una carta de nosotros, como si nosotros hubiéramos dicho: el día del Señor ya está. ¡fue nadie os engañe de ninguna manera?

"Porque primero debe venir el apóstata, el gran malhechor, el hijo de la perdición, aquel opositor, que se levanta por encima de todo lo que se llama Dios y Divino, de tal suerte, que se siente en el templo de Dios (en Jerusalén), haciéndose pasar por Dios. ¿No os recordáis, que os decía esto, cuando estaba todavía con vosotros?

"Y ahora aprended también el obstáculo que recién lo deja aparecer en su tiempo. Porque aquella profecía ya se engendra. Sólo falta que aquél que retiene la iniquidad, se quite de en medio, y entonces se manifestará el inicuo a quien el Señor en su magnífica aparición matará y aniquilará con un sopló de su boca y cuya presentación, como obra de Satán, se produce con toda clase de milagros y signos falaces y con toda

[19] Las reuniones religiosas de los cristianos en tiempos de los apóstoles estaban bajo el signo de una exaltación general. Según la carta de San Pablo a los corintios (1. Cor. 12-14), quienes tenían el poder de hacer milagros; quienes hablaban en otros idiomas sin comprender lo que decían (1. Cor. 14-14); quienes sabían explicar lo que aquéllos manifestaron, etc. En una palabra: todos los cristianos tomaron activa parte en el desarrollo del servicio divino a excepción de las mujeres, a las cuales San Pablo prohibió terminantemente *cualquier intervención* en la función religiosa (1. Tim. 2,14; 1. Cor. 14,36) limitando sus deberes a ser buenas madres de familia (Tit. 2.9;

clase de seducciones en castigo de los condenados, porque han rechazado la doctrina de la verdad, por la cual debían salvarse".

Cuarto Testimonio

(Primera carta a los Corintios - I. Cor, 7'25)

Este testimonio tiene su origen en una pregunta que por carta hicieron los corintios al apóstol, - porque también ellos creían en la próxima llegada de Cristo y sabían las angustias que a este acontecimiento precedían. Seguramente conocían también la palabra de Cristo: "¡Ay de las preñadas y de las que críen en aquellos días!" (Mat. 24, 19). Por esta razón le preguntaron a San Pablo, si en vista de todo esto no sería mejor que los padres de hijas núbiles impidieran que éstas se casaran; pues en aquel tiempo decidía el padre sobre el casamiento de las hijas.

San Pablo, fiel a su convicción del próximo fin del mundo, afirma la pregunta con las siguientes palabras:

"Respecto de las vírgenes núbiles no he recibido ningún mandamiento por el Señor; pero puedo dar un consejo en esta causa, por cuanto el Señor me dio la gracia de ser buen consejero.

"Creo pues, que por la inminente angustia es lo mejor que ellas queden así (es decir: vírgenes), ya que para cada uno de nosotros sería lo mejor estar así.

"Si ya estás ligado a una mujer, no busques la separación. En cambio si estás libre de mujer, no la busques.

"Pero si a pesar de eso te casaras, no cometerás ningún pecado. Tampoco pecaría la virgen, si se casa, pero sufrirá angustias terrestres, de las cuales yo os quisiera reservar.

"Porque os digo, hermanos míos, que nuestro tiempo está muy escasamente medido.

"Por eso también aquéllos que tienen mujer, vivan así, como si no la tuvieran; y los que lloran, vivan así como quienes no lloran; los que se alegran así como quiénes no se alegran; los que comercian con el mundo, así como quienes no comercian con él.

"Porque la gloria de este mundo pasa".

A estás palabras de San Pablo agrego tan sólo, que si los cristianos hubiesen seguido el consejo del apóstol, no tendría, yo necesidad de escribir este libro.

Los siguientes testimonios se reproducen sin comentario alguno, ya que no lo necesitan.

Quinto Testimonio

(1. Cor. 1, 4)

"Siempre agradezco a Dios por vosotros, debido a la gracia, que Dios os ha dado en Jesucristo.

"Porque en él habéis conseguido superabundancia en todo sentido: en toda clase de lenguas y de inteligencia (por lo cual la doctrina de

Cristo fué confirmada entre vosotros) de suerte, que no os falta más ningún don del Espíritu y sólo esperáis la aparición de Nuestro Señor Jesucristo".

Sexto Testimonio

(Carta a los Filipos - Fil. 1„9)

"Y por eso ruego, que vosotros, amados míos, aumentéis cada vez más en sabiduría y verdadera inteligencia, para distinguí r lo bueno de lo malo, de suerte que estéis íntegros y sin manchas en el día de Cristo, cargados con los frutos de la justicia".

Septimo Testimonio

(Fil. 3, 20)

"Nuestra patria en cambio es el cielo. De allí también esperamos nosotros al Señor Jesucristo como nuestro redentor. El transformará nuestro cuerpo miserable para ser semejante a su cuerpo transfigurado, mediante la facultad que tiene de poder sujetar a sí todas las cosas.

"Luego en esta esperanza, mis muy queridos hermanos, mi alegría y mi corona, estad firmes en el Señor".

Octavo Testimonio

(1. Tes. 5, 23)

"Pero él mismo, el Dios de la paz, os santifique enteramente, y vuestro espíritu, alma y cuerpo, queden conservados inmaculados hasta la vuelta de nuestro Señor Jesucristo. Él que os llamó, responde, que también lo hará".

Noveno Testimonio

(2. Tes. 1, 6)

"Es pues justo, que Dios: [20]

"1) retribuya con angustia a vuestros opresores;

" 2) pero dé alivio a vosotros, los oprimidos, en unión con nosotros;

"En cuanto a 1) cuando el Señor Jesús con los ángeles, como ejecutores de su poder aparece desde el Cielo, para castigar con llamas de fuego a aquellos (paganos), que no quieren saber nada de Dios, y a aquéllos (judíos) que no prestan obediencia al Evangelio de Nuestro Señor Jesús. Y éstos sufrirán, como castigo, la eterna perdición, separados de la faz del Señor y de su gloria y potencia;

[20] San Pablo aplica aquí una forma literaria griega: el chiasmo

"En cuanto a 2) cuando vendrá en aquel día, para ser glorificado en sus santificados, y (rodeado de todos vosotros, que habéis aceptado la fe) para ser admirado".

Décimo Testimonio

(1. Tim 6, 13)

"Te amonesto delante de Dios, quien llena todo con vida, y delante de Jesucristo, quien ratificó nuestra hermosa confesión con la muerte, que te conserves sin mancha y sin reproche en la doctrina, hasta la aparición de Nuestro Señor Jesucristo".

Undécimo Testimonio

(Tit. 2, 11)

"Porque la gracia de Dios evidenció su poder redentor en todos los hombres, pues nos induce a deponer la iniquidad y los deseos mundanales, a vivir sobrios, justos y piadosos en este mundo, y a esperar nuestra beata esperanza: la aparición de la majestad de Nuestro Gran Dios y del Redentor Jesucristo".

Duodécimo Testimonio

Terminamos las citas de las cartas de San Pablo con algunas frases esparcidas en sus escritos y dichas de paso:

"Esto fué escrito para prevenirnos a nosotros, sobre los que ha venido el fin de los tiempos" (1. Cor. 10, 11).

"El señor está cerca" (Fil. 4, 5).

"Porque la salvación nos está ahora más cerca que cuando hemos aceptado la fe" (Rom. 13, 11).

"Pero sepa, que para estos últimos tiempos cosas terribles están por llegar" (2. Tim 3, 1).

En lo sucesivo citaré también algunos otros apóstoles, para que el lector vea que también ellos creían en la próxima vuelta de Cristo.

Decimotercer Testimonio

(Carta de San Juan - 1. Juan 2, 18)

"Hijos, ya está la última hora, y como habéis oído, que viene un Anticristo, así existen ahora muchos Anticristos. En esto se conoce la última hora".

Decimocuarto Testimonio

(Carta de San Pedro - 1. Pedro, 4, 7)

"Ha llegado el fin del mundo".

Esta manifestación le resultó a San Pedro – como parece – al revés de lo que había él mismo pensado. Pues la gente, cansada de oír tanto acerca de la vuelta de Cristo y del fin del mundo, sin ver ni lo uno ni lo otro, comenzó a murmurar y burlarse de la profecía:

San Pedro, quien siempre se había destacado por su temperamento bastante colérico, escribió en seguida toda una carta completa, en la cual, con el fin de poner coto a estas opiniones irrespetuosas y subversivas, atacaba a esos cristianos con un lenguaje bastante inusitado en este género de correspondencia[21].

El argumento de esta carta de San Pedro es el siguiente:

Dios os ha dado las más grandes y más preciosas promesas, mediante las cuales os haréis partícipes de la naturaleza divina, en el día del Juicio Final (2. Pedro, 1, 4). Pero hay que cultivar las virtudes y evitar los vicios, entonces la entrada al reino eterno os quedará abierta (2. Pedro 1, 11); "Porque no os hemos dado a conocer la poderosa vuelta de Nuestro Señor Jesucristo, siguiendo fábulas inventadas, sino por haber visto su majestad con nuestros propios ojos". (2. Pedro 1, 16).

"Pero hay falsos profetas, aun entre vosotros (2, 1), que seducen a muchos; pero a todos ellos castigará Dios, el Día del Juicio (2, 9). Habría sido mejor para ellos, no haber conocido nunca el camino de la salvación (2, 21). Escribí esta carta para que recordéis siempre la doctrina de los apóstoles.

"Pues sabed antes de nada, que en los últimos días vendrán burladores que andan tras sus propios deseos y dirán: "¿Dónde está su prometido retorno? (3, 3).

"Pero no olvidéis, que delante del Señor un día es como mil años, y mil años como un día. El Señor no difiere el cumplimiento de su promesa (aunque algunos la tengan por tardanza) sino es paciente para con nosotros, porque no quiere que perezca nadie, sino que todos se dejen conmover a la penitencia (3, 8).

"Pero vendrá el día del Señor como un ladrón. En él el cielo estrellado pasará con gran estruendo y la Tierra con todo lo que está en ella será quemada (3, 10).

"Sí, por tanto, este Universo se disolverá, cuanto más estáis entonces obligados a una vida en santas y piadosas conversaciones, vosotros que con ansia esperáis la llegada del día de Dios (3, 12).

"Por eso, amados, ya que vosotros esperáis tal cosa, procurad que seáis hallados de él sin mácula, sin reprensión y en paz (3, 14).

"¡Aprovechad, pues, la paciencia del Señor para vuestra salvación!"

"Así también ha escrito nuestro querido hermano Pablo (con la sabiduría que le ha sido dada) en todas sus cartas, en las cuales habla de esto; entre lo cual hay algunas cosas difíciles de entender, y las que los

[21] Según la "Crítica del texto bíblico" esta segunda epístola de San Pedro ha sido confeccionada recién en 150, K. I. Es por lo tanto una carta apócrifa; escrita con el propósito de encubrir el fracaso de la profecía de Cristo.

indoctos e inconstantes tuercen en su perdición, como lo hacen también con otros textos de la escritura" (3, 16).

De esta carta del apóstol Pedro deducimos lo siguiente:

Primero: ya en tiempos de los apóstoles muchos cristianos se dieron cuenta de que la vuelta de Cristo era una fábula.

Segundo: San Pedro trata de explicar la aparente demora, diciendo que se debe a la paciencia el Señor delante del cual mil años son como un día, y un día mil años, produciendo con esta comparación una confusión, pues este criterio no es propio, por cuanto Cristo no se había referido a años o días, sino que solamente había prometido volver en la generación contemporánea, estando los apóstoles todavía con vida. Luego no hay aquí cuestión ninguna de mil años y San Pedro se vale aquí de un sofisma.

Tercero: San Pedro busca otra salida, diciendo que las manifestaciones de San Pablo sobre la vuelta de Cristo son en parte obscuras y difíciles para entender. Esto no es cierto, como hemos visto. Lo único que hay es que San Pedro en el gran apuro, en que le han colocado, trata de ocultar el verdadero sentido de la profecía en cuestión.

Cuarto: a pesar de todo repite el apóstol Pedro varias veces, que pronto ha de llegar el día del. Señor y que todos estén listos, pues Cristo no tardará en volver.

Y con esta promesa del retorno de Cristo, un cuento tan gratuito como engañoso, hemos pasado, desde los tiempos de los apóstoles, de siglo en siglo. La historia eclesiástica relata, que antes del año 1000 innumerables personas se volvieron locas, o se mataron por miedo a la próxima llegada de Cristo. Ahora

dicen que es el año 2000. Cuando estaba en el primer tiempo en el convento teníamos *(al*[22]*)* Padre (W. W.) quien de libros proféticos, especialmente de "mujeres santas", sabía calcular, que la abuela del Anticristo ya debía estar en el mundo, y que el fin de éste sería infaliblemente antes del año 2000!

No necesito repetir, que no hay ya posibilidad de una vuelta de Cristo, y que el mundo después del año 2000[23] seguirá existiendo como antes. La verdad es que los teólogos, desde los tiempos de los apóstoles, han querido dar a esta profecía de Cristo un término indefinido, para crear una eterna ilusión en el creyente y justificar la subsistencia de la Iglesia y la sucesión de los apóstoles.

La profecía de la vuelta de Cristo se ha convertido en la famosa espiga de maíz del carro del labriego, que éste utilizaba para hacer avanzar a su asno.

Lo que a nosotros interesa en este asunto es el hecho de que Cristo ha emitido una profecía que no se ha cumplido, y es la propia Biblia que lo desmiente.

Este hecho – sea cual fuere la interpretación que se le dé – nos demuestra más que ningún otro que Cristo no era Dios. Cualquier tentativa de salvar la divinidad de Cristo fracasa ante este hecho. El

[22] Esta palabra falta en la copia recibida, se la agregamos para hacer redacción una redacción correcta. C. Báez

[23] Griese tenía razón, era mejor profeta que los apóstoles ; estamos en Jun de 2004 y el fin del mundo no ha ocurrido todavía.

lector, quien sin prejuicio alguno ha leído este capítulo, no puede menos que reconocer esta gran verdad.

Más aún: Un fundador de religión, comprometido por una promesa tan solemne como importante, y que ha fallado tan rotundamente, ya no tiene derecho alguno a pedirnos fe o confianza siquiera. Su prédica está demás.

Los milagros de Cristo – además de no tener ellos ningún valor probatorio – ya nadie pueda controlar si han sucedido o no; en cambio esta profecía la puede controlar cualquier persona, y comprobar que no se ha cumplido.

Ante este hecho debe callarse todo cuanto se pueda decir sobre los milagros, enseñanzas divinas, etc.

Esta profecía es y queda el veredicto definitivo del que edificó sobre ella su Iglesia. Cristo no ha tenido ninguna autoridad o misión sobrenatural.

Capitulo Tercero

El origen divino o humano de Cristo a la luz de sus milagros y doctrinas

Cada uno de los dos capítulos anteriores basta por sí solo para dar por tierra con la creencia en la divinidad de Cristo. La genuina y legítima interpretación del Nuevo Testamento respecto al origen de Jesús, y más aún su fracasada profecía del Juicio Final, son argumentos irrefutables contra ese punto cardinal de su personalidad.

Al contemplar ahora los milagros y las doctrinas de Cristo, podemos formular ya de antemano el juicio, de que en ningún caso ellos podrán salvar su divinidad.

Frente a todo lo que nos digan los Evangelios sobre milagros y doctrinas de Cristo, está el hecho que su principal y fundamental profecía ha fallado. Esto lo podemos controlar y comprobar, aquello sólo difícilmente.

Y si, además, tomamos en cuenta lo que en la Segunda Parte del presente libro se dirá sobre el origen del texto bíblico, y su relato de las doctrinas y milagros de Cristo, ya no quedará en pie más nada que hable en favor de su divinidad.

Pero aun suponiendo la verdad de la Biblia, los milagros y doctrinas de Jesús quedan paralizados frente al fracaso de aquella profecía, que era, es y será, la piedra de toque respecto al origen divino o humano de su autor.

Tomemos un ejemplo: si del Tibet viniesen algunas personas, a referirnos la existencia de un Mesías, quien después de llevar una vida llena de milagros hubiese prometido regresar del otro mundo al cabo de unos 30 años, para redimir la humanidad, ¿qué pensaríamos, si pasados unos 70 u 80 años después de su muerte, no se hubiese realizado aquella promesa? ¿Podríamos creer, que tal hombre hubiera sido Dios? De ninguna manera.

Todavía podríamos admitir, que aquel hombre sólo se hubiera equivocado; pero que fuese Dios, ya no sería factible, por más milagros que nos relaten.

Este es el caso que tratamos. Supongamos que no sea posible negar con pruebas fehacientes, que Cristo haya realizado milagros, por difícil que resulte comprobar la veracidad y exactitud de todos los que le atribuye el Nuevo Testamento; pero ellos no alcanzan ya a reintegrarle su aureola divina, puesto que no ha cumplido su famosa profecía y no ha vuelto a salvar a los millares de creyentes, que en aquella generación, diremos apostólica, lo estaban esperando con toda su fe, derramando por él hasta su sangre. No ha llenado entonces uno de los requisitos primordiales, el único quizás, que nos podría dar la certidumbre absoluta de su condición de enviado del Señor. Ninguna explicación, ningún sutil rodeo teológico podrá controvertir esta conclusión.

Es por esta razón que he querido tratar este asunto con tanto empeño, para que cada uno de mis lectores pueda darse cuenta y formarse un criterio propio, seguro e infalible sobre la cuestión de la divinidad de Cristo.

I
Los Milagros de Cristo

La fuerza probatoria de los milagros de Cristo sería evidenciada, si se pudiese demostrar, que sólo Cristo hizo milagros y que los hizo únicamente con la ayuda de Dios.

Pero resulta que se puede comprobar justamente lo contrario de ambas condiciones.

En efecto: el mismo Jesús confiesa: "Surgirán falsos Cristos y falsos profetas, y harán grandes signos y milagros" (Mat. 24, 24). Lo mismo asegura San Pablo del Anticristo diciendo: "Que se presentará con toda clase de prodigios falaces y milagros" (2. Tes. 2, 9). Y el Viejo Testamento cuenta, que los prestidigitadores del Faraón convirtieron varas en serpientes (Exod. 7, 12).

Quiere decir entonces, que no solamente fuerzas divinas, sino también otras, hasta contrarias a Dios, pueden hacer milagros. además, ¿no hay milagros en cada religión? ¿No reclama cada una de ellas prodigios en comprobación de su verdad? Luego los milagros no constituyen en sí un criterio suficiente para juzgar el origen divino o humano de una persona o doctrina; pues resultaría demasiado difícil, por no decir imposible, establecer en cada caso, si han sido efectuados por Dios, o por otra fuerza distinta. Doblemente resulta esto difícil con respecto a los milagros bíblicos, que hoy día nadie puede ya controlar. Ni siquiera podemos constatar si los evangelistas han podido y han querido decir la verdad al respecto.

Hemos visto por tanto, que Cristo no es el único que pretende haber hecho milagros; ahora veremos que tampoco los hizo, únicamente con la supuesta ayuda divina.

Es preciso darse cuenta de que si Cristo hubiese efectuado los milagros por ser Dios, o por tener una misión divina, el sólo poder

sobrenatural le habría bastado para producir toda pase de milagros. Pero, ¿qué es lo que vemos?

Cristo antes de hacer un milagro, exige siempre fe a los enfermos. Y cuando ésta falta, entonces ni el mismo Cristo puede hacerlos. Así le era imposible hacer milagros en su supuesta ciudad Nazaret. Dice San Marcos: "El no podía hacer allí milagros, sólo sanaba algunos enfermos poniéndoles las manos encima. Y se sorprendió por la incredulidad de ellos" (Marc. 6, 5). Mateo agrega a esto expresamente: "Por su falta de fe o hizo allí muchos milagros", (Mat. 13, 58.)

Asimismo exige Cristo fe a sus apóstoles, para que ellos, a vez, puedan hacer otros milagros. Guando después de la transfiguración en el Monte Tabor sus apóstoles no podían expulsar al diablo de un muchacho, Cristo lo sanó. Le preguntaron entonces sus discípulos: "¿Por qué no podíamos expulsarlo nosotros?" Jesús les contestó: "Por vuestra incredulidad. Porque aseguro, si tuviérais una fe, aunque sea solo tan grande como un grano de mostaza, podríais decir a esta montaña: muévete de aquí hacia allá, y se amovería y nada os sería imposible” (Mat. 17, 20).

Todo esto demuestra, lo que el mismo Cristo nos hace ver que su poder de efectuar milagros depende en primer término de la fe de los interesados. En términos más corrientes podríamos decir: de la sugestión, de esa sugestión que tanto auxilio puede prestar a las personas, hasta a los médicos en el ejercicio de su profesión.

El poder milagroso de esta fe lo he observado en Lourdes, donde en 1911 vi algunos milagros con mis propios ojos. Tuvieron lugar en la gran plaza delante de la basílica. Cada tarde se colocaban allí varios centenares de enfermos sobre catres, puestos en forma circular, mientras unos veinte, treinta y más miles de espectadores los rodeaban. Cuando llega el obispo con el Santísimo Sacramento, aquella hostia que, según la fe católica, esconde a Cristo, un cura en el medio del círculo empieza a rezar en alta voz: "Jesús, faites que je voie". -Jesús, haced que yo vea. Y todos los espectadores, con un solo grito al cielo, repiten: "Jesús, faites que je voie". Y sigue el cura con voz fuerte: "Jesús, faites que j'entende, faltes que je marche". Haced que oiga, haced que marche, etc. Cada vez más intensos se oyen estos rezos, mientras el obispo va de enfermo a enfermo tocando con la hostia sus pies. Era como en aquellos tiempos, cuando Jesús pasaba de un enfermo a otro para curarlos a todos. El entusiasmo crecía de minuto en minuto. Todo el mundo sabía que el milagro no había de faltar y estábamos sumamente ansiosos de ver uno. "Jesús, fils de David, ayez pitié de moi" - exclama el cura. Y grita la muchedumbre: "Jesús, hijo de David, tened piedad de mí", y he aquí, salta un enfermo de su cama, para tirarse de rodillas dando las gracias a Dios con una lluvia de lágrimas. Me contó luego que la fuerza milagrosa le había pasado como un rayo por su cuerpo. Hacía 11 años había caído de un techo, y desde entonces quedó paralítico. Ahora había sanado en un momento. También vi a una chica de 13 años, que en un solo momento recuperó la vista, habiendo estado ciega desde su infancia, según me dijo su madre. Me convencí que casi la única diferencia entre los milagros de Lourdes y los de Cristo es el número de enfermos curados.

Según la Biblia Jesús sanaba a todos los enfermos, mientras que el porcentaje de los enfermos curados en Lourdes es muy escaso. De 100 milagros del año anterior fueron solamente 16 aprobados por la comisión que los examinó. Lo que también llamó la atención de aquel entonces era el hecho de que la gran mayoría de los médicos (más o menos 100) que atienden allí a los enfermos permanecieron incrédulos a pesar de los milagros, a los cuales nadie mejor que ellos podían examinar. Seguramente pensaban como su compatriota Zolá, quien dijo de los milagros de Lourdes: "Les faits sont réels; mais cet homme n'était pas Dieu". Los hechos son verdaderos; pero este hombre (Cristo) no era Dios.

En efecto: los milagros de Lourdes son el resultado de la sugestión en un ambiente bien preparado, para que se produzcan aquellos fenómenos. Y si todavía no estamos en condiciones de explicar todos los milagros, algunos al menos han sido aclarados, no hallándose en ellos nada que pueda considerarse sobrenatural. Seguramente no dista mucha el día que la ciencia, que tantos secretos milagrosos supo explicar, quite el velo de todos ellos, sacando a la luz del día las verdaderas causas de los prodigios, y ese día habrá muerto el milagro y la fe.

Actualmente se consideran en Lourdes sólo unas 2 o 3 curaciones por año como milagrosas.

Respecto de los milagros de Cristo hay además, tres razones particulares, por las cuales no los podemos admitir como prueba fehaciente.

En primer lugar vemos que los Evangelios de los sinópticos (de Mateo, Marcos y Lucas) cuentan de una infinidad de personas endemoniadas, lo que llama poderosamente la atención. Ya de por sí difícilmente se admite un fenómeno que en estos tiempos modernos no se ha observado en ninguna parte, y que es tan contrario al buen sentido, que sólo se explica como imaginación de una época que vió hasta el aire lleno de espíritus, como leemos en las cartas de San Pablo (Efes. 6, 12). Según los Evangelios parece que la Palestina, en aquel tiempo, ha estado llena de estos endemoniados, cosa completamente inaceptable.

Pero ¿qué fe podemos tener en hombres con un criterio tan desviado y estrecho, que nos relatan semejantes fábulas? ¿Acaso son fidedignos en sus demás relatos? De ninguna manera.

En segundo lugar relatan los evangelistas una serie de milagros que francamente son inadmisibles desde cualquier punto de vista. Léase, por ejemplo, el siguiente milagro, que se encuentra en el Evangelio de Mateo: "Desembarcados (Jesús y sus apóstoles) en la otra ribera del lago, en el país de los gerasenos, fueron al encuentro de él (saliendo de los sepulcros, en que habitaban) dos endemoniados tan furiosos, que nadie osaba transitar por aquel camino. Y luego empezaron a gritar: ¿Qué tenemos nosotros que ver contigo, Jesús, Hijo de Dios? ¿Has venido acá con el fin de atormentarnos antes de tiempo?". No lejos de allí estaba una piara de cerdos paciendo. Y los demonios le rogaban de esta manera; "Si nos echas de aquí, envíanos a esa piara de cerdos: " Y El les- dijo: "Id". Y habiendo ellos salido (de los hombres) entraron en los cerdos; y he aquí que toda la piara corrió impetuosamente a despeñarse por un derrumbadero en el mar y quedaron ahogados en las aguas. Los porqueros echaron a huir, y llegados a la ciudad lo contaron todo, y en

particular lo de los endemoniados. Al punto toda la ciudad salió en busca de Jesús, y al verle, le suplicaron que se retirase de su país: ” (Mat. 8, 28 -34). Este relato huelga comentario.

En tercer lugar es sumamente extraño que San Juan en su Evangelio, cuenta una serie de milagros, de los cuales los sinópticos no saben nada. Y lo que más llama la atención, es que estos milagros son de los más grandes que Cristo ha hecho: por ejemplo, la resucitación de Lázaro, la transformación del agua en vino, la cura del ciego de nacimiento, etc.

Ahora bien; no es de suponer que justamente estos milagros, que causaron emociones muy fuertes en el pueblo judío, como lo atestigua el mismo San Juan, hayan sido desconocidos por los otros tres evangelistas. Ni tampoco puede suponerse que hayan sida callados intencionalmente, cuando justamente ellos serían la mejor prueba de la misión divina de Jesús, como demuestra San Juan, quien se aprovecha ampliamente de ellos para demostrar ese origen divino de Cristo, como él lo entendió.

Queda entonces la seria sospecha, de que San Juan con este fin los haya inventado.

Finalmente podríamos agregar, que hay una serie de contradicciones lisa y llanamente comprobadas entre los diferentes evangelistas. Recuerdo tan solo la cura de dos ciegos de Jericó según Mateo (Mat. 20, 30), en cuyo caso San Marcos dice, que era solamente un ciego (Mar. 10, 46). Tales contradicciones se encuentran en los Evangelios en casi todos los capítulos.

En vista de todo eso queda como única solución, que los milagros de Cristo, lejos de ser una prueba de su origen divino, son paralizados en su eficacia por la Profecía del Juicio Final, no demuestran nada, y hasta carecen de la seguridad respecto a su verdad histórica, lo que más todavía se comprobará en la siguiente parte de este libro.

Y para concluir: Si, según la misma Biblia, los judíos, testigos oculares de los milagros de Cristo, les negaron la fe, no veo por qué nosotros les prestemos esa fe, basándonos tan sólo en unos relatos de origen completamente dudoso.

La Doctrina de Cristo

Veamos ahora si la doctrina de Cristo, aunque tampoco ella pueda salvar su divinidad, tiene por lo menos un origen divino.

Para que tenga tal origen, es indispensable que esta doctrina esté libre de errores fundamentales. Porque aun cuando sean sublimes las enseñanzas de una persona, no puede admitirse su origen divino si hubiere errores esenciales en ellas.

Ahora bien: ya hemos conocido un error fundamental en la doctrina de Cristo: su profecía del Juicio Final, cuyo error evidencia en forma absoluta que ella era todo, menos divina.

Lo más notable es que Cristo completó este error mediante la descripción de lo que iba a suceder una vez que él hubiese vuelto al Juicio Final, mejor dicho, después que este Juicio hubiese tenido lugar.

En efecto, como atestigua la Sagrada Escritura, empezó Cristo su vida pública diciendo: "Reformaos pues el Reino del Cielo está cerca" (Mat. 4, 17). Poco después enseñó a sus apóstoles el Padrenuestro, en el

cual rezaban: "Que venga a nosotros tu reino" (Mat. 6, 10). Esta prédica del futuro reino se fundaba en la esperanza de todos los judíos, según la cual el Mesías tenía por principal objeto fundar un nuevo reino de Israel con una gloria y un esplendor paradisíaco. Cristo aprovechándose de esta esperanza de los judíos, no sólo no la destruyó sino que la alentó en cada oportunidad. Cuando la madre de los Zebedeos, Santiago y Juan, le pidió: "Di, que se sienten estos dos hijos míos, el uno a tu mano derecha y el otro a tu izquierda, en tu reino". Jesús respondió: "El sentaros a mi mano derecha y a mi izquierda no es mío darlo, sino a aquellos para quienes está preparado por mi padre" (Mat. 20, 20). Estas peleas de los apóstoles por los primeros asientos en el futuro Reino de Cristo eran diarias, y hasta en la última cena se repitió dicha escena tan desagradable. Pero con todo esto Cristo en ningún instante les quitó a sus apóstoles esa esperanza. Hasta el ladrón de la Cruz sabía de este reino de Jesús: "Señor, recuérdate de mí cuando vengas en tu reino" (Luc. 23, 42). Después de la Resurrección de Cristo los apóstoles le preguntaron: "Señor, ¿restablecerás ahora por fin el reino de Israel? Y Jesús les contestó: "No es dado a vosotros, saber los tiempos que el Padre ha prefijado en su potestad". (Actos 1, 7). Como se ve, Cristo no dice aquí que tal reino de Israel, esperado por ellos, sea una ilusión, sino que se limita a decirles que no se preocupen por la hora en que él realizará éste su sueño, puesto que la hora de tal realización depende del Padre. Con esto confirma Cristo la fe de los apóstoles en el futuro reinó de Israel.

Esta ilusión del gran futuro reino de Israel se refleja en todos los escritos de los apóstoles. A los corintios, que se vanagloriaban de ciertas preferencias, les escribe San Pablo: "¿Acaso ya habéis llegado al Reino? Ojalá estuviéreis en el Reino, para que nosotros también conjuntamente con vosotros pudiéramos reinar. " (1. Cor. 4, 8).

De este reino era naturalmente Jerusalén la capital, cuya descripción se encuentra en el Apocalipsis: ([24]) "Y llévome en una montañas alta y grande, y me mostró la gran ciudad santa de Jerusalén, que descendía del Cielo de Dios. Tenía la claridad de Dios, y su luz era semejante a una piedra preciosísima, como piedra de jaspe, resplandeciente como cristal. Y tenía un muro grande y alto, con 12 puertas, y en las puertas 12 ángeles y nombres escritos, que son los de las 12 tribus de los hijos de Israel: al Oriente 3 puertas, al Norte 3 puertas, al Mediodía 3 puertas y al Poniente 3 puertas. Y el muro de la ciudad tenía 12 fundamentos y en ellos los 12 nombres de los 12 apóstoles del Cordero. Y el que hablaba conmigo, tenía una caña de oro para medir la ciudad y sus puertas y su muro. La ciudad está situada y puesta en cuadro y su longitud es tanta como su anchura: y él midió la ciudad con la caña: 12000 estadios. La longitud, la altura y la anchura de ella son iguales. Y midió su muro: 144 codos de medida de hombre o sea del ángel. Y el material de su muro era de jaspe, mas la ciudad era de oro puro, semejante al vidrio limpio. Y las fundamentos del muro de la ciudad estaban adornados de toda clase de piedras preciosas: el primer fundamento era jaspe, v segundo zafiro, el tercero calcedonia, el cuarto esmeralda, el quinto sardónica, el sexto

[24] Desde 165 a. J. hasta 150 p. J. fueron una gran cantidad de Apocalipsis, todos con el objeto de expresar el deseo de libertad reinante entre los judíos. El Apocalipsis de la Biblia es uno de estos escritos y se atribuye equivocadamente al apóstol San Juan,

sandio, el séptimo crisólito, el octavo berilo, el noveno topacio, el décimo crisopraso, el undécimo jacinto, el duodécimo amatista. Y las doce puertas eran doce perlas y cada puerta era una perla. Y la plaza de la ciudad era de oro puro como vidrio transparente. Y no vi en ella templo alguno: porque el Señor Dios Todopoderoso es el templo de ella y el Cordero. Y la ciudad no tenía necesidad de sol ni de luna, para que resplandezcan en ella, porque la claridad de Dios la ilumina y el Cordero es su lumbrera. Y las naciones, que hubieren sido salvadas, vivirán en la luz de ella, y los reyes de la Tierra traerán su gloria y honor a ella. Y sus puertas nunca serán cerradas de día porque allí no habrá noche. Y llevarán la gloria y la honra de las naciones a ella. No entrará en ella ninguna cosa sucia o que hace abominación y mentira; sino solamente los que están escritos en el libro de la vida del Cordero" (Apoc. 21, 10).

A esta concepción completamente fantástica y material de la capital del reino futuro corresponde también la vida de sus habitantes. Ya una vez cuando Pedro interpeló a Cristo diciéndole: "Mira, nosotros hemos dejado todo y te hemos seguido: ¿qué, pues, tendremos por ello?" Cristo le contestó: "Amén os digo, que vosotros, que me habéis seguido, en la regeneración, cuando el Hijo del Hombre se siente en el trono de su gloria, vosotros también os sentaréis sobre doce tronos, para juzgar a las doce tribus de Israel. Y cualquiera que dejare casas o hermanos o hermanas, o padre o madre, o mujer o hijos, o campos por mi nombre, recibirá entonces cien veces tanto y heredará la vida eterna (en aquel reino)" (Mat. 19, 27). Parece, sin embargo, que las descripciones más claras que Cristo dió de la vida en este futuro reino no han sido puestas en los Evangelios. A pesar de esto nos fueron transmitidas por fuentes insospechables. Así el mártir Irineo, obispo de Lyon, muerto en 202, a quien la misma Iglesia considera como el intérprete más fiel de las creencias cristianas en tiempos de los apóstoles, dice en su tratado contra los herejes lo siguiente: "Los presbíteros que conocieron a Juan, el apóstol del Señor, se acuerdan haber oído de él, que el Señor sobre aquellos tiempos aseguraba lo siguiente: vendrán días en que crecerán vides, cada una con 10. 000 sarmientos, y en cada sarmiento habrá 10. 000 ramificaciones, y en cada ramificación 10. 000 brotes, y en cada brote 10. 000 uvas, y en cada una 10. 000 granos, y en cada grano al exprimirlo habrá 25 metretes (cerca de 1. 000 litros) de vino. Y si uno de los santos toma una de las uvas, la otra le dirá: yo soy mejor, tómame a mí y alaba al Señor por mí. De la misma aranera un grano de trigo, producirá 10. 000 espigas, y cada espiga 10. 000 granos y cada grano 10 libras de harina limpia y blanca. Y correspondientemente será también la cosecha de las demás frutas, semillas y hierbas. Quien no cree esto, es un infiel. Cuando Judas, el traidor no lo creía el mismo Señor lo retó y dijo: lo verán los que vendrán". (Adversus haer. 5, 33).

Se ve de qué ideas tan raras y diferentes de las nuestras estaban imbuidos los cristianos de aquellos tiempos respecto a la vida futura. No voy a recalcar aquí la mentalidad extremadamente infantil que deben haber tenido los primeros cristianos para poderlos ilusionar con semejantes creencias, pues pensando tan sólo en que para dar mil litros de vino que salen de cada grano, éste debería pesar 1. 300 kilogramos, y como hay 10. 000 granos en un solo racimo de uva, éste deberá pesar 13.

000. 000 de kilogramos; habiendo 10. 000 racimos en cada ramificación, toda la locura de semejante utopía está a la vista. Pero quien no lo cree es un infiel. Lo que, sin embargo, más nos interesa en este momento es la mentalidad del autor de aquella fantasía. No hay por qué dudar de que Cristo sea este autor. La personalidad de San Irineo es demasiado grande para dejar una duda al respecto. Pero en este caso nosotros -lejos de atribuir a Cristo un origen divino- podemos afirmar que si hoy viniese alguien prometiendo cosas análogas, todo el mundo lo creería afectado de locura y nadie le tomaría en serio. Además, como esta promesa del reino futuro no se cumplió ni se cumplirá jamás, tenemos aquí un valioso factor para juzgar el valor de la doctrina de Cristo.

El segundo error fundamental de la doctrina de Cristo, es su enseñanza de la providencia divina. En efecto, nadie como Jesús nos ha hablado tanto de un Padre inmensamente bueno, quien vigila sobre nosotros, y hasta sabe contar nuestros cabellos, de los cuales no deja caer ninguno sin su voluntad, quien da de comer a todos, hasta a los animales y a las plantas, cuanto más a los hombres. De suerte, que nadie necesita preocuparse del día siguiente. Dios ya sabe lo que necesitamos para comer, para beber y para vestir. "No os preocupéis de vuestra vida: qué comeréis o qué beberéis; ni por vuestro cuerpo: qué habéis de vestir. ¿No es la vida más que el alimento, y el cuerpo irás que el vestido. Mirad las aves del cielo: no siembran, ni siegan, ni recogen en graneros: sin embargo las alimenta vuestro Padre Celestial. ¿No sois vosotros mucho mejores que ellas?... Y ¿por qué os preocupáis de vuestro vestido? ¿Contemplad a los lirios del campo: no trabajan, ni hilan; mas os digo, que ni aun Salomón, con toda su gloria, fué vestido así como uno de ellos. Y si la hierba del campo, que hoy es, y mañana se echa al horno Dios la viste así, cuánto más a vosotros oh pusilánimes. No os preocupéis, pues, diciendo: ¿Qué comeremos o qué beberemos, o con qué sayos cubriremos?" (Mat. 6, 25 - 32; Luc. 12, 22)[25].

Esta doctrina de Cristo está en contraste muy grande con la realidad de las cosas. Toda nuestra vida nos enseña, que todos tenemos que luchar, tanto el hombre creyente, como el que no cree. No hay allí diferencia alguna. Y la vida nos enseña que esa lucha por el pan de cada día, es la lucha más dura para todo el mundo. La vida nos enseña que si Cristo dice que Dios no deja caer ni un cabello de nuestra cabeza sin su voluntad, y que cada niño tiene un ángel de la guarda, entonces es inconcebible, cómo en los grandes desastres, que han conmovido la tierra hayan perecido casi instantáneamente hasta cien millares de hombres y mujeres, ancianos, y niños; máxime cuando siempre, según la misma teoría. Dios mismo es la última causa de todas esas catástrofes.

En efecto: ¿dónde quedó el Padre Celestial, cuando mandó el Diluvio sobre la Tierra con el propósito de ahogar en él toda la humanidad, cuando sacudió la tierra de Lisboa, de Messina, del Japón y de otros cien lugares? ¿Dónde quedó aquella bondadosa Providencia, cuando en la China, en la India y, después de la guerra, en Rusia, murieron millones de niños inocentes por hambre y miseria? ¿Dónde quedó ese Padre Celestial,

---

[25] Seguramente Cristo aquí se olvidó decir: "Y no pongáis un pararrayos en la torre de cada iglesia".

cuando en Hiroshima y Nagasaki más de 300. 000 personas civiles: padres, madres, niños y ancianos fueron muertos mediante dos bombas atómicas?

¿Y no pasó cosa análoga en muchas ciudades de Europa Central?

¿No fueron expulsados unos 15 millones de personas de su hogar y llevadas, peor que animales, a varios centenares de kilómetros de distancia en medio de un invierno sumamente crudo, de modo que en esa vía crucis murieron más de 2 millones de esos seres desdichados?

¡Díganos el que cree en la "Divina Providencia": ¿Dónde quedó ella en todos estos acontecimientos? ¿Acaso era impotente frente a tales desgracias? ¿De qué sirve entonces?

¡Que contemple el lector el cuadro de estas plagas, que oiga las voces de madres desesperadas, y entonces me diga: ¿dónde queda aquél Padre del Cielo, quien, por cierto, puede ayudar, quien, si fuera un padre, un verdadero padre, debería también ayudar, y quien, sin embargo, y a pesar de todo lo que dice Cristo de él, no ayuda en absoluto, ni mueve el dedo siquiera para aliviar, aunque sea los últimos instantes de sus hijos, cuando hasta el enemigo más feroz se convierte en un amigo?

Con la misma razón con que Cristo nos habló de un Padre Celestial: "(quien hace salir su sol sobre malos y buenos y hace llover sobre justos e injustos" (Mat. 5, 45), con la misma razón podemos afirmar: quién en el Diluvio ahogó casi toda la humanidad, quién mandó matar por su pueblo Israel a todos sus enemigos, desde los ancianos hasta los niños; quién provocó, sin piedad ninguna, innumerables desastres; temblores, pestes, inundaciones, hambre, etc., que acabaron con millones de seres, y quién, después de una vida llena de miseria, lleva a la gran mayoría de la humanidad al infierno, para martirizarlos por toda la eternidad?

Esto es por cierto algo diferente de lo que dijo Cristo: pero es la verdad, la pura verdad.

(Que clase de creyentes quería Cristo, se ve claramente de las siguientes palabras: "Si alguno viene a mí, y no aborrece a su padre y madre, y mujer, e hijos, y hermanos y hermanas y aun también su vida, no puede ser mi discípulo" (Luc. 14, 26). ¿Qué diríamos si algún otro autor predicase semejante barbaridad?)

A estos errores de Jesucristo se agrega un tercero: la retribución del bien y del mal en el otro mundo.

Todos sabemos que, según, la doctrina de Cristo, los buenos serán recompensados en el Cielo y los malos castigados en el infierno.

Hay unas cuantas razones muy poderosas contra esta doctrina de Jesús.

Primero: la incalificable injusticia que existe entre el pecado y su pretendido castigo.

Para ser condenado al infierno eterno basta, según Cristo, el haber llamado "impío" a su hermano (Mat. 5, 22). Asimismo, basta el no haber hecho obras de caridad (Mat. 25, 31).

Ahora bien, si existe una Justicia divina que castiga en el otro mundo las faltas cometidas en éste, el castigo deberá estar en la más exacta relación con la magnitud del pecado. De lo contrario Dios se convertiría en un verdugo, y éste sería el caso, si por un pecado, aunque sea grave,

se impusiese un castigo eterno. La misma justicia humana sólo condena a prisión perpetua, cuando se trata de un verdadero criminal, cuya libertad es un peligro para la sociedad. Cuanto más grande debería ser un crimen que merece el infierno eterno.

Segundo: las penas del infierno exceden según los teólogos, cualquier imaginación, y consisten especialmente en un fuego eterno, que tortura en forma indescriptible a los condenados, de manera que no hay comparación posible con cualquier dolor terrestre. Respecto a esta doctrina recordamos, que hoy día la humanidad ha llegado a la convicción que los métodos de puros vejámenes, aplicados a criminales en tiempos anteriores, deben ser abolidas. Pues no tienen sentido, sobre todo, no producen ninguna enmendación. Este es el caso de las penas del infierno que son simplemente torturas, sin que corrijan a ningún condenado. Y si la misma humanidad considera inhumanas las crueldades, aún cometidas contra criminales, cuanto más inhumano debe considerarse un infierno eterno lleno de torturas en castigo, no digo por crímenes, sino por uno que otro de aquellos pecados graves teológicos.

En efecto ¿sería acaso digno de un Dios, llenar el infierno con innumerables millones de sus propias criaturas, que allí se debaten en los dolores más horribles, sin alivio alguno y sin descanso, sin esperanza alguna, por toda la eternidad?

Tercero: ¿Cómo podrá existir al lado de este cuadro de un Dios sin ninguna clase de conmiseración y compasión con aquellos seres condenados, el cuadro de aquel bondadoso Padre Celeste, quien hace salir su sol y hace llover sobre buenos y malos, y quien tanto se preocupa de todos nosotros? Y ¿dónde queda aquel Dios tan amante de los pecadores, y que busca de todos modos salvarlos, cuando este mismo Dios, si el pecador por una casualidad muriera, sin tener tiempo para arrepentirse, se convierte de repente en un juez severo, con un alma de verdadero verdugo? ¿Puede haber un contraste y una contradicción más grande?[26]

Cuarto: y si ahora nos acordamos que el género humano existe desde hace unos 30 millones de años, mientras que la religión cristiana apenas, si, unos dos mil años y la religión judaica unos tres mil; si se toma además en cuenta que, hoy por hoy, los cristianos numéricamente forman sólo un tercio de la humanidad y los verdaderos cristianos "escogidos para el Cielo" constituyen a lo sumo el uno por ciento, mientras que todo el resto de la humanidad o sea el noventa y nueve por ciento pertenece a la "masa damnata" (masa condenada al infierno), ¿no resulta entonces tal orden del mundo un verdadero manicomio?

---

[26] Que nadie crea, que hablo aquí "pro domo" o que tenga miedo al infierno.
Desde que me di cuenta de la verdad, he cerrado mi balance con el cielo y el infierno. Sí, señores teólogos: vuestro cielo se lo regalo y vuestro infierno no me asusta. Ni me sentiría cómodo en el cielo. El ambiente no me gusta. Y si supiera que uno de los seres que he querido en este mundo, está agonizando en los eternos suplicios del infierno mientras que yo estuviera saboreando los placeres celestiales, se me acabaría el apetito. No esperen que voy a cambiar de idea en mi hora de muerte; la vi mil veces y nunca me asustó. Ya se lo que mienten de un Voltaire y otros.
Además no hay que tomar en cuenta lo que dice un hombre, cuando está atacado de senilismo o cuando está agotado o agonizando, sino cuando tiene el vigor de su salud y la plenitud de sus fuerzas corporales y espirituales.

Qué sentido tendría en vista de todo eso la redención de Cristo, cuando ésa apenas afecta al uno por ciento de todo el género humano?

Quinto: finalmente, si el cristiano sólo es virtuoso, para que Dios le dé en premio la felicidad eterna en el Cielo, ¿qué valor tendría tal virtud mercenaria? Y si él con sus sacramentos, indulgencias, misas, rosarios, peregrinaciones, etc., tiene un camino bien preparado, mientras que el pobre pagano ni siquiera conoce estas cosas, y con su pecado original ya está de por sí excluido del Cielo, bastando un solo pecado grave para que Dios lo condene al infierno eterno, ¿qué clase de virtud representa entonces esa famosa virtud cristiana, que será premiada con el Cielo? ¿Acaso creó Dios, el Ser Supremo, una clase de nobles privilegiados, que ya por su solo nacer de padres cristianos están dotados de toda clase de comodidades; mientras que ese mismo Padre Celestial haya puesto a todo el resto del mundo en condiciones inferiores a la de los parias? Es, por tanto, la doctrina de la retribución eterna, tal como Cristo la enseñó, un error muy grande y una creencia sólo apta para hombres con una estrechez e ingenuidad de espíritu, como la que tenían los entonces habitantes de la Palestina. Pero tales doctrinas resultan ser en realidad una verdadera burla del espíritu humano, quien en el curso de los tiempos se fue librando de mitos y leyendas, llegando así a la madurez necesaria, para formarse un criterio propio e independiente, sin perjuicios de ninguna clase.

Y por la misma razón nuestra inteligencia rechaza cualquier doctrina absurda, venga de donde venga.

Son así las enseñanzas de Cristo, aquí tratadas, una prueba concluyente, de que ellas no tienen origen divino alguno, y de que su autor no puede haber sido Dios.

Conclusión

Hemos tratado con toda imparcialidad la cuestión de la divinidad de Cristo en esta primera parte del libro.

La misma Sagrada Escritura, bien entendida y bien interpretada, dándole a sus palabras el sentido que la mente de sus autores quería darles, hace claramente ver que ni Cristo ni sus apóstoles pretendían aquella divinidad que hoy día la teología católica le atribuye.

El fracaso rotundo de la profecía de Cristo, respecto a su próxima vuelta al mundo, constituye otro argumento más formidable todavía en contra de esa divinidad y hasta provoca necesariamente las dudas más severas y más serias sobre su persona.

Finalmente hemos visto que ni los milagros ni las doctrinas de Cristo pueden admitirse como una prueba en favor de su origen divino; muy por el contrario constituyen una aseveración del origen puramente humano de su autor.

De modo que hemos establecido por todos los medios a nuestro alcance, cuánto se puede decir sobre el verdadero origen de Cristo, si era divino o humano. El resultado, al cual hemos llegado, tendrá una amplia confirmación en la segunda parte.

Segunda Parte

Dios y la Biblia, introducción

Lo visto en la Primera parte de este libro, ha despertado una justificada duda, no solamente respecto de la persona de Cristo, sino también en lo que se refiere a la religión cristiana en general.

Por esa razón examinaremos los mismos fundamentos de esta religión, para conocerla a fondo, y formarnos un juicio acabado sobre ella.

Ahora bien: las religiones se distinguen entre ellas principalmente por dos elementos, que son: su Dios y los libros sagrados que les sirven de documentación acerca de su origen sobrenatural. En efecto, si nosotros rechazamos una religión cualquiera, es porque no creemos en el Dios de esta religión ni en los libros sagrados que posee. Así por ejemplo rechazamos a la religión mahometana, porque no creemos en su Dios Aláh ni en el Corán.

Luego si queremos examinar la religión cristiana, para saber si eso no la religión verdadera, debemos fijarnos en aquellas mismas dos cosas; a saber: en su Dios y en sus libros sagrados, o sea la Biblia. Irme aquí el objeto de nuestras consideraciones.

Capitulo Primero

El Dios del Viejo y Nuevo Testamento

Prescindiendo de la religión pagana, que confunde la idea de Dios con ídolos falsas, todas las grandes religiones, como también los grandes filósofos, declaran que Dios es el Ser Supremo de una perfección absoluta y eterna.

Pero dentro de este concepto general de Dios, se han formado ideas completamente diferentes sobre el Ser Supremo. He aquí las principales:

Los unos declaran que Dios es inmanente a la naturaleza. Según ellos, todo el Universo incluso el hombre, es una manifestación directa de Dios, el cual identifica su Ser con el mundo.

Dos son los representantes principales de esta idea de Dios, a saber: el materialismo y el panteísmo. Aquel considera que toda la naturaleza es materia y éste que es espíritu.

A este respecto sabemos hoy, gracias a la Ciencia Atomar (véase "La Sinfonía del Universo" del autor, Ediciones Zamora[27]), que las últimas unidades, seres energéticos, de que está formado todo el Universo, no son materiales sino inmateriales.

[27] “La Sinfonía del Universo”. Tiene un trabajo al final fechado: En las Islas del Delta del Paraná, el 25 de julio de 1953. Primera edición, octubre de 1953, en Internet figura como editado en 1954. En ese momento su autor tendría unos 64 años. C. Báez Jun 2004

De ello se desprende que el materialismo, filosofía básica del Comunismo, carece del fundamento científico, que pretendía tener.

La otra idea de Dios sostiene que el Ser Supremo no es sólo inmanente a la naturaleza, sino que está también por encima de ella, como su absoluto dueño y creador.

Dos son también aquí los representantes principales de tal idea de Dios: el deísmo y el teísmo. Aquel asevera, que Dios creó el mundo, dándole su fin y objeto, y la facultad necesaria para obtenerlo; sin que él necesite influir en un modo especial (por creaciones, milagros, etc.), sobre su curso ulterior, modificándolo. El teísmo en cambio afirma que Dios constantemente vigila su obra y la modifica. Muy especialmente insiste en la creación independiente del hombre y en la recompensa del bien y el castigo del mal en el otro mundo.

Hay matices dentro de estas ideas de Dios, pero en general son éstos los conceptos más difundidos sobre el Ser Supremo.

No es aquí el lugar de discutir cuál de las cuatro diferentes ideas expuestas es la verdadera. Tengo la convicción de que al mismo Ser Supremo poco le puede interesar lo que pensamos de él, y si tenemos o no la verdadera idea del mismo.

Pero por más diferentes que sean las ideas relativas a Dios, todas coinciden en un punto: en que al Ser Supremo no se le puede atribuir ninguna acción, intención o cualidad depravada o nefasta. Es justamente esta la razón, por la cual nosotros, como hombres modernos rechazamos p. ej. los dioses de los griegos y romanos, porque estaban envueltos en pasiones humana. Y por la misma razón no reconocemos a los ídolos paganos.

Generalizando este concepto, podemos afirmar que cualquier Dios, a quien se atribuyen acciones depravadas o pasiones humanas, no es más que un ídolo. En ningún caso tal "Dios" puede identificarse con el Ser Supremo. Es un criterio completamente sano que nadie puede rechazar. De lo contrario podríamos venerar cualquier ídolo como Ser Supremo, y todas las religiones tendrían igual valor.

Ahora bien: sabemos que el Ser Supremo de la religión cristiana es idéntico al Dios Jahvé de los judíos. Es un hecho que nadie discute; más aún: es un dogma de la Iglesia católica. Y sólo así se explica que en la Iglesia católica los libros del Viejo Testamento tienen igual valor que los del Nuevo; porque según la doctrina teológica y el dogma cristiano el uno y el otro están de igual modo inspirados por Dios. Hay que creer en ambos, aunque las leyes ceremoniales de Moisés han sido abolidas por Jesucristo.

Por tanto, como el Viejo Testamento ha sido inspirado por el mismo Dios que dictó el Nuevo y como este Dios es el Ser Supremo de la religión cristiana, todo cuanto se dice en ambos Testamentos de este Dios vale para el Ser Supremo de los cristianos.

Sentado esto, nos preguntamos ahora: ¿Qué nos dicen de Dios el Viejo y el Nuevo Testamento?

I
Dios en el Viejo Testamento

El Dios de los judíos tenía y tiene el nombre: Jahvé. Al observar lo que dice la Biblia en el Viejo Testamento de este Dios Jahvé, debemos francamente confesar, que es impasible reconocer en él el Ser Supremo.

Nos limitamos a indicar sólo tres razones:

Primera: la excesiva crueldad del Dios Jahvé.

Segunda: la amistad íntima de Jahvé con personas de absoluta inmoralidad y cuyos instintos perversos son fomentados por él.

Tercera: la exclusiva protección que Jahvé proporciona a su “pueblo escogido" Israel, exterminando él a los demás.

Respecto del primer punto encontramos en la Sagrada Escritura del Viejo Testamento una serie de pruebas tales, que fácilmente se demuestra que Jahvé no es más que un ídolo nacional cualquiera.

En efecto, la sola expulsión de Adán y Eva del Paraíso, condenándolos Jahvé a ellos y a toda su posterioridad, o sea a toda la humanidad a sufrimientos, a enfermedades y la muerte, sólo por haber comido la pareja una manzana, es crueldad digna de un verdugo, pero no del Ser Supremo (Gén, 3, 1- 24).

Otra prueba de esta crueldad es el Diluvio, donde Jahvé arrepintiéndose de haber hecho al hombre" (Gén. 6, 6) ahogó a todos: hombres y mujeres, ancianos y niños, salvándose tan sólo la familia de Noé. Quien imagine un solo momento el cuadro terrible, provocado por este desastre, no podrá creer, que el Ser Supremo haya causado deliberadamente semejante desgracia.

Pero todavía se nota más esa crueldad de Jahvé, cuando leemos, que él encarga a su pueblo de Israel exterminar a todos sus enemigos juntamente con sus familias.

Así leemos en el libro Deuteronomio (7, 16): "Aniquilarás a todos los pueblos, que el Señor, tu Dios, te da en tu mano. No los perdonará tu ojo". Los judíos, al entrar en Palestina, cumplieron literalmente con este mandato de Jahvé, empezando con la ciudad de Jericó: "Y ellos mataron toda la gente en la ciudad: hombres y mujeres, tiernos niños y ancianos" (Josué 6, 21). Sólo perdonaron la vida a la ramera Rahab, en cuya casa sus espías habían vivido.

Hasta se encolerizó Jahvé si los judíos -más compasivos que su propio Dios- alguna vez perdonaron la vida a los vencidos. He aquí lo que leemos en el libro (Números 31, 14)

"Y Moisés enfureció contra los capitanes. del ejército, contra los tribunos y centuriones, que volvieron de la guerra; y díjoles: ¿por qué habéis dejado vivir las mujeres?... Matad pues ahora todos los varones entre los niños y las mujeres que hayan conocido a hombres acostándose con ellos; pero todas las niñas, que no han conocido un hombre, dejadlas vivir para vosotros". Huelga el comentario sobre la barbarie que en este párrafo se le atribuye al Ser Supremo.

Observo expresamente, que no se trata de uno que otro caso aislado de crueldad, sino que, precisamente en la conquista de Canaan, hechos idénticos son tan frecuentes que solamente un individuo dotado de los más bajos instintos puede haber ordenado semejantes crímenes.

Léase al respecto: 4. Moisés 31, 1- 2; 5. Mois. 20, 16; Jos. 6, 17 - 24; Jos. 11, 14 -15; Jos. 11, 20 y muchos otros relatos.

Si hoy el mundo civilizado entero con razón se estremece ante los horrores, cometidos por las hordas comunistas [28]en Hungría[29], debería estremerse mucho más aún por las atrocidades, cometidas -según la Biblia- por los judíos en su conquista de Canaan, no sólo porque han sido igualmente terribles o aún más, en cuanto al número de víctimas y la crueldad de esos agresores, sino porque esos crímenes están en la Biblia y han sido llevados acabo por instigación y con el expreso consentimiento y la ayuda sin reserva del "Dios" Jahvé, adorado por judíos y cristianos[1].

En Nuremberg[30], un general en jefe del tipo Jahvé hubiera sido condenado de criminal, lesa humanidad N° 1 y lo habrían colgado en la horca más alta.

¡Y a semejante figura monstruosa se pretende hoy todavía atribuirle el título de Ser Supremo!

En segundo lugar, fijarnos nuestra atención en la íntima amistad de Jahvé con personas de una notoria inmoralidad.

Citamos en primer término al "gran" patriarca y padre de todos los judíos: Abraham. La moral de este personaje está caracterizada por la siguiente narración de la Biblia: "Cuando Abrám[31] estaba por entrar en Egipto, dijo a Sarai su mujer: mira, yo sé que eres una mujer hermosa. Si los egipcios te ven, dirán: es su mujer y me matarán a mí, y a tí te reservarán para ellos. Diles pues, que eres mi hermana, para que yo sea bien recibido por el amor que te hacen, y salva mi vida por el respeto que te tienen. Y sucedió que, cuando Abrám entró en Egipto, los egipcios vieron que la mujer era muy hermosa. Y los cortesanos avisaron al Faraón. Así fué llevada la mujer a la corte del. Faraón. Y por respeto de ella trataron bien a Abrám, y él adquirió ovejas y vacas y asnos y siervos, criadas y asnas y camellos. Pero Jahvé castigó al Faraón y a su corte con plagas muy grandes por causa de Sara¡, la mujer de Abrám. Entonces el Faraón hizo llamar a Abrám y dijo: ¿Qué es lo que has hecho? ¿Por qué no me declaraste que era tu mujer? ¿Por qué me dijiste: «es mi hermana» dándome así la oportunidad de dormir con ella? Ahora toma tu mujer y vete. Y entonces el Faraón dió orden a su gente acerca de Abrám y le acompañaron a él y a su mujer con todo lo que tenía" (Gén. 12, 11).

Es realmente estupendo, con qué frivolidad se mezcla aquí al Ser Supremo en un negocio tan sucio; pero casi más estupenda es la fe que

---

[28] No quepa la menor duda de que el único camino para liberar al mundo, es el que señaló el pueblo húngaro, y no el de bombas atómicas.

[29] Alusión a la entrada de los tanques rusos en Budapest para aplastar a los rebeldes húngaros en 1955-56. C. Báez

[30] Referencia a la Corte de los Países Aliados para Criminales de Guerra . Este comentario no debió estar en la primera edición del texto.
El Proceso de Nuremberg fue llevado a cabo después de la II Guerra Mundial contra los dirigentes y organizaciones nazis y jefes militares alemanes (20 noviembre 1945-1 octubre 1946). El tribunal interaliado estaba compuesto por representantes de Gran Bretaña, EE.UU., Francia y la URSS. Las acusaciones principales se referían a la perpetración de crímenes de guerra, crímenes contra la humanidad, guerras de agresión, muerte de prisioneros y desplazamientos de la población civil para trabajos forzados. De los 22 acusados, fueron condenados a muerte Goering, Ribbentrop, Streicher, Frick, Sauckel, Seyss-Inquart, Rosenberg, Kaltenbrunner, Frank, Keitel, Jodl y Bormann. Encic. Salvat

[?] Más tarde cambió Jahvé el nombre de Abrám en Abraham, y el nombre de Saraí en Sara. Gén. 17-5 y 15).

[31]

acepta tan ciegamente un Dios tan poco divino y tan impúdico, el cual, por colmo castiga al rey no culpable en vez de al culpable Abrám.

El buen negocio, que Abrahám había hecho con la ayuda de Jahvé, y la prostitución de su mujer, lo animó para emplear

por segunda vez este "ardid". Relata la Biblia: "De allí partió Abrahám a la tierra del Mediodía y quedó entre Gades y Shur, estableciéndose como extranjero en Gerar. Y habiendo de Sara, dió a entender que era su hermana. Por eso Abímelech, rey de Gerar, hizo venir a Sara y se posesionó de ella. Pero Dios apareció de noche en el sueño a Abimelech, y le dijo: mira, morirás por haber tomado la mujer que está casada. Mas, Abimelech no había tocado todavía a Sara y contestó: ¿Cómo, Señor, tú castigarás con la muerte a un ignorante, pero justo e inocente? ¿leo me dijo él mismo: es mi hermana? Y también ella confirmó: es mi hermano. Yo procedí con corazón sincero e intención pura. Y Dios le dijo: también yo sé que obraste con corazón sincero y por eso te he amonestado, de no pecar contra mí; y no permití que la tocases. Ahora pues, devuelve la mujer a su marido; porque es profeta y él rezará para ti y vivirás... Entonces Abraham rezó, y Dios sanó a Abímelech y a sus mujeres, y concubinas y ellas parieron. Pues el Señor había cerrado la vagina de todas las mujeres de la casa de Abimelech (¡Que ocupación divina!) por causa de Sara, mujer de Abrahám" (Gén. 20, 1-17).

De suerte que Jahvé, en vez de castigar al verdadero culpable Abrahám amenaza a Abimelech con la muerte, a pesar de que el mismo "Dios" declara que Abímelech no tenía culpa ninguna. Pero el uno se llama Abrahám y el otro Abímelech. Más aún: Jahvé presenta a Abrahám como su profeta y lo hace rezar en favor de Abímelech, para que él y sus mujeres sean curados de esa extraña enfermedad, que Jahvé les había enviado.

¿Puede haber un antropomorfismo más infeliz y deshonesto del que acabamos de ver? ¿Qué son Zeus o Júpiter en comparación con este Jahvé? Angeles son, pobres inocentes que, si pecaban lo hacían sin malicia, pero no como Jahvé, quien presta aquí su título de Ser Supremo para justificar y santificar los bajos instintos de un verdadero perverso.

Es de observar que toda la familia de Abrám o Abrahám era de la misma inmoralidad.

Su hijo Isaac imitó el ejemplo de su padre en Gerar, con el mismo Abimelech (o su hijo). Menos mal que:

“Abimelech rey de los Filisteos, mirando por una ventana, vió a Isaac que jugaba con Rebeca, su mujer" (Génesis 26, 8).

Así se dió cuenta de que Rebeca era la mujer de Isaac, y pudo evitar el desastre, que había tenido él (o su padre) con la mujer de Abrahám.

Lot, el sobrino de Abrahám, ofreció a la muchedumbre congregada delante de la puerta de su casa, sus dos hijas vírgenes:

"He aquí ahora yo tengo dos hijas que no han conocido varón; os las sacaré afuera y haced de ellas como bien os pareciere” (Gén. 19, 8).

Lo que hubiera pasado a esas dos hijas lo leemos en Jueces 19, 25:

"Tomando aquel hombre su concubina, sacósela fuera: y ellos la conocieron y abusaron de ella, toda la noche hasta la mañana".

Luego el hombre la descuartizó.

El nieto de Abraham, Jacob, el gran favorito de Jahvé, extorsionó a su hermano, moribundo de hambre, el derecho de primogenitura (Génesis 25, 30 a 34).

Engañó a su padre Isaac moribundo, haciéndose pasar por Esáu, para recibir la bendición correspondiente al primogénito (Gén. capítulo 27).

A su suegro le quitó en un "trabajo" de 20 años toda la riqueza, ayudándole Jahvé en esta tarea con todos los medios a su disposición (Génesis 31, 9).

Las dos hijas de su sobrino Lot emborracharon a su padre, para dormir con él (Génesis 19, 30 - 32). Su biznieto Judá durmió con su propia nuera, y la Biblia cuenta todo el comercio que se hizo entre los dos para llevar a cabo esta empresa (Génesis 38, 10 - 30).

En segundo término nombramos a Samsón. Cuenta el libro “Jueces" que Samsón había dado a sus amigos un enigma, prometiéndoles trajes, si lo resolvieran. Los amigos supieron la solución por intermedio de su mujer y exigieron de Samsón los trajes. Entonces, dice la Sagrada Escritura, "El espíritu de Jahvé descendió sobre él y fue a Ascalón, matando allí treinta hombres, a los cuales quitó los vestidos, para dárselos a aquellos que habían resuelto su enigma" (Jueces 14, 20).

Otra vez, cuando el "Espíritu del Señor" nuevamente había descendido sobre Samsón, tomó éste las quijadas de un asno y mató con ellas a mil hombres (Juec. 15, 15).

De suerte que Jahvé se asocia con una verdadera bestia humana, ayudándole en la realización de sus perversidades.

El tercer favorito de Jahvé que vamos a citar, es el "santo" rey David, quien figura también entre los santos más grandes de la Iglesia católica. Veamos algunas pruebas de su santidad.

Relata la Sagrada Escritura que David adquirió la hija menor del rey Saul por el precio de cien prepucios que había cortado a los Filisteos, vencidos por él.

Hecho rey, se procuró en primer término un regio harén, lleno de mujeres hermosas, probablemente para cantar con ellas de noche los salmos, que durante el día había fabricado a Jahvé. En ese su harén recibió también las visitas nocturnas y revelaciones de Jahvé.

Para tomar posesión de Betsabé, la mujer de uno de sus capitanes hizo matar a éste por traición. Y a los hijos de Saul, rivales indefensos y sin influencia alguna, los entregó a los Gabaonítas, la tribu más enemiga de la familia de Saul, "a fin de que fuesen crucificados para el Señor de Gabaá" (2. Samuel 21, 6-9).

Siendo viejo, como tenía frío de noche, hizo buscar la más linda muchacha del país, una Sunamita, para que lo "caliente" con su cuerpo (1. Rey. 1, 2 - 4). La Biblia cuenta que él no embarazó a la muchacha y quiere alabar al "santo" rey por esta castidad, declarando por continencia la absoluta impotencia de este viejo vividor. Lo mismo hace el gran San. Agustín, quien en uno de sus sermones felicita al rey por este alto ejemplo, como puede ver en la correspondiente Segunda nocturna (Parsvrnalis) del breviario. Lógicamente debiera San Agustín estimularnos a imitarlo; pero parece que se olvidó de este detalle. Como

dice el refrán: Quod licet Jovi, non licet bovi (Lo que hace el rey, no se permite a la grey). Así como David da gusto ser santo.

Finalmente citamos a Salomón, el gran hijo de David, conocido por su sabiduría y santidad. He aquí cómo había asimilado en el elevado ejemplo de su santo padre.

Subraya la Sagrada Escritura con verdadero orgullo que Salomón tenía "700 mujeres que eran como reinas, y 300 concubinas" (3. Reyes 11, 3). Esto no impidió que Jahvé lo visitara de noche en su harén, y lo tratara de amigo íntimo, dándole revelaciones y realizando todos sus deseos. ; Qué amistad entre el Ser Supremo y un rey tan mujeriego! Salomón también es el autor del Cantar de los Cantares, una canción pornográfica que destila gota a gota y da expansión a la lujuria de su autor y en la cual no se percibe el más leve asomo de religiosidad y elevación espiritual.

Basta y sobra. Nadie, que haya leído con atención los hechos relatados sobre Abraham, Samsón, David y Salomón, podrá negar que es inadmisible, que Jahvé haya sido el Ser Supremo. Sería sencillamente indigno de él y hasta un insulto, atribuir a Dios semejantes amistades. Si no fuera por la Iglesia cristiana que sigue sosteniendo la Biblia, si estos relatos se encontrasen en otro libro, sería suficiente prueba para negarle cualquier origen divino, y nadie aceptaría un "Dios" tan monstruoso. Está demasiado a la vista, que todo este trato de Jahvé con aquellas personas no tenía otro objeto que el de cimentar la autoridad de ellos y vendar los ojos a un pueblo sumamente crédulo y sin criterio alguno. Por eso incumbe a nosotros el deber de aclarar la verdad y no permitir que el nombre del Ser Suprema se revuelque en el cieno[32].

Al mismo resultado llegamos observando que Jahvé sólo brinda su protección al pueblo de Israel.

En toda la Biblia se observa, que a Jahvé le interesa únicamente la suerte de los judíos: les promete y les da la Palestina, les ordena matar a todos su habitantes; él elige a sus reyes, y él vela en cada momento sobre la suerte de su escogido pueblo. Mientras los judíos le sirven fielmente pueden contar con la protección incondicional de Jahvé, cuyo amparo pierden, cuando no cumplen con él en la forma deseada, particularmente cuando se entregan a la idolatría. ¿Quién no ve en todo esto las maniobras hábiles de la poderosa casta de los sacerdotes judíos?

¿Quién no se da cuenta que Jahvé era para Israel lo mismo que en los países limítrofes, Ra o Amón para los egipcios, Sin para los caldeos, Asur para Asiria, Marduc para Babilonia, Baal y Astarté para Fenicia?

En efecto, quien conoce la historia de todos estos pueblos ha leído sus libros "sagrados", sabe que aquellos dioses conversaban con los reyes de sus países respectivos en igual forma que Jahvé con los reyes de Israel, haciendo también revelaciones, dando órdenes, etc. En una palabra, no hay diferencia alguna entre Jahvé y aquellos ídolos.

---

[32] Si los teólogos cristianos alegan que aquellos pueblos y hombres tenían una cultura muy inferior a la nuestra, no descargan con ello la conducta de Jahvé que, en ningún momento podía hacer causa común con acciones inmorales y fomentar los vicios. Justamente el que Jahvé ha hecho esto, es la prueba más irrefutable de que no ha sido el Ser Supremo, sino un vulgar ídolo nacional., Mezclar el nombre del Ser Supremo con tales inmundicias, obscenidades y monstruosidades es la más grande ofensa de lesa Majestad Divina.

Quiere decir, entonces, que Jahvé era uno de ellos, el ídolo nacional de los judíos, no teniendo nada que ver con el Ser Supremo.

II
El Dios del Nuevo Testamento

Ya hemos dicho que debido a Cristo y a los apóstoles la Iglesia Cristiana reconoció a Jahvé como, Ser Supremo. En efecto, tanto Cristo como los apóstoles invocaron para su doctrina en cada momento el Viejo Testamento y nunca negaron a Jahvé.

Sin embargo, Cristo se da por el Hijo de Dios, del mismo Dios (le los Judíos como hemos visto. Y a menudo reconoce expresamente la identidad de Jahvé con el Ser Supremo que él mismo predica. Así, cuando los Saduceos le interpelaron por la resurrección que ellos negaban, Cristo les contestó: "Respecto de la resurrección, ¿no habéis leído lo que Dios mismo os dice?: Yo soy el Dios de Abrahám, el Dios de Isaac, el Dios de Jacob, pero Dios no es un Dios de los muertos, sino de los vivos" (Mat. 22, 31). (Mal invoca Cristo aquí el Antiguo Testamento, pues éste niega rotundamente la vida después de muerto, como se ve de los siguientes textos:

"Pues los muertos no alaban a Jahvé, ni cuantos descienden a la tumba" (Salmo 113).

"¿Acaso mostrarás tus milagros a los muertos, o los resucitaran los médicos para alabarte? ¿Será celebrada en el sepulcro tu misericordia, y tu fidelidad en la putrefacción?" (Salmo 87)

"Porque de los muertos. Jahvé, nadie te alaba; y en la tumba ¿quién alabará tu nombre?" (Salmo 6).

Más claro todavía dice el predicador (Eclesiastés):

"Pues la suerte de los hijos de los hombres y la suerte de los animales, es una misma suerte: como éstos mueren, así aquellos. Un mismo espíritu tienen todos; ni tiene más el hombre que la bestia, pues todo es vanidad. Todo va a un lugar; todo está hecho de polvo y todo volverá al mismo polvo". (Pred. 3, 19).

Y en otro lugar dice: "Pues en la tumba, adonde tú vas, no hay actividad, ni reflexión, ni ciencia, ni sabiduría". (Pred. 9, 10).

Quiere decir, que el mismo Dios que inspiró el Viejo y el Nuevo Testamento, niega en el primero y afirma en el segundo la existencia del alma después de la muerte. ¡Hermosa demostración de la inspiración e infalibilidad de la Biblia! (Martín Fierro diría: ¡Cómo se pisan el poncho!)

Cristo, citando aquí el texto de un libro del Viejo Testamento (Exodo, 3, 6) y atribuyéndolo a Dios, reconoce en Jahvé el Ser Supremo. Manifestaciones semejantes hay muchas en el Nuevo Testamento, tanto por parte de Cristo como de los apóstoles.

Esta sola identidad bastaría para rechazar en definitiva la idea de Dios del Nuevo Testamento; pero hay también otras razones.

Ya al tratar la doctrina de Cristo en la Primera Parte, señalamos insistentemente la monstruosa crueldad que la doctrina cristiana atribuye a su Dios. Hemos visto entonces que toda nuestra humanidad se opone a tal concepto de Dios, rechazándolo por completo.

Pero rehusamos también el otro extremo en que cayó esta misma doctrina, que caracteriza al Ser Supremo como a un bondadosísimo Padre Celeste que se afana en dar de comer, beber Y vestir a todo el mundo y hacer bien a buenos y malos.

Todas estas humanizaciones constituyen una verdadera degeneración del concepto del Ser Supremo.

Finalmente no podemos aceptar la idea cristiana de Dios por el misterio de la Santísima Trinidad. Esta doctrina recién se formó en el cuarto o quinto siglo. No sólo es absolutamente ajena al Nuevo Testamento, sino también contraria a nuestra razón.

No voy a desarrollar aquí largamente la explicación teológica de este "misterio" tan sutil; basta decir que la doctrina católica de la Santísima Trinidad es el simple producto de una excesiva imaginación teológica. Pues, según esta doctrina las tres personas: Padre, Hijo y Espíritu Santo son cada una igualmente divinas pero no forman tres dioses sino uno solo. Tres son uno y uno son tres. Quien lo entiende que se conforme; pero no hay nada que obligue a una persona de criterio sano a aceptar tales sofismas, con que la teología ha cargado la simple doctrina de Cristo, transformándola en un sistema filosófico.

Tampoco podemos aceptar desde otro punto de vista la idea de un Dios en tres personas.

En el siguiente capítulo veremos que el origen de las leyendas expuestas en la Biblia, tanto en el Viejo como en el Nuevo Testamento, provienen de la India, la Caldea y otros países.

Ahora bien: la idea de la Trinidad tiene también su origen en la india. El indólogo D. Barnett, en su libro "Hindu Gods and Heroes": (Dioses y Héroes de la India) dice que en el transcurso del tiempo se formaron en la India tres diferentes sectas, de las cuales una veneraba a Brahma, otra a Vischnu y la tercera a Siva como Dios Supremo. Para unir estas tres sectas, un Bramán propuso declarar que Brahma el Creador, Vischnu el Conservador y Siva el Transformador serían tres diferentes personas, pero un solo Dios. Luego las tres sectas adoraban al mismo Dios.

Esta idea de la Trinidad de Dios existía en la India hace ya tres o cuatro mil años y pasó con todas las demás leyendas religiosas a la Biblia. Una razón más, por la cual rechazamos tal idea de Dios.

Vemos entonces que el concepto que los dos Testamentos tienen de Dios no satisface de ninguna manera a la idea verdadera del Ser Supremo. El Dios de la Biblia tiene cualidades v características que hasta presentan un verdadero insulto, si se las aplicara al Ser Altísimo.

Es un deber sagrado rechazar toda clase de antropomorfismo de este Ser Supremo, como ofensa máxima. Sólo así la humanidad podrá llegar ala verdadera religión a que aspiramos en el fondo todos los hombres y que actualmente está desfigurada por imposiciones arbitrarias y doctrinarias anticuadas provenientes de una época infantil e hipostasiada.

Capitulo Segundo

La Biblia

Para la mayor comprensión de la Sagrada Escritura, es necesario recordar que ella consta de los libros del Viejo y del Nuevo Testamento. El primero comprende los tiempos desde la creación del mundo hasta Cristo; el segundo trata de la vida de Cristo y los escritos de los apóstoles.

El Viejo Testamento se compone de los cinco libros de Moisés que contienen la creación del mundo, Paraíso, Diluvio, elección del pueblo judío, su estadía en Egipto y entrada en la Palestina, como también las leyes ceremoniales religiosas, morales y sociales de Moisés[33]. Siguen otros libras históricos que relatan la conquista de la Palestina y la formación del reinado hasta los exilios de Babilonia y Asiria. La segunda parte del Viejo Testamento la forman libros poéticos y proféticos.

El Nuevo Testamento está compuesto de los cuatro evangelios de Mateo, Marcos, Lucas y Juan, que relatan la vida y la doctrina de Jesús. Además, contiene una veintena de cartas de los apóstoles, la historia de sus gestos, o sean, los Actos y el Apocalipsis de San Juan, libro completamente fantástico sobre la iglesia en la Tierra y en el Cielo, cuyo verdadero sentido nadie ha alcanzado a comprender.

El conjunto del Viejo y Nuevo Testamento tiene el nombre "Biblia" o "Sagrada Escritura". Esta última designación la lleva, porque la Iglesia Católica dice y enseña como dogma, que la Biblia ha sido inspirada por Dios, quiere decir, que los diferentes escritores, que han redactado los libros de la Biblia, fueron estimulados por Dios a escribir y, mientras escribían, Dios les daba la idea de cada una de las frases que debían escribir. Por su parte, el escritor, a quien se llama Hagiógrafo, dió sólo la. forma literaria a la idea dictada por Dios; por lo demás era sólo un instrumento, siendo Dios el autor principal y verdadero de toda la Biblia. Esta es la doctrina católica. A esta doctrina del origen divino de la Biblia, oponemos ahora el origen verdadero de la misma.

Todo cuanto hemos visto en la Primera Parte del presente libro, y máxime en el capítulo anterior, ya es una prueba rotunda, de que la Biblia no tiene origen divino, sino puramente humano.

En efecto, un libro con un Dios Jahvé, que es más bien un ídolo nacional; un libro con una Trinidad mal copiada de los libros de la India; un libro que predica a un Cristo, cuya profecía fundamental y principal representa el fracaso más grande de la historia: un libro así jamás puede ser una manifestación del Ser Supremo a la humanidad.

A los argumentos ya citados podríamos ahora agregar una serie de otras pruebas, de las cuales cada una evidenciaría el origen puramente humano de la Biblia.

---

[33] Los cinco libros de Moisés son: Génesis Exodo, Levítico, Números y Deuteronomio; se citan también así: 1. Moisés, 2. Moisés, 3. Moisés, 4. Moisés, 5. Moisés,

Nos contentaremos aquí con un solo argumento, que nos revelará la verdadera formación de la Biblia, dejando así a la luz del día su origen real.

En los últimos cincuenta años el estudio de la India, de la Caldea y de otros países con sus religiones, ha hecho revelaciones verdaderamente sensacionales.

Se vió con gran asombro que todas aquellas religiones contienen tantos elementos de la religión judaica-cristiana, que ésta fácilmente puede reconstruirse con esos fragmentos.

Muy especialmente se destacan los libros de la India que contienen hasta literalmente las partes más importantes del Viejo y Nuevo Testamento.

La identidad de los relatos de la Biblia y de los libros de la literatura de la India era tan grande, que toda la cuestión se redujo a la siguiente pregunta: ¿Cuál de las dos partes ha copiado: la Biblia o la literatura de la Caldea y la India?

Para resolver esta cuestión estudiaremos sucesivamente el orden cronológico en que se han desarrollado

1) Las tres culturas de la India, Caldea y Palestina.
2) El origen verdadero del Viejo Testamento.
3) Algunas pruebas de la identidad de los textos.
4) El origen verdadero del Nuevo Testamento.
5) Otras obras fuentes de la religión cristiana.

Las tres culturas, de la India, Caldea y Palestina

a) India:

La historia de la India puede dividirse en tres partes: la prehistórica hasta la aparición del Vischnu Krischna, primer salvador divino. Como fecha segura de esta época sabemos que más o menos en 12. 000 (a. J.) Yati Richi fue nombrado Bramathma, o sea, Sumo Pontífice de la India. Conocemos esta fecha porque en aquel tiempo, según las indicaciones astronómicas que la acompañan, el sol en los equinoccios de primavera estaba en la constelación de Libra, y para llegar de allí a la de Aries, donde lo encontró Ptolomeo en tiempos de Cristo, necesitaba 12. 000 ó 13. 000 años.

En esta época casi prehistórica[34] existía en la India el culto de las fuerzas de la Naturaleza, muy especialmente del sol, que se observó hasta en los tiempos de los Vedas. Se celebraba en particular el culto de Agni, hijo del sol, cuyo nacimiento en el solsticio de invierno (21 de diciembre) era durante miles de años la festividad máxima. A este período pertenecen también las leyendas de la creación del mundo de Adán y Eva, del pecado de ellos, del Diluvio, etc., aunque fueran escritas estas leyendas recién en la segunda época.

La segunda época, la de los Vedas que ocuparon el Indo, se inicia con la aparición del Krischna (Cristo) 4. 000 a. J. y dura hasta la aparición de Buda. Se destaca por el gran florecimiento literario que duró desde 2.

---

[34] Tiempo prehistórico es aquel en el cual no había escritura y sólo es conocido por fósiles, instrumentos, construcciones, etc.

500 a 1. 200 a. J. Las obras de la época anterior, hasta entonces conservadas sólo por tradición oral, fueron reunidas y completadas, formándose así los cuatro libros de los Vedas: el Mahabharata, la poesía épico-religiosa más grande del mundo, con 2. 500, 000 versos, el Ramayana de 50 mil y los libros Purana (antigüedades) y Sutras (comentario histórico). La adoración de las fuerzas naturales, la inmortalidad del alma y su divinación final son enseñanzas características de estos libros. Al mismo tiempo los brahmanes, la poderosa casta de los sacerdotes, redactaron las leyes de Manú, que contienen toda la historia de la creación del mundo y enseñan la transmigración del alma.

Los Vedas recibieron su forma definitiva más o menos en el año 1. 000 a. J. lo mismo que el libro Manú; pero hay que tomar en cuenta que todos esos productos literarios existían ya muchos siglos antes de su redacción final.

En esta época se formaron también las cinco diferentes castas de la India: Brahamanes, o sea, sacerdotes arios; Kschatryas, o guerreros rajputanos; Vaisyas o comerciantes y terratenientes tibetanos; Sutrias, o sea, agricultores aborígenes; Parias o Tchándalas, o sea, excluidos de las castas superiores.

Según la tradición Védica, empezó también en esta época, en el año 3102 a. J. la cuarta era del mundo, la peor de todas: Krita Yuga, o sea, la edad de hierro.

Esta época de los Vedas terminó con la aparición de Buda (inspirado por Dios) en el año 550 a. J. Buda era como Krischna, hijo de un rey de los arios, y se le consideraba como segundo salvador divino de la India. El no abolió las castas, sino que predicó el amor mutuo entre ellas.

Los libros principales de esta época son:

1) Leyendas de la vida de Buda en los libros Mahavagga (277 a. J.), Mahaparinibbana (4° siglo a. J.), y Lalita Vistara (en 65 a. J. traducido al chino).

2) Proverbios en el libro Dhammapadam (330 a. J.)

3) Parábolas en el libro Saddarmapundarika.

Es de notar también que estos libros existían durante siglos en la tradición oral antes de ser consignados por escrito.

Finalmente hay que tomar en cuenta que ningún otro pueblo ha sido tan inclinado a la formación de leyendas como el pueblo hindú.

b) Caldea:

También la segunda cultura, o sea, la de Caldea, alcanza una edad prehistórica. Sus anales se remontan hasta el año 2225 a. J.

En aquel tiempo era Ur la capital de Caldea y mucho antes había sido la ciudad Tepe Gawra, cuya edad se calcula en 5. 500 años a. J. Después de Ur eran Babilonia y Nínive las capitales.

Desde tiempos inmemorables, Caldea era el refugio de todos los emigrados de la India, cuyos caudillos pasaron a ser reyes de Caldea. Las cosas quedaron así hasta el año 1000 a. J. Como en aquel tiempo en la India ya existían 70 diferentes lenguas ''hoy día hay allí 222), la población de Caldea, especialmente en las grandes ciudades como Babilonia, era de gran complejidad Justamente esta circunstancia favorecía poco un desarrollo de una literatura propia. Más bien llevaron los mismos

emigrantes de la India los tesoros de su literatura hacia Caldea, transformando y ajustando sus leyendas al nuevo ambiente.

Entre esta gente, en Ur, vivía también según la Biblia, Abram, el padre de los judíos. De allí pasó a la Palestina. Una versión antigua hace pertenecer a Abram o sus antepasados a la casta india de los parias los que en la india fueron tratados peor que esclavos. Vivían de ajos y cebollas y debido a sus pésimas condiciones emigraron en masa de la India.

c) Palestina:

Pasamos ahora a tratar la tercera cultura: la de Palestina. Supongamos por un momento que la edad que en la Biblia atribuida a su literatura, sea la verdadera, entonces el primer escritor de la Biblia, Moisés, habría redactado sus cinco libros más o menos en 1. 400 a. J., o sea, el final de la época del florecimiento de la literatura en la india.

Pero veremos en seguida que dichos libros en realidad son mucho más jóvenes, pues fueron escritos a lo sumo en el quinto siglo antes de Jesucristo.

Sea como fuera, la literatura de la India es, en todo caso, la más antigua y la más grande de las tres, y esta sola circunstancia debiera bastar para reconocer que el original, del cual se copió, no era la Biblia, sino la literatura de la India.

Muy instructivo al respecto es también el famoso libro "La Biblia en la India" (Editorial Araujo, Buenos Aires) de Luis Jacolliot, indianista, abogado y Presidente de Tribunal de Justicia en Chandernagor durante muchos años.

Jacolliot hace ver en este libro, que todas las religiones conocidas proceden de la India, con lo que concuerdan también las ideas que se expresan en este libro acerca de la religión cristiana.

El origen verdadero del Viejo Testamento

La Biblia afirma, que Moisés es el autor del libro llamado Tora o también Pentateuch (porque consta de 5 tomos o libros).

En el quinto tomo o libro leemos que Moisés dió la Tora a los Levitas, que llevaban el arca del pacto con Jahvé, donde se guardaban las dos tablas de piedra con los 10 mandamientos. Moisés dio la orden:

"Tomad este libro y ponedlo al lado del arca". (5. Mos. 31, 26).

Habría que suponer, que esta orden hubiera sido cumplida, máxime tratándose de un mandato de Moisés.

Pero resulta, que el arca cayó más tarde en manos de los Filisteos y, cuando volvió, no se echaba de menos el libro de Moisés (1. Samuel 6, 15), y tampoco cuando Salomón hizo venir el arca a Jerusalén. Fueron halladas en ella, en esa oportunidad, las dos tablas de Moisés (1. Reyes 8, 9); pero del libro de Moisés no se hace mención.

Ni se conoce en toda la historia de Israel prueba alguna de la existencia real del libro de Moisés.

Además sólo un escribiente inexperto, con lectores más inexpertos aún, ha podido hacer dar por Moisés esa orden: “¡Ponedlo al lado del arca!".

En efecto: el arca estaba en el santuario y sólo el Sumo Sacerdote y éste sólo una vez al año podía entrar en el santuario y solamente para sacrificar.

Vale decir, que nadie hubiera podido leer el libro de Moisés, de modo que hubiera quedado sin utilidad alguna.

Todo esto demuestra claramente que los llamados 5 libros de Moisés no son de él (ni pueden serlo, porque no ha habido ese Moisés en la historia de Israel).

En efecto, la misma Biblia se ha encargado de descubrirse por sí sola.

Pues leemos que, más o menos en 620 a. J., siendo Josías rey en Jerusalén, el Sumo Sacerdote Hilcías lleva un libro a Saphan, escriba del rey, diciendo: "he encontrado el libro de la ley en la casa de Jahvé" (2 Reyes 22, 8).

El escriba cuenta el caso al rey:

"Hilcias me ha dado un libro. Y leyólo Saphan delante del rey" (2 Reyes 22, 10).

"Y cuando el rey hubo oído las palabras del libro de la ley, rasgó sus vestidos"... "porque grande ira de Jahvé es la que ha sido encendida contra nosotros, por cuanto nuestros padres izo escucharon las palabras de este libro, para hacer conforme todo lo que nos fué escrito" (2 Reyes 22, 13).

El rey mandó a Hilcías y otras personas a consultar a Jahvé y éstos fueron: "a Huida, profetisa, mujer de Sallum, y hablaron con ella" (2 Reyes 22, 14).

"Y ella les dijo: Así ha dicho Jahvé, el Dios, de Israel"... y con una sarta de palabras amenaza con el furor de Jahvé, porque no se han cumplido las palabras de este libro.

De todo esto deducimos:

1) Este libro no ha sido hallado sino escrito por Hilcías, para imponer el culto del dios Jahvé, que antes no se conocía. Esto es tanto más evidente por cuanto no sólo el rey (2. Reyes 22, 13), sino también el pueblo, al cual fué leído públicamente el libro (2. Crónicas 34, 30), oyó y entendió las palabras del libro, cosa imposible, si esta obra hubiera sido escrita mil años antes por el supuesto Moisés[35].

2) El hecho de que el Sumo Pontífice con toda una comitiva se dirige a una supuesta profetisa (vidente o bruja o curandera) para consultar, si ese libro es la ley, representa una comedia que habla por si sola. Evidentemente se quería dar al asunto la popularidad necesaria, para poder introducir en Israel con la pompa necesaria el nuevo culto a Jahvé que, según las palabras del rey, hasta entonces no había sido observado.

¿Puede creer alguien que el libro de un Moisés hubiera quedado desconocido en Israel, si hubiera existido? De ninguna manera.

El asombro fue general. Nadie sabía de éste libro. Vale decir que no había existido antes. Ni existía otro libro de Moisés. De lo contrario le hubieran dicho a Hilcías. ¿Para qué necesitamos otro libro de leyes? ¿Acaso no tenemos el libro de Moisés?

---

[35] La razón son las enormes transformaciones que cada idioma sufre en el transcurso de unos mil años

En cambio vemos en seguida que se trata aquí de un ardid, preparado con toda astucia. Sacerdotes adictos al culto de Jahvé querían eliminar a sus competidores de otros cultos, valiéndose de este libro "revelado" y de la inexperiencia del joven rey. Efectivamente lograron su objetivo. El rey suprimió todos los demás "cultos" que llenaban hasta el templo, ordenando el estricto cumplimiento de la nueva ley de '*Moisés" "revelada" por Jahvé. El capítulo 23 de 2 Reyes relata ampliamente todos los pormenores respectivos.

En todo caso fué ese libro la primera edición de la Tora, fraguada por Hilcías alrededor del año 620 antes de Cristo, o sea mil años después de los tiempos del supuesto Moisés.

No deja de ser interesante la intervención de la "profetisa" Hulda en este asunto, ya que de su aprobación (previamente asegurada) se hizo depender la suerte del libro "revelado". Esta circunstancia, contada con toda ingenuidad en la Biblia misma, hace ver dos cosas, a saber:

a) El infantilismo de todas aquellas personas que intervinieron en esta "pia fraus" es tan grande que, si hoy se repitiera semejante "consulta" terminaría en una carcajada universal.

b) Si ésta fue la manera de establecer, si un libro era "revelado" por Dios – y lo fue - entonces ya sabemos a qué atenernos con respecto a todos los demás libros "revelados".

¿Acaso no se hizo cosa semejante en el Concilio de Nicea en el año 325, cuando los "santos" padres allí reunidos quisieron establecer, cuáles de los centenares de Evangelios "revelados" eran verdaderamente "revelados"? ¿Qué hicieron? Pues, simplemente pusieron en la noche todos los Evangelios alrededor del altar de la iglesia y al día siguiente habían "subido" los 4 Evangelios que hoy tenemos al altar, los demás quedaban en el suelo. "¡Honni soit qui mal y pense!" (Relato del Historiador Eclesiástico Pappus).

Desgraciadamente el libro de la ley de Hilcías no duró mucho. Pese a la "revelación" y la "providencia" de Jahvé se perdió a los pocos años, cuando el cautiverio de los judíos en Babilonia (597 y 587 a. J.).

Dicen que el profeta Jeremías escondió el libro y demás enseres del templo en un pozo y, nunca más se supo...

El cautiverio duró 70 años, pero recién mucho más tarde, en 458 a. J., o sea 150 años más tarde, el servicio divino podía ser restaurado en Jerusalén. Vale decir que casi seis generaciones habían pasado, sin el libro perdido, suficiente tiempo para olvidar su contenido.

En cambio aprendieron los judíos, máxime los doctos entre ellos, en Babilonia muchas cosas, especialmente leyes y leyendas que habían venido de la India y, ante todo, conocieron las leyes de Manu, legislador famoso y prototipo para la creación de la figura de Moisés, y así se explica lo que más tarde sucedió en Jerusalén.

Pues llegó a esta ciudad, en el año citado 458 a. J., Esdras que se dió por descendiente de Hilcías y que era un escriba (Nehemías 8, 4) y sacerdote (Nehemías 8, 4). El dice de sí mismo:

"Edras había preparado su corazón, para inquirir la ley de Jahvé" (Esdr. 7, 10).

Además dice:

"Esdras, sacerdote, escriba, escriba de las palabras mandadas de Jahvé".

Hasta los llamados "Padres de la Iglesia" deducen de estas palabras, que Esdras escribió nuevamente los libros de la ley y son ellos los cinco libros de Moisés que hoy tenemos. Observo que en aquel entonces era costumbre, atribuir un libro a un personaje de importancia, para darle más crédito.

Con qué ligereza se procedió, lo vemos por el siguiente episodio:

El servicio divino no pudo restaurarse en Jerusalén, porque faltaba el registro de los sacerdotes, levitas, cantores, etc. Felizmente Nehemías "halló" ese libro (Nehem. 7, 5) con toda la genealogía: ¿Quién habría conservado y continuado este libro perdido durante el cautiverio?

Y cuando el pueblo en la plaza le pidió a Esdras, que trajese el libro de la ley de Moisés, ya lo tenía a mano (Nehem. 8, 1), y "todos lo entendieron cuando lo leyó delante todo el pueblo" (Nehem. 8, 8).

Por muchas razones, también de orden científico, se sabe que el libro, presentado por Esdras, no ha podido ser el de su antepasado Hildias; en ningún caso empero fué el del supuesto Moisés, con lo que queda evidenciada la manifiesta tendencia de la Biblia, de hacer creer una cosa por otra.

El que Esdras ha sido el verdadero autor de los cinco libros de Moisés, queda confirmado también por el hecho de que así se explica la presencia de numerosas leyendas relativas a la creación del mundo que se conocían en Babilonia, y de demás leyes babilónicas en la Tora.

Vale decir, que la Tora, o sea los 5 libros de Moisés datan recién del año 450 antes de Cristo.

En cambio se explica ahora no solamente la presencia de las leyendas de la India y de las leyes sociales de Babilonia en aquel libro, sino también algo que es mucho más importante.

Efectivamente, los judíos, que volvieron del cautiverio, se vieron rodeados por pueblos y tribus que, durante su ausencia, habían penetrado en Palestina.

Había que expulsarlas mediante guerras sin cuartel.

Por eso Esdras contó a los judíos las hazañas que sus antepasados habían realizado en la supuesta primera conquista de Palestina, después de su supuesta salida de Egipto, en tiempos del supuesto Moisés con la ayuda del supuesto diós Jahvé.

De ahí los cuentos sanguinarios que debían incitar a los judíos a imitar el ejemplo de sus antepasados.

Además, ya en aquel tiempo, máxime a raíz del cautiverio, se habían formado colectividades judías en varias otras naciones.

Para asegurar su supervivencia contra el peligro de ser absorbidos en el transcurso del tiempo, fué necesario tomar una medida, que inmunizara a los judíos en forma absoluta contra sus anfitriones.

Basta leer el capítulo 10 del libro de Esdras y el capítulo 13 de Nehemías, para darse cuenta de la desintegración que habían sufrido los judíos a causa del cautiverio; hasta ni se hablaba más el hebreo en las familias. Era patente la necesidad de crear leyes para que no cundiera ese mal.

Ha sido por eso, que Esdras describió la vida de presuntos antepasados y próceres, máxime el comportamiento de ellos en el extranjero, frente a todos los no-judíos, un comportamiento sin escrúpulos de ninguna especie.

Y como sanción de esos textos está Jahvé que, en todos los casos, se pone del lado de los judíos, aprobando su conducta, por inmoral que aparezca, apoyando y ayudándoles, por ser él el dios exclusivo de los judíos, e instigándolos a cometer las barbaridades y crímenes más grandes de los que puede imaginar una fantasía depravada. Jahvé lo aprueba todo, siempre que las acciones sean dirigidas contra los no-judíos[36].

Es así, que tenemos que entender la Biblia, ante todo los libros de Moisés y el de Josua.

El principio básico y la máxima claramente expresada, que debe aprender el judío de esos textos, está a la vista y es:

El fin santifica, para el judío que cree en la Biblia, todos los medios por más inmorales y perversos que parezcan, especialmente frente al no-judío, y esa máxima vale tanto en la vida pública como privada, pues Jahvé está siempre del lado del judío contra viento y marea; porque Jahvé es el dios exclusivo de los judíos y, por lo mismo, enemigo inexorable de todos los no-judíos: pueblos enteros y personas particulares. Cualquier daño infligido a un no-judío es un triunfo para Israel.

Semejante libro no sólo no puede tener nada que ver con el Ser Supremo, sino que su origen humano y hasta la fecha de su aparición está claramente demostrada, y llegamos de esta manera a la conclusión correcta de que todo el contenido de esa obra: la creación, el diluvio, la historia detallada de los próceres de los judíos, de José de Egipto, la permanencia durante 430 años en Egipto, el éxodo milagroso de Egipto, Moisés, los 40 años en el desierto (que se puede atravesar en un par de días) la conquista de Canaan, etc. etc., no tiene ni un ápice de verdad histórica.

¿Qué podía saber Esdras de lo que había sucedido mil años antes, tan luego en aquellos tiempos carentes de literatura?

Y ¿las leyendas de la creación del paraíso etc. ? ¿Aún en el supuesto caso de que el mundo hubiera sido creado sólo un par de miles de años antes, como sostiene la Biblia (y no, como sabemos hoy a ciencia cierta, hace miles de millones de años y el hombre hace también ya muchos millones de años), Esdras no podía saber nada sobre el origen del mundo y sólo podía copiar y modificar las leyendas respectivas ya existentes en todo el mundo, con el fin de dar una explicación acerca de la creación, de la existencia del mal y de los sufrimientos y demás problemas que preocupaban la humanidad de aquel entonces. En los relatos bíblicos no

[36] Para asegurar la observación de las leyes de "Moisés", Esdras hace lanzar, por boca de Jahvé, contra todos los transgresores de la ley, una maldición que en toda la literatura del mundo no tiene parangón. Esta maldición se encuentra en el Deuteronomio (5. Moisés 28, 15-68) y está concebida en términos imposibles de reproducir. Ella ha tenido sobre los judíos de todos los tiempos el mismo efecto que la promesa de la próxima vuelta de Cristo sobre los primeros cristianos. Tanto la maldición de Jahvé como la promesa de Cristo eran evidentemente sólo un ardid, de que sus autores se han valido para imponer la nueva doctrina. Conócense varias de tales estratagemas empleadas en aquellos tiempos.

hay ninguna novedad que los eleve sobre los cuentos circulantes en los demás pueblos, nada que hubiera podido saberse solamente por una revelación divina, todo es absolutamente humano, y para eso no necesitamos una revelación. Y si se comparan los cuentos bíblicos con la realidad, entonces no son sino una colección de disparates tan grandes que huelgan comentario.

El orden genealógico nos dice lo mismo. La historia nos enseña que Caldea era una colonia de la India, y la misma Biblia admite que Abraham, el fundador del pueblo judío, salió de Ur, ciudad de Caldea para formar una colonia en Palestina. Esta sola relación basta para rechazar la posibilidad de que la India, con su superproducción de leyendas, haya copiado de una colonia, que era nieta de ella, y demasiado insignificante en comparación con su abuela.

También el orden filológico apoya nuestra tesis. Así p. ej. : la palabra "Eva" no es de origen judío, pero sí de origen indio, donde la encontramos en el dialecto Máhárastri Pracrit, idioma hermano del sánscrito. También la palabra "Paraíso" es de puro origen indio, significando en el sánscrito la palabra "paradescha", lugar alto o lugar distante.

A estas pruebas podría agregarse aún otra intrínseca, de orden literario, que para un hombre de letras tendría quizás más valor todavía que las nombradas.

En efecto, comparando el texto de los libros de la India con el texto de la Biblia, se ve, a primera vista, como el lector podrá constatar en la tercera parte de este capítulo, la belleza poética del primero y la vulgaridad del texto bíblico, que abunda en ridiculeces y monstruosidades. Se ve en seguida que sólo un plagiador de una raza todavía sin propia cultura y sin mayor civilización, podía adaptar el hermoso texto indio a los triviales conceptos de sus connacionales. Desde el punto de vista de la literatura, ni se puede pensar siquiera que en estas circunstancias el texto indio sea copiado del texto bíblico, como quisieran los teólogos, sólo porque esto seria su única y última esperanza, pues el día en que el pueblo cristiano llegase a saber que su Biblia es una simple copia - mal hecha por cierto - del texto indio, ¡adiós cristianismo!

En resumen, podemos dejar constancia de que todo: el orden cronológico, genealógico, filológico y literario, confirman que el contenido de los libros de Moisés es simplemente una copia de los libros de la India[37].

Para que el lector vea la semejanza de ambos textos (indio y bíblico) reproducimos el uno junto al otro, extractándolos. El texto indio es del primer capítulo de Manú.

---

[37] A esto podría agregarse que los judíos hasta hoy día no han creado ninguna cultura Propia sino que siempre han vivido y viven aun entre otras naciones participando de la cultura de ellas, y más bien copiándola que no forrándola.

III
Algunas pruebas de la identidad de los textos Creación del Mundo

	Texto del Manú 1. 5 Todo este mundo estaba en otros tiempos disuelto en la no existencia, en obscuridad. Pero cuando llegó la hora de despertar, apareció El... El estaba en luz envuelto y disipó la obscuridad... Decidió crear todas las criaturas y puso en las aguas el germen de toda la vida. El agua la llamó Nara, y al Espíritu creador Narayana (el que se mueve sobre las aguas).	Texto de la Biblia (Gen. I, 1) Al comienzo creó los Dioses(1), el Cielo y la Tierra. La Tierra estaba desierta y vacía; la obscuridad cubrió el abismo, y el Espíritu de los Dioses se movía sobre las aguas. Y los Dioses dijo: sea la luz: y la luz se hizo. 1 El texto hebreo dice Elohim, que significa: Dioses, y no: Dios. Sin embargo el verbo está en el singular. Sin duda se trata aquí de una reminiscencia de la Trinidad de la India.
Adán y Eva	Prasada (Libro de los libros) Según la leyenda de este libro indio Dios creó a Adina (el primer hombre) y Heva (deseo ardiente) en la isla de Ceylán, y les prohibió abandonarla. Después del primer encuentro de Adima y Heva, que se desarrolla en forma sumamente poética, sigue la primera noche, coronando su felicidad y sigue un tiempo de constante alegría. Pero el príncipe Rackeha, espíritu del mal, induce a Adima a abandonar la isla para entrar en un país sumamente hermoso, que les muestra. Heva no quiere	Génesis (2, 7 y 3) La leyenda bíblica cuenta que Jahvé creó a Adán de barro, soplándole en su nariz el espíritu de la vida; y a Eva la creó de una costilla de Adán, lo que representa una verdadera degeneración de la leyenda india. El paraíso' era un pequeño jardín, en cuyo centro, al igual como en la leyenda de los indios, estaba el árbol de la vida, del saber y de la inmortalidad, que según el texto indio, era uno solo, y no estaba dividido en dos como cuenta la Biblia. En vez del espíritu del mal viene una serpiente y seduce a Eva, y ésta a Adán. Cuando han comido, ven que están desnudos, sin que haya relación alguna entre esta desnudez y la manzana. Y cuando

	por temor a Dios. Pero Adima la convence de que le acompañe para ver, aunque sea por un solo momento aquella región. Llegan al final de la isla y Adima pone a Heva sobre sus hombres para llevarla sobre aquellas rocas, que hoy todavía llevan el nombre de "Puente de Adima" al país deseado; pero no bien pisan la tierra firme, cuando se oye un trueno horroroso, y desaparece toda la bella visión co: uo Fata Morgana que era. Heva dice a Adima que pida perdón a Dios; y éste les aparece y les perdona por la conducta e Heva; sólo que no pueden volver al Paraíso y deben trabajar. Vuestros hijos, dice Dios, me olvidarán, piro enviaré a Vischnu, quien nacido de una virgen, dará todos la esperanza de una vida eterna.	Dios los cita, Adán con poca caballerosidad echa la culpa a Eva: "la mujer que me diste de compañera, me dio del árbol y yo comí". Eva, por su paste, echa la culpa a la serpiente. Dios condena a ambos, a toda su posteridad y a la misma Tierra por el pecado "horroroso" que han cometido. No les da esperanza ninguna y sólo les hace una túnica de pieles echándolos del Paraíso y poniendo querubines can espadas delante del portón del jardín. Sólo faltaría saber si era un portón de madera o de hierro y un muro de ladrillos o de cemento armado el cual rodeaba el Paraíso. ¡Sancta Simplicitas! 1 1 ¿Qué hubiera sucedido, si Adán y Eva hubiesen pecado, y a causa del crecimiento, el Paraíso hubiera quedado chico?

El Diluvio

Para comprender bien la leyenda de la India es necesario saber que los hindúes dividen al tiempo en edades, cada una las cuales dura 12. 000 años divinos, cada año divino consta de 360 años terrestres. Al final de cada edad que se divide en cuatro Yugas o épocas, se produce una limpieza general de la tierra para librarla del mal originado en el transcurso de la edad. Así la última edad terminó con el Diluvio. Se ve con cuán cuidado se prepara la parte legendaria de los cuentos de la India. La Biblia, en cambio, indica como razón del Diluvio, que Dios se había arrepentido de haber creado al hombre, porque éste llevaba una vida pecaminosa. Fuera de esta diferencia hay otras en ambas leyendas. Según la forma india existían desde creación del mundo hasta el Diluvio 10 dinastías, cada una las cuales con miles de años de existencia, como es natural. Según la leyenda bíblica, había solamente 10 generaciones, o sea, 10 personas sucesivas. El hagiógrafo, dándose cuenta que intervalo entre la creación del mundo y el Diluvio de esta nena resultaba demasiado breve, alargó la edad de sus héroes hasta tener todos novecientos y más años; pero como por el otro lado la Biblia cuenta que

cada hijo nació, siendo el padre relativamente joven todavía, su propósito se malogra, dejando en evidencia el defecto que pretendía encubrir. Adán conoció de esta manera a sus descendientes hasta la octava generación y faltó poco para que él mismo fuera ahogado en el Diluvio. He aquí los dos cuentos cuyos textos indios se encuentran en el Mahabharata, tercer libro: Vana-Parva, capítulo 187 y en el libro Hary Purana. Damos a continuación esta última versión, empezando con las palabras de Brahma a Vischnu:

Hary Purana	Génesis 6, 6
Nadie puede alterar mi indeclinable voluntad: los hombres serán extinguidos. Pero por amor a ti, seré bueno con la Tierra que los lleva. Si se encuentra un solo grupo de hombres, que merece crecer para formar un pueblo, este grupo y la Tierra serán salvados de la destrucción. Vete, pues, porque pronto desencadenaré todas las aguas sobre la Tierra. Vischnu, la segunda persona en Dios, bajó entonces a la Tierra y al país Cayacondbya; allí dijo al santo Vaivasvata: levántate, toma tu hacha y sígueme con tus hijos hasta el próximo bosque. Busca los árboles más fuertes, córtalos y construye de ellos un barco para tu gente y para ti. Debe también haber lugar en él para una pareja de todos los animales y semillas de todas las plantas... Apenas había	Y arrepintióse Jahvé de haber hecho los hombres en la Tierra, y pesóJ. e en su corazón. Y dijo Jahvé: destruiré los hombres que he creado sobre la faz de la tierra, desde el hombre hasta la bestia y hasta 21 reptil y las aves del Cielo, porque me arrepiento de haberlas hecho. Empero Noé halló gracia a los ojos de Jahvé. Y dijo a Noé: el fin de toda carne ha venido, porque la Tierra está llena de violencia y, mira, yo les destruiré con la Tierra. Hazte un arca de madera de Gófer; harás aposentos en el arca y la embetunarás con brea por centra y por fuera. Y de esta manera la harás: de 300 codos de longitud del arca, de 50 codos su altura... Estableceré mi pacto contigo y entrarás en el arca tú y tus hijos y tu mujer y las mujeres de tus hijos contigo. Y de todo lo que vive, de toda carne, dos de cada especie pondrás en el arca (en el cap, 7, 2 Jahvé manda poner 7 parejas de cada animal en el arca; ¿cómo será, si ni la misma Biblia se dió cuenta de esta contradicción? Sin duda existían dos

Vaivasvata cerrado el arca, cuando empezó la lluvia sin interrupción; los mares salieron de sus bordes, toda la Tierra desapareció bajo las aguas. Esto duró días, meses y hasta años. Por fin terminó el agua... El arca se detuvo en el Monte Hijmavat (Himalaya)... Entonces Vaivasvata abrió su mano y dejó volar una paloma la que con pies húmedos volvió ala tarde. Entonces dejó volar a un Rajjuvalaka; también él volvió con las alas mojadas. Entonces dejó volar dos grullas; volvieron ala tarde volando alrededor de la nave, pero no entraron... De nuevo dejó volar una paloma, a la tarde volvió, volando con canto alegre alrededor de la nave y se dirigió hacia el este; en su pica llevaba el talio de la santa hoja de Cusa... Vaivasvata hizo un sacrificio de gracia a los dioses y un sacrificio de bebida para las almas de los muertos, a los que la ira divina había alcanzado. Después tomó un chivo de lana roja que había	diferentes fuentes, que él o los hagiógrafos utilizaron)... En el año 600 de la vida de Noé, en el mes segundo, día 17 (¿Calendario Gregoriano?) fueron rotas todas las fuentes del gran abismo, y las cataratas de los Cielos fueron abiertas, y hubo una lluvia sobre la Tierra durante 40 días y 40 noches. Las aguas llegaron hasta 15 codos sobre los picos más altos (?) Y quedaron las aguas 150 días. Y Dios hizo pasar un viento sobre la Tierra y disminuyeron las aguas... Y reposó el arca en el mes séptimo a 17 días del mes sobre los montes de Armenia... al cabo de cuarenta días abrió Noé la ventana del arca que había hecho y dejó volar al cuervo, el cual salió yendo y tornando hasta que las aguas se secaron sobre la Tierra. Envió también una paloma... Y no halló la paloma dónde sentar su pie y volvióse al arca... Y esperó otros 7 días, y volvió a enviar una paloma fuera del arca. Y la paloma volvió a él a la hora de la tarde y, he aquí, trajo una hoja de oliva en su pico... y esperó otros 7 días y envió una paloma, la cual no volvió más a él... entonces salió Noé... y edificó Noé un altar a Jahvé y tomó de todo animal limpio, y de toda ave limpia y ofreció un holocausto en el altar y husmeó Jahvé el

nacido en el crea y lo mató sobre el altar, y dijo: esta sangre sea el testimonio de la alianza eterna entre el Cielo y la Tierra.	olor amoroso (del sacrificio), y dijo Jahvé en su corazón, no volveré a maldecir la Tierra por causa del hombre; porque el corazón del hombre es malo desde su juventud. - Gen. 8, 22).

Con respecto al Diluvio puedo presentar toda una colección de errores, anacronismos y contradicciones, etc. de la Biblia, relacionadas con esa leyenda.

Según la Biblia el Diluvio tuvo lugar en el año 1636, cuando Noah tenía 600 años de edad (Génesis 7, 11).

Según la misma Biblia Mathusalam el abuelo de Noah murió en el año 1656 (su padre murió antes).

Sin embargo entraron en el arca solamente Noah, su mujer y los hijos con sus mujeres.

¿Cómo habrá sobrevivido entonces el abuelo con su familia?

Seth, el hijo de Adán murió en 1042. ¿Y a tan poca tiempo de la creación fue necesario ahogar a toda la humanidad como si fueran ratas?

Un solo hombre, Noah, empezó a construir el arca, cuando tenía ya 480 años de edad (!). Necesitaba para ello evidentemente hachas, sierras, martillos, clavos, etc. ¿Y todo esto ya

existía en aquel tiempo?

Según la Biblia el arca tenía tres pisos y 300 varas de largo, 50 de ancho y 30 de altura (en metros: 220 x 37 x 22). Luego tenía casi 200. 000 toneladas de capacidad, para cuya construcción no alcanzan ni los astilleros más modernos, y aquí la hace un anciano sólo y todavía tenía tiempo para predicar a la gente.

Había una sola puerta (Génesis 7, 16) y una sola ventana, ésta, de una vara de tamaño (Génesis 6, 16), quedó cerrada (Génesis 8, 6) durante todo el Diluvio.

Prudentemente la Biblia no habla ni de la aireación, ni de los alimentos para los 500 días, que duró el Diluvio entre la entrada y salida, ni del estiércol correspondiente. Tampoco habla de la suerte de los peces y demás animales acuáticos; para ellos el Diluvio debe haber sido un banquete inolvidable.

No obstante eso dice la Biblia.

"Y murió toda carne que se mueve sobre la tierra, así de aves como de ganados y de bestias y de todo reptil que anda arrastrando sobre la tierra y todo hombre. Todo lo que tenía aliento de espíritu de vida en sus narices (¡por fin sabemos que nuestro espíritu está en la nariz!) de todo lo que había en la tierra murió.

"Así fué destruida toda sustancia que vivía sobre la faz de la tierra desde el hombre hasta la bestia y los reptiles y las aves del cielo; y fueron raídos de la tierra y quedó solamente Noé y los que con él estaban en el arca. " (Génesis 7, 21-23).

A propósito he citado todo este texto, para hacer ver también que el Diluvio, según la Biblia, era universal y no parcial. Así se ve que jamás el agua puede haber cubierto toda la tierra, como lo afirma la Biblia, y menos todavía hasta tal altura.

Otra vez queda desmentida la Biblia por sí misma.

El día, cuando empezó la lluvia, los animales deben haber hecho cola para entrar en el arca y no se devoraron mutuamente p. ej. : el león al cordero y todos se presentaron voluntariamente, pues sabían que iba a venir el Diluvio. Lo habían leído en la Biblia.

Según Génes. 6, 20, debieron entrar de cada especie una sola pareja; según Génes. 7, 2-5, de los animales puros entraron siete pares y de los impuros sólo un par; según Génes. 7, 8 y 9,

entró un solo par de cada especie. Parece que "la Inspiración`... se pisó el poncho, diría el criollo.

Pero por lo menos ¿ya en aquel tiempo se conocía la diferencia entre animales puros e impuros?

Parece que Noah tenía además ya un calendario, pues anotó las fechas exactas conservándose éstas a través de miles de años (!) El diluvio empezó el 17. 2, llovió 40 días consecutivos, el agua quedó luego 150 días parada, y el arca reposó en el monte Ararat el 17. 7, de modo que habían pasado 5 meses = 190 días, equivalentes a 38 días por mes (!).

El 1. 10 o sea 2 ½ meses más tarde Noah vio las cumbres de las montañas.

El 1. 1, o sea 3 meses (= 114 días) más tarde Noah sacó el techo del arca (¡en un solo día!) y vió que la tierra estaba seca.

Pero recién el 27. 2 o sea 57 días más tarde salió del arca.

Vale decir, que el diluvio duró casi 500 días y el año tenía, según la Biblia, unos 456 días (!).

En cuarenta días el agua subió hasta 15 varas sobre las montañas más altas y como el arca aterrizó en el Ararat, que tiene 5160 metros de altura, el agua debe haber subido 130 m. por día (!). La imposibilidad de semejante acumulación de agua huelga comentario.

Jahvé se arrepintió (!)[38] de haber creado al hombre (Génesis 6, 6 y 7) y mandó el diluvio "porque todo el intento del corazón del hombre es malo desde su juventud" (Génesis 6, 5).

Después del Diluvio Jahvé, al percibir el "amoroso olor del asado" (Génesis 8, 21) que Noah le había preparado (¿no debiera haber percibido más bien el olor de los millones de cadáveres, víctimas de su Diluvio?), promete no mandar otro Diluvio "porque todo el intento del corazón del hombre es malo desde su juventud" (Génesis 8, 21).

De modo que Jahvé manda el Diluvio y promete no mandarlo más alegando el mismo motivo y con las mismas palabras.

Y ¿quién creó al hombre? ¿Acaso no sabia lo que hacía?

Así podríamos analizar toda la Biblia y encontraríamos un libro tan lleno de disparates (con perdón de la palabra), como no hay ningún otro conocido en el mundo[39]

---

[38] Leemos en la misma Tora:
"Dios no es hombre, para que mienta; ni hijo de hombre, para que se arrepienta" (4. Moisés 23, 19).
Este texto está en contradicción abierta con el citado e hiere mortalmente loa dogmas de la Inspiración y de la Infalibilidad de la Biblia, así como el da la Inmutabilidad de Dios.

[39] Más aún: No hay en toda la literatura mundial un libro tan lleno de obscenidades pornográficas, fornicaciones, perversidades crímenes, matanzas, genocidios, atrocidades, odios, racismo,

La leyenda de José

Esta historia con las aventuras que, según la Biblia tuvo José, hijo de Jacob y biznieto de Abraham, en Egipto, tanto con la mujer de Putifar como en la corte del Faraón, su conducta para con sus hermanos, etc., es una copia íntegra de los libros de la india, como lo ha demostrado ampliamente el sabio Bloomfield en su obra: "The Life and Stories of the Jaina Savior Parvcanatha".

En igual forma podría demostrarse la identidad de otras leyendas de los libros de Moisés con las leyendas de la India. Hasta la misma historia de Moisés, a quien la madre puso en un canasto entregándolo a las aguas del Nilo, donde fue recogido por la hija del Faraón se encuentra rasgo por rasgo en la literatura hindú.

El origen verdadero del Nuevo Testamento

Veamos ahora el Nuevo Testamento.

El solo hecho que en la India hubieron dos salvadores divinos mucho antes a Jesucristo, Krischna (Cristo) y Buda (inspirado), de los cuales el primero vivió casi 4. 000 años antes de Jesucristo, , y el segundo 550; este solo hecho hace absolutamente improbable que la vida y la doctrina de ellos hayan sido plagiadas de la vida y de la doctrina de Cristo, como lo quieren ciertos teólogos cristianos. Krischna y Buda eran conocidos por centenares de millones de indios que sabían punto por punto todo cuanto se refería a ellos. Además, ya siglos y hasta miles de años antes que la Biblia, estaba redactada la vida y la doctrina de los salvadores de la India. Los mismos indios se habrían rotundamente negado a aceptar una transformación de sus héroes por rasgos y leyendas completamente ajenas al espíritu de ellos.

Es entonces de todo punto de vista absurdo admitir que los evangelios hayan sido copiados por los indios, para adaptar la vida de Krischna y de Buda según el modelo de Jesús.

En cambio era sumamente fácil crear la vida de Jesús y su doctrina mediante los libros de la India.

---

discriminaciones y demás necedades, inspiradas y santificadas por el propio "Dios" Jahvé como el Antiguo Testamento.

Y no solamente es sanguinario a más no poder, sino que enseña a sus fieles a serlo.

Frente a este hecho innegable, por ser documentado en innumerables textos, las demás partes de esa obra, por más que algunas contengan alabanzas del "Dios Jahvé, pierden todo valor religioso. Sólo el arte teológico, que vive a expensas de la Biblia, ha podido encubrir la verdad de este hecho a una grey ignara, que no iza leído ni estudiado a fondo la Biblia. Es por algo que la Iglesia Católica nunca ha visto de buen grado la lectura de esa obra y presenta a sus fieles solamente aquellas partes que le convienen, prohibiendo además, leer textos bíblicos sin comentarios aprobador por ella.

En Alejandría[40] de Egipto, cerca de Palestina, se encontraban el museo y el templo de Serapis con más o menos 700. 000 libros de todo el mundo, incluso de la India. Gran parte de estos últimos libros estaban traducidos al griego. ¡Cuán fácil era formar por medio de ellos la vida y la doctrina de Jesús! Y como en el año 70 p. J. Jerusalén fué destruida, y los judíos dispersados en todo el mundo, nadie podía ya tachar de falsa esta vida. Y así en poco tiempo se formaron centenares de vidas de Jesús. Hasta por abundancia pecaron los escritores. Desgraciadamente fue quemada aquella biblioteca por los cristianos en el año 391 p. J., y así el Sínodo de Hipo en 393 tenía fácil tarea, al rechazar las vidas "apócrifas" de Cristo, reconociendo tan sólo los libros, contenidos en el canon romano, como partes legítimas del Nuevo Testamento.

Si no hubiera sido por este incendio criminal, el origen verdadero de la vida de Cristo ya hace mucho habría sido descubierto[41].

Sin embargo sabemos[42] ahora también que eran los evangelios los que fueron copiados de los libros de la India y no al revés.

Investigaciones científicas han demostrado que de los 89 capítulos de los cuatro evangelios, 80 son una copia de la vida doctrina de Krischna y de Buda. ¡Qué resultado trágico para cristianos! ¡Qué perspectivas para la persona de Cristo! ¿No como si empezara a hundirse el mundo cristiano?

Algunas pruebas de la identidad de los textos

Comencemos con la descripción de la fiesta de Navidad de Agni, "unigénito" de Sawistri (Padre Celeste), tal como desde hace 4. 000 años a. J. fue celebrada.

En la noche del 21 de diciembre, el sacerdote con los fieles va a la montaña y anuncia que ha aparecido la Estrella de Navidad, que avisa el nacimiento del Hijo de Dios. Al lado del sacerdote está el carpintero (Twasti), quien prepara la cruz svástica[43], símbolo del sol y de la verdad.

---

[40] Fundada por Alejandro Magno, cuya timba estaba en su centro, alcanzó esta ciudad un desarrollo casi legendario. Llegó a tener cerca de un millón de habitantes, y su biblioteca y universidad eran las más famosas del mundo antiguo. La universidad fué frecuentada por más de 10.000 alumnos de todas partes de la tierra. Nombres como Euclides, Arquímedes, Eratóstenes, Ptolomeo y otros honraban aquel instituto, donde se enseñaban las matemáticas, astronomía, medicina y literatura, mientras que egipcios, griegos y judíos eran los elementos principales de su población

[41] La Iglesia Católica siempre empleó este método. Cuando los portugueses dominaron en la India, les jesuitas y franciscanos destruyeren todas las obras literarias puestas alcance, por ser paganas. En su lugar pusieron libros escritos por ellos mismos. P. ej.: El Ezour Vedam. escrito en Sánscrito, obra en la cual se propagaba la doctrina cristiana, exigiéndole a la vez al lector, que destruya todas las obras literarias paganas. De esta manera la Iglesia trató de deshacerse del enemigo terrible, que tenía en los libros de la India. Y cuando no pudo conseguir su objeto, trató por todos los medios de ocultar la verdad. Y así, a pesar de ser la India un país conocido ya hace varios siglos, su literatura siguió siendo una incógnita. Recién en los últimos cincuenta años progresó la indología y ahora los teólogos cristianos, especialmente los católicos, afirman contra viento y marea, que los libros de la India son una copia de la Biblia. No ha de estar lejos el día en que todo el mundo sepa la verdad, y este día será el Juicio Final de la Iglesia.

[42] He seguido en mi exposición especialmente las obras: "Erlosung von Jesu Christo" (Emancipación de Jesucristo) por la Dra. v. Kemnitz, señora Matilde de Ludendorff, la más fecunda y eximia filosofía de Alemania, como así mismo la obra "Der Trug von Sinaí" (El engaño le Sinaí) por Ernst Schultz, prestigioso indólogo.

[43] La cruz svástica servía en aquellos tiempos para producir el fuego y recibió su forma conocida, porque la tienen las chispas que salen, según se afirma.

En la cavidad central de la cruz, que representa la matriz de la madre Maya, se produce una llama y el sacerdote anuncia el nacimiento del "tierno divino niño, salvador de todo el mundo". Todos los fieles cantan jubilosamente, mientras el sacerdote pone al niño divino en una cuna, haciéndole viento con un abanico al "Espíritu Santo". A la izquierda del sacerdote está una vaca, con cuya manteca sagrada el sacerdote unta al niño, y a su derecha está el burro, que lleva la bebida "soma" para el Hijo de Dios. El sacerdote la echa sobre la llama, y ésta se levanta al Cielo al extinguirse. Entonces los fieles toman la última cena de Agni: pan y vino como cuerpo y sangre del Hijo de Dios. La celebración de esta Navidad no puede ser más semejante a la de los cristianos, quienes la copiaron íntegra.

Nacimiento de Krischna por la virgen Devanaki y de Cristo por Maria

Una tarde cuando la virgen rezó sonó música celeste, la cárcel se iluminó y Vischnu (segunda persona de la trinidad) apareció en el esplendor de su majestad divina. Devanaki cayó en éxtasis y después de haber recibido del Espíritu Santo concibió. (Tradiciones Bramanas).	Y respondiendo el ángel dijo: el Espíritu Santo vendrá sobre ti y la potestad del Altísimo engendrará en ti por lo cual también lo Santo que nacerá, será llamado Hijo de Dios. (Luc. 1. 35).

Saludo a Devanaki por un Eremita y a Maria por Elisabet

"Bendita tú Devanaki entre las mujeres, bienvenida seas entre los santos Richis. Eres elegida para la obra de la redención; en tu seno el rayo del resplandor divino será hombre, y la vida se burlará de la muerte... Virgen y madre te saludamos. Tú eres la madre de todos nosotros; porque de ti nacerá aquél que nos redimirá". Atharva Veda.	"Bendita tú eres entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre. ¿Y de dónde me viene esto a mí?... y bien aventurada eres, la que creyó, porque se cumplirán las cosas que te fueron dichas por parte del Señor". (Luc. 1, 42).

El nombre de Krischna y de Jesús

"Lo nombrarás Krischna", Atharva Veda.	"Y le darás el nombre Jesús". (Luc. 1, 31)

Buda y Cristo Son Saludados Por Dos Venerables Ancianos

Avisado del nacimiento de Buda, un viejo decrépito Brahmán, de nombre Asita desciende del Himalaya y profetiza: "Vuestro hijo ha nacido para la salvación de todo lo que vive. Será un salvador del mundo. Encenderá una luz duradera para todos los seres... Las puertas pesadas del infierno las hará volar y traerá emancipación Sutta Nipata.	Había un hombre en Jerusalén, llamado Simeón... Y vino por el Espíritu Santo al templo, cuando los padres llevaron allí al niño Jesús... Entonces lo tomó en sus brazos y bendijo a Dios, diciendo: "Ahora despides, Señor, a tu siervo, conforme a tu palabra, en paz; porque han visto mis ojos tu salvación, la cual has preparado delante de todos los pueblos. Luz para todas las gentes, y gloria de tu pueblo Israel". (Luc. 2, 25)

El tío de Krischna, el rey de Buda, y el rey Herodes matan a los niños

"Mandó matar en sus estados a todos los niños varones, que habían nacido en la misma noche, que Krischna". Tradiciones Brahmanas.	"Herodes entonces... mandó matar a todos los niños en Bethlehem y todos sus alrededores, desde 2 años abajo, conforme al tiempo, que había entendido de los magos". (Mat. 2, 16)

A los doce años tanto Buda como Cristo son buscados por los padres

Y a Buda, quien estaba, "entre los sabios y conocedores de las Sagradas Escrituras, absorto en profunda meditación" (Abbinischkramana Sutra).	Después de tres días de buscarlo, encuentran a Cristo en el templo "en medio de los doctores, escuchándoles y preguntándoles". (Luc. 2, 46)

Antes de iniciar su vida publica, tanto Buda como Cristo van al desierto; se castigan con ayunos, y después son tentados por el Diablo

"El seductor dijo a Buda: "Soy el Señor del placer; soy el dueño de toda el mundo; Dioses, animales, hombres me están sujetos. Así como ellos, ven también tú a mi reino... Buda contesta: Aunque seas el Señor del placer; pero no eres el Señor de la Luz. Mírame a mí: soy el Señor de la ley... Como todas tentativas fracasan, el seductor desiste de su plan y vuelve al infierno con las	"Y el diablo lo llevó a un alto monte y le mostró en un momento de tiempo todos los reinos de la Tierra. Y le dijo el diablo: a ti te daré toda ella, porque a mí me es entregada, y a quien quiero, la doy. Pues si tú me adoraras, a mis pies, serán todos tuyos y respondiendo Jesús le dijo: vete de mí, Satanás,

palabras: Mi poder se acabó... pero Buda queda sentado quieto y pacíficamente. La aurora se enciende, las estrellas palidecen, de lo alto caen flores celestes... Lalita Vistara y Abbinischkara-mana Sutra.	porque está escrito: a tu Señor Dios adorarás y a él sólo servirás. . Y terminada toda tentación, el diablo se alejó de él por un tiempo". (Luc. 4, 5)

El apóstol favorito de Buda y Cristo sentados junto a un pozo son interpelados por una mujer de otra casta

Ananda pide a una muchacha que viene en busca de agua, que le dé un sorbo. Entonces contesta la joven: ¿Cómo puede pedirme un sorbo de agua? Soy de la casta de los parias, por lo tanto no puedo acercarme a un Santo. Contéstale Ananda: No te pregunto por la casta ni por la familia; sino por un sorbo de agua. En este momento se acerca Buda, y dándole agua divina a beber, convierte a la joven a su doctrina de la salvación. Divya - Avadana.	Vino una mujer de Samaria a sacar agua y Jesús le dice: dame de beber. . Y la mujer samaritana le contesta: ¿Cómo tú, siendo judío, me pides a mí de beber, que soy mujer samaritana? Pues los judíos no se tratan con los samaritanos... Respondió Jesús diciéndole: Si conocieses el don de Dios, y quién es él que te dice: dame de beber: tú pedirías de él, y él te daría agua divina... La mujer le dice: dame de esta agua. (Juan 4, 7)

Buda y Cristo envían a sus apóstoles a predicar sus doctrinas

"Id, discípulos, y caminad en salvación de mucha gente... Id de dos en dos por el mismo camino; predicad discípulos, la doctrina... No pidáis nada por ello... Hostilidades y persecuciones amenazan a los adictos y los predicadores de la ley. Si alguien de ellos es atacado a pedradas, con bastones, lanzas, insultos y amenazas, que lo soporte todo pacientemente, recordándose de mí... Yo dispersaré a los asaltantes milagrosamente, y ayudaré a la prédica, consiguiéndolo de manera maravillosa". Mahayagga.	"Id y predicad diciendo: el reino del Cielo se ha acercado. (Mat. 10, 7), y los mandó de dos en dos (Marc. 6, 7). Gratis habéis recibido, gratis dad (Mat. 10, 8). Os van a entregar a los juzgados y en sus sinagogas os flagelarán (Mat. 10, 17). Seréis odiados de todos por mi nombre (Mat. 10, 22). Yo os aconsejo: no resistáis al malo; sino que si alguien te ha pegado en tu mejilla derecha, ofrécele también la otra (Mat. 5, 39). Si alguien no os recibiera, ni oyera vuestras palabras, salid de esa casa o ciudad... Amén os digo, que el castigo será más tolerable a los de Sodoma y Gomorra en el día del Juicio, que a aquella ciudad (Mat. 10, 14). Y estas señales seguirán a los que crean: en mi

	nombre echarán fuera a los demonios, hablarán nuevas lenguas, levantarán serpientes, y si bebieran algo mortífero, no les dañará. (Marc. 16, 17).

Buda y cristo predicen su muerte, siendo por esto amonestados por sus apóstoles

Cuando Buda anuncia su muerte, Ananda le ruega de evitar esta desgracia y que quede con ellos. Por primera vez el bondadoso Buda increpa a A Ananda y le dice: "Tuya es la culpa, oh Ananda, de ti viene el escándalo". (Mahaparinibbana-Sutra).	Y a Pedro responde Cristo por igual causa: "(quítate de en medio, Satanás, me eres un escándalo" (Mat. 16, 21).

Krischna y Cristo dejan ver a sus discípulos favoritos su persona transfigurada

Krischna dice a Ardjuna: "Pero no estás en condiciones, de verme con estos tus ojos. Por eso te doy un ojo divino. Ve ahora mi potestad divina". Y Ardjuna, al mirarlo en su majestad divina, exclama: "Si del Cielo saliese ala vez el resplandor de mil soles, sería éste semejante al esplendor del Poderoso". Bhagavad Gita 11.	"Y después de seis días toma Jesús a Pedro y a Jacobo y a Juan su hermano, se transfiguró delante de ellos, su rostro resplandeció como un sol, y sus vestidos eran blancos como la luz. ... Y he aquí una voz de la nube que dijo: éste es mi hijo amado, en quien tengo todas mis complacencias. A él debéis de escuchar". (Mat. 17, 1)

Krischna, Buda y Cristo son seguidos por mucha gente debido a los milagros

"Y mucha gente le seguía y exclamaron y le gritaron: ayúdanos, Señor. Y de todos lados le dijeron: éste es quien nos librará. Este es quien resucita a los muertos, sana a los sordos ciegos, paralíticos y cojos. Krischna resucita los muertos, sana leprosos, hace que los ciegos vean, los sordos oigan. El apoya a los débiles contra los fuertes, los oprimidos contra los opresores. Y el pueblo dice: éste es verdaderamente el Salvador, que	"Y le siguieron muchas gentes (Mat. 19, 2). Mas ellos clamaban más, diciendo: Señor, hijo de David, ten misericordia de nosotros (Mat. 20 30). Y las gentes decían: éste es Jesús, el profeta de Nazaret de Galilea (Mat. 21, 11). Id y anunciad a Juan lo que oís y veis: Ciegos ven, paralíticos andan, leprosos son curados, sordos oyen, muertes resucitan y a los pobres es predicado el Evangelio de la Salvación (Mat. 11, 3). Dios el

fué prometido a nuestros padres". Mahabharata.	Señor me eligió, me mandó a predicar la salvación a los pobres, sanar corazones destrozados, anunciar la libertad de los presos (Luc. 4, 18). Sabemos, que éste es verdaderamente el Salvador del mundo, el Cristo (Juan 4, 42).

Buda y Cristo satisfacen a 5. 000 hombres con un poco de pan

Relata el libro Jataka que Buda con un solo pan dió de comer a 5. 000 hombres que le seguían, quedando más migas que el pan repartido	Cristo alimenta hasta dos veces más de 5. 000 y 4. 000 respectivamente con 5 panes, en el primer caso y siete en ell segundo, recogiendo los apóstoles una docena de canastos llenos de migas (Mat. 14, 10; 15, 34; 16, 9; Marc. 0, 37; 8, 1; Luc. 9, 10 Juan 6, 1).

Krischna, Buda y Cristo emplean y en su doctrina las mismas palabras y las mismas parábolas

"Son guías de ciegos; pero si un ciego guía al otro, van a caer ambos en el pozo". Upanoschid (Buda).	"Son guías de ciegos; pero si un ciega guía al otro, van a caer ambos en el pozo" (Mat. 15, 14).
"Había un hombre rico en el país Mithila, que había contratado muchos obreros, para hacer la cocha en sus campos... Después de haber trabajado todo el día, como mejor podían, cada uno en el lugar que le había sido indicado, se reunieron para recibir su salario. El capataz había dado a cada uno su parte, según su trabajo; y todos lo encontraron justo, habían recibido lo que les correspondía sin quejarse. Pero cuando el Señor vio esto, díjole al administrador: ¿Por qué hay trabajadores que han recibido me-pos que otros? ¿Han ido más tarde al campo? ¿O han descansado más? El capataz le contestó: todos los trabajadores han ido juntos al campo, y han trabajado el mismo tiempo y con el mismo celo; sola ente que los	"Porque el reino del Cielo, es semejante a un padre de familia, que salió por la mañana, a buscar obreros para su viña. Y habiendo tratado con los obreros en un denario por día, los envió a su viña. Y saliendo cerca de las tres, vio a afros, que estaban en la plaza ociosos: y les dijo: id también vosotros a mi viña, y os daré lo que fuere justo; y ellos fueron. Salió cara vez cerca de las seis y de las nueve e hizo lo mismo. Y saliendo cerca de las once, halló otros que estaban ociosos y les dijo: ¿Por qué estáis aquí todo el día ociosos? le dijeren: porque nadie nos ha contratado. Les dijo: id también vosotros á la viña y recibiréis lo: fue fuere justo. Y cuando fue la tarde del día, el Señor de la viña dijo a su mayordomo: llame a los obreros y

débiles no han cosechado tanto como los fuertes. Entonces dijo el Señor: debéis dar igual sueldo a todos; pues no sería justo, hacer una diferencia entre los, cuando todos han trabajado juntos en el campo y eran activos con el mismo celo. Krischnasya ukti vidsanevane.	págueles el jornal, comenzando desde los últimos a los primeros. Y viniendo los que habían ido cerca de las once recibieron cada uno un denario. Y viniendo también los primeros, pensaron que habían de recibir más; pero también ellos recibieron cada uno un denario. Y tomándolo murmuraron contra el padre de familia diciendo: los últimos han trabajado solamente una hora y los ha hecho iguales a nosotros, que hemos llevado la carga y el calor del día. Y él respondiendo dijo a uno de ellos: amigo, no te hago ninguna injusticia. ¿No trataste conmigo por un denario? Toma lo que es tuyo y vete; mas quiero dar a este último igual que a ti. ¿No me es licito hacer lo que quiero con lo mío? ¿O es malo tu ojo porque yo soy bueno? Así los primeros serán últimos; y los últimos primeros, porque muchos son llamados pero pocos de los escogidos (judíos). Mat. 20, 1.

Mientras que la parábola de Krischna es natural y humana, demostrando compasión hacia los débiles, la transformación que -según la Biblia- hizo Cristo de ella está llena de absurdos. Pues nadie daría igual jornal a trabajadores que hubiesen empezado a trabajar a tan distintas horas del día como aquí en la parábola. Con justa razón murmuran aquellos que han trabajado todo el día, siendo sin embargo equiparados a aquellos que sélo trabajaron durante una hora.

Sin embargo tiene la parábola de Cristo una explicación satisfactoria desde otro punto de vista, expresada en la última frase de la parábola como su moraleja. Pues suponiendo que los primeros trabajadores eran los judíos, los cuales efectivamente fueron los primeros en ser llamados al reino de Dios y que los últimos significan a los paganos por ser llamados al reino de Dios en último lugar, (y tomando en cuenta que en los tiempos de los apóstoles los judíos convertidos al cristianismo no querían reconocer la igualdad (el denario) de los paganos convertidos a la religión cristiana, y que esta rivalidad terminó con el retiro de los judíos y la entrada de los paganos al reino de Dios, tal como San Pablo lo explica detalladamente en su carta a los romanas, diciendo que los judíos a raíz de ésta, su conducta recién entrarán en la Iglesia cuando hayan entrado todos los paganos (Rom. 11, 25), se comprende la moraleja: que los primeros (judíos) pasarán a ser últimos, y los últimos (paganos) pasarán a

ser primeros, porque muchos hombres son llamados a la Iglesia de Cristo pero pocos escogidos (miembros del escogido pueblo de Israel)[44]

Pero aceptando esta explicación, la única que resuelve todas las dificultades de esta parábola, vemos en seguida que no ha podido ser inventada por Cristo, porque en tiempos de Cristo no existía todavía aquella rivalidad entre judíos y paganos máxime que Cristo sólo predicó y mandó a predicar a los judíos con exclusión de los paganos. Debe haber sido agregada por el Evangelista quien transformó el original hindú, adaptándolo al estado actual de las cosas entre judíos y paganos. La misma interpretación debe darse a la parábola del banquete (Mat. 22, 1), donde los primeros invitados, los judíos, no quieren venir y entrar ala sala, la Iglesia de Cristo, mientras que los últimos invitados, los paganos, entran en masa. (Los versículos 11, 12 y 13 no pertenecían a esta parábola). Termina también esta similitud con las palabras: muchos son llamados, pero pocos los "escogidos". Por cierto hubo, según la Biblia, cierto rechazo de los judíos por parte de Cristo, a raíz de su incredulidad. Pero lo es de suponer que el mismo Cristo haya pensado jamás en una entrada de paganos a su reino, en vista de la terminante manera, con que él encarga a sus apóstoles la conversión de los judíos únicamente y en vista de su convicción de que él volvería al Juicio Final antes de **haberse terminado la conversión** de la Palestina por parte de los apóstoles. Todas las palabras que expresan una opinión contraria a la de permitir la entrada de as paganos al reino de Dios, como por ejemplo las dos parábolas citadas, son una prueba más de que los evangelios no son la expresión fiel y exclusiva de Cristo, sino una composición de ideas de diferentes autores. A esta clase de palabras pertenecen también las siguientes, que coinciden con las anteriores

"Os declaro que muchos vendrán del Oriente y del Occidente, y estarán a la mesa con Abraham, Isaac y Jacob en el remo de los Cielos; mientras que los hijos del reino (los judíos) serán echados fuera a las tinieblas: allí será el llanto y el crujir de dientes" (Mat. 8, 11).

Hemos visto entonces una gran cantidad de textos semejantes de la Biblia y los libros de la India. No interesa tanto la igualdad o semejanza de los textos, sino que se reproducen en ambos libros los mismos hechos, que naturalmente fueron contados con distintas palabras para que la copia no esté a la vista de todo el mundo.

---

[44] Los teólogos, no comprendiendo hasta hoy este sentido verdadero del texto citado, ,rían que significaba: Muchos son llamados (a la Iglesia); pero pocos escogidos (al cielo). Aprovechándose de esta interpretación errónea, predicaban y predican todavía horrores sobre la "dificilísima" tarea de salvarse, inventando además la monstruosa doctrina católica sobre la predestinación del hombre por parte de Dios. Semejantes errores en la traducción e interpretación de la Biblia se encuentran en casi cada página Sin ir más lejos cito la famosa, "paja en el ojo ajeno". Según el actual texto bíblico Cristo habría dicho: "¿Qué te fijas en la paja que está en el ojo de tu hermano, y en la viga que está en tu propio ojo no te fijas? Y ¿cómo dices a tu hermano: Espera voy a sacar la paja de tu ojo, y he aquí una viga en tu ojo? Hipócrita, saca primero en la viga de tu ojo y entonces procura de sacar la paja del ojo de tu hermano" (.Mat. 7, 3-5) El traductor del texto de Mateo, escrito en hebreo, se olvidó que la palabra "rhen" dignifica "ojo" y, vulgarmente "pozo". Además se olvidó que nadie ha tenido sacado una paja y menos todavía una viga del ojo propio o ajeno. En cambio se sabe que los judíos, debido a la escasez de agua en la Palestina, cuidaban mucho a sus pozos y procuraban tenerlos siempre limpios hasta denunciando a los que tenían inmundicias adentro. Y a este hecho arranca Cristo para decir: "¿Qué te fijas en la astilla e está en el pozo de tu hermano, y en la viga que está en tu propio pozo no te fijas?", etc..

En igual forma podría demostrarse, que también el resto de los evangelios es casi íntegramente un plagio simple de los libros sagrados hindúes; y donde éstos faltan son reemplazados por los libros de la Caldea, de la Persia, etc.

La verdad de lo que he expuesto ha sido reconocida hasta por tos mismos teólogos cristianos.

El profesor Rodolfo Seydel, teólogo protestante y profesor de la Universidad de Leipzig, uno de los más destacados orientalistas de su tiempo, dice en su libro "Die Buda-Legende" (La Leyenda de Buda) que de los 28 capítulos del Evangelio de Mateo sólo dos (22 y 24) están libres de textos hindúes; del Evangelio de Marcos con sus 16 capítulos también sólo dos 7 y 12) no son copiados. En el Evangelio de Lucas, según el mismo teólogo sólo los capítulos 16, 17 y 20, entre un total de 24, no son plagios. El Evangelio de San Juan tiene de 21 capítulos; solamente el décimo y el décimo séptimo están libres de plagios.

El teólogo protestante Happel, historiador de religiones, confirma las aserciones de Seydel y nombra como copias principales 36 textos de la Biblia, a saber: La encarnación de Jesús, con todas las circunstancias que la acompañan. - El niño Jesús en el templo: su aumento en sabiduría. - El año 12 de Jesús. -Su verdadero pueblo natal. - La tentación del diablo. – La higuera y los dos apóstoles. - Las ocho beatitudes. - La historia de la pecadora Magdalena. - La prédica a un rico (Nicodemo) que visita a Jesús de noche. - La muchacha del pozo. El ciego de nacimiento. - Marta y María. - El número de los apóstoles y su envío a la prédica. - El milagro de la marcha sobre las aguas. - La entrada jubilosa en Jerusalén. - El joven rico. - La transfiguración, etc., etc.

Happel termina diciendo: "Este número podría fácilmente aumentarse".

El profesor Dr. Bernahard Spiess, gran conocedor del sánscrito y de la escritura cuneiforme, afirma que casi todas las parábolas del Nuevo Testamento son copias de parábolas de los hindúes, sumeros, persas y sirios y en particular la serie de parábolas que se siguen en el capítulo 13 del Evangelio de Mateo.

El jesuita Bertrand en su obra "Nara ou L'esprit de Dieu" dice con respecto a la historia de la creación del mundo: "Si se comparan estas palabras (Manú 1, 5 etc.) con el primer capítulo del Génesis, uno se sorprende de la semejanza que se encuentra en la manera cómo cuentan nuestros libros sagrados y los libros religiosos de la India la creación del mundo".

El indólogo Garbe, teólogo protestante dice: "Como el cristianismo se formó en dependencia del judaísmo, contiene él muchas doctrinas y creencias que aquél había recibido de otras religiones. Pero también sin mediación del judaísmo han influenciado otras ideas sobre la forma original del Cristianismo. La fijación de estos elementos es el objeto, que la investigación religiosa histórica ha tomado con mucho celo. Sólo existen diferencias serias sobre el número de los elementos extraños. Nuestros más grandes teólogos, hombres como Harnack y Gunkel, nombran al cristianismo lisa y llanamente: una religión sincretística. Este mismo sabio asegura que por lo menos cuatro textos del Nuevo Testamento son copia del budismo, sin hablar de las copias de otras

religiones, a saber: Simeón en el templo, la tentación del Salvador por el diablo, el milagro del aumento del pan y la marcha de Pedro sobre el mar. ” (Indien und das Cristentum, - La India y el Cristianismo), Editorial J. V. B. Mohr, Tübingen).

Los teólogos católicos están naturalmente obligados a negar a priori que haya copia alguna en la Biblia de los libros de la India y quieren demostrar, que los textos hindúes son más bien una copia de la Sagrada Escritura. Su argumentación tiene tanto menos valor, por cuanto no es el resultado de un estudio imparcial, sino que es dictado por prejuicios e ideas preconceptuadas, con el fin de salvar una cosa perdida.

V
Las demás fuentes de la religión cristiana

Al iniciar ahora el estudio de las demás fuentes del Nuevo Testamento, debemos citar en primer lugar el culto de Mithra en Persia, el de Attis en los montes Frigios del Asia Menor y el de Osiris, hijo de Rá, en Egipto.

La Bibliothéque Racionale (París, 41 Rue de Vaugirard, IV) ha publicado varios libros al respecto, que son muy instructivos.

En uno de ellos: "Le Problème de Jésus et les Origines du Christianisme" par P. Alfaric[45], Paul Louis Couchoud y Albert Bayet, exponen que los fieles de aquellos cultos conocían la vida de estos "Salvadores": Mithra, Attis y Osíris, su vida, pasión y muerte, con igual lujo de detalles como nosotros pretendemos conocer la vida de Cristo. Recalcan además las grandes semejanzas entre todos estos salvadores.

Así Mithra, igualmente "logos" o sea "emanado de Dios" como Cristo, estaba encargado de luchar contra Ahrimán, el Dios del mal. - Nace milagrosamente y los pastores vienen a adorar al niño. Mithra es el puerto y el ancla de la salvación, y terminada su misión terrestre vuelve al Cielo, quedando también allí el Protector Soberano. Hay que servirle con absoluta pureza, recibiendo siete sacramentos entre los cuales figura el Bautismo, la Confirmación y la Comunión: pan y vino, consagrados por fórmulas rituales. . Después de la muerte los fieles deben comparecer delante de Mithra y si han sido buenos gozarán de eterna beatitud; si malos, van al infierno para siempre. Al fin del mundo vendrá Mithra para el Juicio Final.

Rasgo por rasgo encontramos aquí la religión cristiana; lo que faltaba a los libros de la India, aquí lo tenemos.

Agregando el contenido de los otros dos cultos, el cuadro está completo.

Hay mucha verdad en la observación de Renán de que el culto de Mithra llegó en Roma a un desarrollo tal en los primeros tres siglos después de Jesucristo, que si no hubiera sido por la victoria del Emperador Constantino, hijo de la santa faena, el mundo se habría vuelto mithrano en vez de cristiano.

[45] Prosper Alfaric es sacerdote católico y profesor de la Historia de Religiones en la Universidad de Estrasburgo. El día 20 de julio ppdo. fué excomulgado por el Vaticano por haber dudado en sus escritos y conferencias de la divinidad y de la existencia de Cristo.

El libro citado, demostrando la prioridad cronológica del culto ele Mithra con respecto al de Cristo, da una amplia explicación sobre el origen de cada uno de los cuatro evangelios, los que según las investigaciones modernas no han sido redactados antes del año 145 después de Jesucristo.

A nosotros ya no nos pueden asombrar tales resultados de la ciencia; puesto que la Biblia, despojada del carácter divino que se le atribuía, y llena de relatos falsos, ha perdido todo su valor.

Ha llegado la hora de que la humanidad se dé cuenta de la farsa que partes interesadas están representando, al invocar "libros sagrados" que llevan la marca de su origen verdadero en la frente.

El profesor judío Delitsch, uno de los más destacados conocedores de las ciencias orientales, fundador del panbabilonismo, dice sobre el Viejo Testamento:

"Tengo que resumir la verdad asegurando que el Viejo Testamento está lleno de engaños de toda clase: es un verdadero colector de números erróneos, no creíbles, no fidedignos tampoco con respecto a la cronología bíblica; es un verdadero laberinto de falsas descripciones, de cambios, transformaciones y modificaciones falaces, también de anacronismos; es una continua mezcla de indicaciones contradictorias y de relatos enteramente falsos, de invenciones libres, no históricas, de fábulas y leyendas. En una palabra, es un libro lleno de engaños intencionales y no intencionales, en parte de autosugestiones; un libro muy peligroso, para cuyo uso se precisa el mayor cuidado''. (Die grosse Täuschung. El gran engaño, segunda parte, página 52).

Estas mismas palabras, con las modificaciones necesarias del caso, pueden aplicarse también al Nuevo Testamento.

Podría preguntar alguien: ¿Qué es lo que queda de la persona de Cristo en vista de todo esto?

Emilio Bossi, en su obra: "Jesucristo nunca ha existido" (F. Granada y Cía., editores. Diputación 344, Barcelona, 99 millar), haciendo un prolijo examen del origen o sea de las fuentes del texto evangélico en la Historia, Biblia, Mitología, etc., llega, a raíz de su abundante material, a la conclusión indicada por el título de su libro, o sea, que Cristo nunca ha existido. Coincide en esto con la obra francesa ya citada y cuyos autores declaran que Cristo no creó el cristianismo sino que el cristianismo creó a Cristo.

A un resultado muy diferente llega el Dr. Binet Sanglé, profesor de la Escuela de Psicología de París. Este hombre de ciencia, conocidísimo por la gran cantidad de sus obras, especialmente fisiológicas, psicológicas, patológicas, higiénicas y terapéuticas, en su libro: "La Folie de Jesús" (La Locura de Jesús, ediciones Ercilla, Santiago de Chile), afirma la existencia de Cristo negando tan sólo los caracteres sobrenaturales. Haciendo un examen médico verdaderamente científico e interesante de la persona de Cristo tal cómo se presenta en los evangelios, demuestra, que se trata de un caso de teomegalomanía histeróide, basándose, en un centenar de observaciones de casos análogos, entre los cuales el de Guillermo Jesús Monod es el más completo por su semejanza con Jesucristo.

A nosotros poco nos puede interesar saber si Cristo ha existido o no[46], si estaba o no afectado de locura. Desde el momento que la misma Biblia lo ha desvestido de su carácter divino, haciéndolo pronuncian una profecía que no se cumplió, siendo ella de capital importancia para la prueba de su carácter divino y desde que los demás caracteres sobrenaturales de Cristo resultan ser simplemente copias de otras religiones, en que la misma autenticidad y veracidad de la Biblia se han visto sucumbir; la persona de Cristo, y todo cuanto los evangelios relatan de ella, ha perdido todo interés.

Y ahora la confirmación de lo dicho:

Pergaminos encontrados hace poco en la caverna Ain Fescka, cerca de Jericó que fueron escritos unos 50 años antes de Cristo, y que confirman lo dicho en otros pergaminos encontrados en la vieja parte de Cairo, nos han hecho saber, que un llamado "Maestro de la Justicia" o también "Elegido de Dios" fundó una secta, alrededor del año 103, a. J., que se llamaba: "Comunidad del Nuevo Testamento”. El y sus adictos vivían en un convento situado en Qumran donde se hallaron los pergaminos,

Este "Maestro de la Justicia" fué llevado por Aristóbulo II, caudillo y Sumo Pontífice, a las estradas del juzgado, siendo desvestido, torturado y condenado a la muerte en el año 63 a. J.

Después de su desaparición, los discípulos lo convirtieron en Mesías, sosteniendo que pronto volvería al Juicio Final. Esta fe – así aseguraban – daría a todos los creyentes la vida eterna.

Exigían: Veracidad, pobreza, humildad, amor al prójimo, etc.

El "Maestro de la Justicia" es designado también con el nombre: "Ungido"; por medio de él Dios revela al "Espíritu Santo"; de modo que la doctrina de la Trinidad ya existía mucho antes de Cristo y estaba expresada mucho más clara que en los Evangelios, de modo que el Evangelio de San Juan debe considerarse ahora como el más judío, cuando antes pasaba por el más cristiano.

Observo que, en mi opinión, la o las profecías de Daniel coinciden mucho mejor con la vida del "Maestro de Justicia" de los Esenios (que así se llamaba esa secta) que con la de Cristo. Y como esos monjes se ocupaban principalmente con la copia y confección de libros sagrados, el profeta Daniel Habrá tenido su origen allí. Pero aunque no fuera así, todas las profecías del Antiguo o Viejo Testamento no tienen más valor

---

[46] En un estudio muy interesante se niega en el citado libro francés de Alfaric, la autenticidad de cuantas citas existen en libro profanos más o menos contemporáneos de Cristo, sobre la persona del Redentor. Por otra parte las investigaciones del historiador Prof. Eisler de la Universidad de Viena (antes de Cambridge, Oxford, Edimburgo, París), dieron por resultado que el verdadero e histórico Jesús de Nazareth ara un caudillo y, según el escritor Flavio Josefo, "de pequeña, jorobada y fea estatura". Sus adeptos eran los Sikarios. Ya durante el gobierno de Pilatos habían intentado apoderarse de Jerusalén, y en esta oportunidad el jefe fué ejecutado por "revolucionario y ladrón", conjuntamente con dos ladrones.

En el año 66 se renovó la revolución, esta vez provocada por los campesinos judaicos, esclavizados, de origen amorítico y hethítico. que vivían en Galilea. El movimiento, como consta en un manuscrito encontrado en 1893; se dirigía especialmente contra el capitalismo bancario de los sacerdotes (Fariseos y Saduceos). Los revolucionarios se apoderaron de los depósitos bancarios del Templo subterráneo; pero los emigrantes judaicos consiguieron que Roma mandara a Tito con un ejército contra los rebeldes, con el especial encargo de salvar el Templo. De ahí el largo sitio de Jerusalén. El conocido historiador Mommsen (Tomo 5) confirma el carácter violento de esta última revolución, que terminó con la destrucción completa de Jerusalén y su Templo.

que por ejemplo las profecías de Nostradamus. Dicho sea esto de paso y también que toda la prédica de Cristo carece de originalidad. Sólo divulgaba, lo que aquella secta enseñaba en secreto.

Alrededor del año 35 (p. C.) la "Comunidad del Nuevo Testamento" que, a la muerte de su fundador, había huido a Damasco, volvió a Jerusalén.

Lo único que interesa, y que es verdaderamente de lamentar, es el hecho que durante dos mil años el mundo pudo ser engañado tan funestamente, y sigue siéndolo por aquéllos para quienes "La fábula de Cristo produce tanto, que sería necio advertir el engaño a los ignorantes" (Palabras atribuidas al Papa León X).

Conclusión

Ha llegado el crepúsculo de los dioses, Jahvé, Cristo bíblico y la Biblia misma, a la luz de los hechos aquí presentados, no son lo que el mundo judío-cristiano ha creído: la verdad suprema ni la autoridad suprema.

Muy al contrario, ellos son el producto de la fantasía humana, leyendas propias de la infancia de la humanidad, sin valor ninguno.

Vale decir que toda la cultura judaica-cristiana, basada en aquellos tres factores: Jahvé, Cristo y la Biblia, es como un castillo de naipes, está en el aire.

¿Será por eso que esta cultura ha traído tanta desgracia a los judíos y cristianos?

Efectivamente, una cultura, basada en leyendas y creencias ficticias, en errores y mentiras, a la larga, no puede sino causar inmensos perjuicios a los pueblos, donde imperan. Pues un error engendra al otro y la costumbre se transforma en fanatismo y ceguera frente ala opinión adversa y, ante todo, frente a la verdad.

Pero, por lo mismo, la justicia inmanente al desarrollo histórico hace pagar caro a cuantos se inspiran en errores e injusticias.

Lo veremos en seguida por lo que ha sucedido a judíos[47] y cristianos.

Los primeros, imbuidos de la idea de ser el "pueblo escogido de Dios", no sólo consideraban y consideran a su raza superior a todas las demás razas, a las cuales designaron y siguen designando con el nombre despectivo "Goim" (o "Akum", que vale tanto como "perro inmundo”), sino que evitaban hasta el contacto con ellos, por creer que impurifica al judío, y apartándose ellos por lo mima en ghetos, han quedado judíos, aún viviendo centenares de años dentro de la comunidad de otros pueblos.

Además hasta hoy todavía los judíos religiosos aprenden, desde la más temprana juventud, fuera de la Tora también, el Talmud [48](que contiene, según ellos, las revelaciones orales hechas por Jahvé a Moisés, durante los 40 días que éste habría quedado en el monte Sinaí) y el

[47] Correctamente debería decirse: hebreos, pues el nombre de "judío" corresponde estrictamente a una sola de los doce tribus de Israel, por cierto que a la más importante. Por eso una persona, a pesar de ser hebrea, en mucho casos con razón podrá decir que no es judía.

[48] Hay una edición: "The Talmud unmasked" hecha por el Sacerdote católico Pranaitis, Profesor de la Universidad en Petersburgo, publicada con la aprobación del Arzobispo de Petersburgo (1892). Copyright E. N. Sanctuary 156 Fifth Avennue, New York.

Schulchan Arukh (que es el ¡extracto reglamentado del Talmud), considerando al Talmud igualmente sagrado que la Tora. El Schulchan Arukh es el verdadero Catecismo para todo judío consciente de su religión y raza.

Ya hemos visto qué clase de enseñanza moral, mejor dicho:

Amoral, hay en la Tora. Basta ella sola, para hacer imposible, la larga, la convivencia con personas, que siguen semejantes normas de vivir.

Pero para que el lector vea que tanto en los libros de Moisés como también en el resto del Viejo Testamento y en los demás libros citados se mantiene siempre la misma moralidad, mejor dicho: inmoralidad, voy a citar algunas frases características de la Biblia y, a continuación, del Schulchan Arukh.

El lector, examinando justicieramente el alcance de tales pronunciamientos, verá que no exagero al decir, que tal enseñanza impartida a la juventud ha de envenenar su ánimo y explica la enemistad indiscutible que, desgraciadamente, el judío ha encontrado en todos los tiempos y en todos los pueblos, con los cuales ha convivido durante cierto lapso de tiempo.

He aquí algunos textos:

"No tomarás de tu hermano usura... más del extraño (nojudío) tomarás usura". (5. Moisés 23, 19 y 20).

"Ninguna cosa en estado de putrificacción comeréis: al extranjero que está en tus poblaciones la darás, y él la comerá; o véndela al extranjero; porque tú eres un pueblo santo a Jahvé, tu Dios" (5. Moisés 14, 21).

"Jahvé, tu Dios, te bendecirá, como te ha dicho. Tú prestarás dinero a muchos pueblos gentiles (-no-judíos), más tú no tomarás prestado, así te adueñarás de muchos gentiles, pero de ti no se enseñorearán" (5. Moisés 15, 6).

"Pídeme y te daré por heredad los gentiles y, por posesión tuya, los límites de la tierra. Con barra de hierro los has de destrozar, como vasos de barro los romperás". (Salmo 2, 8 y 9).

"Cuando Jahvé, tu Dios, te los (gentiles) hubiere entregado, los matarás, los destruirás del todo, no harás alianza con ellos, ni los tomarás a merced, y no emparentarás con ellos, no darás tu hija a su hijo, ni tomarás a su hija para tu hijo". (5. Moisés 7, 2 y 3).

"Y consumirás a todos los pueblos que te da Jahvé, tu Dios. No los perdonará tu ojo". (5. Moisés 7, 16).

"Y que el reina y señorio y la majestad de los reinos debajo de todo el cielo, sea dado al pueblo de los santos del Altísimo". (Daniel 7, 27).

"Tus puertas estarán siempre abiertas, no se cerrarán de día ni de noche, para que sean traídos a ti los más fuertes de los gentiles y sus reyes. Porque los gentiles o el reino que no te sirviere, perecerá... Y vendrán a ti humillados los hijos de los que te afligieron y bajo las pisadas de tus pies se encorvarán todos los que fe escarnecían y te han de llamar: Ciudad de Jahvé, Sión del Santo de Israel". (Isaías 60, 11-14).

"Levántate y trilla, Hija de Sión; porque tu cuerno tornaré de hierro y tus uñas de metal y desmenuzarás muchos pueblos y consagrarás a Jahvé sus robos Y sus riquezas al Señor de toda a tierra". (Miqueas 4, 13).

"Asimismo será el resto de Jacob entre las gentes (=no-judíos), en medio de muchos pueblos como el león entre las bestias de la montaña, como el cachorro del león entre las manadas de las ovejas, el cual, si pasare y hollare y arrebatare, no hay quien escape". (Miqueas 5, 8).

"Hija de Babilonia[49], devastadora, bienaventurado el que te diere en pago lo que tú nos hiciste.

"Bienaventurado el que tomará y estrellará tus niños contra las piedras". (Salmo 137, 8, y 9).

"Oh, Jahve, quiebra sus dientes en sus bocas; quiebra, oh Jahve, las muelas de los leoncillos... Como el abortivo de la mujer, no vean el sol... Alegraráse el, justo (el judío), cuando viere la venganza: sus pies lavará en la sangre del impío". (Salmo 58, 6 a 10).

¿Qué Dios racista es éste que escribe semejantes cosas, "revelaciones", en la Biblia? ¿Acaso no es Dios el Padre de todos los pueblos? ¿Es éste el Dios tan paterno predicado por su Hijo o es otro?

¿Cómo no han de volverse racistas incondicionales, a quienes el propio Dios, Creador del mundo, les escribe esto en libros revelados por él?

¿Qué discriminación más justificada a la vez que denigrante, cuando un pueblo tan insignificante, a raíz de tales "revelaciones" por desgracia internacionalmente reconocidas como tales, se cree "elegido" por el propio Dios, Creador del Universo?

Si alguien quiere racismo, aquí lo tiene. No hay en todo el mundo un libro conocido, tan imbuído de racismo y de discriminaciones raciales (léase al respecto especialmente el libro Esther) a favor de una pequeña comunidad y en detrimento de todos los demás pueblos, que el Antiguo Testamento. Y este libro es la base de la cultura judía, y, por equivocación, también de la cultura cristiana; porque los cristianos ni hasta hoy han comprendido que el Antiguo Testamento se dirige exclusivamente a los judíos, siendo sus enseñanzas fundamentales, en la mayoría de las veces, incompatibles con las del Nuevo Testamento:

Pero, al reconocer el Antiguo Testamento como revelación de Dios, los cristianos han perdido todo derecho, de reprochar a los judíos su manera de ser. El judío que cree en la Tora y los demás libros del Antiguo Testamento y vive de acuerdo a sus enseñanzas, está tan convencido de la rectitud de sus actos y adora su judaísmo tanto como el mejor cristiano su cristianismo. Ningún cristiano puede tomárselo a mal. Esto, además se lo prohíbe el principio cristiano que le impone el amor al prójimo y, en especial, al enemigo. Y, si se le exigiera al judío que destierre el Antiguo Testamento el cristiano debería hacer otro tanto.

En cambio, si hoy se habla tanto contra el racismo, si se quiere desterrar la discriminación racial, entonces, sí, ha llegado el momento de

[49] Babilonia moderna es para el judío que cree en la Biblia y el Talmud, toda la cristiandad, a causa de los sufrimientos, discriminaciones, persecuciones, pogroms, que han tenido que soportar los judíos en los últimos 200 años. Por eso ve con íntima satisfacción que los pueblos cristianos se combaten y hasta se exterminan entre ellos, y ve en todo eso una garantía de que Jahvé está nuevamente con su pueblo elegido, procurando que Jerusalén será un día, como dijo Ben Gurión, la capital del mundo entero. "Ojo por ojo, diente por diente" es hoy todavía el "leitmotiv" de los judíos.
El judío no tiene por qué avergonzarse de ello, puesto que las leyes y prácticas eclesiásticas frente a él y a los herejes han sido y son todavía iguales y peores.

acabar, de una vez por todas, con libros que tan abiertamente enseñan el racismo y lo exigen al extremo que, por ejemplo hay, en el recién constituido Estado de Israel, se ha prohibido estrictamente el casamiento de judíos con no-judíos.

Y ahora voy a citar algunos textos de los demás libros "sagrados", exclusivamente reconocidos por los judíos.

Observo que estos libros representan solamente la consecuencia sacada del Antiguo Testamento y, para no herir a nadie, voy a citar sólo algunos pocos textos. Que nadie diga que en la práctica no se enseña el Talmud o el Schulchan Arukh. Tengo revistas judías de ahora con fotos de escuelas judías primarias y la leyenda dice que allí los chicos están estudiando el Talmud (Vea p, ej. la revista: Hechos y Cifras, enero 5 de 1947, página 15). He aquí los textos:

"Los bienes de los no-judíos son como bienes sin dueño, y el primer judío que venga, tiene el derecho de apoderarse de ellos".

(Schulchan Arukh, tercer libro: Coschem ha mischpat 156).

"A los no-judíos no se debe salvarlos, cuando estén en peligro". (Schulchan Arukh, segundo libro: Jore de'ah 158).

"Todo niño en el vientre de una sirvienta o no-judía no vale más que un animal". (dore de'ah 241).

"¿Quién es ramera? - todas las hijas no-judías o una judía que ha tenido relación carnal con quién no debe casarse". (Schulchan Arukh - cuarto libro: Eben haezer 6).

A estas citas podría agregarse centenares más, cuyo espíritu es igualmente pernicioso e inmoral a los ojos de la humanidad civilizada.

He contado más de una docena de citas en 21 Talmud y Schulchan Arukh, donde se recomienda matar a los Goim. Pero el culpable de todo esto es el Antiguo Testamento y no el pueblo judío que, al fin y al cabo, sólo sufrió las consecuencias de semejantes doctrinas.

Con tales principios una coexistencia pacífica entre judíos y otros pueblos se hace imposible, y entonces el choque de intereses es inevitable, y se producen las reacciones que conocemos de la historia. .

No se puede achacar simplemente y siempre a los demás pueblos la culpa de tales acontecimientos.

Si éstos con otras colectividades nunca se han producido, pero sí siempre con las colectividades judías, ¿no debería el judío consciente examinar, si las verdaderas causas de tales fenómenos no radican acaso en él mismo, en su moralidad, su manera de ser?[50]

---

[50] Tampoco se puede hablar de antisemitismo. Los árabes son, sin duda alguna, también semitas. Sin embargo nadie odia a las colectividades árabes en los distintos países, Y si hoy los árabes mismos manifiestan un odio a muerte contra Israel, nadie podrá por eso tildarlos de antisemitas. La palabra "antisemitismo" deberla ser desterrada del vocabulario internacional, por ser ella una mera ficción. A lo sumo se puede hablar de "antijudaísmo" y éste no tiene nada que ver con la raza, ni es racismo, sino que deriva por desgracia de la conducta de los judíos, basada en el Antiguo Testamento y les demás libros sagrados de ellos, cuyas enseñanzas son incompatibles con el modo de vivir habitual en las culturas modernas.
No puede tildarse a Cristo de ser antisemita, cuando -según el famoso texto de Juan (Juan 7, 44)- les dice a los judíos: "Vosotros de vuestro padre el diablo sois, y los deseos de vuestro padre queréis cumplir. El homicida ha sido desde el principio". Tampoco Domingo Faustino Sarmiento fué antisemita, cuando escribió: "... el pueblo judío, esparcido por toda la tierra, ejerce la usura y acumula millones, rechazando la patria en que nace y muere por una patria ideal que baña escasamente el Jordán y a la que no prensan volver jamás. Este sueño que perpetúa hace 20 0 30 siglos, pues viene del origen de la "raza", continúa hasta hoy perturbando la economía de las

¿No sería hora de abolir libros como la Tora, el Talmud y ex Schulchan Arukh, por ser su moral la del desierto de hace más de 2. 000 años, cuando hoy disponemos, por lo menos teóricamente, de una moral civilizada que ha encontrado su expresión, en la legislación moderna?

Hoy, que los judíos tienen nuevamente un hogar, una patria, ya no necesitan defender su supervivencia mediante principios que les dan por cierto una gran ventaja sobre todos los que conviven con ellos: la ventaja que ofrece la absoluta ausencia, de escrupulosidad, pero que por otro lado, les acarrean, a la larga, el odio de todo el mundo, como lo demuestra la historia, .

Hoy su supervivencia está asegurada y sólo falta asegurar la convivencia pacífica, para que todo el mundo les considere por lo que deben ser: iguales entre pares, hermanos fraternales y, por eso, bienvenidos.

Ya hay innumerables judíos que reconocen esta verdad y se han adaptado a la vida del hombre moderno al igual que lo han hecho muchos cristianos, colaborando en la estructuración de una humanidad libre de los errores del pasado.

Yo mismo conozco unos cuantos de ellos. Son excelentes personas, de absoluta corrección y trato agradable. Han renunciado a los principios de la Tora y del Talmud, más bien no han querido ni conocerlos. ¡Bienvenidos todos que imiten su ejemplo!

He dicho todo esto, porque sólo descubriendo los errores del sistema religioso total, basado en la Biblia, puede producirse una revisión general de la cultura que durante miles de años ha sido la base de todos los pueblos judío-cristianos, sin haberles traído ni felicidad, ni redención alguna. Al contrario. El camino de esta cultura ha sido un camino de sangre y de lágrimas, de fanatismo por doquier, de persecuciones sin fin y guerras interminables y todo esto sin perspectiva ninguna de que habrá un cambio, a no ser que venga de adentro en nuestro modo de pensar y obrar.

Pasemos a tratar ahora la cuestión del cristianismo.

No crean los cristianos que su cultura o moral sea mejor que la de los judíos.

En efecto, también el cristiano reconoce y debe reconocer los libros de Moisés y todo el Viejo Testamento como palabra de Dios, del Ser Supremo. Con ello debe admitir él también todas las barbaridades contenidas en aquel libro.

Pero, además, hay en el Nuevo Testamento doctrinas que, junto con las enseñanzas del Viejo Testamento, han hecho del cristianismo todo lo contrario de lo que debería ser. Pues ha birlo ideado como una religión de amor y se ha convertido en una religión de odio.

Y a esta transformación no es del todo ajeno el propio fundador del Cristianismo – según la Biblia.

---

sociedades en que viven pero de que no forman parte; y ahora mismo, en la "bárbara" Rusia como en la ilustrada Prusia se levanta un grito de repulsión contra este pueblo que se cree escogido y carece del sentimiento humano, el amor al prójimo, el apego a la tierra, el culto al heroísmo de la virtud, de los grandes hechos, dondequiera que se producen (En su libro "Condición del extranjero en América págs, 260 a 261).

Por cierto dice ella, que los ángeles, en el nacimiento de Cristo, han cantado "Paz en la tierra"; pero también dice que el propio Cristo ha dicho palabras que suenan de un modo muy diferente. Así cuando leemos:

"No penséis que he venido para meter paz en la tierra: no he venido para meter paz, sino estada".

"Porque he venido para instigar al hijo contra su padre y a la hija contra su madre y a la nuera contra su suegra".

"Y los enemigos del hombre serán sus familiares". (Mateo 10, 34-36; Lucas 12, 51-53).

O cuando dice:

"Pero aquellos mis enemigos, que no querían que yo reinase sobre ellos, traedlos acá y degolladlos delante de mí". (Lucas 19, 27).

La iglesia de Cristo, se ha inspirado más bien en estas palabras de Cristo, pues predicando la paz, no ha hecho sin embargo otra casa que traer la espada, instigar a los hombres y degollar a sus adversarios, al extremo que la historia de la Iglesia de Cristo, tal como se ha desarrollado en cada uno de los países cristianizados, es la más sangrienta de todas las historias conocidas, y en ningún nombre se han cometido tantos y tan horrorosos crímenes que en nombre de Cristo.

No exagero de ninguna manera sino que lo he evidenciado ampliamente en la obrita: "Herejías Católicas".

Es que el mundo olvida demasiado rápido los acontecimientos históricos y cree que los representantes de Cristo, porque ya no pueden perseguir a los herejes, ni realizar Autos de Fe, ni quemar brujas, ni hacer guerras religiosas, ni matar a los pieles rojas como antes, sino que se limitan a poner la cara de santos varones, no son lobos rapaces, sino corderos mansos.

¡Que nadie se llame al engaño! Si actualmente no arden las hogueras, ni funcionan las horrendas máquinas de torturas, no es porque la Iglesia no quiere, sino porque no puede[51]

Y los propios cristianos han demostrado en todos los tiempos que en furor sanguinario nadie les gana. Las enseñanzas de dos mil años de "educación" en persecuciones, inquisiciones sanguinarias, guerras religiosas, etc., ha dado su fruto.

Basta recordar la última guerra donde todo el mundo cristiano se hundió en un mar de odio y sangre tal que, si el mandato principal de Cristo no hubiese sido el amor sino el odio al prójimo, los cristianos no hubieran podido cumplirlo mejor. "En sus frutos los conoceréis". (Mat. 7, 16-20). Mejor nadie podría haber condenado el resultado de su propia doctrina.

---

[51] ¿No dijo, hace poco (el 15 de agosta de 1956, entre las 19 y 20 horas), el representante de esa Iglesia en un servicio, propalado nada menos que por L.R.A. Radio del Estado de Rosario, textualmente, que los argentinos protestantes que no veneran a la Virgen María "son traidores a la tradición (¡Rivadavia, Roca, Sarmiento), a quienes habría que fusilar por la espalda, como se fusila a los traidores de la patria"?
Se ve que ni el espíritu de la Inquisición, ni el totalitarismo eclesiástico han muerto y ¡con qué ganas desencadenarían nuevamente sus persecuciones medioevales!
Nota : Hasta 1956 Monseñor Fermín Lafitte fue Arzobispo de Córdoba, luego del triunfo de la Revolución libertadora, con la cual tenía optimas relaciones a través del Lonardi , pasó a ejercer el Arzobispado de B. Aires. En Rosario era obispo Monseñor Caggiano, luego cardenal Primado. Uno de ellos debió ser el autor de esa alocución. C. Báez

En efecto, si este es el fruto de dos mil años de cristianismo, habría sido mejor que jamás hubiera venido al mundo.

En verdad, hoy a dos mil años de redención por Cristo, el mundo está más irredento que nunca, y los, cristianas están dispuestos, hasta a liquidar a media humanidad con bombas atómicas.

¿De qué ha servido entonces el Cristianismo?

Por cierto, no para traer religiosidad verdadera, sino para traer fanatismo irreligioso y crear el eclesiasticismo, enemigo N° 1 de toda religiosidad sincera.

Repito lo que he dicho en la Introducción:

De nada sirve, ir de iglesia a iglesia, cantar y leer oraciones impresas en hermosos libros con tapas y letras de oro, persignarse y gritar: "Viva Cristo Rey". Todo esto es sólo eclesiasticismo, no es religión.

Religión verdadera sólo consiste en el respeto que debemos al Ser Supremo y a su obra, cuya culminación es el hombre.

Sin este respeto no puede haber ninguna religión sino tan solo fanatismo y eclesiasticismo, que son la muerte de la religión.

Hemos comprobado entonces, ampliamente, que ni la religión judía ni la religión cristiana tienen valor alguno que justifique su existencia, por faltarles no solamente cualquier autorización sobrenatural, sino por faltarles también la verdad que pasa por encima de todo y finalmente, como consecuencia de ello, por no haber traído al mundo ninguna solución del problema: hombre, por no decir: redención del hombre.

Por lo mismo tanto los judíos como los cristianos se ven en la imperiosa necesidad de revisar su posición frente a la religión que profesan.

Es una obligación cultivar en adelante la religiosidad verdadera, que acabamos de señalar.

Haciendo esto, el renunciamiento a vanas creencias resulta ser una gran adquisición para el espíritu, trae paz y felicidad verdadera al alma y hace olvidar muy pronto la pesadilla de las leyendas irreligiosas.

No voy a terminar esta parte del libro sin dar una advertencia a quienes quisieran tomarme a mal el que yo haya escrito todo esto sobre Jahvé, Cristo y la Biblia.

Decir la verdad, nunca puede ser una vergüenza, ni debe ser una ofensa para nadie. En cambio, sí, es una vergüenza que aquellos que se dan por encargados de estos "valores", básicos de toda nuestra cultura, hasta hoy no han entrado jamás en un estudio objetivo e imparcial de estas bases y siguen con la prédica y divulgación de enseñanzas cuyos errores son tan patentes y evidentes que sólo un fanatismo irresponsable puede desconocerlos.

Al fin y al cabo es la cultura un factor demasiado importante para la vida de los pueblos, como para permitir que siga basándose en equivocaciones, errores y cuentos de cigüeña que en el fondo, nadie ya cree, ni puede creer, así vengan de San Pedro o San Pablo, pues ellos también se equivocaron. ¡y grandemente!

Si realmente se quiere la felicidad de la humanidad y no se prefiere la comodidad personal, habrá que cambiar de rumbo, buscando algo más sólido que sirva de base cultural para todos, sin excepción alguna.

Ese cielo que se promete a los crédulos, no existe. Mientras tanto se hace imposible la vida en esta tierra. Sería mil veces mejor, arreglar en primer término, las cuestiones terrenales y procurar que las leyes grabadas en la naturaleza sean cumplidas por todo el mundo. Haciendo esto, no importa lo que suceda después de la muerte.

En ningún caso habrá privilegios para nadie. Rom. 2, 11.

Tercera parte

Las diferencias entre la doctrina de Cristo y las de las Iglesias Cristianas

Dedico esta tercera parte muy especialmente a mis lectores católicos.

De por sí ella está demás. En efecto, lo que hemos visto en las dos primeras partes basta enteramente para renunciar a Jahvé, al Hijo de Jahvé, a la Biblia, Judaísmo y Cristianismo ale una vez por todas.

Pero es el caso que he presentado al lector solamente aquellos resultados que obtuve, cuando mis estudios e investigaciones ya habían llegado a su punto final.

Creo necesario sin embargo, hacer ver también, cómo comenzaron mis dudas y nuevas convicciones, cómo me di cuenta de que la doctrina católica, que había aprendido a fondo durarte los estudios teológicos, no concordaba con la enseñanza de Cristo y sus Apóstoles.

Pues la Iglesia Católica que se titula Apostólica Romana, porque se jacta de haber conservado la doctrina genuina de Cristo y los Apóstoles, ha precisado y eternizado esta su doctrina en dogmas de tal manera que, negar aunque sea tan sólo uno de ellos es suficiente para ser excomulgado.

Sostiene la Iglesia Católica – y esto es un dogma también – que toda su doctrina, hoy dogmatizada, ha sido enseñarla tal cual por Cristo y los Apóstoles, no admitiendo ninguna excepción o modificación esencial que hubiera sido introducida en el transcurso de los tiempos.

Voy a llevar entonces a mis lectores sobre el mismo camino que he tenido que recurrir yo en mis investigaciones y que me cambiaron de un sacerdote profundamente convencido en un adversario más convencido aún de la doctrina católica.

El lector verá de esta manera, que la sencilla doctrina cristiana fue alterada cada vez más, siendo transformada finalmente en un sistema filosófico-teológico; y entonces se pondrá de manifiesto, que de la pretendida Apostolicidad justamente en la Iglesia Católica Romana ha quedado menos que en cualquier otra Iglesia cristiana.

Los capítulos que siguen, fueron redactados así como están, cuando yo era aún sacerdote, vale decir: hace más de 30 años.

Y así como están en este libro, los entregué en un manuscrito a mi obispo, cuando en abril de 1924 lo visité para anunciarle mi separación de la Iglesia. El obispo, después de haber leído mi manuscrito, me dijo

que él no estaba en condiciones de refutar mis argumentos, porque para eso se precisaban estudios especiales, que su cargo no le permitía hacer.

A título de ser completo agrego aquí la carta que acompañaba el manuscrito y que reza así:

A S. Ilma...

El Señor C. Klein,

Obispo de Paderborn.

Ilmo. Señor:

Lo que hoy he de participarle a S. Ilma. me causa el más profundo dolor.

Desde hace cuatro años el estudio de la Sagrada Escritura me ha convencido de que la teología católica en muchas y muy importantes doctrinas se ha equivocado. Por eso he resuelto retirarme de mi cargo de sacerdote. El manuscrito adjunto, que próximamente será publicado, le dará a conocer a S. Ilma. mis razones para dar este paso.

Yo mismo, durante mucho tiempo, he luchado de todas las maneras posibles contra los resultados de mis estudios; he pedido la ayuda y el consejo de mis cofrades y de personas competentes, pero inútilmente. En enero del año pasado (1923) mandé este manuscrito al Rev. Padre Fonk, de la compañía de Jesús, Director del Instituto Bíblico Papal en Roma, pidiéndole, que solucione los problemas en cuestión, pero no tuve contestación. Así, sin prejuicio de ninguna clase, he examinado los resultados de mis investigaciones durante años enteros, hasta que ya no podía resistir más a la clara doctrina de la Sagrada Escritura, confirmando, además, la Tradición Apostólica mi nueva convicción.

No hay necesidad de asegurar a Su Ilma. que yo no tenía el propósito de provocar un conflicto con la teología católica. Su Ilma. sabe mejor que nadie que me había consagrado al Servicio de Dios y de la Iglesia Católica por puro amor y entusiasmo. Jamás había pensado que un día tendría que retirarme de mi cargo. Me he cuidado muchísimo durante mis estudios para no equivocarme, sabiendo que si mi opinión un día llegase a ser refutada, yo mismo sería el perjudicado. Cuando las dudas comenzaron a formar cuerpo hice una selección de los puntos principales en los cuales los teólogos católicos, según mi opinión, se habían equivocado. Un estudio detenido evidenció los errores de la teología claramente: son los mismos errores que mi manuscrito critica a los teólogos.

No es de esperar que la teología católica confiese sus errores ni que permita que yo mantenga mi convicción siguiendo en mi cargo de sacerdote. Me excluiría de la Iglesia, sin oír o examinar mis objeciones. En realidad, según la teología católica ya desde hace años estoy fuera de la Iglesia. Únicamente la circunstancia de no haber cometido ninguna falta hizo retardar mi separación.

Ahora ya no me es posible esperar más, y aseguro a Su Ilma., que doy este paso con mi conciencia tranquila, lo que es mi mayor consuelo. Más me pesa en este momento la separación de todos los que hasta ahora eran mis amigos, los cuales me abandonarán en adelante para siempre, que la separación del cargo, antes tan caro y santo para mí. Al fin, el desencanto amargo, que le hago a Su Ilma., a Su Eminencia el Cardenal

Carlos José Schulte de Colonia, y a mis feligreses anteriores, es el producto de hondas meditaciones y convicción sincera.

Pero el desencanto mío no es menor. Si, yo hubiera sabido hace años lo que sé ahora; si mi educación en el colegio y la enseñanza que me han dado no me hubiesen ocultado la verdad, penándome con mil prejuicios; si la teología católica con sus maneras de enseñar y sus amenazas del infierno no me hubiera abrumado de tantas y tan pesadas cadenas, jamás me habría yo dedicado a este cargo. Habría buscado mi felicidad en otra parte. Por cierto que no es agradable, una vez sacerdote, verse obligado a abandonar tal cargo; condenado además por millares e personas y condenado por la Iglesia, a la cual he servido y sacrificando toda mi juventud inútilmente, y condenado por todos mis parientes, quienes en adelante me esquivarán, como si hubiese cometido un crimen. Me encuentro pues en la calle, y tengo que buscar nuevamente mi porvenir a los 34 años, bajo condiciones que hacen la muerte preferible a la vida. [52]

Sin embargo Su Ilma., misma deberá confesar que yo no hago más que cumplir con mi deber al retirarme de mi cargo, después de una investigación tan larga y detenida, para no ser obligado a predicar cosas

---

[52] Alemania en 1923/24 era un caldo hirviendo en el que se cocinaba las extremas, tanto la izquierda como la derecha. El Nacionalsocialismo comenzaba tímidamente a crecer, la desocupación, la hiperinflación, y la desesperanza abrumaban a los sobrevivientes de la hecatombe de lague guerra del 14 – 18. La República de Weimar tenia sus días contados, el alemán medio lo único que aspiraba era a emigrar a América para sobrevivir a la hambruna reinante. C. Báez

> "Al término de la guerra, Alemania tuvo que firmar el tratado de Versalles (1919), por el que se redujo su ejército, se le impusieron sanciones económicas y perdió todas sus colonias y algunos territorios metropolitanos.
>
> República de Weimar. A fines de 1918, al dimitir GuilIermo 11, se proclamó la república y se nombró un gobiemo provisional, presidido por el socialista Ebert, que debía convocar elecciones en un plazo muy breve. Antes de que se celebraran, el gobierno provisional tuvo que enfrentarse con un movimiento revolucionario que, dirigido por los socialistas extremistas, se extendió por todo el país; en Baviera se erigió una república socialista, Berlín fue ocupado por los revolucionarios y se constituyeron consejos de obreros en muchas ciudades. El gobierno se vio desbordado y encargó al ejército la represión del movimiento. Noske ocupó Berlín, donde fueron asesinados los jefes espartaquistas Karl Liebknecht y Rosa Luxemburg, y reprimió los últimos focos de la resistencia. Se realizaron las elecciones y la asamblea, de mayoría socialista, se reunió en Weimar; se eligió presidente a Ebert y se elaboró un texto constitucional. La nueva república se encontró con dificultades económicas (ocupación de la cuenca del Ruhr por Francia, inflación) que fueron aprovechadas por los grupos nacionalistas que intentaron la contrarrevolución (**golpes de Estado de Kapp y de Hitler**). En 1925 fue elegido presidente Hindenburg, representante del militarismo, que se preocupó del rearme progresivo y de facilitar el retorno al poder a las viejas oligarquías. Las repercusiones de la crisis del 29 truncaron la recuperación que se había iniciado en la economía y crearon una situación desesperada para la mayor parte de la sociedad alemana. Esta situación fue explotada por los partidos nacionalistas, especialmente el nacionalsocialista (nazi), que a partir de estos momentos empezó a contar con el apoyo de la alta burguesía, organizó sus propias milicias (secciones de asalto) y aumentó rápidamente el número de sus adheridos, que en 1932 superaban un millón. Al año siguiente Hindenburg concedióla cancillería a Hitler, con lo que se inició el 111 Reich, que había de durar hasta 1945. Dicc. Enc Salvat

contrarias a mi convicción. Que tal acto sea pagado de esta manera, naturalmente no es agradable, sino sumamente penoso. [53]

Tengo la esperanza que mi sacrificio será un día el paso que sirva de unión a todos los cristianos, por cuya realización trabajaré en adelante.

Agradeciéndole todas las atenciones, que Su Ilma., personalmente ha tenido conmigo hasta ahora, prometiéndole un recuerdo agradecido tanto a Su Ilma. como a todos los que estaban cerca de mí.

Saludo a Su Ilma. muy respetuosamente.

S. S. S.

Franz Griese

Capitulo Primero

El pecado original y el bautismo de los niños

La doctrina del pecado original es uno de los fundamentos principales de la doctrina teológica cristiana.

Es la base de la doctrina de la redención y particularmente del bautismo de los niños.

Esta singular importancia del pecado original nos obliga formarnos un criterio exacto sobre él, por cuya razón vamos a considerar sucesivamente estos puntos:

1) La naturaleza del pecado original, su adquisición, efectos y extinción.
2) La Biblia se expide acerca del bautismo.
3) La introducción de la doctrina del pecado original en la religión de Cristo.
4) El verdadero sentido de la carta de San Pablo sobre el pecado original.
5) Consideraciones finales.

I
La naturaleza del pecado original, su adquisición, efectos y extinción

En este pecado tan raro hay que distinguir el de Adán y Eva, y el de sus descendientes, o sea el pecado original propiamente dicho.

El delito de los primeros padres consiste en haber comido del árbol prohibido que estaba en el centro del Paraíso y que era el árbol del conocimiento del bien y del mal. La Iglesia Católica no admite aquí ninguna explicación simbólica o figurada. Asevera que se trataba de un verdadero árbol y una verdadera manzana. Sólo se discute entre los teólogos lo que habría pasado si Eva sola hubiese comido aquella dichosa fruta y no Adán (sic).

---

[53] Naturalmente que pienso hoy con respecto a esto de una manera muy diferente. He progresado más en mis estudios, los que terminaron con el rechazo absoluto del Cristianismo tal como hoy existe

Ahora bien: según el dogma católico pasó este pecado, de los primeros hombres, por herencia, a toda la humanidad porque todos los hombres del mundo, según la doctrina teológica, descienden de Adán y Eva[54].

Los únicos que estaban exentos de esta herencia eran Jesús y María. Todos los demás hombres la reciben en el mismo momento de su concepción, viniendo con ellos al mundo. Y a este pecado heredado, que sin embargo es un verdadero pecado, aunque no sea personal, se le llama pecado original.

Las consecuencias de la falta de Adán y Eva eran y son desastrosas para toda la Humanidad: la expulsión del paraíso. la maldición de la Tierra, todos los sufrimientos, y enfermedades, la misma muerte, en una palabra: cuanto hay de malo en este mundo, se debe a aquel pecado monstruoso. Lo peor es que hasta cerró la entrada al Cielo de toda la Humanidad, de tal manera que nadie habría podido llegar a él si no hubiera venido Cristo, quien por su muerte abrió las puertas cerradas de la eterna felicidad.

Pues bien, el único medio para participar en la redención de Cristo y librarse del pecado original[55], es el bautismo.

De ahí se comprende no sólo la primordial importancia del bautismo en general, sino también su alto significado para los niños.

Suponiendo que el pecado original exista, se justifica entonces que sea a los niños a quien es debe procurárseles el bautismo, tanto por la gran mortalidad infantil corno por el escaso porcentaje de los privilegiados que tienen la suerte de poder librarse de ese pecado[56]. Hasta se justificaría el encargo que da la Iglesia Católica a las obstétricas, de bautizar en caso de peligro también el feto en el seno materno, encargo que en los países del norte de Europa se cumple.

Se ve por tanto que el bautismo de la niños y el pecado original están en íntima relación. Comprobar éste sería comprobar aquél. Por otra parte, si se llegara a la conclusión de que el pecado original no existiese, el bautismo de los niños estaría demás.

II
La Biblia se expide acerca del bautismo

Averigüemos ante todo lo que dice la Sagrada Escritura sobre el bautismo.

Las primeras palabras de Jesús, al empezar su enseñanza pública, fueron: "Reformáos, porque el reino del Cielo está cerca". (Mat. 4, 17). Y

---

[54] Esta unidad del género humano, afirmada por los teólogos, contradice la Biblia. Pues Caín hijo de Adán y Eva, después de haber asesinado a su hermano Abel, exclama: "Cualquiera que me vea, me matará", lo que supone que ya existían otras personas no descendientes de Adán y Eva. Lo mismo se supone cuando al final de esta leyenda, la Biblia relata que Caín fué a otro país. Finalmente ¿con quién iba a casarse Caín, único hijo de Adán y Eva en aquel entonces, a no ser con una mujer de otro origen? A1 casarse Caín en el país Nod (Gen. 4,16-17), la Biblia destruyó su propia fábula de Adán y Eva.

[55] Una liberación completa no tiene lugar, pues las consecuencias del pecado original: sufrimientos, muerte, etc., quedan, aunque aquél sea perdonado.

[56] Así se explica que un San Francisco Javier, bautizó en la india en un solo mes más de 10.000 niños paganos.

todos los que aceptaron la doctrina de Jesús debían reformar sus costumbres y adherirse a Cristo. Como sello de esta conversión recibieron el bautismo "in remisionem peccatorum" para el perdón de sus pecados. Luego el bautismo de Jesús tenía un triple objeto para el que lo recibió: 1) abandonar la vida pecaminosa, 2) adherirse solemnemente a Cristo y su doctrina, 3) recibir el perdón de los pecados personales.

De este triple objeto del bautismo, instituido por Cristo y aplicado por los apóstoles, no ha quedado nada en el bautismo de los bebés, pues éstos no pueden ni abandonar una vida pecaminosa, ni manifestar, si quieren adherirse o no al Cristo y su doctrina, ni, finalmente, se les pueden ser perdonados pecados personales, porque no cometieron todavía pecados.

El lector se habrá dado cuenta del cambio fundamental que aquí se ha producido en una institución tan importante como lo es el bautismo. Las razones para este cambio debían ser igualmente importantes, si es que se puede alterar esta institución de Cristo.

III
La introducción del pecado original en la religión de Cristo

Para justificar el bautismo de los niños tan contrario a todo que dice la Sagrada Escritura al respecto, aseguran los teólogos, que los niños tienen el pecado original y que por esa razón hay que bautizarlos.

Debemos por tanto examinar si el pecado original existe o no. Para eso es necesario saber en qué forma se ha introducido en la religión cristiana.

Por lo pronto podemos dejar constancia que todo el Viejo Testamento no contiene ninguna alusión siquiera a este pecado, que según los teólogos es tan importante. Más aún, entre las muchas abluciones, que practicaban los judíos, para obtener el perdón de pecados, no se encuentra ninguna que haya sido destinada para quitar esa culpa de Adán, aunque en primer término debería haberse quitado este pecado, si es que existiera.

Lo que más llama la atención es que tampoco el Nuevo Testamento nos dice nada del pecado original, y que ni Cristo ni los apóstoles practicaban el bautismo de los niños. En efecto no hay ningún hecho en toda la Biblia que justifique este bautismo de los niños.

Los teólogos, para justificarlo, invocan un solo texto que se encuentra en las cartas de San Pablo, y que según ellos, sería la prueba de la existencia del pecado original.

Pero resulta que la interpretación que los teólogos dieron a este texto de San Pablo se fundó en una equívoca traducción el original y cuando se descubrió ese error, ya era tarde, porque la doctrina del pecado original, basada en aquel error, ya había sido declarada dogma de la Iglesia Católica, y ésta ya no podía ni revocar ni volver sobre los pasos, pues un dogma es una verdad religiosa, que ha sido declarada solemnemente por el Papa como parte integrante de la fe. Y como el Papa es infalible, no puede revocar ningún dogma. Sería esto un verdadero suicidio.

Ahora, bien: el protagonista del dogma del pecado original era San Agustín, uno de los filósofos más grandes del cristianismo. Fué obispo de Hippo, en Africa, y murió en 430 p. J. Este santo, al interpretar la carta de San Pablo a los romanas asaba un texto latino que era una pésima traducción del original griego. En ese texto está la siguiente frase: "Por un hombre (Adán) ha venido el pecado al mundo, y por el pecado la muerte; y así la muerte pasó a todos los hombres, porque todos en él (Adán) pecaron". (Rom. 5, 12). Dedujo de esta frase San Agustín, aparentemente con justa razón, que si todos los hombres han pecado en Adán ¿qué más prueba se precisa para demostrar el pecado original?

Sin embargo ya en aquel entonces Pelagio, un monje d2 gran erudición y muy virtuoso, consejero del Papa Zósimo, se opuso terminantemente a la doctrina de San Agustín. Comenzó entonces una gran lucha entre las dos partes, la que más tarde había de durar más de un siglo entre romanos y pelagianos y semipelagianos, costando muchas vidas, y más odios todavía entre los cristianos. El Papa Zósimo dirigió una carta a San Agustín, para que desistiera de sus ataques contra Pelagio. pero el santo reunió en 418 a sus 220 obispos sufraganos de Africa y en este sínodo africano se redactó aquel famoso documento, en que, como lo prueba el canon 2, Agustín basándose en el citado texto, mal traducido, de la carta de San Pablo, define la doctrina del pecado original, pidiendo a la vez al Papa la condenación de Pelagio. Y para darle a su carta más realce la hizo firmar también por el emperador Honorio, quien al mismo tiempo dispuso la expulsión de Pelagio y de su amigo Celsio de Roma. Pelagio se estableció entonces en Jerusalén y sin embargo cedió, Celsio desapareció para siempre. Y así, bajo la presión de la gran autoridad de San Agustín, y de la mayor autoridad de emperador, se formó el nuevo dogma del pecado original.

IV
El verdadero sentido del texto de la carta de San Pablo

Lo que ni Agustín, ni Pelagio, ni Zósimo, ni Celsio habían advertido, era que en aquella frase básica, "por un hombre ha venido el pecado original al mundo, y por el pecado la muerte y así la muerte pasó a todos los hombres, porque todos en él pecaron", las palabras "en él" no se encuentran en el texto original. Equivocadamente del texto latino había traducido las palabras griegas "ef ho" por "en él", mientras que significaban: “porque". Luego la verdadera traducción del original es la siguiente: "Por un hombre llegó el pecado al mundo, por el pecado la muerte, y la muerte pasó por eso a todos los hombres, porque todos pecaron".

Se ve claramente, que en esta forma la frase ya no contiene nada de que todos los hombres hayan pecado "en Adán", sino que dice solamente que todos los hombres pecaron. Cómo pecaron, es otra cuestión, aunque cuando no se dice nada al respecto, se supone que pecaron cada uno personalmente y no por herencia. Que este en realidad es el único verdadero sentido de la frase aludida, veremos en seguida.

A pesar de haberse descubierto el error de aquella traducción, figura hasta hoy todavía la versión de San Agustín en todos los catecismos, como "prueba" del pecado original. Y solo en algunos libros teológicos se cita el texto verdadero.

Como no obstante haberse descubierto el error, unos cuantos teólogos católicos, para salvar el dogma, tratan de demostrar que si no aquella frase citada, pero, sí, el texto siguiente de la carta contiene la doctrina del pecado original, será necesario dar una amplia aclaración de todo aquel texto, para que al lector no le quede la menor duda que sobre su verdadero sentido. Entonces la superficialidad con que los teólogos lo han interpretado, debido a la falta absoluta de preparación científica en su propia profesión, quedará en evidencia.

San Pablo en toda la primera parte de su carta a los romanos, desde el capítulo primero hasta el octavo, trata de demostrar que todas los hombres han pecado personalmente, y por tanto todos debían ser redimidos por Cristo, significando esta redención la emancipación del pecado y la participación en la eterna felicidad. Para comprobar que toda la humanidad ha pecado personalmente, la divide en tres clases:

La primera la forman los paganos, que evidencian por su propia vida pecaminosa, que son pecadores (Rom. 1, 18).

La segunda clase, la forman los judíos, de los cuales declara la misma Sagrada Escritura que son pecadores (Rom. 3, 10).

A la tercera clase pertenecen los descendientes de Adán hasta Moisés, y que no eran ni paganos, ni judíos propiamente dichos, si se considera a la legislación de Moisés como punto definitivo de la formación del pueblo judío.

Estos últimos descendientes de Adán no han podido cometer una trasgresión de una ley divina, como Adán la cometió, porque en aquel tiempo no existía tal ley; tampoco han podido pecar como los judíos, contra la ley de Moisés; porque ésta vino más tarde, y un pecado no puede imputarse cuando la ley todavía no existe. Sin embargo deduce San Pablo que estos hombres, entre Adán y Moisés, hayan cometido pecados (contra la ley natural), por el solo hecho de su muerte, ya que ésta era el castigo propio para el pecado, de tal manera, que un hombre que no pecara en su vida, no moriría, como se ve en Enoch, quien por no haber cometido pecados fue llevado por Dios sin ver la muerte.

Tomando en consideración esta explicación previa, al leer el texto de San Pablo que daremos a continuación, se podrá fácilmente constatar dos importantes verdades:

1) Que San Pablo en dicho texto no deja de afirmar que hay una perfecta igualdad en la transferencia del pecado de Adán y del perdón de Cristo, de lo cual deducimos que, como el perdón de Cristo no es transferido por herencia, tampoco lo es el pecado de Adán. Ya con este solo argumento queda definitivamente destruido el pecado original.

2) Que siempre, según el mismo texto, el perdón y la gracia de Cristo es mucho más grande y más eficaz que el pecado de Adán. De esto deducimos: que si el pecado de Adán hubiera pasado por la sola herencia a todos los hombres, como lo aseguran los teólogos, mientras que el perdón y la gracia de Cristo pasarían solamente a unos pocos hombres, y no por herencia, sino por el propio esfuerzo del hombre, el pecado

original sería inmensamente más eficaz que el perdón de Cristo, máxime tomando en cuenta que los efectos del pecado original, sufrimientos, muerte, etc., ni por el mismo perdón de Cristo son anulados. Y así San Pablo sería completamente desautorizado por los mismos teólogos, en cuyo caso también la Sagrada Escritura se habría equivocado. Como esto desde todo punto de vista cristiano es inaceptable, la deducción de San Agustín y su doctrina teológica debe ser errónea, y tenían razón los adversarios del santo al oponerse a su doctrina del pecado original.

Pero hay algo más. Ya puse de relieve que es indispensable interpretar los textos según la mentalidad con que fueron escritos, atribuyéndoles el sentido que sus autores querían darles, lo que solamente es posible, conociendo a fondo el espíritu de sus autores, y tomando en cuenta su manera de pensar y de expresarse.

Ahora bien, los judíos estaban en la creencia de que los pecados de los padres serían castigados en los hijos hasta la cuarta generación el primer hijo de David con Betsabé debió morir por el adulterio del padre. Cuando los apóstoles vieron al ciego de nacimiento, preguntaron a Jesús: "Maestro, ¿quién ha pecado, éste o sus padres, pues ha nacido ciego?" En una palabra los judíos confundían el "post hoc" con el "propter hoc" o sea el orden cronológico con el orden causativo. Y así, siendo Adán el primero en pecar era él para los judíos también la causa de todos los castigos y pecados de sus descendientes. De esta ideología arranca San Pablo, aprovechándose del antítesis entre Adán y Cristo, para decir a los romanos, que, como Adán por su ejemplo indujo a los demás hombres a pecar, causando así la condenación de todos los hombres, de igual modo Cristo por su redención causó la justificación de todos los demás hombres, pero el uno y el otro sin intervención alguna de herencia, siendo además la eficacia de la justificación de Cristo mucho superior a aquella del pecado de Adán.

He aquí el texto por el cual se podrá juzgar, si esta interpretación es o no el sentido de las palabras de San Pablo. Lo reproduzco al igual que lo había traducido del original en mi versión de las cartas de San Pablo, que fue aprobada por el Cardenal de Colonia. La mayor parte del texto es una anotación que a su vez contiene otra, nota. El lector se dará cuenta de las notas por estar estas entre paréntesis y en diferentes letras.

"Nos vanagloriarnos en Dios también de Nuestro Señor Jesucristo. Pues mediante El hemos recibido aflora la reconciliación, y esto de la misma manera como anteriormente por un hombre llegó el pecado al mundo y por el pecado la muerte. Y la muerte pasó por eso a todos, porque todos pecaron. Pues el pecado ya existía antes de la ley. "

("En el mundo, por cierto, no se imputa ninguna trasgresión, si la ley todavía no existe. En cambio, reinó desde Adán hasta Moisés la muerte también sobre aquellos que habían pecado - pero no por una trasgresión como Adán. Este era el modelo del Adán futuro (Cristo). Pero su caída no tenía tanto efecto como el perdón. Porque si por la caída en el pecado del uno todos estaban destinados a la muerte, la gracia de Dios y el regalo,

que por la bondad del uno: el hombre Jesucristo, nos fue participado, se mostraron mucho más ricos para todos: [57]

"Y no era, como si hubiera: : do perdonado un solo pecado. En la condenación, por cierto, vino la reprobación ya de un solo pecado; en la absolución en cambio, vino la justificación de muchos pecados. "

"Porque, si por la caída en el pecado, del uno, la muerte llegó a la dominación y esto por el upo, aquellos que han recibido el superabundante don de la justificación, llegan a una dominación muy superior, por el uno: Jesucristo. Luego como por el pecado del uno llegó para todos los hombres la condenación, así por la justicia del uno llegó para todos los hombres la justificación para la vida eterna. Pues como por la desobediencia del uno todos fueron reputados pecadores, así por la obediencia del uno todos son reputados justos: ")

"Pero la ley sobrevino, para que el pecado sea completo[58]" (Rom. 5, 11-20).

Tal es el texto. Las frases recalcadas en el paréntesis acentúan claramente la igualdad en la transferencia del pecado de Adán y del perdón de Cristo a todos los hombres: asimismo la gran superioridad de los efectos de la justificación que trajo Cristo sobre la condenación que trajo Adán. Como no hay herencia en la justificación, tampoco la habrá en la condenación.

Basta y sobra. Los teólogos han procedido con una ligereza sumamente superficial. De un yerro en la traducción del texto original formaron una nueva doctrina, un nuevo dogma, sin tener el valor de rectificarse cuando el error se descubrió; sin atender a fondo el texto; sin saber interpretarlo por el sentido en que había sido escrito; sin considerar que en toda la Sagrada Escritura se desconoce tal pecado original; sin considerar, que tanto Cristo como sus apóstoles hablan exclusivamente del perdón de los pecados personales (Rom. 3, 25; 5, 8; Gal. 1, 4; Efes. 1, 7; 1. Pedro. 3, 18; 2. Pedro 1, 9; 1. Juan 2, 2; Actos 2, 38; Apoc. 1, 5; Mat. 26, 28; etc.), nunca de "un" pecado original; sin respetar que toda la primera parte de la carta de San Pablo, en que se encuentra el texto citado, habla tan sólo de los pecados personales, por cuya razón no se podía dar a un par de palabras un sentido completamente ajeno a todo el texto, finalmente sin observar que ni los judíos, ni Cristo o los apóstoles, conocen un remedio contra el supuesto pecado original, bautizándose en todo el tiempo apostólico tan solo a los adultos, después de haber recibido la enseñanza necesaria en la religión de Cristo. Pues así el mismo Jesús había encargado a los apóstoles diciendo: "Id por todo el país, enseñad a todas las tribus, y (recién entonces) bautizadlas". (Mat. 28, 19).

V
Consideraciones Finales

[57] San Pablo quiere decir, que un pecado lo es doblemente, cuando además de la ley de la naturaleza hay una ley positiva que lo prohíbe.

[58] Esta última frase del texto de San Pablo retoma y continúa el pensamiento del primer párrafo.

Y ahora compárese la conducta de los teólogos con la de Cristo, quien reunió alrededor suyo a los niños judíos no bautizados y acariciándoles dijo a los apóstoles: "Dejad venir los niños a mí y no los estorbéis, porque para los que son como ellos, es el reino de los Cielos" (Mat. 19, 14). Y en otra oportunidad dijo a los apóstoles: "Si no os volvéis como estos niños, no podréis entrar en el reino del Cielo" (Mat. 18, 3). Cuán diferente es esta opinión de Cristo de la de los teólogos, quienes declaran a todos los niños no bautizados pecadores, incapaces de entrar al Cielo, por ser hijos del diablo todavía.

Los apóstoles y los primeros cristianos tenían la misma opinión que Cristo. En su carta a los corintios, San Pablo, para inducir a los cristianos, casados con paganas, a que no se divorcien (excepto el caso que la parte pagana se divorcie por sí sola) argumenta así: "El hombre no creyente es sagrado por su mujer (creyente). De lo contrario tampoco vuestros hijos serían sagrados, sin embargo lo son" (1. Cor. 7, 14). De suerte que el apóstol llama santos y sagrados a los niños no bautizados todavía. Pues si hubiesen sido bautizados ya, la argumentación de San Pablo no tendría valor alguno: "Nuestros hijos son sagrados porque son bautizados; pero nuestros esposos (hombre o mujer) no", habríanle contestado al apóstol los cristianos aludidos.

Quiere decir entonces que todo, sencillamente todo está en contra de los teólogos y su famoso pecado original. No hay nada, absolutamente nada, ni en la Sagrada Escritura, ni en la tradición apostólica que insinúe o hable en favor de un pecado original. Hasta se conocen padre y madre y fecha de nacimiento de este pecado misterioso. Un error de traducción era el padrino.

Pero todo esto no impide a los teólogos seguir con la doctrina del pecado original, únicamente porque de él depende la existencia de toda la teología católica y de la misma Iglesia Católica. "To be or not to be, that is the question".

Observación Final

La ciencia moderna ha evidenciado en forma incontestable que el hombre ya existe desde hace millones de años, formándose de un estado prehumano, y en grandes grupos, al igual que todos los demás seres, hasta alcanzar su estado actual.

El cuento de la creación de una sola pareja, de la cual haya descendido todo el género humano, es por lo tanto un mito digno sólo de una humanidad analfabeta e ignorante.

Igualmente es mito, naturalmente el cuento del paraíso y, más aún, del pecado original de Adán y Eva.

Pero donde no hay pecado original no hay redención del mismo y, con ello, todo el edificio de la teología cristiana va al derrumbe.

Capitulo Segundo

La confesión y el pecado mortal[59]

En este capítulo dirigimos nuestra atención a una institución de la Iglesia Católica, que como ninguna otra ha sido el objetivo preferido de cuantos han escrito contra la Iglesia.

Es curioso ver que todo el mundo se da perfectamente cuenta de que la confesión, tal como hoy se ejerce en la Iglesia, era completamente desconocida en tiempos de los apóstoles. Y sin embargo parece que faltan los argumentos para que se sepa de una vez cómo se ha hecho esta transformación, y por qué razón la confesión de hoy es una institución absolutamente contraria a la doctrina de Cristo y contraria a la tradición apostólica.

Con el objeto de poner los argumentos a la vista de todo el mundo, trataremos a continuación los siguientes tópicos

1) El perdón de los pecados según Cristo.
2) El perdón de los pecados según los teólogos y en la Iglesia de hoy.
3) Alegato teológico para justificar la confesión de hoy.
4) El error de esta interpretación.
5) Cómo y cuándo se hizo en realidad la transformación paulatina.
6) Los grandes inconvenientes y la incompatibilidad de la doctrina teológica con la doctrina de Cristo respecto de la confesión.

I
El perdón de los pecados según Cristo

No hay cosa más clara en los evangelios que la doctrina de Jesús sobre el perdón de los pecados. Era su tema favorito y su argumento preferido; a cada paso trataba de demostrar a su

auditorio cómo se consigue de Dios el perdón de los pecados. En la parábola del aduanero en el templo vemos que este pecador recibió el perdón por haber dicho las sencillas palabras:

"Dios mío, ten misericordia de mí, que soy un pobre pecador" (Luc. 18, 13). La mujer pública, que se echó a los pies de Cristo, recibió el perdón sin proferir ni una sola palabra: "Tus pecados te son perdonados" (Luc. 7, 48) El hijo pródigo dijo tan sólo: "Padre, he pecado contra el Cielo y contra ti; ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo" (Luc. 16, 21). Y estas palabras eran suficientes para cancelarle una multitud de pecados. El ladrón en la cruz recibió el perdón de los pecados de toda su vida por la plegaria: "Señor, acuérdate de mí cuando llegues a tu reino". Contestóle Cristo: "Hoy ya estarás conmigo en el Paraíso" (Luc. 23, 42). Finalmente recuerdo el Padrenuestro, donde Cristo nos enseña a rezar: "Y perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a

[59] En este capitulo he utilizado las investigaciones de los doctores Herzog y Wieland ex sacerdotes católicos.

nuestros deudores" (Mat. 6, 12). No es de suponer que Cristo haya querido enseñar aquí una plegaria estéril, sino eficaz; por eso agregó, después de haber enseñado el Padrenuestro, expresamente: "Porque si vosotros perdonáis a los hombres sus faltas, el Padre vuestro os perdonará vuestros pecados" (Mat. 6, 14).

Todo esto demuestra evidentemente que, para conseguir el perdón de los pecados, basta la simple y sincera confesión de la propia pecaminosidad delante de Dios. Este modo de obtener el perdón lo predica Jesús en sus parábolas, que relata a sus auditores, para que sepan cómo se consigue la anulación de las faltas. Y este perdón lo imparte él mismo, cuando se presenta la oportunidad, en igual forma como lo enseñó. En ningún momento Cristo exigió otra cosa que un sencillo arrepentimiento.

El mismo espíritu de Cristo se encuentra en los tiempos de los apóstoles. En sus cartas no hay ninguna alusión a una confesión de los pecados al sacerdote. Se sabe que los primeros cristianos "confesaban" sus pecados, y los apóstoles los estimulaban a eso (Jac. 6, 16); pero este "confesar" era al igual como lo hizo el aduanero en el templo, el hijo pródigo delante de su padre, y el ladrón en la cruz delante de Jesús, ni más ni menos. Una enumeración de los pecados, hasta con las circunstancias que los acompañaban, no se conocía y mucho menos se practicaba en tiempos de Cristo y de los apóstoles.

II
El perdón de los pecados según los teólogos y en la Iglesia de hoy

Veamos ahora lo que han hecho los teólogos de ese sencillo perdón de los pecados, enseñado por Jesús. En una palabra, lo han desnaturalizado y anulado por completo.

En efecto, los teólogos declaran todas aquellas oraciones o confesiones, enseñadas por Jesús para obtener el perdón, ineficaces y sin valor alguno, a no ser, que el hombre, a la vez, haga uso del sacramento de la penitencia, instituido por los teólogos y en el cual obligan a los fieles a confesar todos los pecados graves, para poder conseguir su perdón. Aseguran los teólogos que fuera de este sacramento de la penitencia no se consigue el perdón de ningún pecado grave; y quien silencia un solo pecado grave, o una circunstancia agravante, no solamente no consigue ningún perdón sino que convierte el sacramento en un sacrilegio. Más todavía, los teólogos prescriben y los sacerdotes enseñan a los fieles en largas prédicas y en meses de instrucción religiosa, una interminable serie de condiciones: de cómo debe ser el examen de conciencia, el arrepentimiento, el propósito de enmendarse, la misma confesión y la satisfacción, condiciones con las cuales hay que cumplir minuciosamente y que, por las dificultades que ofrecen, casi siempre dejan la duda en el alma sobre si la confesión era válida o no. Cuántas veces han causado estas condiciones no solamente un martirio

indescriptible en almas escrupulosas, sino la locura religiosa, que devoró millares de vidas en cada generación.

III
Alegato teológico para justificar la confesión

Sostienen los teólogos católicos que Cristo ha instituido el Sacramento de la Confesión cuando dijo a sus apóstoles:

"Recibid el Espíritu Santo. Aquellos, a quienes perdonaréis los pecados, les serán perdonados y aquellos a quienes los retan viéreis, les serán retenidos" (Juan 20, 23).

De estas palabras de Cristo deducen los teólogos:

1) Que ellos, y solamente ellos, pueden y deben perdonar o retener todos los pecados graves.
2) Que para saber si deben perdonar o retener los pecados, es necesario conocerlos.
3) Que para conocer los pecados, es necesario que el pecador los confiese.
4) Que para confesar bien los pecados es necesario que el pecador examine su conciencia en forma debida, que se arrepienta de los pecados, que haga un propósito sincero de enmendarse, y que cumpla con todas las condiciones que los teólogos han impuesto para que la confesión sea válida.

Admirable lógica que sólo falla en el primer punto, del cual dependen todos los demás[60]

IV
El Error De Esta Lógica

Como se sabe, fué una de las doctrinas fundamentales de Cristo -según la Biblia- el perdón, que sus apóstoles y discípulos debían dar al prójimo. Esta doctrina era el correlativo al amor al prójimo.

Ya en el "Padrenuestro" Cristo enseñó a rezar: y perdónanos nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores (Mat. 6, 12).

Y desde entonces vuelve esta doctrina en toda clase de variantes: Perdón a todo el mundo (Mat. 6, 15); perdón al enemigo (Mat. 5, 44); perdón vale más que sacrificios (Marc. 11, 25); hay que perdonar siete veces setenta, vale decir: siempre Mat. 18, 21; Luc. 17, 4). ¡Guay al que no perdona! (Mat. 17, 23-35).

Quiere decir que Cristo -según la Biblia- exigía de sus apóstoles y discípulos que perdonaran al prójimo las faltas que hayan cometido contra ellos, y que, si ellos perdonaran, Dios les perdonaría también los pecados cometidos contra él, y si no lo hicieran, Dios tampoco les perdonaría.

---

[60] La inconsistencia de esta deducción lógica está a la vista, pues el sacerdote, para juzgar el verdadero estado del- pecador debiera ser Dios, ya que nadie ni nada puede darle la seguridad de si el pecador es verdaderamente digno de la absolución o no. Además si es digno, Dios le perdona y basa; y si no lo es, ni la misma absolución del sacerdote le servirá de algo. Quiere decir que en ambos casos la absolución sacerdotal está demás.

Sentado esto, podemos analizar ahora la única frase que los neólogos, interpretándola erróneamente, invocan como prueba de que Cristo ha dado a sus apóstoles el poder de perdonar los pecados en general, cosa muy distinta de la obligación, de perdonar las faltas cometidas contra ellos mismos.

La frase cuestionada es la que hemos citado arriba Juan (20, 23) y -según la Biblia- Cristo la dijo en una de sus apariciones después de su resurrección.

De acuerdo al texto, genuinamente traducido, dijo Cristo en esa oportunidad:

"Tened un espirito santo. Si vosotros perdonáis las faltas a alguna persona, serán perdonadas las faltas a vosotros mismos; si las retenéis a alguna persona, serán retenidas (a vosotros mismos). "

Como se ve, repite Cristo aquí la misma doctrina que tantas veces enseñó y en el cumplimiento de esta doctrina está el espíritu santo, que deben tener sus apóstoles. Es este el espíritu santo, del cual deben ser animados y que se manifiesta en el perdón sin límite.

Los teólogos, no considerando la doctrina fundamental de Cristo, ni la actitud de los apóstoles, tradujeron esa misma frase de la manera coma hemos visto ya:

"Recibid el Espíritu Santo: A los que remitiéreis los pecados, les serán remitidos: a quienes los retuviéreis, serán retenidos. "

Esta traducción es tan arbitraria como contraria a cuanto Cristo ha predicado y sólo pudo imponerse porque la parquedad y particularidad del idioma griego se presta aquí, como enmuchos otros casos, a una doble interpretación: la genuina, correcta y la inspirada por el desconocimiento de la mentalidad de la persona que habla o escribe, como veremos en seguida.

Ante todo consta que los apóstoles, lejos de interpretar dichas palabras en el sentido teológico actual, en ningún momento han llevado a la práctica esa supuesta facultad.

El único perdón de los pecados reconocido en tiempos de los apóstoles era el que se obtuvo mediante el bautismo.

"Quien después de haber sido bautizado reincidiere, ya no obtendrá otro perdón.

"Porque es imposible que los que fueron iluminados y gustaron el don celestial y fueron hechos partícipes del Espíritu Santo y asimismo gustaron la buena palabra y las fuerzas del siglo venidero (Nuevo Testamento) y recayeran, sean otra vez renovados para arrepentimiento. " (Hebreo 6, 4).

"Porque si pecáramos voluntariamente, después de haber recibido el conocimiento de la verdad, ya no queda sacrificio por el pecado" (Hebr. 10, 26).

Esto está bien claro y lo dice la Biblia.

Los únicos "pecados" que se perdonaban y tenían que ser perdonados, eran las rencillas personales y diarias entre los mismos cristianos.

Para tales "pecados" valían las palabras de Cristo relativas al perdón, que hemos citado arriba. Era una obligación de perdonarlos.

También se aplicaban esas palabras, cuando se trataba de admitir o no admitir los aspirantes al bautismo. Pero en tales casos decidió toda la comunidad cristiana sobre la dignidad o indignidad del catecúmeno. Esto no tenía nada que ver con un poder de perdonar pecados.

Finalmente se aplicaban las palabras de Cristo en casos de faltas más graves.

Así, en Corintio, un cristiano había tomado por mujer a una de las mujeres de su (¿difunto?) padre (la poligamia estaba todavía permitida), provocando el consiguiente escándalo entre los corintios conversos, por demás muy poco santos. Fue ese asunto amoroso más bien una cuestión de decoro frente a los paganos. No se trataba de un acto antirreligioso.

San Pablo primero pidió que la comunidad cristiana expulsara al pecador; pero al saber que éste se había arrepentido y que los corintios lo habían recibido nuevamente en su comunidad, le perdonó él también ese desliz.

Se ve que en tales casos el perdón fué impartido más bien por la comunidad y en forma de una reconciliación familiar. De un poder equivalente al poder de Dios de perdonar cualquier Pecado, no hay aquí nada ni por asomo.

La actuación de los corintios frente al culpable estaba de acuerdo con las siguientes palabras de Cristo -según la Biblia:

"Si tu hermano pecare contra ti, ve y redargúyele entre ti y é l sólo: si te oyere, has ganado a tu hermano.

"Mas si no te oyere, toma aún contigo uno o dos, para que en boca de dos o tres testigos conste toda palabra.

"Y si no oyere a ellos, dilo a la Iglesia (=la comunidad cristiana): y si no oyere a la Iglesia, tenle por étnico y publicano (=pagano y pecador).

"De cierto os digo, que todo lo que ligareis (en tales casos) en la tierra, será ligado en el cielo; y todo lo que desatareis (en tales casos) en la tierra, será desatado en el cielo" (Mateo 18, 15 -18).

Esta últimas palabras significan que la decisión de la comuna cristiana acerca del pecador será respetada en el Cielo.

Deducimos de todo esto, que fuera de la obligación de perdonar las faltas del prójimo no existía en los tiempos apostólicos ningún poder de perdonar cualquier pecado.

V
Cómo y cuándo se efectuó la transformación de la confesión apostólica en la de hoy

Resta saber cuándo y en qué forma se ha transformado la tradición apostólica respecto de la confesión. Aunque esta transformación se produjo lentamente en el curso de los primeros 1200 años podemos indicar con bastante exactitud las diferentes etapas, por las cuales la confesión pasó, hasta tener la forma que hoy tiene.

Como ya se dijo siguió la Iglesia de los primeros tres siglos la práctica de los apóstoles, limitando el uso de aquellas palabras de Cristo a la admisión, y expulsión de las personas en la comunidad cristiana.

Recién en el siglo tercero, cuando el rigor de los primeros tiempos había desaparecido, se formó la costumbre de impartir un solo perdón de pecados graves cometidos después del bautismo.

... Así escribe el obispo Firmiliano de Cesarea (269 p. J.)

"Nosotros los presbíteros y prefectos nos reunimos cada año, para preparar a los hermanos caídos una medicina, no como si obtuvieran por nosotros el perdón de sus pecados, sino que lleguen por nosotros a reconocer sus pecados".

Orígenes (murió en 254 p. J.) el más notable entre los "Padres de la Iglesia" escribe:

"Sólo una vez hay lugar a la penitencia por pecados graves" (Homilia 15 en Levit).

San Ambrosio, obispo de Milán (murió en 397 p. J.), escribe:

"Con razón se reprocha a los que opinan que habría que conceder penitencia más de una sola vez. Como hay un solo bautismo, hay también una sola penitencia" (De Penit II, C. 10).

¡Obsérvese el relajamiento paulatino que fué introduciéndose en la Iglesia!

San Agustín, obispo de Hippo (murió en 430 p. J.), dice:

"La pecaminosidad de los hombres llega hasta cometer cosas más graves, aun después de haber hecho la penitencia y recibido la reconciliación.

"A tal hombre no se le dé más lugar a la humilde penitencia de la Iglesia.

"Pero ¿quién de nosotros sería tan insensato de decir a semejante individuo: ya no te sirve más nada?

"Luego aunque exista la prudente y saludable disposición de que en la Iglesia una sola vez se dé lugar a aquella humilde penitencia a fin de que el remedio no sea demasiado ordinario e ineficaz para los enfermos, nadie se atreve a decir a Dios: ¿para qué tener todavía paciencia con este hombre?

"La paciencia de Dios lleva al hombre a la penitencia y puede preservarlo de la eterna condenación, aun sin la reconciliación eclesiástica" (Epist. 153 ad Macedon).

Pero todavía en aquel tiempo la cuestión de la penitencia y reconciliación era una cuestión de toda la comunidad cristiana y no de un sacerdocio.

Por eso escribe el obispo Cipriano de Cartago (murió en 258 p. J.), al respecto:

"Este asunto hay que examinarlo con la cooperación de la comunidad" (Epist. 11 ev. Caillan).

Y en su Epístola 17 escribe el mismo obispo:

"Este es un asunto que cae bajo nuestra consideración y decisión común. Por eso no me atrevo a prejuzgar y reclamar como cosa exclusivamente mía, lo que es de toda la comunidad: "

Es de observar, que la excomulgación fué aplicada por regla general por cuatro delitos, a saber: asesinato, renegación de la fe, adulterio y lujuria. Y en tales casos, si el pecador quería ser nuevamente admitido, debía hacer penitencia durante varios años, y luego la comunidad decidió sobre su admisión o no admisión.

En su libro "Handbuch der religisen Gegenwartsfragen" el actual arzobispo católico de Freiburg, Breisgau, Dr. C. Gröber, relata que San Agustín, en su libro Conf. 1, 11 n, 17 f., se queja de que su madre, la Santa Mónica, por cierto hizo recibir a él entre los llamados catecúmenos, o sea aspirantes al bautismo, pero no lo hizo bautizar por temor de que por los consabidos "pecados de la juventud" perdiera la gracia de Dios recibida por el bautismo.

Dice el arzobispo que esta costumbre era general en aquel tiempo (pág. 69).

Con ello el Arzobispo confirma, sin querer, lo que dicen los llamados "Padres de Iglesia" de aquel tiempo que, además del bautismo, sólo se concedía una vez el perdón de pecados cometidos después del bautismo, y éste fué impartido no por el obispo o un sacerdote sino por la comunidad cristiana, siendo ese acto más bien un acto de reconciliación con ella, pues recibió al pecador arrepentido nuevamente en su seno.

Que fuera de esta penitencia pública no existía ninguna penitencia privada respecto de los demás pecados, lo atestiguas los siguientes testimonios:

San Crisóstomo, obispo de Constantinopla (murió en 407), el Demóstenes cristiano en la oratoria sagrada, erg su cuarta homilia sobre Lázaro, hace hablar a Dios:

"Yo no te llevo a un escenario; no llamo a testigos: a mi solo di tus pecados, para que yo cure tus heridas". Y en la homilía quinta (de incompr. D. n.) dice el mismo santo:

"Os amonesto, ruego y conjuro, de confesar continuamente los pecados a Dios; pues no te llevo a un escenario delante de cofrades, ni te obligo a manifestar tus pecados a hombres; abre tu conciencia a Dios y muéstrale las heridas, pidiendo de él los remedios; porque aunque callares, él lo sabe todo asimismo".

El mismo santo dice en otro lugar (II Homilía sobre la penitencia):

"Si has pecado, vete a la reunión religiosa y di a Dios: he pecado. Otra cosa no exijo de ti, sino sólo esto".

Finalmente, explicando en su homilía sobre la primera carta de San Pablo a los corintios, el texto siguiente:

"Cada uno examine a sí mismo, y entonces coma de este pan y beba de este vino" (1. Cor. 11, 28), dice: "El apóstol no manda que el uno examine al otro, sino que cada uno examine a si mismo, y haga un juicio que no sea público, y dicte una sentencia sin testigos".

Estas manifestaciones son de una claridad tan grande, que hoy nos damos cuenta, por qué razón se nos han ocultado estos textos, durante los años de nuestros estudios teológicos. Por cierto existen de esta primera época del cristianismo algunos textos, en que se les aconseja a los fieles manifestar sus pecados a los sacerdotes. Pero todos estos textos se refieren a los casos en que un cristiano no sabía o dudaba de si él se había hecho acreedor de la penitencia pública. La negación de la fe en los tiempos de las persecuciones podía tener mil variantes y eran entonces los presbíteros y obispos, quienes decidieron si alguien había caído en una falta o no. Pero en ningún caso se refiere tal texto a una confesión secreta, como hoy se usa.

Un cambio fundamental en la práctica de la Iglesia respecto de la confesión, la introdujo el Papa León I (murió en 461) que en primer lugar abolió la confesión, penitencia y reconciliación pública de los sacerdotes, ordenando que ellos se confiesen secretamente. Para los laicos sólo abolió la confesión pública, no así la penitencia ni la reconciliación pública. En segundo lugar permitió la repetición de estos tres actos religiosos, lo que antes no era posible. Con este cambio fue introducida la confesión secreta en forma definitiva siguiendo después de algunos siglos también la penitencia y la reconciliación secretas, formando estas tres finalmente una sola unidad: la confesión secreta.

Esta confesión secreta era al comienzo solamente obligatoria para los cuatro pecados capitales, cuyo número entonces poco a poco fué aumentándose. Pero ni siquiera existía obligación alguna de confesar los demás pecados. Todavía en el sínodo de Chalons en 813, declaran los obispos reunidos allí: "Unos dicen que hay que confesar los pecados sólo a Dios; otros opinan que hay que confesarlos a los sacerdotes. Ambas cosas se aplican en la Iglesia no sin gran utilidad. La confesión delante de Dios limpia de pecados; aquella delante del sacerdote enseña cómo, ano se libra de los pecados" (Canon 33).

Quien coronó esta transformación y dio a la confesión su forma y práctica definitiva, fué el Papa Inocencio III. El introdujo en el Sínodo IV del Laterano en el año 1215 la obligación de que todo el mundo cristiano debía confesarse a un sacerdote autorizado, por lo menos una vez por año y que el sacerdote, en vez de rezar sobre el pecador, para que Dios le perdone, como se había hecho hasta entonces, lo absolviera de sus pecados por su propia autoridad en nombre de Dios.

La razón por la cual el Papa introdujo la obligación de la confesión anual fué la siguiente: en aquel tiempo la secta de los albigenses había adquirido una difusión realmente alarmante en Europa. El Papa Inocencio III, conocido por su carácter dictatorial, declaró la cruzada contra dicha secta a fuego y espada. Y el Concilio Laterano decretó en el capítulo tercero:

"El condenado de herético por las autoridades eclesiásticas debe ser ejecutado por las autoridades seculares (laicas); su fortuna ha de ser confiscada. Los sospechosos serán excomulgados. Los gobernantes del país, que no exterminen a los heréticos deben ser excomulgados; si alguien de ellos queda un año en la excomunión, el Papa desliga a sus súbditos del juramento de fidelidad y deja su tierra para la conquista de los buenos Católicos. Todos los partidarios y amigos de los heréticos son comulgados, y han perdido sus honores y derechos de ciudadanos; el obispo debe cada año visitar a los parroquias, en las eles sospecha la existencia de heréticos y tiene que obligar la gente a denunciarlos, bajo juramento; quien deniega tal denuncia, será tratado de herético".

Para establecer mejor si en un lugar cualquiera hay heréticos o no, el decreto 21 del mismo concilio prescribe:

"Cada creyente del uno u otro sexo, que ha alcanzado la edad distinción (entre el bien y el mal) debe por lo menos una vez al año confesar sus pecados fielmente a un sacerdote autorizado... De lo contrario deberá ser impedido durante toda su vida de pisar la Iglesia, y, en caso de muerte, carecerá del entierro cristiano. Esta saludable

disposición debe ser publicada a menudo en las Iglesias, para que nadie se disculpe con ignorancia".

Hemos seguido punto por punto las etapas en que se ha desarrollado la confesión desde la forma que Cristo le dió hasta la que hoy tiene. Podríamos haber escrito mucho más todavía, pero creemos que el lector tendrá un cuadro perfecto de este desarrollo con lo que aquí hemos expuesto[61]

Se ve claramente que la Confesión tal como hoy se practica en la Iglesia Católica no sólo nada tiene que ver con la doctrina y práctica Apostólica, sino que es netamente contraria a cuanto sabemos de Cristo y sus apóstoles y de los primeros siglos.

Si Cristo o los apóstoles vieran las muchedumbres, haciendo cola para ser absueltos maquinalmente, sin que se note luego ningún cambio de vida, sino que este acto es sólo como quien pasa a su traje un plumero o un cepillo, se quedarían horrorizados de semejante espectáculo anticristiano.

Y con ello volvemos al punto de partida; a las palabras de Cristo que hemos citado al comienzo (Juan 20, 23).

Aún en el supuesto de que debieran traducirse a manera de los teólogos e incluyeran cierta facultad de perdonar pecados, esta facultad tendría que interpretarse del mismo modo que la interpretaron los apóstoles y discípulos de Cristo.

Ya hemos visto cuál fue la práctica de ellos. Y a esta práctica la Iglesia debería haberse atenido siempre, si quería ser apostólica.

Lo que hoy en cambio hace, dista tanto de la práctica apostólica que ya no queda ni rastro de similitud. Esta es la verdad que nadie podrá refutar.

¡Y pensar que hoy todavía se muestra en las catacumbas de Mama el "confesionario" de San Pedro!

VI
La incompatibilidad de la doctrina teológica con la doctrina de cristo respecto de la confesión

El cambio que acabamos de describir no puede admitirse de ninguna manera y por muchas razones:

Primero: porque representa prácticamente la abolición del perdón de los pecados predicado por Cristo. La Iglesia Católica ha cometido aquí una falta gravísima: alteró la doctrina de Cristo, poniendo en lugar de su norma, que para ella debía ser divina, una norma enteramente humana. Seguramente se olvidó de la palabra de Cristo dirigida a los fariseos: "De esta manera cambiasteis el mandato de Dios por vuestras tradiciones, hipócritas" (Mat. 15, 6). Tal estado de cosas está en oposición directa y manifiesta con la doctrina de Cristo, es antiapostólica y anticristiana. Justamente la Iglesia Romana que tanto se vanagloria de ser apostólica, debería ser la primera en observar estrictamente el orden apostólico, tanto en la doctrina como en la práctica; pero es justamente ella más que

[61] Es de notar que San Agustín se indigna con los Mariqueos, porque éstos usaban la reconciliación las altivas palabras: "Yo te absuelvo de tus pecados". Hoy, por Orden del concilio de Trento, forman justamente estas mismas palabras la parte esencial del Sacramento.

ninguna otra Iglesia la que ha abandonado ese orden apostólico. Y por eso los protestantes, que con buen sentido han abolido la confesión católica, son mucho más cristianos que sus hermanos católicos que tanto los desprecian.

Segundo: el cargo que la Iglesia Católica impuso con la confesión a sus fieles es sencillamente insoportable. Recuerdo aquí las horribles torturas que he visto sufrir a muchísimas almas por la creencia a la duda de no haber cumplido con todas las condiciones para que la confesión sea válida. Recuerdo el sinnúmero de confesiones generales que hicieron, repitiendo las confesiones anteriores para tranquilizar la conciencia. Recuerdo el verdadero martirio que sufrieron para recordarse bien de todos los "pecados" y todos sus detalles para no olvidar nada en la confesión. Recuerdo que almas religiosas pasaron años y años en la más terrible incertidumbre, de si estaban o no en la gracia de Dios. ¿Acaso ha querido Cristo que el perdón de los pecados sea convertido en un horroroso suplicio?

Tercero: hay todavía otra razón muy poderosa que hace irreconciliable la confesión de hoy con la de Cristo. Durante los estudios teológicos se trata años enteros la cuestión de la confesión y se explica al candidato largamente los diez mandamientos de Dios y los cinco mandamientos de la Iglesia, debiendo él aprender bien el sinnúmero de pecados contra cada uno de esos mandamientos. Muy especialmente se tratan el sexto y noveno mandamientos, que versan sobre la lujuria, el adulterio y todos los demás pecados contra la castidad. Recuerdo de mis estudios que este asunto fue tratado durante todo un año con un lujo de detalles, que el pecador más feroz se habría divertido grandemente si hubiera podido presenciar las clases. Naturalmente todo el mundo puso la cara seria, pero... En el último año del sacerdocio nos fué nuevamente repetido este capítulo sabroso y recuerdo, como si fuera ayer, que el profesor nos dijo que por cierto sería necesario tratar todas estas cosas detalladamente, pero que delante de los fieles sería menester fingir una absoluta ignorancia para no mancillar los elevados sentimientos que el vulgo en su propia candidez atribuye al sacerdote.

En 1919 nos fue entregada una circular, escrita en latín, con el especial encargo de no dejarla caer en manos laicas. Dicho documento inculcaba nuevamente la obligación de hacer las preguntas necesarias en las confesiones, muy especialmente sobre la vida matrimonial, los casos y malos para impedir la reproducción, etc. Aún suponiendo que la circular haya sido dictada con buena intención, una intromisión de esta clase y en esta forma, no es solamente en absoluto irreconciliable con las ideas de Cristo, sino que debe considerarse y calificarse de inmoral. Y creer que Cristo hubiese aprobado semejante degeneración de su doctrina.

Cuarto: considero además la confesión de hoy contraria a la confesión apostólica por los muchos abusos que se hace de ella. Los teólogos están empeñados en demostrar que son pocos los abusos ocurridos directa o indirectamente por medio del confesionario. He sido sacerdote y sé que el número es bastante elevado. La ocasión es

demasiado grande, tanto para el cura "soltero" como para el sexo "débil"[62].

Quinto: ¿y la utilidad de la confesión de hoy? ¿Acaso son los católicos mejores que los demás? ¿Acaso se encuentra un arrepentimiento verdadero, una ruptura verdadera con la vida pecaminosa pasada, y una enmienda verdadera en aquellas confesiones mensuales, semanales o diarias, en las cuales siempre se oyen las mismas faltas, los mismos pecados? Yo, que he sido sacerdote, y he oído millares de confesiones, tengo la íntima convicción de que la confesión, tal como hoy se ejerce en la Iglesia Católica, no tiene ningún valor; al contrario: el confesionario se ha convertido en una verdadera máquina de absoluciones infructuosas, con confesiones mensuales, semanales y hasta diarias sin conversión real, permitiendo así una vida consuetudinaria de pecados a la gran masa de fieles y causando escrúpulos terribles a quien quiere tomar la confesión en serio.

Ahora una palabra más sobre los "penados graves"[63]. También aquí puede verse cuán diferente es la doctrina teológica de hoy a la doctrina apostólica.

San Pablo, en su carta a los Gálatos (Gál. 5, 79), para hacer ver la diferencia entre una vida cristiana que conduce al Cielo, y una vida no cristiana que lleva al infierno, determina con toda exactitud la que él considera pecado grave. Dice allí: "Obras de carne son las siguientes: adulterio, lujuria, concupiscencia, idolatría, magia enemistades riñas, celos, ira discordias, Cismas, separaciones, envidia, asesinatos, embriaguez, orgías y cosas semejantes. Como os he dicho antes, repico mora; los que se entregan a tales cosas, no van a heredar el reino de Dios". En su carta a los Corintios dice el mismo apóstol: "No os equivoqueis: ni lujuriosos, ni adúlteros, afeminados, sodomitas, hurtadores, usureros, borrachos, blasfemos o ladrones no van a tener parte en el reino de Dios" (1. Cor. 6, 9).

Como se ve, habla el apóstol aquí de pecadores notorios y consuetudinarios que se han entregado al vicio y también de los que faltan continuamente contra el precepto más grande de Cristo: el amor al prójimo. Desde el punto de vista del apóstol, se comprende que él considera a tales pecados como pecados graves. En cambio los teólogos han establecido, que hoy es pecado grave, si alguien come carne el viernes (bastan 4 gramos según los libros teológicos), a pesar de que Cristo dijo: "No lo que entra por la boca hace inmundo al hombre" (Mat. 15, 11). Hoy es también pecado grave faltar a la misa del día domingo. Es pecado grave tomar una gota de agua en la mañana antes de

[62] El padre Chiniqui dice en su libro: "El sacerdote, la mujer y la confesión" que de 200 curas católicos 179 le confesaron que habían cometido delitos con mujeres que confesaban.
No creo que este número sea exagerado, más bien estoy convencido que es la pura verdad. El lector podrá así apreciar el verdadero valor de la confesión.

[63] Pecado grave es aquel que excluye a su autor del cielo y lo hace condenar al infierno eterno, a no ser que confiese el pecado.

[?] Resulta que por Decreto papal ahora se puede comer hasta 3 horas antes de comulgarse. Dios Padre tendrá que confeccionar una lista para ver si el cristiano comió antes o después del Decreto antes de comulgarse.

comulgarse[64], es pecado grave dudar de algún dogma, etc., etc. Y si alguien leyera los libros teológicos de la moral dogmática, exégesis, liturgia, etc., encontraría en cada uno de ellos una verdadero retahila de "pecados graves". ¿No dijo el Señor: "Guay de vosotros, teólogos, que imponéis a los hombres cargas que no pueden soportar"? (Luc. 11, 46). Efectivamente han convertido la religión de Cristo y su anuncio jubiloso en un verdadero infierno.

Capitulo Tercero

Matrimonio y Extremaunción

El insigne teólogo protestante Adolfo Harnak, conocido mundialmente por su gran obra, "Esencia del cristianismo", compara en ella a los sacramentos de la Iglesia Católica con frascos de medicina. Nunca se ha caracterizado mejor a los siete sacramentos. En efecto: el sacerdote toma un frasco con agua bendita y al niño le saca el tan famoso pecado original, convirtiendo al "niño del diablo" en un "niño de Dios" (bautismo). El sacerdote derrama otro frasquito lleno de aceite, y al enfermo se le quitan todos los pecados (extremaunción). El obispo toma un tercer frasco con otra clase de aceite y con él hace bajar a Dios y al Espíritu Santo al corazón del creyente (confirmación). Si toma un cuarto frasco con una nueva clase de aceite, se hacen sacerdotes (ordenación). Finalmente se toma un frasquito con aceite más fino todavía y se hacen obispos (consagración). ¿Puede acaso alguien creer que los apóstoles hayan procedido en igual forma?

Ya nos hemos ocupado de dos sacramentos: el bautismo de las niños, y la confesión. En el presente capítulo nos ocuparemos de otros dos. Son estos los sacramentos del matrimonio y de la extremaunción.

Ante todo hay que saber lo que es un sacramento, según los teólogos. El catecismo romano dice al respecto: Sacramento es un signo externo, instituido por Jesucristo y por el cual se nos da una gracia interior. Luego se precisan tres requisitos para un sacramento: 1) Un signo externo; 2) Una gracia interior compartida por el signo externo; 3) La institución de ambos por Jesucristo. Es de notar que la gracia interior consiste en el perdón de todos los pecados graves (gratia sanctificans) y una gracia especial, conforme a la naturaleza y el objeto de cada sacramento. Así por ejemplo el sacramento del matrimonio daría la gracia a la nueva pareja, de ser felices y poder cumplir con sus deberes matrimoniales.

I
El sacramento del matrimonio

Al tratar ahora en primer lugar el sacramento del matrimonio debemos exigir de los teólogos que ellos nos demuestren que aquellos tres requisitos se reúnen aquí para formar un sacramento. Invocan para ello los teólogos un texto de San Pablo que se encuentra en su carta a los efesios. Pero resulta que también aquí la versión latina, o sea la vulgata,

---
64

estaba y está todavía absolutamente mal traducida del original, pues refiriéndose a un texto del Viejo Testamento sobre el matrimonio de Adán y Eva, agrega el apóstol, o más bien la versión latina, las palabras: "Hoc sacramentum magnum est, dico autem in Christo et in ecclesia", lo que significa: Este es un sacramento; mas lo digo en Cristo y en la Iglesia. Luego, decían los teólogos, dice San Pablo aquí claramente, que el matrimonio es un sacramento, y hasta lo declara en nombre de Cristo y de la Iglesia.

Vamos a ver ahora, lo que dice en realidad el texto original griego. El mismo lector sabrá entonces ponderar con qué facilidad se ha inventado aquí un sacramento, únicamente porque los teólogos no se tomaron la molestia de estudiar bien el texto original de la Sagrada Escritura.

Pero antes de dar la verdadera traducción del texto griego tengo que observar, que la palabra: "sacramento", en griego: "mysterion", en el curso del tiempo tenía varios significados. Así, por ejemplo, en el Nuevo Testamento, especialmente en las cartas de San Pablo esta palabra tiene cuatro veces el sentido de "profecía" (Rom. 11, 25; 1. Cor. 15, 51; 2. Tes. 2, 7; Efe. 5, 31). En los primeros tiempos del cristianismo se designaba con esta palabra cualquier doctrina sagrada o cosa misteriosa. Al comienzo de la Edad Media se daba el nombre de sacramento, con preferencia, al bautismo y eucaristía. Recién desde el siglo XII se aplicó este nombre a los siete sacramentos de hoy.

Ahora bien, San Pablo en el texto aludido, hablando del mucho amor con que deben tratarse los esposos, les da el ejemplo de Cristo, quien como dice el apóstol, ama a su Iglesia como si fuera su esposa, una comparación, que le es muy común (2. Cor. 11, 2). Para corroborar esta comparación, cita el apóstol en una nota[65] un texto del Viejo Testamento (Gén. 2, 24) que se refiere al matrimonio en general, pero cuyo texto el apóstol entiende aquí en un sentido profético, de Cristo y su Iglesia.

Puesta esta aclaración, el texto reza exactamente así:

"Los hombres deben amar a sus mujeres al igual como a su propio cuerpo. Quien ama a su mujer, ama a sí mismo, ya que nunca nadie ha odiado a su propio cuerpo: más bien uno lo cuida y lo trata bien".

"Así también Cristo cuida a nosotros, porque somos miembros de su cuerpo: "Por eso el hombre abandonará padre y madre, y se adherirá a su mujer, y los dos serán un solo cuerpo" (Gén. 2, 24) - esta es una gran profecía; mas yo la refiero a Cristo y a la Iglesia. "

"Ojalá amara también cada uno de vosotros a su mujer, así pomo al propio cuerpo" (Efes. 5, 28 - 32).

---

[65] Las notas en las cartas de San Pablo son numerosísimas. En un principio no estaban en el mismo texto, como hoy día; pero al transcribirlo de los rollos que se?suban en tiempos de Cristo a los libros, fueron estas anotaciones colocadas, desde el margen, donde se encontraban al mismo texto. A veces tenían las anotaciones por su parte otras anotaciones secundarias. Estas fueron entonces puestas en su lugar dentro de la primera anotación y ésta en el lugar correspondiente del texto, el cual 3e esta manera perdió naturalmente toda su continuidad, provocando así disentimientos entre los teólogos y hasta opiniones muy contrarias en su explicación; ya que nadie sospechaba la existencia de estas anotaciones y mucho menos se sabía dónde empezaban y terminaban; hasta que yo, en muchos años de trabajo intenso, conseguí fijarlas. Si estas anotaciones fueron escritas por el mismo San Pablo o por otros autores más tarde, es una cuestión que todavía no está resuelta. Véase Die Briete Des Heiligen Paulus, Franz Griese, Crístkonigverlag Meitingen be Angsburg.

Hemos traducido el texto, indicando claramente la parte que: jebe considerarse como una anotación, pues interrumpe el texto principal. Y ahora preguntamos: ¿Dónde dice San Pablo aquí, en nombre de Cristo y de la Iglesia, que el matrimonio es un sacramento? La versión latina en vez de traducir: esta es una gran profecía, mas yo la refiero a Cristo y la Iglesia, traduce: Liste es un gran sacramento, mas yo digo en Cristo y en la Iglesia:

¿No es vergonzoso que los teólogos se hayan basado en urja versión tan mal hecha para construir con ella todo un nuevo sacramento, del cual ni Cristo ni los apóstoles han sabido jamás? Lo que dice San Pablo aquí es sencillamente: que aquel texto del Génesis sobre el matrimonio es, en su opinión, una palabra profética que hay que referir a Cristo y su Iglesia. Porque como el hombre abandona a sus padres, para adherirse a su mujer, así Cristo abandonó a su Padre Celeste, y al mismo Cielo (padre y madre) para adherirse a su Iglesia, a la cual consideraba como su esposa. Por tanto no hay nada, absolutamente nada, de que el apóstol o Cristo o la Iglesia hayan declarado al matrimonio sacramento.

Y ahora el colmo: los teólogos, después de haber declarado al matrimonio sacramento, tuvieron que admitir forzosamente que en este "sacramento" no solamente se encuentra el requisito más importante, o sea la institución por Cristo (que acabamos de destruir), sino también los otros dos requisitos, o sean: el signo externo y la gracia interior, producida por el signo externo, la que, como ya hemos visto, consiste en el perdón de todos los pecados, más la gracia especial, correspondiente al objeto del sacramento.

Veamos ahora cómo los teólogos solucionaron la cuestión. Según ellos, el signo externo del sacramento del matrimonio es la "traditio corporum" o sea el acto, o si se quiere, las palabras, con que los novios declaran que se toman por esposos. Por consiguiente, y siempre según la misma teología católica, por el "Sí" de los novios les son perdonados todos los pecados y reciben además aquella gracia especial para su vida conyugal.

Es esto realmente el non plus ultra de una aberración teológica. En efecto, mientras esos teólogos liquidan y anulan el perdón dolos pecados predicado por Cristo, crean un nuevo y original perdón, tan extraño, que dudamos pueda ser el producto de una sana inteligencia.

El dogma dice expresamente: "Sacramentum omnibus, non ponentibus obicem confort gratiam" que traducido es: cada sacramento da la gracia (o sea el perdón de todos los pecados graves) a todos los que no le oponen una dificultad, como ser: la falta de fe. Por lo tanto el matrimonio, por ser un sacramento, perdona los pecados. No obstante esto los sacerdotes aconsejan a los novios confesarse antes del casamiento, lo cual no puede ser un deber y constituye, sí, una redundancia; lamentable exceso, puesto queja el sacramento matrimonial los lava de todos los pecados.

Parece que los teólogos dudasen de la eficacia del nuevo medio de perdón creado por ellos mismos.

¿Acaso no tenían razón los protestantes al declarar que el matrimonio no era un sacramento? Creemos haber demostrado con

amplitud que efectivamente no puede considerarse el matrimonio como una institución de Cristo para el perdón de los pecados.

Como anexo queremos llamar ahora la atención especial sobre la doctrina de los teólogos católicos respecto del divorcio, para demostrar, cómo han puesto sus propias opiniones por encima de las leyes de Dios.

Según la ley natural y la ley de Moisés: "el que viola a una virgen es su marido". Esta ley tan fundamental para la humanidad es sin duda una máxima que de ninguna manera debiera alterarse, sino tan solo sancionarse por las leyes humanas.

No piensa así lo teología católica. Según ella un matrimonio es inválido si, por ejemplo, fue celebrado ante un sacerdote no autorizado, o si faltaba un testigo, como en el caso de Napoleón (!), o si un católico se casa con una protestante ante un pastor protestante[66] y no católico, o si un católico se casa con una protestante y descubre posteriormente que su esposa le impide el amplio ejercicio de sus prácticas religiosas, como en el caso de Marconi[67] etc., etc. De suerte, que a pesar de ser el matrimonio válido por la ley natural y divina, y a pesar de haberse formado una numerosa familia, la Iglesia Católica misma se encarga de declarar tal matrimonio inválido y da al hombre el derecho de abandonar a su familia.

¿No diría Cristo a estos teólogos como dijo a los fariseos: "De tal manera aniquilásteis el mandato de Dios por vuestras tradiciones, hipócritas" (Mat. 15, 6).

Podría creer alguien que los teólogos, quienes con tanta liberalidad y sin escrúpulo alguna permiten el divorcio en los casos citados, lo concederían por lo menos también en aquellos casos, en que Cristo y los Apóstoles lo conceden. Pues como resulta del Evangelio de Mateo (5, 32 y 19, 9) Cristo permitió el divorcio al hombre en caso de adulterio por parte de la mujer[68]. Pero los teólogos, otra vez engañados por la mala traducción de la Vulgata, permiten en tal caso solamente la separación de los esposos, no el divorcio, castigando así no la mujer pecaminosa, que ya sabrá procurarse su recompensa, sino al hombre, quien – tal vez inculpable en este asunto – no puede casarse más por la Iglesia, colocándolo así en los conflictos más graves de su conciencia.

Cuán diferente ha sido la conducta de los apóstoles en este asunto. San Pablo, quien por cierto era muy cristiano, aunque no queda que en caso de un matrimonio entre paganos y cristianos, la parte cristiana se separase por su propia voluntad, le concedió, sin embargo, el divorcio y con él la facultad de casarse nuevamente, si fuera abandonada por el pagano. El apóstol da la razón para ello: "Porque a una vida de paz nos ha llamado Dios" (1. Cor. 7, 15). De esta manera la parte perjudicada no tenía que sufrir las consecuencias de la arbitrariedad de la otra parte.

---

[66] Antes de 1818 tal matrimonio era válido en la Iglesia Católica desde entonces es un concubinato; de suerte que Dios si juzga a un individuo católico, casado ante un pastor protestante debe averiguar primero en el registro civil, si se casó antes o después de 1918.

[67] Dicen las malas lenguas que Marconi por eso le obsequió al Papa la famosa estación de radio del Vaticano (!). Pero entonces el teléfono de oro, y el automóvil preciosísimo que el Papa tiene, ¿de dónde lo tendrá?

[?] Como en tiempos de Cristo la poligamia estaba permitida y licita, sólo se consideraba adulterio del hombre la unión carnal con una mujer casada

68

Como los teólogos desconocieron hasta la fecha la verdadera causa de este modo de proceder de San Pablo -razón por la cual lo llaman Privilegium Paulinum- nos permitimos explicársela, pues lo que Cristo y los apóstoles condenaron era solamente la parte que disolvió el matrimonio: "Quien repudia a su mujer comete adulterio" (Mat. 5, 32; 19, 9; Marc. 10, 11; Luc. 16, 18). Y San Pablo dice en el mismo sentido: "La mujer no debe separarse del hombre -pero si se ha separado debe quedar soltera o reconciliarse con su marido- ni el hombre debe repudiar a su mujer" (1. Cor. 7, 10). Luego, Cristo y los apóstoles, condenaron y castigaron a la parte culpable solamente, y es por esta razón, que San Pablo permite un nuevo casamiento en caso de que la parte cristiana haya sido la abandonada por la parte pagana. Todo se juzgaba por principios generales y básicos.

Muy diferente, en comparación con el hombre, era la posición de una mujer adúltera. Debido a la poligamia, que en aquellos tiempos estaba en uso todavía, los derechos de la mujer ya de por sí eran muy reducidos. Mientras que una mujer casada que pecaba cometía siempre un adulterio, el hombre sólo lo cometía en el caso que tenía unión carnal con una mujer casada. Por eso dice el noveno mandamiento: "No desees la mujer de tu prójimo", y, Cristo declaró: "Quien mira a una mujer (casada) para desearla, ha cometido adulterio con ella, en su corazón" (Mat. 5, 28). A mujeres no casadas podía el hombre – casado o no – contemplar y desear a cuantas de ellas quisiera. Esto no era pecado; sino que estaba permitido por ley divina y humana, como lo vemos en el ejemplo de Abrahám, Jacob, David, Salomón, etc. También entre los primeros cristianos la poligamia estaba permitida, de lo contrario ningún hombre polígamo de buena fe, habría podido convertirse a la doctrina de Cristo. Sólo de los obispos exigía San Pablo que no tuvieran más de una sola mujer (1. Tim. 3, 2; Tit. 1, 6).

II
El sacramento de la extremaunción

También este sacramento debe su existencia a un error en la traducción de la Biblia, y más todavía a la mala interpretación de la misma.

Como puede leerse en el Evangelio de San Marcos (Marc. 6, 13), mandó Cristo, ya durante su vida pública, a sus apóstoles para que predicasen el Evangelio en los pueblos, encargándoles a la vez que sanaran a los enfermos, aplicando aceite al igual como lo hizo el samaritano misericordioso con el judío, que había caído en manos de asaltantes.

A este encargo se refiere el apóstol Jacobo en su carta (Jac. 5, 13), diciendo:

"Si a alguien de vosotros le va mal, que rece. Si le va bien, que cante. Si alguien se enferma, que llame a los presbíteros de la comunidad. Estos, después de haberlo untado con aceite, recen sobre él, y su plegaria creyente ayudará al enfermo y el Señor lo reanimará.

"Y si hubiera cometido pecados, le deberán ser perdonados (antes). Por lo tanto debéis los unós a los otros confesar vuestros pecados, Y debéis los unos por los otros rezar, para que sanéis. Porque mucho puede la, plegaria intensa de un hombre justo".

Como se ve, consta el texto arriba citado de dos partes.

En la primera dice el apóstol lo que debe hacer un cristiano en las diferentes situaciones de la vida: en alegría, en pena y en enfermedad. Para este último caso recomienda el apóstol que haga venir a los dirigentes de la comunidad, como Cristo lo había ordenado, para que le den una aplicación con aceite, que consagrada por rezos, le serviría al enfermo para restablecer su salud.

En la segunda parte pone el apóstol el caso de que la enfermedad fuera causada por pecados que el enfermo hubiera cometido, pues en la opinión general de los judíos eran justamente los pecados los que causaban las enfermedades y en especial una muerte intempestiva (Juan 9, 2; 1. Cor. 11, 30). Para recuperar en tal caso la salud era necesario que, antes de nada, se le quitaran al enfermo los pecados, el gran obstáculo de la curación, lo que se hizo mediante aquella confesión general que en los tiempos apostólicos se practicaba. Y entonces recién los presbíteros rezaron a Dios para que restableciera la salud del enfermo.

Luego vemos aquí dos cosas completamente diferentes y separadas: 1) la aplicación de aceite, unida a la plegaria para el restablecimiento de la salud corporal del enfermo, y 2) la confesión de los pecados en su caso para obtener el perdón de los mismos.

Sin embargo, los teólogos, otra vez engañados por la muy defectuosa traducción del texto latino por un lado, y su afán de crear sacramentos por el otro, encontraron en dicho texto que la sola aplicación con aceite perdonaba los pecados, tal como se enseña en la doctrina y el dogma de la extremaunción.

¡Perdonar pecados mediante aceite! Ni los chinos han dejado degenerar su religión en la forma que lo han hecho los teólogos cristianos.

Capitulo cuarto

La misa y la comunión

La función principal del culto católico es la misa y desde hace unos cincuenta años, también la comunión. Los protestantes no reconocen la misa y celebran tan sólo la comunión.

Interesa por lo tanto saber la verdad sobre la misa y la comunión comparando la práctica y doctrinas de hoy con la de los tiempos apostólicos.

A continuación consideraremos:

1) El carácter religioso de la misa y de la comunión.

2) La celebración exterior de ambas en los tiempos de los apóstoles y hoy día.

3) Las palabras de la transubstanciación, o sea de la transformación del pan y vino en el cuerpo y la sangre de Cristo.

I
El carácter religioso de la misa y de la comunión

Como se sabe, celebró Cristo en la noche que precedió a su muerte una cena, la última, con sus apóstoles. Y relatan los evangelistas, que en esta oportunidad él tomó el pan de la mesa, pronunció una plegaria y lo distribuyó a los apóstoles diciéndoles: "Tomad y comed, este es mi cuerpo". Después tomó el cáliz con el vino y cabiendo pronunciado la plegaria lo dió a sus apóstoles, diciendo: "Tomad y bebed: esta es mi sangre".

Esta escena ha provocado la mar de interpretaciones. Los católicos afirman que Cristo con estas palabras transformó pan y vino en su verdadero cuerpo y sangre, de tal manera que después de la consagración, cada molécula de lo que fué pan se transformó en el Cristo íntegro, lo mismo que cada molécula de lo que fué vino. De pan y vino han quedado por lo tanto solamente la figura exterior. Dicen además los teólogos que este milagro se renueva en todas las misas y que además en todas las hostias y cálices del mundo está un solo Cristo con todo su cuerpo y su alma, tal cual existen en el Cielo. Finalmente, aseguran los teólogos que en aquella última cena, como en cada misa, se celebró y se celebra la verdadera muerte de Cristo en la Cruz, siendo el sacrificio de Cristo en cada misa hasta numéricamente idéntico con la muerte de Cristo en la cruz. Todo esto es dogma de la Iglesia Católica.

Los protestantes niegan todo esto y dicen sólo que Cristo está realmente presente, su cuerpo bajo la figura del pan y su sangre bajo la figura del vino; pero creen que pan y vino, a pesar (le la transformación quedan lo que son: pan y vino. Los calvinistas, en cambio, dicen que pan y vino, consagrados por la palabra de Cristo sólo significan el cuerpo y la sangre de Jesús, sin que tuviera lugar transformación alguna.

¿Cuál es la verdad de todo esto? No hay duda de que las palabras de Cristo, tal como se presentan en el texto del Evangelio, son algo difíciles de entender. Creemos además, que los cristianos en vez de discutir su alcance, habrían hecho mejor imitando el ejemplo de los apóstoles en aquella cena, quienes, callados y sin discutir, comieron el pan y bebieron el vino, tomando ambas cosas por cuerpo y sangre de su Maestro. Así se habrían evitado todas esas luchas sangrientas producidas alrededor de esta cena, que debiera haber sido un vínculo de amor, pero fue transformado en un verdadero foco de discordias.

Pero ya que hemos tocado esta cuestión, y debido a que todavía está en discusión, trataremos de dilucidarla.

Para eso consultamos otra vez a San Pablo, quien sin duda sabe mejor que nadie, cuál ha sido el verdadero significado de las palabras de Cristo, y para comprender bien la interpretación que el apóstol da a esas

palabras, recordamos al lector o que en aquel tiempo paganos y judíos solían sacrificar animales a sus respectivos dioses. La carne de estos animales sacrificados era vendida en los mercados públicos en calidad de carne de Júpiter, carne de Minerva, etc., según los dioses a quienes habían. Sido sacrificados los animales. Los compradores eligieran la carne que más les convenía, creyendo que comiendo esta carne recibían una bendición especial del Dios respectivo y hasta creían entrar en cierta unión con ese Dios mediante aquella carne. Es de mayor importancia tener presente esas creencias de la antigüedad para comprender el sentido de las palabras en los escritos de los que vivían en aquella época y estaban imbuídos de sus ideas.

Ahora bien, San Pablo, para inducir a los cristianos a que no participaran en los sacrificios paganos y no comieran la carne de animales sacrificados en honor de ídolos, funda su prohibición en la siguiente forma:

"Voy a hablar a vosotros como a gente razonable: el cáliz de la bendición que nosotros tomamos: ¿No es acaso la participación en la sangre de Cristo?... Mirad el antiguo Israel. ¿No están aquellos que comen el sacrificio, unidos con el altar? ¿Quiero yo decir con eso que también la carne de los ídolos sea algo? No, sino tan sólo que aquello que ellos sacrifican, justamente lo ofrecen a los dioses y no a Dios. Pero yo quisiera que no tuviéramos ninguna comunicación con los demonios.

"Vosotros no podéis beber el cáliz del Señor y también el cáliz de los demonios. No podéis tomar parte en la mesa del Señor y también en la mesa de, los demonios.

"¿O queréis despertar el celo del Señor?" (1. Cor. 10, 16).

Esta exposición del apóstol lo aclara todo. El compara aquí la participación en la mesa del Señor con la participación en la mesa de los sacrificios paganos, diciendo que, como por la carne de los ídolos el hombre participa en los demonios, así por el consumo del pan. y del vino el cristiano participa en Cristo. No hay la menor duda que San Pablo no ha creído en una participación de la propia persona de los demonios mediante la carne de los ídolos, y por tanto tampoco en una participación de la verdadera persona de Cristo mediante el pan y el vino.

Y en efecto, el mismo Cristo habla sólo de su carne, que da con el pan, y sólo de su sangre, que da con el vino. Quiere decir entonces que Cristo, aprovechando las ideas de aquel tiempo, dió a sus apóstoles en vez de los sacrificios judaicos y paganos de animales, algo semejante, pero algo más fino, más sublime. El no hace matar animales sino que toma pan y vino y haciendo celebrar con estos alimentos una cena, y encargando a los apóstoles de bendecir en ésta pan y vino y tomar ambas cosas en su memoria, les asegura que bajo estas formas de pan y vino van a tomar parte de su cuerpo y sangre al igual como en aquel tiempo en los sacrificios paganos la gente creía tomar parte de los dioses.

Pan queda por lo tanto pan, pero es para los apóstoles el cuerpo de Cristo; y vino queda vino, pero es para ellos la sangre de Cristo. Jesús mismo, después de haber dado el vino dijo a sus apóstoles: "Os digo, que de ahora en adelante no beberé más de ese producto de la vid, hasta que no lo tome con vosotros en el reino de mi padre" (Mat. 26, 29). Quiere decir que también para Cristo, pan y vino, aun después de la

consagración, quedaron pan y vino. Y en el mismo sentido dice San Pablo en el texto ya citado: "El pan que dividimos ¿no es él la participación del cuerpo de Cristo?" significando a la vez, que el pan es solamente una participación del cuerpo de Cristo, no el mismo cuerpo de Cristo. La segunda y tercera parte de este capítulo confirman ampliamente lo dicho.

De todo esto deducimos, que la teología católica está bastante mal orientada al poner en las sencillas palabras de Cristo sus propias ideas profundamente filosóficas, y que son el productos de un desarrollo de muchos siglos.

II
La celebración de la eucaristía en los tiempos de los apóstoles y hoy

En los primeros tiempos del cristianismo la eucaristía fué celebrada exactamente según el modelo de la última cena de Cristo. Todavía el apologista y mártir San Justino (murió en 166) relata en su libro: "De conventu eucharístico", que durante la celebración de la eucaristía todos: el obispo y los fieles, estaban sentados en una misma mesa. El diácono traía el pan y el vino, que después se distribuía entre los presentes y hasta se llevaba a los ausentes.

Quiere decir, que los primeros cristianos consideraban a la eucaristía como una verdadera cena y la Didaché, el más antiguo documento del cristianismo, y que según los mismos teólogos ha sido redactada en tiempo de los apóstoles y por ellos, dice al final de su descripción de la celebración de la eucaristía: "después de que os habéis satisfecho", indicando así el carácter de una verdadera cena, que tenía la eucaristía en aquel tiempo. Pero el mejor testimonio de que la eucaristía fué celebrada como una cena, lo encontramos en las cartas de San Pablo. Para comprender bien el texto del apóstol hay que tomar en cuenta lo siguiente: en la joven Iglesia se presentó muy pronto una dificultad bastante grande para la celebración de la eucaristía, pues cuando aumentó el número de los devotos, la iglesia, pobre como era, no estaba en condiciones de proveer suficiente pan y vino para el consumo de los fieles. Fué entonces, cuando los ricos se hicieron cargo de ello. Pero en Corinto se produjo a raíz de ésto un desorden en la comunidad cristiana. Los ricos, sea por cierto desprecio que sentían de los pobres, sea por estar cansados de procurar tanto pan y vino, sea por ambas causas, se reunieron antes de que vinieran los pobres y celebraron la eucaristía sin ellos; de manera que cuando llegaron los pobres ya no había nada.

Esto era, como dice San Pablo, en primer término una gran falta de consideración con los pobres, y en segundo lugar una irreverencia contra la eucaristía, que debía celebrarse en memoria del Sector, como Cristo expresamente había encargado, pero no como una simple comida cualquiera. El hombre, antes de participar en la eucaristía, debe darse cuenta de ello y no frecuentarla como si fuera una comida ordinaria.

A base de estas consideraciones será fácil comprender ahora las palabras de San Pablo, quien al saber esos desórdenes en Corintio, les escribió:

"Cuando tenéis vuestras reuniones, esto ya no se llama celebrar la sena del Señor. Porque cada uno consume su parte ya antes, y así el uno sale hambriento y el otro se embriaga. ¿No tenéis vuestras casas para comer y beber? ¿O es la comuna de Dios para vosotros tan poca cosa, que llenáis de vergüenza a los que no tienen nada? ¿Qué os diré? ¿Os alabaré? En esto no os alabo. Porque yo he sabido por el Señor -lo que también os he comunicado- que el Señor Jesucristo en la noche, en que fué traicionado, tornó el pan y, después de haber dicho sobre él la oración de gracias, dijo de él: "Este es mi cuerpo que será entregado para vosotros: haced esto en mi memoria". Y que de igual modo, después de haber comido, ofreció el cáliz y dijo de él: "Este cáliz es el Nuevo Testamento en mi sangre; todas las veces que bebiereis de él, hacedlo en mi memoria".

"Cada vez, pues, que vosotros toméis de aquel pan y bebáis de aquel cáliz, debéis celebrar la (memoria de la) muerte del Señor, hasta que vuelva".

"Luego, quien de una manera indigna coma aquel pan y beba aquel cáliz del Señor, peca contra el cuerpo y la sangre del Señor. Por eso se examine cada uno (si tiene la verdadera intención de celebrar la eucaristía en memoria del Señor y no como una comida ordinaria) y así coma de este pan y beba de este cáliz. Pues cualquiera que come y bebe, come y bebe en su propia condenación, si no distingue el cuerpo del Señor (de la comida común).

"Por eso hay tantos débiles y enfermos entre vosotros y mueren tantos. Si nosotros mismos nos hubiésemos juzgado, no seríamos juzgados (por Dios). Pero juzgados por el Señor, debemos corregirnos, para que no seamos condenados con el mundo".

"Por tanto, si vosotros, hermanos míos, os juntáis para la cena, esperad los unos a los otros. Pero el hambre hay que saciarla en casa, para que no os juntéis (tomando la eucaristía como una comida común) en vuestra condenación", (1. Cor. 11, 20-34).

En toda esta exposición el apóstol se empeña en hacerles comprender a los corintios que esa cena, llamada eucaristía, no es una cena cualquiera, sino que ha sido instituida para celebrar la memoria de Cristo, especialmente de su muerte. Luego tomarla por una comida ordinaria, es falta de respeto a la eucaristía y por lo mismo es falta de respeto al cuerpo y a la sangre de Cristo. Y como los corintios han cometido tal

falta, el Señor los ha castigado con enfermedad y muerte. Y para que no conviertan otra vez la eucaristía en un banquete les recomienda finalmente el apóstol que satisfagan su apetito en sus casas para que se den cuenta que yendo a la eucaristía no van a una comida común.

De todo esto el lector deduce fácilmente:

1) Que los corintios han sido unos santos bastante raros.

2) Que la celebración de la eucaristía no solamente se realizó en forma de una cena sencilla, sino también de una manera muy rudimentaria y hasta rústica si cabe este término.

3) Que los corintios, a pesar de la instrucción directamente apostólica, han tenido un concepto muy sencillo de la eucaristía y por cierto no tenían la convicción de que el pan que tomaban sería el

verdadero cuerpo y el vino la verdadera sangre de Cristo. Se ve que ellos apenas sí creían en una participación del cuerpo y sangre de Cristo, al igual como los paganos se figuraban una participación de los dioses comiendo la carne de los animales sacrificados en honor a sus ídolos.

4) Que el apóstol aquí, como siempre, designa el pan consagrado: pan; y el vino consagrado: vino; lo cual demuestra que no creía en una transformación verdadera del pan y del vino en el cuerpo y en la sangre de Cristo, sino que queda enseñar a los corintios que esta cena, debería ser celebrada en memoria de Cristo.

Y ahora compare el lector esta celebración de la eucaristía en tiempo de los apóstoles con la celebración de la misma, tal como hoy la tenemos.

La mesa común de antes está dividida en dos partes: el altar para el sacerdote y la baranda para los fieles. El cura en el citar celebra la "cena del Señor" en la mayoría de los casos solo. Y esa "cena" se ha convertido en un sacrificio: el sacrificio de la misa. A veces – especialmente cuando algún rico paga 5. 000 pesos o algo más – hay también tres, cinco, siete y más curas en el altar, que se presentan allí con pompa regia con vestidos de seda y oro, rodeados de acólitos, turíferos y otros monaguillos y hacen un sinnúmero de movimientos hacia adelante y hacia atrás, yendo hacia arriba y hacia abajo; se inclinan, se arrodillan, se dan vuelta, se inciensan los unos a los otros, como si fueran dioses; cantan, rezan, se persignan, y todo va con una exactitud que recuerda el sincronismo y la armonía de una escena coreográfica, gobernada por un consumado director. Y esta escena, la muerte del señor, ahora se celebra como una misa cantada, acompañada de órganos, trompetas y violines; pronto se convierte en una misa blanca, o de casamiento, o un réquiem, en cada caso con mayor o menos solemnidad: según el bolsillo del creyente que la paga.

¡Qué manera de celebrar la "cena del Señor", o como los teólogos quieren: la "muerte de Cristo"! ¡Qué manera de conservar la tradición apostólica! ¡Qué manera de convertir en un negocio la cena del Señor y la muerte de Cristo!

III
Las palabras de la transubstanciación o sea de la transformación del pan y vino en el cuerpo y la sangre del señor

La Iglesia Católica enseña que pan y vino son transformación en cuerpo y sangre de Cristo por las palabras que el Señor pronunció en la última cena, diciendo: "Este es mi cuerpo. Esta es mi sangre". Los griegos en cambio aseguran que la transformación es efectuada por una oración que se llama epiclesis, y que es una invocación del Espíritu Santo sobre pan y vino.

Demostraremos ahora que tanto la una como la otra opinión quedan muy lejos de la verdad.

La solución de la cuestión promovida nos la proporciona la palabra "eucaristía"[69] que ya existía y era usual en los tiempos de los apóstoles

[69] Los teólogos, engañados otra vez por la pésima traducción latina de la Biblia que ellos tienen en la Vulgata (una traducción que por dogma ha sido declarada: inspirada), no se dieron cuenta ni del sentido antepretérito que tiene el aoristo del participio griego, ni del hecho que la palabra griega

como nombre más común de la cena del Señor. Esta palabra significa: acción de gracias.

Nos preguntamos: ¿Por qué razón se llamaba eucaristía a la cena del Señor ya en los tiempos de los apóstoles? No cabe la menor duda que en esta cena del Señor la "acción de gracias" debía ocupar un lugar prominente y tal vez el lugar principal.

En efecto, ya en el texto antes citado de San Pablo, en oposición a todas las traducciones erróneas hasta hoy difundidas escribimos la versión exacta y precisa y que reza:

"Que el Señor Jesucristo en la noche en que fue traicionado tomó el pan y, después de haber pronunciado sobre él la acción de gracias', dijo: "Este es mi cuerpo, que será entregado para vosotros".

Habla entonces el apóstol aquí de una "acción de gracias" que Cristo pronunció sobre el pan y el vino antes de darlos como su cuerpo y sangre a los apóstoles. La misma acción de gracias la nombran también los primeros tres evangelistas en sus respectivos evangelios, empleando la misma fórmula:

"Después de haber pronunciado sobre él la acción de gracias". Y ahora recordamos que los judíos pronunciaron sobre pan y vino una acción de gracias antes de tomarlos, cuya acción hoy todavía existe y es idéntica con la que usaban en tiempos de Cristo.

Pero lo más importante es que esta acción de gracias pronunciada por Cristo en la última cena se ha encontrado y está en la misma Didaché, que ya hemos citado, y que tiene su origen en los tiempos de los apóstoles. Leemos allí al final del capítulo octavo:

"En la celebración de la eucaristía debéis pronunciar la siguiente acción de gracias: Primero sobre el cáliz: "Le agradecemos, ¡oh nuestro Padre!, por la santa vid de tu siervo David. Esta santa vid la has dado a nosotros por tu siervo Jesús. A ti sea la gloria eterna".

Pero sobre el pan: "Le agradecemos, ¡oh nuestro Padre!, por la vida y la inteligencia que has dado a nosotros mediante tu siervo Jesús. A ti sea el honor eterno. Como este pan estaba diseminado en las montañas y después reunido, se hizo uno, así también tu Iglesia sea reunida desde los límites del país a tu reino. Porque tuyo es por Jesucristo el honor y el poder eterno".

"Nadie coma ni beba de vuestra eucaristía, a no ser que sea bautizado en nombre del Señor; pues de ella dijo el Señor: no entreguéis lo santo a los perros.

"Pero después que os habéis saciado, etc. ".

Tenemos aquí la buscada "acción de gracias", y es ampliamente confirmada por el apologista y mártir Justino (muerto en 166 p. J.), quien, en su obra "De conventu eucharistico dice:

"Este alimento se llama entre nosotros eucaristía... porque no como pan común y bebida común tomamos esto; sino al igual. como Jesucristo, nuestro salvador, hecho carne por la palabra de Dios, recibió carne y sangre para nuestra salvación, así somos instruídos, que también el alimento, sobre el cual pronuncia una acción de gracias que viene de él y

---

"eucharistein" se refiere a la acción de gracias, que los judíos pronunciaban antes de comer.

por el c: se alimenta nuestra carne y nuestra sangre, a consecuencia la transformación es carne y sangre de aquel Jesús que se hizo carne.

"Porque los apóstoles en sus relatos memorables, que tienen su origen en ellos, y que se llaman evangelios, han comunicado que les ha sido mandado hacer así: "Que Jesús haya tomado el pan y después de haber pronunciado la acción de gracias haya dicho: "Esto (es decir: la acción de gracias) haced en mi memoria: este es mi cuerpo". Y después de haber tomado el cáliz y pronunciado la acción de gracias haya dicho: "Esta es mi sangre" y se les haya comunicado".

En otro lugar dice el mismo mártir: "Después que los presbíteros han pronunciado la acción de gracias y todo el pueblo ha unido su voz con ellos, los llamados diáconos dan a cada uno de los presentes algo del pan y vino agradecidos y llevan también a los ausentes de él".

Quiere decir que la transformación de pan y vino en cuerpo y sangre de Cristo se hizo mediante la acción de gracias, tanto en la última cena como en los primeros tiempos del cristianismo.

Objetará alguien que en esa acción de gracias no se encuentra ninguna palabra de una transformación real de pan y vino en cuerpo y sangre de Cristo. Contestamos que esta es justamente la mejor prueba de que ni Cristo ni los apóstoles habían pensado jamás en una transformación real, sino sólo espiritual. Pan y vino fueron consagrados por aquella acción de gracias, y entonces significaban cuerpo y sangre de Cristo para los fieles. Pero pan quedo pan y vino quedó vino; sólo recibían un significado religioso para los cristianos, quienes los tomaban como participación real en el cuerpo y la sangre de Cristo.

Vemos entonces que toda esa terrible y sangrienta lucha entre los griegos y romanos estaba demás. Ninguna de las partes tenía razón.

Finalmente queremos llamar la atención sobre tres muestras muy significativas de la "habilidad" teológica en la interpretación de la Biblia:

Primero: Como hemos visto, recomendó San Pablo a los cristianos que se examinen si van con la debida intención a tomar parte en la eucaristía, para que no la tomen por una comida cualquiera, sino por lo que era para ellos: cuerpo y sangre de Cristo. Los teólogos en cambio, sospechando en aquel examen un examen de la conciencia, lo interpretaron como una orden del apóstol de confesarse antes de recibir la comunión; y así exigen ahora de todos los fieles que han cometido un "pecado grave", que antes de comulgar vayan a confesarse. Lo más raro es que, siendo la eucaristía un sacramento que por lo tanto perdona por sí solo los pecados, el creyente no necesitaría confesarse antes, ya que la misma eucaristía le perdonaría sus faltas. Que esta obligación de confesarse no existía antes, nos lo demuestran las siguientes palabras de San Agustín:

"Y así, queridísimos, cada uno de vosotros examine su conciencia. Y si observa que fué herido por algún delito (crimine), se empeñe en limpiar su conciencia por oraciones, ayunos y limosnas, y entonces se atreva a tomar la eucaristía" (Sermo 252 de Tempore).

Estas palabras son un verdadero golpe de muerte contra la obligación de confesarse antes de la comunión.

Segundo: Los cristianos en los primeros tiempos celebrando la eucaristía en forma de una cena, tomaron tanto el pan como el vino,

cumpliendo así la palabra de Cristo: "Si vosotros no coméis mi carne y no bebéis mi sangre, no tendréis la vida en vosotros" (Juan, 6, 53). Esto hoy día es un pecado grave, y ningún católico, fuera del sacerdote, puede "comer el cuerpo de Cristo" y "beber su sangre". Sólo se les permite comer el cuerpo del Señor. Por lo tanto, si los católicos cumplen conlas palabras de Cristo son condenados por los teólogos: si siguen a los teólogos, serán condenados por Cristo. Pero como los teólogos valen más que Cristo, los católicos prefieren ser condenados por el Señor.

Tercero: San Pablo encarga a los corintios que, antes de participar en la celebración de la eucaristía, satisfagan su apetito en casa. Hoy también, hasta hace poco, era esto un pecado grave. ¡Qué admirable tradición apostólica!

Todo esto lleva al ánimo la convicción íntima de que los teólogas han cumplido en la interpretación de la Escritura Sagrada referente a la Eucaristía y en la conservación de las costumbres e instituciones apostólicas una actuación muy lamentable. Las innovaciones se han multiplicado junto con los errores para borrar, en la ceremonia eucarística de hoy, todo rastro de lo que fué en los tiempos de los apóstoles. La pompa, la bambolla teatral que hoy la exorna y adultera, atrae y deslumbra como inocentes insectos nocturnos a los feligreses; pero, sobre todo, sirve para henchir las talegas insaciables de la Iglesia.

Capitulo quinto

La infalibilidad del Papa

El lector sabrá que el dogma de la infalibilidad fue proclamado solemnemente en la Iglesia de San Pedro en Roma, en el año 1870. Significa este dogma que el Papa solo, y los obispos unidos con él, son infalibles, si en cuestiones de la fe o de la moral declaran que una doctrina debe ser creída por toda la Iglesia. Generalmente se le llama a tal doctrina: dogma. Según este mismo dogma de la infalibilidad, es naturalmente Cristo infalible, y además lo son cada uno de los apóstoles por sí. Lo que llama más la atención es la circunstancia de que este dogma de la infalibilidad del Papa, según la Iglesia ha sido enseñado por el mismo Cristo a los apóstoles, pues las revelaciones de Dios terminaron con Cristo y los apóstoles. De manera que desde entonces no puede haber ninguna nueva doctrina que no sea enseñada por Cristo o sus apóstoles.

Esta es la teoría. ¿Y la práctica? Después de todo lo que hemos visto, ¿no es para sentir una honda indignación, que justamente aquella Iglesia, que ha acumulado más errores que ninguna otra; aquella Iglesia que más que ninguna se ha separado de la verdadera tradición apostólica; aquella Iglesia que como ninguna otra ha enseñado y enseña todavía errores en vez de verdades, se atribuya la infalibilidad?

Sería demasiado honor demostrar todavía mediante la Biblia que tal dogma es una deducción completamente equivocada. Basta es ingenua, doblemente ingenua, si se piensa en los errores que cometió la Iglesia a pesar de su pretendida infalibilidad; triplemente ingenua, si se acuerda que Cristo quería volver al Juicio Final en el primer siglo, y pensó tan

poco en sucesores de sus apóstoles, como en el dogma de la infalibilidad de 1870[70].

¡Infabilidad! ¿Acaso el mismo Cristo fué infalible, al prometer su fracasada próxima vuelta al mundo?

¡Infabilidad! ¿Acaso los apóstoles eran infalibles al predicar a cristianos, judíos y paganos el inminente regreso de Cristo?

¡Infabilidad! ¿No significa el uso de esta palabra el máximo de arrogancia que jamás se ha visto y oído en este mundo?

¡Infabilidad! ¿No es tal pretensión la ofensa más grande a todas las demás Iglesias cristianas, que tal vez son mucho más apostólicos en su doctrina y práctica, que la tan apostólica Iglesia Romana?

¡Infabilidad! ¡Oh, ironía del destino, que justamente esa iglesia que se atribuyó tal carácter ha errado más que ninguna otra!

¡Infabilidad! ¿Acaso cree la Iglesia Católica que con esta palabra vanidosa escapará al juicio condenatorio de toda la humanidad?

¡Infabilidad! Sólo la verdad es infalible, e infalible también la victoria final de la verdad, y esta victoria será la muerte de la religión cristiana; porque es la victoria del saber.

Cuarta parte

La moral de Cristo y de la Iglesia
Introducción

"Cuidaos de los profetas falsas, quienes vienen a vosotros en piel de ovejas, pero adentro son lobos hambrientos" (Mat. 7, 15).

Esta cuarta parte de mi libro pondrá de relieve la inmensa diferencia que existe entre la moral de Cristo y la de su Iglesia. Fue redactada casi toda poco después de mi separación.

Por mi parte habría preferido no escribir nada sobre este tema, porque mi propósito era hacer una exposición enteramente científica. Mas, como la religión de Cristo es esencialmente moral, moral religiosa, el cuadro que he pintado no estaría completo si pasara por alto la

---

[70] El Papa Gregorio I (muerto en 604) al saber que el Patriarca Juan de Constantinopla, quería atribuirse el rango de obispo universal, llama en varios escritos tal idea de m obispo general y superior: "un producto de vanidad, una invención de un apóstata, una impía manifestación de vanagloria, un escándalo de la Iglesia, un maldito atentado contra el mandamiento de Dios, contra el evangelio, contra las leyes eclesiásticas, contra la dignidad de los obispos, y una ofensa contra la iglesia universal y una blasfemia." Especialmente destaca Gregorio, que jamás se le ha ocurrido a un obispo romano (Papa), pretender semejante cosa y que tal vanidad sería la señal de la venida del anticristo. El ya citado obispo Firmiliano del Cesárea, escribe sobre el obispo romano Esteban: "Me indigna esta ridiculez que grita al Cielo y con que se hincha y se vanagloria sobre el hecho de que su Sede episcopal está en Roma, y que por eso cree que sea más que nosotros, sucesor de Pedro, en quien sólo están basados los fundamentos de la Iglesia. ¡Qué gran pecado acumulaste sobre tu cabeza al separarte de tantas comunidades) - Es éste el verdadero renegado, quien se hace apóstata de la comunidad eclesiástica. - Y esto lo has hecho tú. A1 creer poder excluir de ti todos los demás, te has excluido de ellos".

comparación de la moral de Cristo con la moral de la que pretende ser su Iglesia.

Es por eso que me veo obligado a tratar esta cuestión y lo haré con la misma imparcialidad como hasta ahora. Más aún, supondré también en esta parte hipotéticamente la verdad de la Biblia.

Hago esto solamente para combatir al adversario con sus propias armas, y no acaso, para volver a lo que he sido en otrora un defensor del cristianismo.

Capitulo primero

La falta de caridad en la Iglesia

"Si os mordéis y coméis los unos a los otros, cuidad de no aniquilaros" (Gal. 5, 15).

No cabe la menor duda que el fundamento de la religión de Cristo es la caridad. No solamente porque el Señor mismo dió el ejemplo más grande de caridad que el mundo ha visto, sino que enserió también esta virtud como fundamento de su religión: "En esto conocerá el mundo que sois mis discípulos, que os améis los unos a los otros, como, yo os he amado (Juan 13, 35). "Un nuevo mandamiento os doy: que os améis los unos a los otros" (Juan 13, 34; 15. 12).

Cristo no dudó en igualar este mandamiento al precepto del amor de Dios: "Amarás al Señor Dios tuyo con todo tu corazón, con toda tu alma, con todo tu sentimiento y con todas sus fuerzas. Este es el primero y más sublime precepto, pero el otro es igual a éste: Amarás a tu prójimo como a ti mismo". (Luc. 10, 27; Mat. 22, 37). Los apóstoles habían entendido a su Maestro. Hay que leer por ejemplo las epístolas de San Pablo, quien pone la caridad hasta por encima de la fe, diciendo: "Por ahora nos quedan las tres siguientes virtudes: la fe, la esperanza y la caridad, pero la mayor de éstas es la caridad, apropiaos de la caridad". (1. Cor. 13, 13).

La enseñanza apostólica de la caridad produjo verdaderos milagros. Relata la historia de los apóstoles, que los cristianos eran "un sólo corazón y una sola alma". (Actos de los Ap. 4, 32).

Hasta los bienes vendieron, poniendo la ganancia a los pies de los apóstoles para distribuirla entre los pobres; y en Jerusalén, todo cuanto poseían los cristianos era común. Todavía Tertulián relata: en el tercer siglo, que los paganos muchas veces, asombrados por la caridad de los cristianos, exclamaron: "Mirad cómo se aman los unos a los otros". No cabe, pues, la menor duda que los cristianos de los primeros siglos pusieron en práctica la religión de Cristo, cuyas bases eran el amor de Dios y el amor al prójimo.

¿Ahora bien! ¿Quienes destruyeron esta caridad, esta base de la religión de Cristo? Fueron los teólogos. Cuando al comienzo del siglo cuarto, en el año 312, la Iglesia apenas sí había conseguido la libertad, estalló una lucha encarnizada, primero entre los teólogos y después entre todos los cristianos. Arrío, un teólogo, defendió la tesis (en 318) que Cristo no era hijo natural sino hijo adoptivo de Dios. Más de la mitad de

los obispos se pusieron del lado de Arrío (como testimonia San Gerónimo), mientras que los teólogos romanos se opusieron: a esta doctrina. Más de un siglo duró la lucha que costó mucha sangre y provocó un odio indescriptible entre los cristianos, olvidando ellos por completo la gran ley de la caridad. Apenas sacados del barbarismo pagano volvieron a ser lo que habían sido, intransigentes peleadores, bárbaros bautizados. Los teólogos quienes, por su misión, hubieran debido calmar los ánimos, no dudaron en ningún instante de aprovecharse de la pasión humana de los pueblos recién convertidos y sacrificar la ley de la caridad para satisfacer sus deseos ambiciosos, tan contrarios a la doctrina de Cristo. Perduraba todavía la exaltación de los ánimos que había causado esta lucha, cuando los sacerdotes se encargaron de suscitar un nuevo motivo de desorden en la familia cristiana. A fines del mismo siglo cuarto, se promovió la cuestión de la divinidad del Espíritu Santo, Roma luchó contra Macedonio, quien negó esa divinidad. Nuevos odios, nuevas persecuciones. La enemistad entre Roma y el Oriente con la Sede central en Constantinopla se aumentó de siglo en siglo. Y mientras aquí se preparó la separación definitiva, los teólogos, en otras partes de la Iglesia, provocaron otras luchas tan encarnizadas y tan largas, que la historia de la Iglesia en aquel tiempo parece ser tan solo una historia de luchas teológicas que, por desgracia, sólo sirvieron para despojar a sus autores de todo prestigio y poder. En lugar de la caridad no se vio más que una contienda bárbara entre las distintas Iglesias cristianas, condenándose mutuamente los jefes de las mismas. Pronto se produjo el primer efecto de todo esto. Mahoma en el siglo octavo inventó una nueva religión, que parecía a muchos hombres muy superior a aquellas confesiones cristianas que se devoraban las unas a las otras, y así para Mahoma fue cosa fácil apoderarse de todo el sur del mundo conocido y separar el África y la Arabia de la cristiandad. Hasta los mismos Lugares Santos cayeron en su poder. Mahoma fue un verdadero flagelo de Dios para toda la cristiandad, la cual tuvo que derramar mucha sangre en Palestina, Italia, España y hasta en Austria y Hungría, y esto durante más o menos mil años. Además la propagación de la religión cristiana en África se terminó por completo.

Pero los teólogos no aprendieron nada de aquella enseñanza. Siguieron peleándose con el mismo furor de antes, hasta que en el siglo décimo, a la primera separación siguió la segunda, alejando el Occidente del Oriente. Bajo el régimen del Obispo de Constantinopla se separaron los Balcanes y toda Rusia, trayendo consigo esta separación increíbles persecuciones sangrientas entre los mismos cristianos: las víctimas de los teólogos. Bastaba en aquellos tiempos persignarse con la cruz de izquierda a derecha, en lugar de derecha a izquierda o viceversa, para ser condenado a muerte.

Mientras así seguía la lucha con los mahometanos por una parte y con los orientales por otra; se preparó la tercera y más importante separación: la de todo el norte de Europa. Los teólogos romanos de los siglos XI a XIII desarrollaron la doctrina teológica de tal manera, que ya no había lugar para ninguna opinión libre dentro de la Iglesia. Y como ellos identificaron las doctrinas teológicas con las de la religión, obligaron a todos los cristianos a acatarlas, declarando herético a cada

uno de los que se atrevieron a tener otra idea en un asunto religioso. Hasta mataron a sus adversarios, como lo hicieron con Giordano Bruno, Hus y las innumerables víctimas de la Inquisición (No hay duda que la Iglesia Romana hoy, haría lo mismo con todas sus enemigos, si eso fuese posible).

La chispa que descargó este aire tan pesado fue Lutero quien, reclamando la libertad de conciencia, fundó el protestantísmo al comienzo del siglo XVI. Esta tercera separación había de ser la más sensible para la Iglesia Católica. Se separaron: Alemania, Inglaterra, Suiza, Dinamarca, Noruega, Suecia, y gran parte de Holanda y Polonia. Además la mayor parte de Norteamérica se adhirió y está adherida al protestantismo. La Iglesia Católica se quedó tan solo con el centro del mundo conocido separada y aislada por todas partes. Su único desarrollo lo tuvo en América del Sur, donde los predicadores de la Cruz impusieron a los indios la religión Apostólica Romana con la espada en la mano.

¡Cuán triste, cuán horrible es leer la historia de todas aquellas luchas y cismas con sus desastrosas consecuencias! ¡Qué vergüenza, que la historia de la religión de Cristo, la religión de la caridad, por culpa de los teólogos haya tenido y tenga más contiendas sangrientas que cualquier estado mundial! Y ¡qué vergüenza para los predicadores de la religión de la caridad, pelearse durante todos los siglos, condenándose al infierno los unos a los otros, sacrificando tantas víctimas inocentes, dando así a todo el mundo, en lugar del ejemplo de la caridad, una muestra verdaderamente vergonzosa de odio y de brutalidad y tener ellos mismos y ellos solas la imperdonable culpa de haber destruido la caridad enseñada por Cristo como fundamento de la religión!

Si los teólogos se hubiesen contentado con enseñar únicamente la doctrina de Cristo, el crucificado, como lo hizo San Pablo (1. Cor. 2. 2) y no hubiesen atribuido al Maestro sus opiniones personales, que no tienen nada que ver con las enseñanzas de su religión, si hubiesen restringido la lucha teológica entre ellos mismos, pero también así, nunca olvidando el gran mandamiento de la caridad, Cristo habría conquistado todo el mundo.

Pero ha sucedido todo lo contrario; los pueblos cristianos que debían ser los portavoces del amor de Dios y dar a todo el mundo el ejemplo de la caridad cristiana, parecían desde un principio tener más odio que los mismos paganos. Pues si no ¿qué significan todas aquellas persecuciones y todas aquellas buenas de la época cristiana entre pueblos cristianos? ¿No demuestran claramente la falta de amor y de caridad? Y todo eso no porque los predicadores del evangelio no habían entendido la ley fundamental de la religión cristiana, sino porque no predicaban esta ley con la rigurosidad inquebrantable que se exigía. Y así fue posible que la caridad desapareciera en les pueblos cristianos y la historia de ellos fuera una historia de guerras como si no hubieran sido cristianos.

Pero esta falta de amor, este odio, se mostró también en el sena de cada uno de los pueblos cristianos. ¿quién en primer lugar tenía la obligación de calmar las diferencias entre las distintas clases, hablando claro: entre la gente rica y los pobres, sino la Iglesia, sino los predicadores, y los teólogos? ¿Cómo cumplieron con este deber? ¿No es una vergüenza ver que en toda la historia los obispos y las papas, siendo

ellos mismos inmensamente ricos se pusieron del lado de los ricos y de los príncipes en contra del pueblo, fomentando así la lucha social que caracteriza la historia de cada pueblo, que ha producid tantas revoluciones sangrientas, y que hoy todavía constituye el problema más serio del mundo? Habría sido facilísimo, resolver este problema en base de la ley cristiana. Pero los representantes de Cristo se fijaban en sus propios intereses que estaban tan relacionados con los ricas y los grandes, y así no encontraban el coraje de decir la verdad y de exigir el estricto cumplimiento de la ley de caridad.

Hasta qué punto llegó la corrupción religiosa a raíz de la falta de esa virtud cristiana entre los pueblos cristianos, se ha visto en las dos guerras mundiales. Estoy seguro que si los teólogos hubiesen llenado los ánimos y las almas de los cristinos con caridad en vez del odio que sembraron, las guerras habrían sido imposibles. Jamás los cristianos se habrían matado, no digo a millares, sino a millones, para satisfacer el deseo de algunas pocas bestias humanas, si la caridad de la Religión de Cristo hubiese estado radicada en los corazones coma debiera ser. Pero no es eso solamente lo que quiero poner de relieve en este momento, sino que la conducta de los teólogos durante las guerras mundiales ha sido el colmo de todo lo que se ha visto en la historia de la Iglesia. En lugar de condenar este derramamiento increíble de sangre y hacer lo posible para terminar una barbaridad semejante, estos representantes de la religión de la caridad tomaron la más visa parte en el asesinato común. Consagraron las armas, que son símbolos de barbarie. Hasta en las mismas iglesias estimularon los ánimos de los fieles a la guerra. Festejaron las victorias, que eran a la vez las desgracias de tantas y tantas madres de familia. Los cardenales fueron a los frentes para animar a los soldados a seguir matando a sus hermanos; y los obispos de los distintos países publicaron epístolas de las cuales habrían de avergonzarse[71]. Y fueron ellos, los ministros de Dios, tos que realizaron el llamado de los negros y los indios al campo de batalla para enseñarles a matar a sus hermanos de raza blanca, tal vez para mostrarles la gran caridad que reina entre los cristianos. Repito: eran los obispos católicos, los que propusieron y llevaron a la práctica esta idea diabólica[72]. Y así fueron traídos centenares de millares de negros e indios -paganos y cristianos- de las misiones de la Iglesia a la guerra europea. A su vuelta habrán hablado a sus compatriotas sobre la "gran confraternidad cristiana" de la cual habían sido testigos oculares.

Efectivamente, es un hecho inaudito que la gran mayoría de los representantes de la religión de Cristo tomó extraordinario interés por la

---

[71] En la iglesia de los primeros cristianos, el servicio militar estaba prohibido. Tertulian escribe en el tercer siglo que: "El Señor, al desarmar a Pedro, ha desarmado a todos los soldados" (Inst. 6,20). La tradición apostólica, uno de los documentos más antiguos del cristianismo, prohíbe a los cristianos dejarse contratar de soldados y prescribe que los que sean destinados al servicio militar, deben abstenerse de matar bajo pena de excomunicación. La misma Iglesia declaró santo y mártir al conscripto Maximiliano, quien delante del Procónsul Dionisio declaró: "Yo no puedo prestar servicio, porque no puedo hacer mal", y prefirió la muerte antes de matar.
Esto cambió tan pronto que la Iglesia se había aliado al emperador Constantino. Pues el Concilio de Arles (en 314) definió: "Respecto a los que tiran sus armas... ha sido decidido: que serán excluidos de la comunión".

[72] Varios de ellos, en mérito de esta su actividad durante la guerra, fueron condecorados por su gobierno.

guerra y no supo ni imposibilitar ni terminar esta vergüenza de la humanidad sino fomentarla. Se han mostrado, pues, los teólogos de hoy dignos de sus padres (Mat. 23, 31) y ya no cabe duda que si la religión de Cristo ha muerto, los mismos teólogos la han muerto, "los representantes de Cristo y los sucesores de los apóstoles".

Pero lo más extraordinario ha sucedido en esta segunda guerra mundial.

Instigados por verdaderas bestias apocalípticas, quienes hicieran la suya desde los entretelones de la "alta política", las pueblos cristianos obcecados por un odio y un furor infernales, se unieron al enemigo máximo de la Cristiandad, al verdadero Anticristo de nuestros tiempos, contra sus propios hermanos en Cristo, ofreciendo así un espectáculo que la posteridad ha de avergonzarse de sus antepasados.

Y a esta alianza se unió abierta y secretamente la Iglesia cristiana, en especial el Vaticano, llegando todo un cardenal a designar a esa alianza de "Cruzada".

Pero ya la historia con su justicia inmanente y por lo mismo inexorable se ha encargado de ajusticiar a los culpables.

Hoy el comunismo, robustecido y llevado a la cumbre de su poderío por los propios cristianos, constituye el peligro máximo y mortal para ellos mismos y todo el mundo que se titula de "libre".

No quiero terminar este capítulo sin llamar la atención sobre otra clase de falta de caridad dentro de la Iglesia misma.

Me refiero a la falta de caridad entre los mismos sacerdotes, monjes y máxime las monjas, cuya falta, siempre ha llamado mi atención, en mis días de sacerdote.

En cuanto a los primeros puedo decir que mi educación en varios colegios me ha dado oportunidad para conocer a fondo la vida que llevan, y puedo asegurar que la nota sobresaliente en la vida de los monjes es la falta de caridad. Intrigas y enemistades por doquier, hasta en las cosas más insignificantes de la vida diaria, y en las más importantes para la religión. Y esto se llama ser monje, un padre, un servidor de Dios, un representante de Cristo. Es cierto que la vida común trae muchos peligros en este sentido. Pero ¿por qué entonces una vida común, si esta vida destruye la caridad? Y ¿por qué poner en lugar de la caridad el celibato como la cosa más importante e inventar "tradiciones" para destruir los mandamientos de Dios? (Mat. 15, 6). Y, además, que los rencores no son ajenos al "alto" clero, se ha comprobado en diversas oportunidades.

Mucho peor todavía está el asunto de la caridad en los conventos de las monjas. Gracias a Dios que nunca he aconsejado a ninguna mujer que se haga monja, a pesar de que muchas pidieron mi consejo. La falta completa de caridad en esos infiernos de odios y picardías, no me animó. Tengo cartas que son una prueba viva de mis manifestaciones. Me limito a transcribir aquí las palabras de una joven hermana en Buenos Aires, que me dirigió pocos días antes de su muerte en su última confesión: "Padre, me dijo, yo soy de una familia verdaderamente piadosa. En casa todos éramos un solo corazón y una sola alma. Entré en el convento para servir enteramente a Dios. Pero si hubiese sabido cuánto odio y cuánta

maldad hay en un convento, se lo juro, Padre, delante de Dios, quien pronto me llamará: ¡jamás habría entrado en uno de ellos!"

Relato estas palabras de la hermana, porque son efectivamente un cuadro fiel de lo que he observado en casi todos los conventos de monjas que he conocido.

Estoy convencido de que gran parte de mis lectores pueden completar mi exposición y comprobarla a la vez con un sinnúmero de testimonios.

El resumen de este capítulo es bastante triste: triste en primer término para los teólogos. Efectivamente ¿puede haber mayor acusación cuales la de haber destruido la ley fundamental de la religión de Cristo que ellos mismos pretendían representar? ¿No han destruido así la misma religión de Cristo, que es la caridad, de tal manera que ya no existe en el mundo cristiano? Pues estos "representantes de Cristo" no han hecho nada más durante casi dos mil años, que robar al mundo la religión de Cristo, en vez de propagarla. Han desacreditado la religión por su conducta tan anticristiana, y una vez destruida la base de la religión de Cristo, ésta perdió todo su valor y la degeneración entró, como veremos en el capítulo siguiente.

Pero mucho más triste todavía es el resumen de este capítulo para la religión cristiana. Como ya se ha dicho: la base y la misma naturaleza de la religión de Cristo es la ley de la caridad. Esta ley no se ha cumplido. Los pueblos cristianos en su totalidad carecen de sello de la caridad. La historia lo comprueba en cada una de sus páginas. Las luchas religiosas, la guerra entre pueblos cristianos, y las luchas sociales, no dejan ya lugar a ninguna duda: La religión de Cristo ha fracasado. Y lo repito: por culpa de los teólogos. ¿Qué tiene de particular, pues, si la religión de Cristo ha perdido hoy día todo interés? ¿Es de extrañar que la gran mayoría de los pueblos cristianos, dándose cuenta de este fracaso, no solamente sean indiferentes, sino que estén descontentos y busquen otra resolución a la crisis moral? ¿Y los pueblos paganos? Reproduzco tan sólo las palabras de Rabindranath Tagore, que publicó el 27 de diciembre de 1925, en "La Nación" (Buenos Aires), parte de cuyo texto reza así:

"Por una ironía del destino, los que se llaman a sí mismos discípulos de Cristo han sido los que más han pesado, creando divisiones de raza y levantando entre unos pueblos y otros amurallas de exclusión y vanidad. Han cultivado deliberadamente el espíritu de desdén y de odio en presencia de todos aquellos a quienes consideran diferentes. En verdad han hecho uso de la misma religión del amor, con toda su grandeza, para abandonarse a los excesos de su orgullo sectario que les cierra la vía del amor hacia los que tienen religión distinta de la suya.

"No hay castigo suficientemente severo para los que insultan a sabiendas su propio ideal. Si nunca hubiesen tenido un ideal ni hubiesen vivido según sus postulados, habría sido menos repugnante adoptar una norma inferior de vida en busca de su propio engrandecimiento. Pero reconocer la verdad y traicionarla es el pecado más abominable que podamos imaginar. Tina, traición como ésta no tiene excusa. Por su causa nos parece como si el mundo cristiano viviese bajo la amenaza de una calamidad que puede ser el principio de su destrucción, a causa del enorme peso de la falsedad y de traición a la verdad que ha estado

cargando con orgullo y como en son de desafío. Ha aceptado la ley de la materia para obtener el dominio por medio de la fuerza, pero rechaza la responsabilidad del espíritu para lograr la perfección de la vida".

Capitulo segundo

La transformación de la religión en simbolismo

"Yo no os conozco". (Mat. 7, 23)

No cabe la menor duda de que el Señor era un enemigo declarado de toda forma de simbolismo en la religión. Una de las razones principales de su enemistad con los Fariseos, Saduceos y Legisperitos, era el simbolismo en que estos teólogos habían transformado la religión del Viejo Testamento.

Efectivamente, los teólogos judíos habían inventado un sin número de símbolos y ejercicios de piedad, de oraciones, lavados, vigilias, ayunos y otras tradiciones sumamente ridículas, haciendo creer a los fieles que en el cumplimiento de estos preceptos estaría la salvación y la justificación delante de Dios. Hasta permitían violar los mismos mandamientos del Señor para poder cumplir con los preceptos humanos. Así p. e. podía un hijo quitar a sus padres el sustento, si lo entregaba al templo (Marc. 7, 9; Mat. 15, 5).

Cuántas veces rechazó y reprochó Cristo este simbolismo diciendo que ni los lavados ni las oraciones y ayunos públicos justificaban al hombre. Ni él mismo observó aquellas "tradiciones" (Luc. 11, 37; 6, 8; 13, 14 y 14, 5), ni dejó observarlas por los apóstoles (Mat. 15, 2). En varias oportunidades aseguró que la violación de las tradiciones, p. ej. la referente al ayuno, no sería pecado (Mat. 15, 12-17) y muchísimas veces condenó a los Fariseos, Seduceos y Legisperitos, porque con aquellas tradiciones habían degenerado la religión, imponiendo por una parte una carga insoportable a los fieles (Mat. 23, 4), y por otra haciendo buscar la salvación en el cumplimiento de estas tradiciones, en lugar de cumplir con los mandamientos de Dios (Mat. 15, 5; 23, 1-36; Luc. 11, 38). Y el efecto de aquella transformación de la religión en simbolismo lo formuló Jesús en su juicio sobre la religiosidad de aquel tiempo, tan lleno de teólogos y prácticas piadosas, aplicando las pocas pero muy exactas palabras del profeta Isaías: "Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está muy lejos de mí" (Mat. 15, 8).

Cristo rechazó, pues, aquella religiosidad de tradiciones, porque era superficial y pesada a la vez. Por eso las anuló todas, imponiendo en su doctrina, como acabamos de ver en el capítulo anterior, tan sólo el mandamiento de amor a Dios y al prójimo. "Haciendo esto serás salvado". (Luc. 10, 28). ¡Cuán sencillísima es esta religión! Con razón dijo Jesús: "Venid a mí todos cuantos estáis cargados y agobiados (por las tradiciones) y yo os aliviaré. Imponeos mi yugo y haceos mis alumnos, porque yo soy un maestro suave y humilde de corazón, y encontraréis tranquilidad para vuestras almas, porque mi yugo es dulce y mi carga,

suave" (Mat. 11, 30). Se ve, pues, que el Señor – según la Biblia – quiso una religión y una religiosidad verdadera e interna que no tenía nada que ver con aquella infinidad de símbolos y ejercicios religiosos, los que por un lado representan una carga insoportable, y por otro, según el juicio del mismo Señor, no tienen ningún valor para la salvación, más bien son un peligro muy grande, porque destruyen la religiosidad interna, haciéndola externa.

Y ahora ¿qué han hecho los teólogos? Por falta de concepto de la religión de Cristo, y a pesar de todo lo que dice la Sagrada Escritura, hicieron revivir aquellas tradiciones. Claro es que no son exactamente las mismas tradiciones judaicas; son más finas, bautizadas para llamarlas así, pero también mucho más peligrosa y condenables.

En primer término inventaron una infinidad de tradiciones en todas las secciones de la teología: en la Moral, en la Dogmática, en la Liturgia, en la Exégesis. En la Moral crearon innumerables obligaciones que no se encuentran de ninguna manera en los preceptos de Dios, pera sí pertenecen a los rechazados par Cristo. En la Dogmática establecieron una verdadera retahíla de "verdades teológicas", "verdades católicas", "verdades teológicamente ciertas", etc. etc., que representan un insulso a la sencilla religión de Cristo, y, sin embargo, hay que creerlas sin ninguna excepción. En la Liturgia crearon una inmejorable copia de todos aquellas lavados, símbolos y preceptos ridículos que el Señor tantas veces reprochó. Y en la Exégesis llegaron hasta explicar cada frase de la Biblia de siete distintas maneras, coma lo hizo el famoso Santo Tomás de Aquino. Lo peor es que los teólogos del Nuevo Testamento obligaron a los fieles a observar las nuevas "tradiciones" estrictamente y en la mayoría de los casos bajo pecado mortal, de manera que crearon cada vez más (no exagero de ninguna manera) pecados mortales, de los cuales, según los teólogos, cada uno basta para condenar al hombre que lo cometa al infierno. Y esto los teólogos lo predican en cada púlpito y amenazan a todos los fieles con el infierno eterno a quien una sola vez viole aquellas tradiciones. Y como el infierno, según las mismos teólogos, es lo más terrible que hay, los fieles, que toman la cosa en serio -y de éstos hay todavía muchos millones -se consumen en evitar aquellos "pecados mortales". Lo sé por las confesiones que aquel esfuerzo para evitar los "pecados graves", por una parte, y la imposibilidad de evitarlos par otra, es la causa de los más terribles sufrimientos de almas conscientes. Así la religión, para innumerables fieles, ya no es un yugo suave, un anuncio jubiloso, sino una carga insoportable, un verdadero infierno, y esto durante toda la vida.

Y mientras tanto los teólogos, en lugar de aliviar a los pobres su "felicidad" de pertenecer a la "Iglesia verdadera", la agravan todavía más con su doctrina sobre el destino eterno de los hombres. Sería largo explicar la horrenda teoría "científica" de los teólogos, según la cual Dios prevé y determina el destino de cada hombre, el cual es inalterable, haga el hombre lo que quiera; o explicar la teoría diabólica de la gracia suficiente. El producto de tal doctrina lo tenemos en los sermones de los sacerdotes y especialmente de los misioneros sobre el escaso número de los escogidos al Cielo. Mientras un San Pablo no se cansa en asegurar que todos los cristianos por supuesto son escogidos y naturalmente

destinados al Cielo (1. Tes. 3, 13: 4, 16 2. Tes. 1 7; Col. 1, 4; 1. Cor. 1, 2, 8. Rom. 8, 17-18) exceptuando tan sólo a los criminales de profesión y los que no cumplen con la ley de la caridad, los teólogos ayo dejan de asustar a los fieles, asegurando todo lo contrario, que la salvación es una cosa sumamente difícil, que se precisa una dote especial de Dios, el gran don de la perseverancia, paró no ser condenado, que uno nunca tiene seguridad, de si se salvar o no, que con toda seguridad la gran mayoría de los cristiano perderán la eterna beatitud (Massillon). ¿Puede haber una doctrina más anticristiana? Y así los teólogos ponen al revés toda la enseñanza bíblica y apostólica. Pero no solamente esto, sino que ponen en ridículo toda la obra de redención de Cristo que con tal doctrina pierde totalmente su valor y eficacia y por otra parte desaniman los ánimos de los fieles.

¡Y por fin aquellas maldiciones contra los pecadores, pronunciadas tan repetidas veces y en todas las formas desde los púlpitos de las iglesias! Cuán distinta era la conducta del señor, quien no solamente creó sus mejores y más conmovedoras parábolas en favor de los pecadores, sino que se dedicó enteramente en su busca, conversando y comiendo con ellos y prometiendo a pecadores y a mujeres licenciosas la entrada al reino del Cielo antes que a los fariseos (Mat. 21, 31). Efectivamente, sacando el resumen de todo esto, los teólogos no tienen nada de común ni con la conducta, ni con la doctrina del Señor, a quien pretenden representar, porque han convertido el yugo suave del Señor en una carga insoportable. Su "anuncio jubiloso" es un anuncio lleno de horrores y la religión de Cristo, el "Reino del Cielo", es un verdadero infierno, tal como la presentan.

Hasta ahora quise demostrar que los teólogos por sus "tradiciones" han puesto una carga tremenda en el alma de los fieles, con obligaciones injustificadas y complicaciones repugnantes; ahora voy a comprobar cómo los mismos teólogos, inventando sus propias tradiciones, destruyen los medios de salvación dados por Cristo, poniendo en su lugar un sinnúmero de medios enteramente ineficaces. También aquí se manifestaron[73] dignos hijos de sus padres del Viejo Testamento. Comencemos por la destrucción de los medios de salvación de Cristo. Tenemos aquí en primer término el bautismo. El bautismo original significaba la conversión entera del judío o pagano a Dios y la expresión de su voluntad de agregarse a la religión de Cristo. Por eso el bautismo fue dispensado tan sólo a hombres adultos y después de una larga preparación y enseñanza, en la doctrina cristiana. Y este acto tan altamente impresionante, los teólogos lo convirtieron en un simbolismo extremadamente insignificante, inventando el bautismo de bebés que se realiza sin perdón de pecados, sin conversión a Dios, sin declaración solemne de agregarse a la Iglesia. - Otro ejemplo es la confesión. Cuando en los tiempos de los apóstoles un cristiano había cometido un crimen muy grande como aquel corintio incestuoso (1. Cor. 6, 1-11), entonces fue separado de la participación del culto divino y recién cuando hubo manifestado su arrepentimiento, la comunidad cristiana le perdonó el

---

[73]Aquí termina la Pag 202

pecado, vale decir: lo recibió nuevamente en su seno (2. Cor. 2, 10). Era, pues, un acto sumamente solemne y se trataba de una conversión verdadera. Los teólogos, en cambio, tratando a todos los fieles como pecadores públicos y criminales, e inventando la locura de la confesión mensual, semanal y hasta diaria, convirtieron esa confesión en una verdadera máquina de absoluciones, con el efecto de que en la confesión de hoy ya no hay ni conversión, ni corrección, y en la mayoría de los casos ni siquiera un verdadero arrepentimiento, o a lo sumo un arrepentimiento artificial. – Pasemos a la Cena del Señor, que él ha instituido para dar a los fieles su cuerpo y su sangre. Hoy tenemos en lugar de aquella Cena, la misa. No hay duda que los teólogos dan mucha importancia a la misa y decir que la cultivan tanto, porque la misa. significa, además de la representación de la Cena del Señor, el ingreso económico principal de los sacerdotes, es afirmar la verdad. Que la misa es el recurso esencial de ellos, es verdad; pero que también es la representación de la Cena del Señor, es falso. En el capítulo sobre la misa he demostrado la entera descomposición de la Cena del Señor en el sacrificio de la misa, y que ésta es sélo un simbolismo, cuyo valor religioso es nulo. Cuantas veces he oído decir que la misa solemne, es un verdadero teatro con todos los requisitos de la escena y que los frailes parecen ser unos bailarines religiosos porque han aprendido durante mucho tiempo y por muchos ejercicios antes de la ordenación, cada movimiento de la mano, de la cabeza, de los pies y de todo el cuerpo, exactamente como lo aprenden los bailarines. Y así es todo el culto de la Iglesia Romana, que ha adoptado todas las reglas teatrales, hasta las de vestirse de Obispo en las "funciones de gala" con la mayor solemnidad y delante de todo el pueblo con sus trajes de personajes en escena.

Pero los teólogos no se contentaron con hacer ineficaces y ridículos los más sagrados medios de salvación del Señor, sino que inventaron, correspondiendo a la multitud de los "pecados mortales", un sinnúmero de remedios para nuestra salvación tan ridículos, que tengo vergüenza de ocuparme mayormente de elles. Basta recordar el solo nombre de aquellos ejercicios "religiosos", como ser indulgencias, Cofradías, Escapularios, Novenas, etc., etc. Y además, tendría que decir algo sobre el inmenso tráfico hecho con las reliquias y su compra y venta[74]. Tendría

---

[74] Max Kemmerich en su libro "Kulturkuriosa" (Cosas curiosas de la cultura) demuestra entre otras cosas que hay muchísimas reliquias en diferentes condiciones y de un mismo santo. Así p. e.: de San Andrés existen cinco cuerpos, seis cabezas, diecisiete brazos, piernas y manos. Si todas las reliquias de la Santa Cruz se juntaran tendríamos una verdadera selva de cruces.

Otra "pía fraus" (fraude piadoso) es aquel famoso sudario de Verónica, en el cual, según la leyenda, Jesús en la Vía Crucis imprimió su cara, llena de llagas, y coronada de espinas. El, facsímil de este sudario fué vendido en un sinnúmero de millones de ejemplares provistos con la firma y el sello del Vaticano, como garantía de su autenticidad. Sabemos que el Vaticano dice que su firma y sello garantizan tan sólo la autenticidad de la copia, pero no la autenticidad del original de la copia. Sin embargo, la gente sencilla no distingue esto, sino cree que el sello y la firma garantizan la legitimidad del original. Y así sucedió también con el sudario, por el cual en Alemania, p, e., se pagaban 10 marcos oro por cada uno, y casi no había casa católica, que no hubiera comprado esta efigie, hacia la cual yo mismo tenía una gran devoción. Pero ¡cuál no ha sido mi decepción, al saber que el original en el Vaticano, es un simple lienzo con un cuadro de papel superpuesto, ambos de origen desconocido.

Igual cosa hay que decir de la Santa Casa de Loreto, de la cual se asegura que era la habitación de Jesús en Nazaret, y que por ángeles, según la iglesia, ha sido llevada sobre mar a Loreto en Italia, siendo durante muchos siglos el objeto predilecto de innumerables peregrinaciones. La verdad es que dicha casa se ha hecho con el barro de Loreto, con el objeto de aprovecharse de la ingenuidad

que ilustrar aquellas "piadosas" procesiones a los santuarios y los ingresos de éstos; tendría que agregar algo sobre el espléndido negocio que se hace en el mundo entero con objetos religiosos y, en especial, cómo los conventos saben explotar así la credulidad de los fieles.

Todo esto sería una inmensa prueba de la superficialidad religiosa de la Iglesia Romana, sería una sola acusación contra la degeneración de la religión de Cristo causada sistemáticamente por los teólogos.

Sacando el resumen de este capítulo, ¿qué engaño más grande puede haber que el que acabamos de describir? ¿Qué pena puede ser suficiente para castigar la adulteración y degeneración de la religión de Cristo? ¿No serían los teólogos sobre quienes caerán las palabras de Cristo: "Muchos me dirán en aquel día del quicio Final: ¡Señor, Señor! ¿No hemos expulsado a los demonios en tu nombre y efectuado muchos milagros? Y entonces les contestaré: yo no os conozco" (Mat. 7, 22).

Capitulo tercero

La avaricia en la Iglesia

"Les prohibió llevar algo consigo, ni una bolsa ni pan ni dinero en el cinturón.
Sandalias podían llevar, pero no tener dos sacos. - (Marc. 6, 8).

La vida del Señor -según la Biblia- ha sido un ejemplo de la mayor pobreza intencionada. Según la Sagrada Escritura había venido del Cielo, estando en su poder elegir las circunstancias del ambiente que había de rodearle. Pero no ha nacido en una casa riquísima y no de padres de fortuna, sino que nació en circunstancias que nadie podrá envidiarle. Y así pobre como era, transcurrió su vida sin fortuna de ninguna clase. La oferta del diablo que quiso entregarle todas las riquezas del mundo, fue por él rechazada (Luc. 4, 7). Hubiese sido facilísimo para 21, conseguir

---

religiosa de la gente.
Notable es también aquella famosa sangre del obispo y mártir Genaro. Dicha sangre se guarda en dos frasquitos en Nápoles, y cada año, al exhibir esta reliquia, se mueve "milagrosamente" como si estuviese viva. El sacerdote católico Isenkrahe, uno de los más notables filósofos y físicos modernos de Alemania, hizo en 1910 -si mal no recuerdo- un prolijo examen científico de este fenómeno. El resultado de su estudio lo publicó en un libro, demostrando hasta la evidencia, que aquel "milagro" es el efecto natural de los sacudimientos violentos, a los cuales se somete la sangre antes y durante su exhibición, influyendo además algunas circunstancias especiales de la conservación de líquidos en frascos herméticamente cerrados.
La serie de semejantes fraudes religiosos podría multiplicarse fácilmente un sinnúmero de veces. Pero los casos citados ya, bastan para demostrar, que la Iglesia y sus representantes, que se han valido de semejantes medios, y hoy todavía se valen de ellos, a pesar de que la ciencia ya ha dictado su veredicto, no tienen ningún derecho a quejarse siquiera, si se los califica de farsantes, por emplear vulgares engaños para su lucro.

todo cuanto hubiese querido en virtud de su gran poder y de los milagros, que efectuó, pero no quiso. Por el contrario, vivió sin saber dónde poner su cabeza: "Los zorros tienen sus cuevas y los pájaros sus nidos, pero el Hijo del Hombre no tiene dónde poner su cabeza" (Luc. 9, 58). Durante todo el tiempo de su enseñanza pública vivió de limosnas sin aceptar ninguna clase de regalos de valor, ni en favor propio, ni en favor de su religión.

La misma pobreza exigió de sus apóstoles. Su palabra: "No podéis servir a Dios y al Mammón" (dinero, Mat. 6, 24) era dirigida en primer término a ellos. Cuando mandó a sus apóstoles por primera vez a predicar solos el Evangelio en los pueblos que iba a visitar, les dijo: "No llevéis ni oro ni plata ni metal alguno en vuestros cinturones, tampoco una maleta, ni dos trajes, ni cestos, ni calzados, ni bastón. Cuando os quedéis en una casa, comed y bebed lo que os darán, porque el obrero merece su sueldo. Curad a los enfermos, despertad a los muertos, sanad a los leprosos y expulsad a los demonios. Gratis habéis recibido tal poder, gratis ejercitadlo" (Mat. 10, 9; Luc. 10, 4).

La misma pobreza se encuentra en la Iglesia apostólica, como lo atestigua p. ej. : el apóstol San Pablo (1. Cor. 9, 6. Phil. 4, 10). Los apóstoles vivieron de la limosna de los fieles pero cuidándose de recibir más de lo que necesitaban para su vida diaria. San Pablo en varias oportunidades se jacta de no haber aceptado ningún dinero de nadie, ganándose él mismo la vida con el trabajo de sus manos. "Día y noche nosotros (Pablo, Silvano y Timoteo) hemos trabajado, para no dar molestia a ninguno de vosotros" (1 Tes. 2, 9). "Cuando yo estaba con vosotros y sufrí carencia, no he molestado a nadie. Me he cuidado de molestar a vosotros" (2. Cord. 11, 9). "Únicamente cuando predico gratis el evangelio tengo derecho a mérito" (1. Cor. 9, 17). Bajo ningún concepto los apóstoles reunieron plata o tesoros, porque el Señor con la mayor claridad lo había prohibido: "No amontonéis tesoros en este mundo donde la polilla y el herrumbre los destruyen y donde los ladrones pueden robarlo Amontonad más bien tesoros en el Cielo donde ni la polilla ni el herrumbre los destruyen, ni los ladrones los roban (Mat. 6, 19).

Ahora bien: los representantes de Cristo y los sucesores de los apóstoles que debieron seguir la vida de aquellos y dar al mundo entero el mismo ejemplo de pobreza y de todos los sufrimientos que la acompañan parecen tener una idea muy distinta sobre este asunto. También ellos pretenden ser pobres, pero esta falsedad es tanto más reprochable, cuanto más quieran esconder su riqueza y cuanto más será demostrada la doble contabilidad que ejercen estos "pobres". Pues ¿cuál es la verdad de las cosas? Nadie puede negar que la Iglesia Romana ha reunido tantos tesoros como ninguna otra institución religiosa o profana del mundo. Tan sólo las riquezas del Vaticano, sus alhajas, su oro, plata y objetos de valor bastarían para cubrir todas las deudas de las guerras mundiales con lo que demuestran a las claras un espíritu absolutamente contrario a los mandamientos del Señor y de los apóstoles. ¿Dónde está, pues, aquel famoso desprecio del mundo, del que tanto alarde hacen? Palabras para enceguecer a los fieles. Hay que leer la historia para darse cuenta de cuántas riquezas se han apoderado estos representantes de Cristo y sucesores de los apóstoles. Hay que ver el lujo en que viven

todavía: los trajes preciosos de los obispos y del Papa, las entradas inauditas y bien aseguradas de la gran mayoría de ellos[75], los coches, automóviles, los latifundios, los depósitos en los bancos, las acciones y hasta las viñas y las minas de carbón que poseen. ¿No es eso un verdadero insulto a la pobreza del Señor y a los apóstoles? ¿Y los monjes y las monjas, que se han obligado por un voto especial a la pobreza? Hágase mostrar las listas de donaciones "piadosas" de terrenos[76], casas, viñas, etc., que les pertenecen y se verá que son unos verdaderos coleccionistas especialmente de aquellos tesoros que el Señor ha prohibido a los suyos. Y todos estos padres se han obligado delante de Dios y con la mayor solemnidad posible a la pobreza eterna. Cuán ridículo es obligarse a ello, asegurándose antes que nada, de una buena existencia e ignorar lo que significa la lucha diaria para ganarse el sustento. Es cierto que los monjes nunca se preguntan: "¿Qué comeremos y qué beberemos y con qué nos vestiremos mañana?" (Mat. 6, 31); pero es debido a que ellos ya tienen todo para mañana y hasta para toda la vida y no porque no lo posean.

Dicen los monjes y sacerdotes que sus tesoros se emplean "únicamente" para la Iglesia y en honor de Dios. Esto no es cierto por varias razones. Primero esto de "únicamente" es una falsedad. Toda la historia universal, desde hace quince siglos hasta hoy, comprueba a las claras el lujo de los Papas y de los obispos. En efecto, la vida de aquellas señores ha sido siempre y es todavía una vida regia, que no conoce la miseria. Segundo, no hay que negar que una parte de las riquezas de la Iglesia se emplean en favor de la misma, pero no agregan los sacerdotes: en honor de Dios. Cristo ha rechazado para sí como para los apóstoles y su Iglesia toda clase de riquezas. La conducta de los Papas, obispos, monjes y curas está por lo tanto en abierta contradicción con la voluntad del Señor. Si ellos quieren convertir al mundo, que no lo traten de hacer con oro y plata porque el mundo no se convierte así. Háganlo de la misma manera que lo hizo el Señor y sus apóstoles, llevando la misma vida y pasando por la misma pobreza que ellos, pero no acumulando tesoros hasta hundirse en brillantes y vestirse a cada rato y para cada oficio divino en oro, plata y vestidos preciosísimos. "¡Guay de vosotros los legisperitos y fariseos, hipócritas! Os tragáis las casas de las viudas por decir oraciones largas. Por eso también tendréis un juicio muy severo" (Mat. 23, 14).

Efectivamente, la resolución del Señor – según la Biblia – de obligar a sus apóstoles y a la Iglesia a una pobreza verdadera estaba bien pensada. Se fundaba en primer lugar en que él conocía los peligros gravísimos de la riqueza, que siempre trae consigo una infinidad de abusos, los cuales de por sí conducen a la degeneración de la religión. Otro peligro es la explotación de la gente sin juicio, que he insinuado solamente. El tercer peligro es el negocio mundial que se ha hecho con la religión de Cristo. No me refiero aquí a los grandes abusos que se

---

[75] Mientras escribo esto, llega de Roma la noticia que ha muerto el cardenal y multimillonario C. Tenía solamente la pequeñez de doce millones de liras. ¡Qué pobreza! ¿Cuándo seré yo Cardenal?

[76] Al mismo tiempo leo en un diario alemán que una de las más grandes y más hermosas estancias de la Alta Silesia fué regalada por su propietaria a los padres de Mariannhill. El cardenal Bertran de Breslau "se dignó" aceptar el regalito. Huelga comentario.

cometieron con las indulgencias, con la venta de reliquias, objetos religiosos, con el óbolo de San Pedro, etc. No hay necesidad de correr tan lejos. Váyase a la próxima iglesia y hágase mostrar el arancel que hay en todas las sacristías y se tendrá la ilustración perfecta de la palabra de Cristo: "Gratis recibisteis, gratis dad". Este arancel le dirá con toda exactitud, cuánto el sacerdote cobra por cualquier función religiosa, y le dirá además, que si alguien es un menesteroso y no puede pagar, entonces no podrá exigir una misa solemne con unas cuantas velas, con estos y aquellos adornos, con tres y más sacerdotes en el altar y con orquesta, etc. Le dirá este arancel que una misa a las diez de la mañana cuesta mucho más que una misa a las siete. Además le dirá el arancel que toda función religiosa por insignificante que sea, se vende por dinero en fiel cumplimiento de las palabras de Cristo: "Gratis recibisteis, gratis dad" (gratuitamente habéis recibido, gratuitamente dad).

Otro ejemplo de semejante especulación representa el año santo. Sin duda, el año santo de 1933 ó de 1950 no es más santo que cualquier otro año. Antes se celebraba el año santo en Rozna solo al comienzo de cada nuevo siglo, pero los Papas, luego de haber experimentado que esta celebración representaba un negocio enorme y que, por otra parte, los siglos eran demasiado largos, resolvieron proclamar la celebración cada cincuenta años y más tarde cada 25 años; invitando a toda la cristiandad a ir a Roma para ganarse algunas indulgencias. Claro está que a Roma van casi únicamente gente pudiente, gente que, impresionada por el aspecto del representante de Cristo y del inmenso espectáculo que se le ofrece con el sinnúmero de cardenales, obispos y sacerdotes, envueltos todos en seda, oro y plata, celebrando las fiestas religiosas, fácilmente abre no sólo sus corazones, sino también sus bolsillos, tan cerrados en otros momentos. Además cada peregrinación se esfuerza en llevar un regalo regio como corresponde al representante de Cristo. Así, por ejemplo, el día 8 de noviembre de 1925 publicaron los diarios que un obispo español, que acompañaba a sus fieles a Roma, entregó al Papa un sobre con 150 billetes de mil libras esterlinas cada uno. Un yanqui regaló al Papa la pequeñez de 15 millones de dólares. Yo quisiera saber el belenes del Vaticano al fin del año "santo". Y esto se llama imitar y representar la pobreza de Cristo.

Tal vez me diría alguien que gran parte del dinero se emplea en la beneficencia. Ya lo sé; los diarios lo publican comunicándolo a todo el mundo. Pues los Fariseos anunciaron sus obras de beneficencia por intermedio de trompetas que les precedían. Así el Santo Padre alarma al mundo entero por intermedio de la prensa, cumpliendo lee palabras de Cristo: "Si haces el bien, tu mano izquierda no sepa lo que hace tu derecha" (Mat. 6, 8). Sin embargo, puede ser que estas obras "buenas", las cuales ya han perdido su valor delante de Dios (Mat. 6, 1), produzcan una buena impresión en las almas piadosas, pero diez veces mayor serla el escándalo que se produciría si se publicasen todas las entradas, no sólo del Vaticano, en el año unto, sino de todas las iglesias y conventos católicos, y si el mundo llegara a saber el verdadero monto de la riqueza de la Iglesia Católica.

Y ahora dígase, si esta acumulación de riquezas se halla conforme con los preceptos de Cristo. ¿No daría el Santo Padre una prueba

verdadera de su representación de Cristo, si renunciase a todo el lujo, de que está rodeada, y a todo el aparato tan superfluo de tantos estadistas, cardenales, obispos, secretarios, sirvientes, guardias y otros; volviendo con todos sus clérigos a la sencillez apostólica, no recolectando ni brillantes, ni oro, ni plata, y empezando de nueva alió donde terminaron Cristo y sus apóstoles: predicando pobres, a los pobres el evangelio?

Si en cambio el mismo Santo Padre y sus obispos siguen acumulando tesoros, ¿quién entonces cumplirá con la voluntad de Cristo?

Si se puede hacer todo lo contrario de lo que exigió Cristo, ¿qué quedará finalmente de su doctrina?

Una última observación al respecto: ¿no saben los sacerdotes por qué la clase obrera se ha vuelto tan enemiga de la Iglesia? Es porque ve las riquezas de esta Iglesia y el lujo en que vive el alto clero. Es porque se da cuenta que tal Iglesia no sirve para ellos. Es porque ve que esta Iglesia es más bien una Iglesia de los ricos. Es porque reflexiona que una Iglesia que se ha vinculado tanto con la gente rica, no puede defender los intereses de los pobres; defenderá más bien los intereses de los pudientes en contra de los suyos. Si la Iglesia quiere probar lo Contrario, "que venda todo lo que tiene y lo dé a los pobres" (Luc. 18, 22).

Capítulo cuarto

La soberbia farisaica en la Iglesia

En este capítulo el lector verá otra fase del abandono de los principios de Cristo por parte de los teólogos.

Cristo – según la Biblia – a pesar de su dignidad y de sus poderes extraordinarios, no se hizo celebrar como el Mesías prometido, no buscaba el favor de la muchedumbre y ni siquiera permitía difundir el conocimiento de los milagros que efectuó (Mat. 9, 30; 12, 16).

Tampoco se hizo rodear de guardias de honor y de secretarios, etc., y no eligió sus apóstoles entre la gente de bien, sino entre gente sencillísima, casi sin ninguna clase de ilustración. Tenía un verdadero afán por todo lo que era humilde; conversó preferentemente con gente que era despreciada por todo el mundo: "los pecadores de pública notoriedad" (Mat. 9, 10); y aunque tan santo se mostró un verdadero protector de mujeres perdidas (Luc. 7, 36-50). Se humilló hasta lavar los pies de los apóstoles, servicio éste, que en aquel tiempo prestaban tan sólo los esclavos (Juan 13, 5). Para un cristiano no se encuentra en la historia del mundo un personaje más grande a la vez que más humilde que Cristo. Empezó en un establo y terminó en la cruz.

Pero la misma humildad y sencillez la exigió de sus apóstoles. La cosa no era tan fácil. A cada rato se peleaban sobre quién de ellos sería el primero en el reino que, según la opinión de ellos, Cristo iba a fundar: "Aquel de vosotros que quiera ser el más grande, debe ser el más humilde; y quien quiera ser el primero, debe ser el servidor de todos" (Mat. 20, 27; Luc. 22, 25). Una vez tomó a un niño y poniéndolo en medio

de los apóstoles, les dijo: "Si no llegaréis a ser como este niño, no podréis entrar en el reino de los Cielos" Mat. 18, 2). Y no les prometió a sus apóstoles una vida cómoda, sino persecuciones y sufrimientos y hasta la muerte por él: "Antes de nada os perseguirán a vosotros. A algunos de vosotros matarán y de todos seréis: aborrecidos" (Luc. 21, 12-17; Mat. 24, 9; Juan 16, 2). "Pues el alumno no es mayor que el maestro" (Mat. 10, 24). Delante de todo el pueblo, dijo a sus apóstoles: "Cuidaos de la conducta de los Fariseos, quienes quieren lucir trajes preciosos, ser saludados en las plazas públicas, ocupar los primeros asientos en los templos y en los banquetes" (Luc. 20, 46). "Con preferencia se dejan llamar: ¡Maestro, Maestro! Pero vosotros no os dejéis llamar maestro, porque uno solo es vuestro maestro y vosotros todos sois iguales. Tampoco llaméis a nadie: ¡Padre! porque uno solo es vuestro Padre, el que está en el cielo" (Mat. 23, 7). "Si habéis hecho todo lo que debíais hacer, decid: somos siervos inútiles" (Luc. 17, 10).

Conforme a las palabras de Cristo, la vida de los apóstoles fue – según la Biblia – una verdadera cadena de sufrimientos. Hay que leer en las cartas de San Pablo las inmensas penas y contrariedades que sufrieron tanto él como los demás apóstoles: "A cada momento nos mostramos verdaderos servidores de Dios, por toda clase de sufrimientos, por tristezas, por necesidades, por carencias, al sufrir suplicios y encarcelaciones; al soportar agitaciones y penas, al padecer hambres y vigilias" (2. Cor. 6, 4). Y este mismo apóstol no se cansa de asegurar: que él es el más indigno de los apóstoles (1. Cor. 15, 8, 9; 1. Tí-ni. 1, 13). No quiere que los corintios le den la preferencia a él, a Apolonio u otro apóstol, sino que el único de quien se jacten, sea Cristo: "¿Qué es Apolonio y qué es Pablo? Tan sólo servidores son, para traeros a la fe" (1. Cor. 3, 5). "Yo planté y Apolonio regó; pero Dios dio el crecimiento. Pues ni quien planta ni quien riega significan algo, sino Dios que da el crecimiento" (1. Cor. 3, 7). "No predicamos a nosotros, sino a Jesucristo como Señor" (2. Cor. 4, 5).

A este concepto que tenían los apóstoles de si mismo, corresponde su íntima relación con los cristianos. No se apartaron de ellos, no se segregaron en conventos y palacios, guardados por centinelas, sino que vivieron realmente con ellos, compartiendo los sufrimientos y necesidades de la vida, y tal vez soportando mucho más incomodidades y persecuciones, para dar a todos el ejemplo de una vida abnegada en Cristo. Este era su afán y su único orgullo.

Y ahora compárese con esta vida de Cristo y de sus apóstoles la pida de los representantes de Cristo y sucesores de los apóstoles. ¿No es como la vida de aquel rico en la Biblia y del pobre Lázaro? ¿Qué saben los Papas de las necesidades de la vida? Hay que ver los palacios en que viven y la rica instalación que tienen. Hay que ver los tronos que se hacen construir hasta en las iglesias y toda la pompa en que se envuelven. Hay que ver cómo se dejan besar las manos y aún los pies y llevarse la cola de diez metros de su traje oficial. Hay que ver todo el ceremonial bizantino, con que se rodean estos señores dentro y fuera ole la iglesia. ¿Coincide todo esto acaso con la conducta y las intenciones de Cristo y de sus apóstoles? ¿No es esto exactamente la repetición de lo que hicieron los Fariseos, y una repetición mucho mayor y peor? Ni un príncipe, ni los

mismos reyes y emperadores se hacen rendir tantos honores como los representantes de Cristo y los sucesores de los apóstoles desde quince siglos a esta parte.

Se comprende: Todo esto es muy humano; pero no digan esos señores que son los representantes de Cristo; la sucesión de los apóstoles no se prueba con el título o por intermedio de genealogías (1. Tim. 1, 4), diciendo como los judíos dijeron: "Nosotros tenemos a Abraham como padre", sino que se prueba por la vida y por el espíritu. Si ni siquiera Cristo y los apóstoles dejaron honrarse, cuanto menos debieran hacerlo sus representantes y sucesores. Si aquellos rechazaron los homenajes, cuanto más debieran rechazar éstos.

Pero el fondo, la raíz de este mal, se encuentra en el cambio completo que se ha producido respecto a la idea y al oficio del clero. Ni Cristo ni los apóstoles jamás han pensado formar un sacerdocio. Esto no es difícil de comprobar. Cristo eligió a sus apóstoles con el propósito de que ellos predicasen el Evangelio, y nada más. Esta intención la expresa muchísimas veces (Mat. 28, 19; Marc. 16, 15) y se encuentra en numerosísimas palabras de la Sagrada Escritura. Los mismos apóstoles no tenían otra idea de su cargo sino la de predicar el Evangelio. San Pablo ni siquiera se ocupa del bautismo: "Cristo no me mandó a bautizar, sino a predicar" (1. Cor. 1, 17). En su carta a los hebreos él comprueba largamente que el único sacerdote es Cristo, y el único sacrificio es el de Cristo, quien se sacrificó en la cruz; que otro ya no existe (Hebr. 10, 26; 9, 26). "Nuestro sacrificio se parece a aquél que los judíos tenían, y en el cual no podían comer lo sacrificado (sacrificio de alabanza)... Por intermedio de éste ofrezcamos a Dios una ofrenda, es decir, la grata alabanza de su nombre por nuestros labios" (Hebr. 13, 10-15). Luego el único sacrificio que, según San Pablo, los cristianos pueden ofrecer, es alabar a Dios.

De los demás apóstoles tampoco se sabe otra cosa sino que predicaban el Evangelio. Ni siquiera querían ocuparse de la distribución diaria del pan a los pobres, para no perder tiempo de predicar el Evangelio. Por eso nombraron diáconos para el desempeño de aquella buena obra (Actos 6, 2). Es cierto que los apóstoles celebraban también la Cena del Señor. Pero ésta tenía la forma de una verdadera Cena. No había ningún altar y ninguna baranda entre los apóstoles que la celebraban y los fieles. Más bien todos estaban sentados en la misma mesa, celebrando la Cena solamente en homenaje a la muerte de Cristo. Todo esto no tenía ningún carácter de sacrificio.

Además no había ninguna clase de sacerdotes en tiempos de los apóstoles. Ninguna vez se emplea la palabra sacerdote en las Sagradas Escrituras del Nuevo Testamento. Tan sólo dice: una vez, que muchos sacerdotes judíos se convirtieron a la religión de Cristo (Actos 6, 7). Tampoco los apóstoles nombraron sacerdotes para sucederlos, sino tan sólo obispos, presbíteros y diáconos. La palabra obispo significaba jefe; y la palabra presbítero, anciano; porque el consejo de los presbíteros estaba formado por los más dignos y más ancianos de la parroquia. La función del obispo era, en primer término, predicar el Evangelio y dar buen ejemplo a todos. Así lo dice San Pablo, y no habla de ninguna función sacerdotal.

También el servicio religioso se desarrollaba en una forma muy diferente, pues todos los cristianos tomaban parte activa en ella. Los unos hacían milagros, otras revelaban los pensamientos de los presentes (adivinos); otros podían explicar de una manera maravillosa la Sagrada Escritura (profetas); otros enseñaban con gran éxito la doctrina de Cristo (evangelistas); otros sabían hablar en idiomas extranjeros, y otros podían interpretar lo que decían ellos (1. Cor. 12, 4-24; 14, 3-24; Efes. 4, 11; Rom. 12, 6). Todos los cristianos tenían el derecho de predicar a su manera en las funciones religiosas, que solamente fueron presididas por el obispo para conservar el buen orden (1. Cor. 14, 26). Por eso San Pedro dice a los cristianos en su primera carta: "Sois un sacerdocio regio: una gente santificada" (1. Pedro 2, 9).

¡Cuán distinto es esto hoy en día! El clérigo ya no es, en primer término, predicador, sino sacerdote, documentándose así a las claras el cambio completo que se ha producido. La función religiosa más importante ya no es la predicación del Evangelio, sino el sacrificio de la misa, que ni siquiera por su nombre era conocida en los tiempos de los apóstoles. ¡Cuán importante es este sacrificio de la misa! Uno solo vale más que todo el mundo, porque es numéricamente el mismo sacrificio que Cristo ofreció en la cruz. El único que puede ofrecerlo es el sacerdote. Ni un rey, ni las mismos ángeles, ni la madre de Dios, tiene tanto poder como el señor cura. ¡Ah, este mundo perverso no sabe lo que puede un cura!

Estas son en realidad, y sin ninguna exageración, las ideas con que los libros de devoción, en toda forma y con mil variaciones, alimentan y fomentan día a día la vanidad religiosa del sacerdote. Y muchos curas, que no saben hacer más que decir misas e interesarse por su cotización (durante la desvalorización de la moneda había en Europa un tráfico enorme con las misas de los países cuya moneda era más favorablemente cotizada), se creen verdaderos héroes por sólo decir misa.

Tal vez el lector comprende ahora por qué los sacerdotes se hacen honrar tanto. Este honor no es personal, como dicen, sino que el pueblo católico lo rinde al inefable, al sublime cargo del sacerdocio. ¡Cómo se engañan estos pobres a ellos mismos!

Por un lado rechazan el honor y por el otro se hacen honrar hasta quemar incienso a ellos mismos en la iglesia, delante de todo el pueblo!

¿Qué diría el Señor, qué dirían los apóstoles, al ver a estos dioses en sus tronos, echándose incienso a ellos mismos? ¿Qué dirían al ver este cambio completo en la función y en el cargo de un predicador del Evangelio. ¿Qué dirían al ver a todos aquellos que, bajo el pretexto de ser representantes de Cristo, y sucesores de los apóstoles, se hacen construir palacios regios y pasan la gran vida haciéndose honrar más que los mismos reyes y príncipes? ¿Qué diría el Señor? Tan sólo tres palabritas, que están escritas en Mateo, 7, 23: "¡No os conozco!"

La vanidad eclesiástica de los clérigos representa una verdadera locura, y como la locura no conoce límites, la vanidad de los teólogos tampoco la conoce. Han llegado hasta adjudicarse el monopolio de la entrada al Cielo y hasta declararse, solemnemente, infalibles. Nadie puede llegar al Cielo, sino por intermedio de la Iglesia Católica; esta es la

primera ley de la locura teológica, y la segunda ley es: tanto el Papa, como los obispos unidos con él, son infalibles en todo asunto religioso.

Estas dos leyes, aunque no estén ni en la Sagrada Escritura ni en la tradición apostólica, son mucho más importantes que la misma ley de la caridad, que la Escritura predica en cada página, y la que insultan, porque esas dos leyes son el mayor desafío para las demás confesiones cristianas. Para ellas ya no queda más nada.

De ahí se desprende el inmenso desprecio con que el clero católico trata a las demás confesiones, y en especial a sus predicadores. En el año 1925, los jefes de las confesiones protestantes pidieron al Papa que, en favor de los intereses comunes de toda la cristiandad, enviase un representante a la conferencia internacional cristiana, próxima a celebrarse. Hasta hicieron una visita personal al Papa, quien les recibió con mucha cortesía, pero les hizo contestar que lamentaba mucho no poder complacer sus deseos. He aquí la razón: ¿Cómo puede un Papa, el representante de Cristo, presenciar una reunión de heréticos y colocarse en un nivel con ellos? ¡Sapienti sat!

No es de esperar que hombres, obsesionados de su importancia religiosa, reconozcan su error y sanen de una enfermedad tan larga y tan grave. ¡Que se queden, pues, como son: los Fariseos, Saduceos y Legisperitos del Nuevo Testamento!

Capitulo Quinto

El afán de la iglesia en su aspiración al poder mundial

Como la vida del Señor, en ejemplos y palabras es un menosprecio de la riqueza y de la gloria mundial, así también es una negación del poder mundial.

Ya se ha dicho en qué forma la Sagrada Escritura pone de relieve su extrema humillación al nacer en un establo, de padres tan pobres; y la manera terminante, con que rechazó el mando de todos los imperios del mundo que le ofreció el diablo (Mat. 4, 8), ya no permite dudar que de ningún modo quiso la intervención de los poderes mundiales para la propagación de su religión.

Según lo que refiere la Sagrada Escritura sobre la persona de Jesús, habría sido facilísimo para él, valerse de cualquier poder mundial, y hasta de los mismos ángeles para obligar al mundo entero a creer en él. "¿No te parece que si pidiera a mi Padre no me mandaría más de doce legiones de ángeles?" (Mat. 26, 53).

En efecto, los mismos teólogos deben confesar que el Señor rechazó por completo hasta las relaciones amistosas con los poderes mundiales y sus representantes. Al rey Herodes lo llamó “zorro" y le hizo avisar que se quedaría en el territorio de él tanto cuanto le plugiese (Luc. 13, 31). Llevado por sus enemigos ante Pilatos, no hizo nada para salvar su vida, y cuando Pilatos le mandó a Herodes y éste le recibió con toda su corte,

Jesús no efectuó ningún milagro, como lo había esperado el rey; ni siquiera contestó a las muchas preguntas de este inmoral (Luc. 23, 8).

Los apóstoles, a pesar de tener los mismos poderes que el Señor (Marc. 16, 17), siguieron sin embargo la conducta de Jesús, y no predicaron el Evangelio en las cortes, sino que lo anunciaron a los pobres y humildes, porque, como dice San Pablo "Dios rechazó la sabiduría y potencia humana eligiendo lo que es débil y tonto delante del mundo" (1. Cor. 1, 27; 3, 19). En efecto, el rechazo de los poderes humanos por parte del Señor y de los apóstoles encierra una profunda razón, cuya verdad se ha probado en toda la historia de la Iglesia. Pues la unión de la Iglesia con el poder o con los poderosos, contra la voluntad de Cristo, ha sido otro desastre para la religión de Jesús y otro factor para la degeneración que estamos describiendo. Los epígonos de Cristo y de los apóstoles no llegaban a comprender los grandes peligros de la vinculación de la Iglesia con los fuertes; más bien tenían tal vinculación por una ventaja confundiendo los intereses personales con los de la religión[77].

En efecto: una sencilla consideración demuestra a las claras que cualquier vinculación de la Iglesia con un poderoso incluye infinitamente más peligros que ventajas para la religión. Por de pronto se sabe que la vida en las cortes, especialmente en los siglos pasados, era casi siempre cualquier otra cosa menos religiosa. ¿No debiera en casos semejantes la Iglesia observar la conducta de San Juan Bautista, quien reprochó duramente al rey Herodes su vida inmoral? Pero ¿cómo puede la iglesia hacer lo mismo en casos análogos si está vinculada y ligada por la amistad? ¿Va a arriesgar su amistad? La historia lo[78] niega con muy escasas excepciones. Hace pocos años el Papa nombró a un hombre, cuya moralidad y cuya fe, según los teólogos eran todo menos cristianas, para desempeñar una solemne función religiosa en presencia de unos seis obispos y de una inmensa muchedumbre, titulándose por escrito, públicamente leído: "Querido hijo". Aquel hombre, según el concepto teológico, un pecador de pública notoriedad, era presidente de una república. Esto lo explicaba todo. En cambio cuando un padre de numerosa familia no sabe acatar las exigencias de su confesor, los frailes le prohíben los sacramentos y hasta lo echan fuera de la Iglesia. ¿Qué dirá tal padre al darse cuenta de semejante parcialidad? ¿No maldecirá con razón aquella Iglesia? Este capítulo es sin duda uno de los más tristes en la historia de la Iglesia (salvo las luchas teológicas); y los perjuicios, que se han producido de esta manera son tan innumerables y grandes, que todos los favores de gobiernos buenos, representan una verdadera

---

[77] Más aún, desde los tiempos del Papa Bonifacio XIII (muerto en 1303) hasta hoy, la Iglesia Católica trató por todos los medios, teórica y prácticamente, de sujetar a los reyes y potentados bajo el mando del Papa. En la Bula: Unam Sanctam dice: `Todos los reyes de la cristiandad deben estar sujetes al Pontífice Romano como al mismo Señor jesucristo... es necesario para la salvación eterna, que estén sujetos... los reyes son los vasallos de la Iglesia... según la ley de Cristo, los reyes deben estar sujetos a los sacerdotes..." Estas pretensiones del Papa fueron rechazadas decididamente por el Canciller Bismarck en su famoso discurso del 10 de marzo de 1873, señalando el gran estadista que "aquí se trata de la antiquísima lucha por el poder, tan antigua como el género humano, la lucha por el poder entre el rey y el sacerdote". En la Edad Media los Papas llegaron casi a la realización de sus sueños. Hasta se sirvieron del dorso de los emperadores germánicos para subir a su caballo.

[78] Aquí termina la Pag 222

nada. Me es imposible dibujar en pocas líneas el cuadro tristísimo de aquella infinidad de "obispos" cuya vida particular es un insulto a la religión. En la Edad Media casi todos los obispos eran hijos de príncipes, muy aficionados a la caza y a la guerra, y sabían magistralmente reunir varios obispados en sus manos para aumentar sus bienes y rentas. En muchas cortes los obispos fueron nombrados por las damas, y lo que la religión puede esperar de semejante nombramiento, ya se supone. La lucha para la ocupación del trono Papal no era menor. Había hasta tres Papas al mismo tiempo. Durante siglos los Médici, una poderosa familia italiana, se apoderó del derecho de ocupar el trono Papal. En otros tiempos los emperadores de Alemania y otros príncipes nombraron a los Papas. De esta manera fue nombrado un "Papa" de trece años. ¡Qué milagro que la vida de la gran mayoría de los obispos y Papas de todos aquellos tiempos era un verdadero escándalo público y un verdadero desastre para la religión! La historia demuestra con testimonios irrefutables, cómo los intereses de la Iglesia y de la religión fueron en aquel entonces vendidos en concordatos y por derechos usuales. ¡No es de asombrar que como protesta en contra de aquel derrumbe de la religión surgiera el protestantismo, separando más de la mitad de todos los fieles de la Iglesia, y dividiendo toda la cristiandad en partidos que se combatían hasta masacrarse!

El más curioso producto de aquel afán de poder es sin duda “el Estado de la Iglesia". ¡El Papa rey mundial! ¡Qué contraste con las palabras de Cristo: "Mi reino no es de este mundo" (Juan 18, 36). Durante más de 15 siglos, los Papas tenían un verdadero Estado con su diplomacia, con sus impuestos, leyes, etc. : declararon la guerra, hasta participar ellos mismos en las batallas, como lo hizo un Julio II, y hasta derramar sangre, para salvar el Estado de la Iglesia contra Garibaldi. Y no se crea que la corte de los Papas representaba una corte sin lujos, etc. Los Papas no solamente supieron llevar el titulo de reyes, sino que también "se portaron" como tales. Lo que la historia imparcial nos relata sobre la conducta de estos "reyes" difícilmente se encontrará en la historia de alguna corte. No tengo necesidad de describir aquí la perversidad de un Alejandro VI, o describir la vida lujosísima de los Papas de la casa de Médici o de otros Papas, especialmente en los tiempos del Renacimiento, para que los lectores se den cuenta de los excesos y de la vida espléndida de estos representantes de Cristo. Estoy seguro, que hoy todavía, si Cristo visitara el Vaticano, haría lo mismo que hizo con los vendedores en el templo (Luc. 19, 45). Lo más curioso es, por una parte, cómo los Papas podían y pueden combinar semejante vida con las intenciones, las palabras y el ejemplo de Cristo, y, por otra, cómo el mundo entero hasta hoy día presencia con los ojos vendados y sin protestar, el inmenso teatro que los Papas saben representar con maestría infatigable.

Todavía los Papas siguen siendo reyes y no quieren renunciar por nada a su soberanía. ¡Cuánta ira acumularon con la pérdida del Estado de la Iglesia! Cuando ya no podían defender dicho Estado con cañones, lanzaron sus anatemas contra Garibaldi y todos sus guerreros, inclusive a la familia, real. Además, los Papas en señal de protesta se encerraron en el Vaticano, anatematizando a cada católico que aprobara la obra de

Garibaldi, condenándolo al infierno y echándolo fuera de la Iglesia. La familia real de Italia, también estaba anatematizada; pero como no se trataba de menesterosos se le concedió un sacerdote permanente para decirle misa y proporcionarle todo cuanto necesitaba para su vida religiosa. ¡Qué "imparcialidad"!

Mussolini los conocía bien. Con dos mil millones de liras calmó todo el enojo del Papa, quien de repente se dió cuenta que la obra de Garibaldi no era tan mala como parecía, y hasta la consintió y la selló. Todo por dos mil millones de liras.

El otro inconveniente, que resulta de la relación estrecha de la Iglesia con el Gobierno de un país, proviene de los cambios políticos. La tendencia republicana en países monárquicos y las tendencias monárquicas en países republicanos, como también el cambio de los partidos políticos en el Gobierno de un país republicano, no admiten esta estrecha vinculación de la Iglesia. Y no es muy difícil ver, como por ejemplo sucedió en Alemania, donde poco tiempo antes de la caída del emperador los obispos le expresaron la incondicional adhesión de ellos y de todos los católicos, pero después de la revolución han sido ellos mismos los que en primer término defendieron la nueva forma republicana. Como se ve, saben estar siempre del lado que más calienta el sol.

Cuántas veces se escucha en círculos de obreros los más graves cargos contra la Iglesia, por su abierta relación con los supuestos enemigos de los obreros, cuando justamente esta misma Iglesia debiera defender en primer término los intereses de la clase obrera. ¿Por qué provocar situaciones que hacen tanto perjuicio a la religión? La independencia y la imparcialidad son indispensables para una Iglesia que quiera brindar una religión para todos. Pero en la Iglesia Católica no hay ni imparcialidad ni independencia, pues la degeneración religiosa, desde hace siglos, la relacionó con los reyes, emperadores y potentados, cuya sombra le ha gustado tanto, por la utilidad que la misma le ha proporcionado siempre.

Y ahora el lector tome nota de todo cuanto se ha dicho sobre la vida lujosa de los representantes de Cristo y sucesores de los apóstoles, sobre sus vinculaciones con los poderosos, y todas las consecuencias tan tristes para la religión de Cristo que han emanado de esa conducta, y entonces dígase, si estos hombres son los verdaderas preconizadores de la religión de Cristo. Lo peor, es que el Vaticano hoy todavía sigue defendiendo aquellos principios, sosteniendo su manera de representar la religión de Cristo por una conducta y por doctrinas que son opuestas a las enseñanzas de la Sagrada Escritura.

Mientras esto no desaparezca, y hasta que no haya un cambio completo en todo cuanto hemos reprochado, será imposible reconocer la representación de Cristo y la sucesión de los apóstoles al Papa y sus obispos.

Capítulo sexto

La educación del clero para el celibato

La elección de los apóstoles por el Señor fue – según la Biblia – sin dudas un acto de la mayor importancia. Los apóstoles debían ser el fundamento de la Iglesia, que Cristo iba a formar; eran los futuros jefes de todos los fieles; ellos debían llevar y difundir la religión de Cristo por todo el mundo. Tenían que ser, pues, hombres de mucha confianza y de ciertas cualidades. Sin embargo, el Señor no eligió a hombres bien preparados por largos estudios, sino a unos pobres pescadores, que no tenían ni educación, ni erudición, sino tan sólo buena voluntad. Y con estos hombres tan sencillos el Señor hizo verdaderos milagros, de manera que hoy el mundo cristiano siente por lo menos un gran respeto por el Señor y sus apóstoles, y varios centenares de millones de hombres están empeñados en verificar las doctrinas de ellos en la vida práctica.

Los apóstoles, al elegir a sus sucesores, siguieron la manera del Señor, escogiéndolos tan sólo entre hombres de vida práctica y de probada conducta. Por eso en los tiempos de los apóstoles Fueron elegidos como obispos de cada parroquia hombres casados, que habían probado su dignidad con el ejemplo de su vida. Eran sencillamente jefes de la colectividad cristiana, que tenían en primer término que explicar la Sagrada Escritura y dirigir el desarrollo de las funciones religiosas de los cristianos. Pero lo principal en ellos era el buen ejemplo que debían dar. Por eso escribe San Pablo a Timoteo: "Por cierto, si alguien quiere ser obispo, desea un alto cargo. Por eso un obispo debe ser irreprochable, casado con una sola mujer, debe ser sobrio, prudente, hospitalario y preparado. No sea bebedor o pendenciero, sino que se conforme sin disputas. Tampoco sea avaro. Además debe ser buen jefe de su casa, educando a sus hijos en la humildad y honestidad, porque quien no sabe dirigir su casa, ¿cómo sabrá dirigir la comuna de Dios?” (1. Tim. 3, 2; Tit. 1, 7). ¡Qué principios más sanos y razonables! San Pablo no dice nada de educación en colegios, de estudios en las universidades, aunque él mismo era bastante erudito. No exige el celibato, más bíen quiere que el obispo sea casado. Y no habla del sacerdocio u obispado como de un gran ministerio, o de un sublime Sacramento; no conoce poderes divinos que posea el obispo; para él, todo el oficio del obispo consiste antes que nada en dar buen ejemplo, y cualquier persona que cumpla con este deber puede ser obispo.

Pero, si el lector se permitiera decir: restablezcamos esta costumbre de los apóstoles y elijamos hombres casados para obispos, que se distingan por su buen ejemplo de padres de familia y de vida cristiana; y si dijera: renovemos pues, el orden apostólico y dejemos de lado a los sacerdotes y nombremos tan solo obispos, presbíteros y diáconos con la misma norma con que los apóstoles los nombraron, entonces ya se vería cómo la Santa Iglesia Católica Apostólica Romana condenaría estas ideas por ser sumamente diabólicas, y el lector debiera dar gracias al Cielo por

no haber nacido en la Edad Media, porque lo condenarían sin duda a ser quemado vivo por herético. ¡Recuérdese a Hus y a sus compañeros!

Realmente han cambiado muchísimo las cosas y el cristianismo de los apóstoles ya no basta para nuestros tiempos, y menos todavía la preparación que ellos exigían para ser obispos, porque éstos llevan hoy día una cola de color escarlata de varios metros de largo, que sin duda faltaba a los obispos nombrados por los apóstoles, y tampoco se les daba incienso, y no tenían tronos en la Iglesia. Estaban todavía muy atrasados en comparación con los ilustrísimos señores obispos de hoy. Sin embargo, hay que creer que los reverendísimos señores obispos de la Santa Iglesia Católica Apostólica Romana son mucho más apostólicos, que, por ejemplo, los obispos, presbíteros y diáconos protestantes, que son nombrados exactamente así, como en los tiempos de los apóstoles, y que tampoco llevan cola y no se hacen quemar incienso, etc.

Pero, ¡cuán distinto es lo que veremos hoy respecto a este asunto! Ya no se nombran los más dignos de la parroquia para ser obispos y presbíteros, sino que a los teólogos les pareció mejor abandonar el sistema de los apóstoles y crear una clase especial de hombres, con el derecho exclusivo al sacerdocio. Por eso separan a los candidatos, si es posible, desde la primera juventud, del mundo "perverso", educándolos en conventos los destinan al celibato, y después de una educación sumamente unilateral imponen a estas plantas de invernáculo para que dirijan las parroquias de las iglesias.

Para poner más de relieve la condenabilidad de esos principios de educación, considere el lector lo siguiente: es claro que ningún niño de doce o trece años puede saber si él tiene o no la "vocación" al sacerdocio, y menos todavía al celibato. El afán de un joven entusiasmado no basta por sí solo. Ahora bien: lisonjeados de tener un día un hijo sacerdote, los padres lo mandan a un colegio, donde pronto se le pone el hábito. Todos los días se les habla del gran don de la "vocación" al sacerdocio, y del peligro de perderlo. "Dios os ha elegido, no entre millares sino entre millares de millones"; esto es lo que se les repite hasta que los jóvenes mismos lo creen. Con cierto menosprecio se mira a los que abandonan el colegio, porque han "perdido" el gran don de la vocación, seguramente por su propia culpa. En el colegio, donde yo fui educado, todos tuvimos que prometer cada año, solemnemente, y por escrito, que nos dedicaríamos al sacerdocio, y esta declaración la hice yo a los trece años.

Es natural que los jóvenes, que además viven en extrema dependencia por no decir esclavitud, bajo el reglamento del colegio y el mando de sus superiores, difícilmente consiguen la libertad necesaria para retirarse a tiempo. No quieren aparecer "indignos" de la vocación ni ser menospreciados por los profesores y condiscípulos. Además, se lo impide el gran desencanto de los padres, que entonces se ven defraudados en su mayor esperanza de la vida: tener un hijo sacerdote. En muchísimos casos retiene también al joven la imposibilidad de seguir otros estudios, sea que los padres enojados les nieguen los recursos, sea porque el estudio de los colegios religiosos, especialmente en Europa, es muy diferente al de los colegios nacionales, y entonces el abandono del colegio religioso significaría para el alumno lo mismo fue echarse a la calle. Así, por mi propia experiencia (habían más o menos 500 alumnos en

el colegio donde yo estuve), puedo afirmar que esta última razón, para muchos de mis compañeros, era un gran obstáculo, para dedicarse a otra profesión, pues no estaban preparados para ello, y no sabían afrontar la lucha pon la vida.

Finalmente, hay que tener en cuenta que la grandeza majestuosa de la Iglesia Católica hace una impresión muy grande sobre la juventud llena de idealismo, y que el sacerdocio es el mayor sueño de un joven educado en un ambiente enteramente católico. Por eso el candidato al sacerdocio no se da cuenta, de la importancia de su resolución, y no puede hacerlo, porque toda la educación se lo impide. Y cuando a un candidato le vienen dudas respecto a su vocación, si es un joven bueno, talentoso, tal vez, la esperanza de sus profesores, entonces los superiores hacen lo imposible para que no abandone el colegio, hablándole de tentaciones del diablo, las cuales pronto pasarán, etc.

Y ahora la parte más importante de esta educación: la falta completa de conocimiento de la vida laica por un lado y la imposibilidad de conseguir la verdad científica y religiosa por otro. Respecto a esto último, los candidatos al sacerdocio no solamente reciben una enseñanza exclusivamente católica, sino que se les prohíbe, bajo pecado mortal, leer cualquier libro; -Publicado en contra de la teología católica. Además, cada duda voluntaria, según la doctrina teológica, es un pecado grave que obliga a confesarse el mismo día, ya que el día siguiente todo comulgan. ¿Cómo, pues, puede un joven consciente y serio menospreciar estas barreras sagradas, y a pesar de tantos obstáculos formarse un juicio objetivo, por no decir encontrar la verdad? Al contrario, como todas las dudas son únicamente "tentaciones del diablo", quien quiere robar el gran don de la vocación, el candidato, en vez de informarse por un estudio detenido, "despeja" las dudas por intermedio de oraciones, ayunos y mortificaciones, "venciendo" de esta manera al diablo, y "convenciéndose" de la verdad exclusiva de la teología católica.

El otro momento es más triste todavía: la falta completa de experiencia de la vida laica. Por lo pronto, es sabido que al alumno le pintan el mundo como el centro de toda clase de perversidades. Este es casi el único conocimiento que los candidatos reciben del mundo. "Y es tan difícil salvarse, viviendo en el mundo, que sólo por esta razón hay que dar gracias de rodillas a Dios, que ha separado al candidato de aquel mundo perverso. Las cuatro paredes del convento o del colegio son como los cuatro muros del paraíso. ¡Qué desgracia, si un aspirante debe abandonar aquel paraíso!" Y para evitarlo, el candidato rechaza todas las tentaciones y cuida mucho, especialmente de las mujeres, a las cuales se las pintan como una verdadera invención del diablo para seducir a los hombres. Lo mejor es no mirar a ninguna mujer, como lo hizo, por ejemplo, el ideal de los candidatos al sacerdocio: San Luis Gonzaga. Este ni siquiera miró a su propia madre, y habiendo estado tres años en la corte de España no conocía la cara de la reina. ¡Pobres jóvenes, cuyos ideales son tan desviados![79].

[79] Compárense los siguientes tres puntos de vista sobre la mujer:
Tácito, el famoso escritor romano, dijo, hace 2000 años, de los antiguos paganos: "Los germanos creen que en las mujeres hay algo santo" y alaba el gran respeto que les tenían.

En general los candidatos al sacerdocio toman las cosas muy en serio, perdiendo de esta manera el equilibrio espiritual necesario y el sano juicio, y dedicándose a un idealismo que no tiene nada que ver con la vida real de este mundo. Claro está que un joven, educado años y años en tal ambiente, y según aquellas doctrinas, se decide por el sacerdocio: el gran sueño de su vida y el premio de todos sus esfuerzos, la recompensa de todas las tentaciones y demás sufrimientos. Con una fuerza mágica lo atrae tanto más; cuarto más se acerca el día de su consagración, el que está rodeado por un inmenso júbilo tanto del sacerdote como de sus padres, hermanos y amigos. Y todo esto no le hace tomar en cuenta ni el juego que está haciendo con toda su vida, ni la decisión terminante que toma en estos momentos, dedicándose al celibato perpetuo en circunstancias que son bien calculadas y representan una maldad verdaderamente diabólica.

Efectivamente, el celibato es la característica sobresaliente del sacerdote católico, y la educación del candidato para él, constituye el gran problema en la preparación del clero, como constituye también el gran pecado de esa misma educación, por varias razones.

La primera es porque esta educación quita al candidato por completo el conocimiento del factor más importante de la vida de cada persona: el amor. Más aún, esta educación hace al candidato decidirse al celibato bajo la influencia de doctrinas que deben considerarse perversas por el desprecio con que se le habla siempre de la mujer, del amor y del matrimonio. Y lo que es más grave todavía, se obliga al estudiante al celibato en una edad en que todavía no puede saber si él podrá soportar este cargo durante toda la vida, o si le pasará un día lo que pasó y pasa a tantos y tantos sacerdotes, en una u otra forma. Entonces caen en la pérdida de su reputación y de su posición social, tal vez por una hora feliz y desgraciada a la vez, tal vez par una inteligencia que les ha llegado tarde; pero siempre porque una educación de principios absolutamente condenables, les ha preparado tal destino.

Y todavía tal cura, desgraciado, a quien la Iglesia tan poco parecida al Señor, echa fuera y a quien tanto los fieles como los cofrades persiguen con su desprecio, es mucho mejor que centenares de ellos que aparentemente conservan el celibato, mientras que en su interior están llenos de infinidad de deseos perversos y de verdadera corrupción, pero que, fingiendo santidad, llegan a ser hasta obispos y Papas.

El Breviario Romano, que rezan los curas católicos todos los días, recalca como una gran virtud, que San Luis de Gonzaga para impedir tentaciones contra la pureza "evitó cuidadosamente mirar a su propia madre". ¡Qué degeneración!

San Anselmo, obispo de Canterbury, dijo respecto de la mujer: "La mujer es un dulce mal. Anda como una levadura diabólica para corromper al hombre. No existe nada más perjudicial que la mujer. El diablo no echa a perder más hombres por ninguna otra cosa sino por la mujer. De mil maneras nos ataca la mujer; corromper a muchos le es una gran ganancia. La mujer enciende todos los fuegos de la pasión. Si pudieras mirar en su alma, verías cuánta inmundicia está cubierta por su piel blanca... O pastores retened lejos estas lobas de vuestros rebaños. La mujer es la muerte del alma."

¡Y pensar que son justamente las mujeres las que forman la vanguardia de esta religión, que tanto las desprecia! Tal vez se dejan engañar por el hecho de que la iglesia católica ha declarado "santas" a muchas mujeres. Pero hay que tomar en cuenta que la mujer sólo empieza a cobrar interés para la Iglesia, o cuando es una viuda con mucho dinero y viste santos, o cuando, histerizada por el fanatismo religioso, lleva una vida enteramente anormal.

Creo que ya he demostrado bastante que la educación del clero es una obra realmente condenable y perversa a la vez. Sería muy necesario que el mundo civilizado entero se ocupe del asunto y suprima una institución, que de por sí contradice a los más sagrados principias de la educación, y ocasiona tantas desgracias. No exagero de ninguna manera. Al contrario, lo sé por experiencia. Y si me fuese posible lanzaría un grito que se oyera de uno a otro ámbito del mundo, un grito dirigido a los padres que tienen un hijo en un seminario para hacerlo cura: ¡Sacad a vuestro hijo de las garras de esa educación desgraciada, antes de que sea tarde! Es vuestro más sagrado deber, el más indispensable y el más urgente de todos.

Y ahora quisiera dirigirme a los mismos teólogos.

¿No saben ellos que tanto la educación del clero en general, como la educación al celibato en especial, están en absoluta contradicción con las leyes de Dios y la tradición apostólica, y que por eso el celibato no tiene ningún valor religioso delante de Dios?

Esta última pregunta, y la gran importancia que los teólogos atribuyen al celibato, me da la oportunidad de considerar el celibato desde el punto de vista de la Sagrada Escritura que, según los mismos curas, representa también sobre el asunto en cuestión la verdadera expresión de la idea de la voluntad de Dios.

Desde un principio, puede decirse, que la Biblia no dice ninguna palabra en contra del matrimonio. Sería burlarse de la misma obra de Dios. Pues el matrimonio no humilla al hombre, como tratan de hacer creer los sacerdotes porque lo tenernos común, en cierto modo, can los animales. Beber y comer es también cosa común en los animales, y dicen que hay muchos sacerdotes que no desprecian de ninguna manera una comida bien preparada o una bebida, aunque sea alcohólica. Además, no hay ninguna relación especial entre la pureza y el celibato. Una mujer casada y un hombre casado pueden tener la misma pureza que el célibe más perfecto. El matrimonio no es sino el cumplimiento fiel del desarrollo natural de los sexos y, por tanto, designar a los miembros respectivos "partes inhonestas", como los llaman los curas, es un absurdo.

Examinando ahora la Sagrada Escritura del Viejo Testamento, podemos aseverar que éste considera al celibato como una verdadera desgracia. Cuando Jefte, uno de los jueces de Israel, había ganado una batalla, hizo el voto de que, para agradecer a Dios, sacrificaría lo primero que le saliera al encuentro al ir a su casa. Desgraciadamente, lo fué su hija, y el padre decidió sacrificarla por la espada. La hija, al saberlo, lloraba con amargo dolor, pero no porque debía morir, sino porque debía fallecer siendo todavía virgen, sin haber tenido la dicha de ser madre y de dejar hijos, el único anhelo de la mujer bíblica. (Juec. 11, 3G-39).

Había una ley en Israel, que en el caso de que un hombre muriese, antes de tener hijos, el hermano del finado (casado o no), debía casarse con la viuda (matrimonio del Levirato), para que el muerto no quedase sin hijos. Cuántas veces asegura el Viejo Testamento que la mayor felicidad del hombre es una numerosa familia, y en efecto, el orgullo de los judíos era tener hijos y ver hijos y nietos y demás descendientes hasta la cuarta generación. Para los reyes, estos favoritos de Dio; la Sagrada Escritura establece una moral especial con el principio fundamental de que cuanto

más mujeres tanto mejor. Ya hemos tratado este asunto ampliamente y hemos visto que la Sagrada Escritura del Viejo Testamento favorecía hasta la poligamia, considerándose tanto el celibato como la esterilidad una desgracia.

Respecto al Nuevo Testamento los teólogos quieren presentar el celibato del Señor como una prueba en su favor. Sin embargo, no constituye este celibato ninguna prueba. La opinión de Cristo al respecto se encuentra en Mateo (19, 11). Ale dice: "Hay hombres que para la propagación del reino del Cielo se hacen ellos mismos eunucos. Quien se anima a hacerlo, hágalo". Estas palabras expresan que para un hombre que se ocupa en predicar el Evangelio, viajando toda su vida, sería mejor no tener familia, y por eso Jesús les aconseja – pero con toda reserva – hacerse eunucos, lo que ni siquiera quiere decir: vivir sin mujer, sino castrarse para no tener familia. Ahora. bien: todos los apóstoles, menos San Juan y San Pablo, fueron acompañados en sus viajes apostólicos por mujeres cristianas como lo atestigua el mismo San Pablo (1. Cor. 9, 5). No se sabe si ellos se hicieron eunucos; pero por lo menos esto de hacerse eunucos no fue estimado como una cosa prohibida, sino que era costumbre (Actos 5, 27). Los teólogos de hoy dicen que castrarse es un pecado mortal, exceptuando sólo de este pecado mortal a los eunucos que necesita el Vaticano para formar el coro de San Pedro. Son unos santos muy raros estos teólogos.

Hay otra palabra que Jesús dirigió a sus apóstoles. Cuando San Pedro le dijo: "Mira, nosotros hemos abandonado todo y le hemos seguido". Jesús le contesto: "Os aseguro que nadie abandona su casa, o hermanos o hermanas y padre o madre o mujer o hijos o su propiedad, por mí y el Evangelio, sin que ya en este mundo lo reciba de vuelta todo cien veces: casas, hermanos, hermanas, madres, hijos y propiedades, a pesar de las persecuciones y la vida eterna en el otro mundo". (Marc. 10, 29). ¿Siquiera es éste el celibato de que los teólogos hablan? ¿Por qué no dicen claramente que el celibato aquí mencionado era a lo sumo un sacrificio pasajero que los apóstoles se impusieron tan sólo por algún tiempo, y también que después de la muerte de Jesús ellos se retiraron a sus casas y sus mujeres a Galilea, como consta por los mismos Evangelios; y, finalmente, que en sus viajes apostólicos llevaron siempre una mujer cristiana consigo?

De los apóstoles tan sólo San Pablo se ha manifestado sobre el celibato. Ya hemos visto que él aconsejó a los padres de no casar a sus hijas; pero sólo en vista de las angustias que deban preceder la próxima vuelta de Cristo. A las viudas aconsejó primero San Pablo, dedicarse al Señor y no casarse otra vez (1. Cor. 7, 40); pero habiéndose convencido que las viudas de entonces eran alegres, tan alegres como las de hoy día, el apóstol retiró más tarde su conseja, obligándolas a casarse nuevamente (1. Tim. 6, 14). Se ve, que el gran apóstol tenía, por lo menos, el coraje de confesar y corregir su falta. Finalmente, asegura San Pablo varias veces que la única razón por la cual él no se casa, es el deseo de dedicarse enteramente a la predicación del Evangelio, y reconoce que no todos pueden ser así como él (1. Cor. 7, 7). En realidad, se comprende el celibato del gran apóstol con su vida tan intranquila y llena de toda clase de sinsabores, contrariedades y persecuciones. A su lado ninguna

mujer habría encontrado la felicidad y el matrimonio habría sido una desgracia para ambos. ¿Siquiera los sacerdotes de hoy también rehúsan el casamiento a causa de su enorme trabajo en la propaganda del Evangelio? Si trabajaran tanto, el mundo no podría estar convencido de lo contrario, sino que hace ya siglos se habría convertido. Por otro lado, ordena San Pablo a los obispos que se casen para que sean un modelo como padres de familia, y que su buena conducta sea la mejor prueba de aptitud al obispado. ¿Cómo coincide todo esto con las doctrinas y la actitud de los teólogos de hoy? ¿No se ha producido aquí también un cambio enorme en las ideas sobre este asunto; un cambio no en pro sino en contra de la moralidad cristiana? ¿No sería tiempo de volver a la verdadera tradición apostólica? Si los sacerdotes cumpliesen por lo menos con la palabra del gran apóstol: "Es mejor casarse que estar ardiente de deseos" (1. Cor. 7, 9), en menos de un año el celibato sería una leyenda.

El último refugio de los teólogos para la defensa del celibato se encuentra en el Apocalipsis 14, 3. Dice allí San Juan que 144. 000 siguen al cordero, cantando un himno que nadie puede cantar: "Son los que no se han manchado con mujeres, porque son vírgenes". Los teólogos, no sabiendo que estos 144. 000 son los 12. 000 judíos de cada una de las doce tribus de Israel, nombrados ya en el capítulo 7, 4 del Apocalipsis, no han observado que la expresión "no mancharse con mujeres" en el lenguaje de aquel tiempo, significaba no haber cometido adulterio con una mujer casada; no sabiendo finalmente que la expresión "ser virgen" en el Viejo y Nuevo Testamento (Efes. 5, 27) no significa otra cosa, sino haberse preservado de cualquier crimen, especialmente de idolatría, asesinato, robo, hurto, etc., tomaban aquellas palabras del Apocalipsis por el texto clásico de los célibes, y predican hoy todavía que dicho triunfo será el triunfo final de su vida de solteros. ¡Pobres de ellos que van a perder este triunfo, pues no tiene nada que ver con el celibato¡

Lo más ridículo es, que citan dicho texto también en sus sermones para las monjas, cuando la Biblia habla solamente de hombres.

Sacando el resumen de estas consideraciones, nadie puede negar que el celibato, en la forma como lo presenta la Iglesia Católica, es una institución que constituye un verdadero insulto a los principios de la educación, de la libertad individual y de la misma religión y es contrario a las leyes fundamentales de la Naturaleza.

¿TENIA JESUS HERMANOS?

A mediados del año 1955 hubo en Europa una intensa controversia sobre este tema.

En pascuas del mismo año se había dado en Londres por televisión una obra dramatizada "Cuadro de familia", en cuya obra aparece Cristo en medio de sus hermanos y hermanas, a manera como lo creen los protestantes.

El cardenal Griffin protestó por la presentación de la obra por herir ella los sentimientos católicos, cosa que suscitó una disputa de tono bastante elevado.

Sostiene el dogma de la Iglesia Católica que María quedó virgen antes, en y después del nacimiento de Jesús.

En cuanto a la virginidad de María antes del nacimiento de Cristo se basa la Iglesia ante todo en los relatos de los Evangelistas Mateo; y Lucas.

Este último empieza su Evangelio diciendo que como hay tantos que han escrito sobre la vida de Jesús, se siente él también con el ánimo de hacer otro tanto.

Vale decir que Lucas ya conocía unos cuantos "Evangelios" y repetía lo que de ellos y otros sabía. No dice quienes han sido sus testigos ni qué confianza merecían ni cuánto tiempo había pasado mientras tanto.

Queda Mateo, el Evangelista que se destaca por el hecho de que manifiesta un verdadero afán por demostrar que en cada uno de los sucesos en la vida de Cristo se cumple alguna palabra profética del Antiguo Testamento. Pero resulta que entre las numerosas citas de Mateo no hay ni una sola que sea correctamente reproducida o que tenga que ver algo con el acontecimiento en la vida de Jesús.

Para no ir más lejos, voy a presentar al lector la famosa profecía de Isaías, que Mateo quiere ver cumplida en el nacimiento de Cristo de una virgen.

Esta profecía que hoy todavía en la Iglesia Católica suele citarse más que ninguna otra del Antiguo Testamento, se conoce comúnmente en la siguiente versión: "He aquí la virgen, concebirá y parirá un hijo y llamarán su nombre Emmanuel, que significa "Dios con nosotros".

Esta cita es el ejemplo clásico de una tergiversación increíble que resulta de la doble falta de arrancar un texto del conjunto y de no saber traducir.

El profeta Isaías quería vaticinar al descorazonado rey de Juda, Ahas, que él y su hijo, por ser descendientes de David, serian salvados en las guerras venideras y exigió al rey que pidiera a Jahvé un milagro en garantía de la verdad de lo dicho por el profeta. Pero el rey se negó a pedir un milagro. (Isaías 7, 11 y 12).

Entonces Isaías le dijo que podría conocer la verdad de sus palabras por el siguiente hecho:

Una mujer que actualmente, vale decir, en aquel entonces, era todavía virgen concebiría y daría a luz a un hijo a quien Dios mismo daría el nombre y antes de que este niño pudiera decir padre y madre o distinguir entre lo bueno y lo malo, los dos grandes enemigos del reino de Juda, a saber: Siria e Israel, (de las 12 tribus se habían separado 10 con el nombre de Israel, teniendo ellas por capital Samaria – la de Siria era Damasco) serían destruidos. (Isaías 7, 14, 15 y 16).

Efectivamente se ve en el siguiente capítulo (8) que el profeta, en presencia de dos importantes testigos, se casa con una virgen y recibe de ella un hijo y Jahvé (a quien el profeta llama también Emmanuel 8, 8 y 8, 10) le da el nombre: "Pronto habrá botín, roba rápidamente"[80]

Poco después vino el rey de Asiria y venció a Siria e Israel, quedando Juda con su Capital Jerusalén intacta, con lo cual la profecía tenía

[80] En la vida de aquellos pueblos había dos alegrías principales, a saber: la cosecha y el botín después de una victoria.

cumplida la garantía. El rey podía confiar en que Jahvé, también en el futuro, lo salvaría a él y a su hijo.

Sentado este estado de cosas analicemos ahora brevemente el texto.

La primera parte de la profecía. "Una virgen concebirá y parirá un hijo" no ofrece ya ninguna dificultad. Es evidente que el profeta no podía referir sus palabras a una virgen que recién 700 años más tarde concebiría y pariría a un hijo. ¿Qué clase de garantía hubiera sido ésta para el rey? Ya con la constatación de este hecho esta famosa profecía de Isaías, sobre la cual tanto se ha predicado, resulta ser todo menos una profecía sobre Cristo, y la virgen, mencionada por el profeta, es la mujer con quien se casó.

La segunda parte de la profecía sólo interesa, por ser un ejemplo clásico de cómo se ha traducido un texto bíblico, mal, porque así convenía.

El texto griego más antiguo reza, según el códice Sinaítico, sin duda uno de los más importantes, correctamente: "Kai kalesei to onoma autou Immanuel", lo que significa: "Y llamará el nombre del mismo Emmanuel", vale decir que el propio Jahvé, llamado por el profeta Emmanuel, le dará al niño el nombre, tal como lo ha hecho según la Biblia.

En efecto, leemos: "Y díjome Jahvé: Ponle el nombre Mahersalal-hash-baz" (Isaías 8, 3), lo que quiere decir: Pronto habrá botín, roba rápidamente.

Con la falsificación de este texto (traduciéndose: "Y le darán el nombre de Emmanuel") se pretendió no solamente referir las palabras del profeta a Cristo, como si Isaías hubiera vaticinado el nacimiento de Cristo de una virgen, sino se quería fomentar también la divinización de Jesús, dándole un nombre propio de Dios.

Esta falsificación del texto y la tergiversación del sentido verdadero de las palabras de Isaías, la cometió el Evangelista Mateo, quien, en lugar de "kalesei" (llamará) puso: "kalesousin" (llamarán), para poder invertir así todo el sentido de la frase, como hemos visto[81].

Ahora bien: ¿qué fe merece una persona -así sea Evangelista- que comete semejante falsificación y tergiversación? A esto debe agregarse que Mateo, en su afán de ver cumplido en cada acontecimiento de la vida de Cristo alguna de las palabras del Antiguo Testamento, hace cita tras cita; pero ninguna de ellas es correctamente reproducida y, menos todavía, correctamente interpretada. Si se revisa el texto original, entonces se ve que allí tiene un sentido muy distinto, y de una referencia a Cristo no hay nada.

El Evangelio de Marco, que es el más viejo, no dice nada del nacimiento de una virgen; tampoco el Evangelio de Juan. El Evangelio de Lucas[82] la cuenta casi igual que Mateo. Pero Lucas empieza su Evangelio

---

[81] Algunos textos griegos rezan "kaleseis" en lugar de "kalesei", en cuyo caso debe traducirse: "Y el nombre del mismo lo denominarás tú, oh Emmanuel." Así reza también el texto hebreo que es más joven todavía, pues data de la Edad Media. Pero justamente el texto hebreo hace ver cómo se produjo esta segunda versión. En efecto, de la forma original. "Vakara eth schemo himanu-el se mezcló la "a final de vakara con la letra "a" inicial de la palabra siguiente "eth que empieza con la letra a (aleph), formándose así la palabra vakarath que significa: llamarás. Pero en este caso la palabra "eth" que es el símbolo del acusativo queda eliminada y el texto sin sentido.

[82] Evidentemente Lucas se sentía todo menos inspirado; escribió porque tenia ganas de escribir. Menos mal que los teólogos descubrieron que Lucas estaba inspirado.

con las palabras muy significativas: "Habiendo muchos tentado a relatar la historia de las cosas que entre nosotros han sucedido, según nos lean manifestado los que desde un principio lo vieron y fueron ministros del verbo, me ha parecido a mí también, después de haber averiguado todo bien desde un principio, escribírtelas por orden, ¡oh, mi buen Teófilo!".

De esto deducimos:

1) Cuando Lucas escribió su Evangelio, ya había muchos otros Evangelios, vale decir: que había transcurrido bastante tiempo desde la muerte de Cristo y que él mismo no había visto nada, sino que tuvo que remitirse a testimonios ajenos.
2) No nombra a ninguna de sus aludidos testigos, pudiendo haber nombrado -según él afirma- toda una cantidad de testigos oculares.
3) Entre los muchos Evangelios que él conocía, estaba también, sin duda alguna, el Evangelio de Mateo, como puede verse por la gran cantidad de textos muchos veces literalmente iguales o semejantes.

En todo caso el testimonio de Mateo es inaceptable desde todo punto de vista, y el de Lucas no vale mucho más por las razones indicadas; pues es una colección incontrolada de cuentos incontrolados.

Quedaría por resolver qué papel le ha tocado al Espíritu Santo en esto falsificación y tergiversación del texto de Isaías y ¿cómo puede ser que el nacimiento de Krischna y de Buda de una virgen se cuenta en iguales términos en los textos mucho más antiguos de la India?

Pasemos a tratar ahora la virginidad en el parto

La afirmación del dogma católico de que María quedó virgen también en el parto es totalmente contraria a la Biblia y sólo una edición aumentada del cuento de Mateo.

En la creencia judía toda mujer quedó manchada por el parto y tenía que ir al templo, para purificarse. Si María en el parto hubiera quedado virgen, no hubiera tenido que purificarse y podría haberse contentado con la presentación de su primogénito. Pero esta cuestión ni se menciona siquiera, pues dice Lucas simplemente: "Como se cumplieron los días de la purificación de ella (María), conforme a la ley de Moisés, lo trajeron a Jerusalén, para presentarlo al Señor. Como está escrito en la ley del Señor: Todo varón que abriere la matriz, será consagrado al Señor" (Lucas 2, 22 y 23). De modo que Lucas hasta cita la ley que impuso a María a purificarse, por haber sido manchada.

Más claro no se puede hablar y todo comentario está demás.

Falta decir algo sobre la virginidad después del nacimiento de Cristo

Los Evangelistas sólo conocen una virginidad hasta el nacimiento y lo dicen con claridad meridiana. Además hablan de Cristo siempre como el primogénito de María, lo que ya de por sí incluye que había hermanos menores. Nunca emplean el término "Unigénito" que Juan atribuye a Cristo con respecto a Dios (Juan 1, 14). Si se ve, con qué celo Mateo y

Lucas pregonan el nacimiento de una virgen ¡con qué satisfacción hubieran anunciado esa nueva virginidad!

Pero basta leer los siguientes textos sine ira et studio, para que a un lector libre de prejuicios no quede la menor duda que no hubo tal virginidad.

"Y él (José) no la conoció hasta que parió a su hijo primogénito" (Mat. 1, 25).

"Y ella parió a su primogénito" (Luc. 2, 7).

"Vienen después sus hermanos y su madre y, estando fuera, enviaron a él llamándolo. Y la gente estaba sentada alrededor de él y le dijeron: He aquí tu madre y tus hermanos te buscar fuera. Y el respondió diciendo: ¿Quién es mi madre y mi hermano? Y mirando a los que estaban sentados alrededor de él, dijo: He aquí mi madre y mis hermanos". (Mat. 12, 46 - 50; Marc. 3, 31- 35).

"No es éste el carpintero, hijo de María, hermano de Jacobo y de José y de Judas y de Simón? ¿Y no están todas sus hermanas entre nosotros?" (Mat. 13, 55 y 56). (Obsérvese que esto lo dicen los habitantes del pueblo de Nazaret, donde Cristo, según la Biblio había vivido en su juventud y que el Evangelista no aclara que se trataba de sus primo hermanos y hermanas, como debería haber hecho, si Cristo, por razones de la viriginidad de María no hubiera tenido hermanos carnales).

"Y estaba cerca la fiesta de los judíos, la de los tabernáculos. Y dijéronle sus hermanos: Pásete de aquí y vete a Jerusalén, para que también tus discípulos vean las obras que haces. Que ninguno que procura ser claro, hace algo en oculto. Si estas cosas haces, manifiéstate al mundo. Porque ni aún sus hermanos creían en él. Díceles entonces Jesús: Mi tiempo aún no ha ven¡do... Vosotros subid a esta fiesta yo no subo aún... Mas como sus hermanos hubieron subido, entonces subió él también a la fiesta" (Juan 7, 2 -10).

"¿No tenemos el derecho de llevar con nosotros una hermana (vale decir, una mujer cristiana) de mujer también, como lo hacen los otros apóstoles y los hermanos del Señor?". (1. Cor. 9, 5). (Seguramente daba así más gusto viajar apostólicamente).

¿Quién puede tomar mal a los protestantes, si ellos, basados en las palabras claras y terminantes de la Biblia, creen sinceramente que Cristo ha tenido hermanos y hermanas carnales? Y ¿Qué hay de malo en eso?

Por cierto que la Biblia denomina a veces también a otros parientes "hermanos", pero en tal caso indica siempre también el parentezco verdadero (1. Moisés 2, 27; 14, 12 y 2. Samuel 13, 1-5). Por eso, si la Biblia justamente en este caso no da ninguna aclaración, si, al contrario, hace todo para hacer creer que se trataba de hermanos naturales y verdaderos de Cristo, entonces debe haber sido así. Jerem. 32, 7, 8 y 9 demuestra claramente que existía la expresión para "primo" y en Marc. 6, 3, Luc, 1, 36, 58; 2, 44; 14, 12; 21, 16 se nombran evidentemente los primos de Cristo con el término "süngenes". De modo que si habla la Biblia en otros lugares de "hermanos", es porque lo eran.

A esto debe agregarse que de la virginidad de María en el parto y después del mismo, así como de la llamada inmaculada concepción (vale decir: que María estaba libre del pecado original), no hay ni un solo

testimonio de los llamados Padres de la Iglesia y se ignoraban estos privilegios de María, hasta nuestros tiempos. La idealización de Cristo y María quedó reservada a una posterioridad que de Cristo sólo había conservado el nombre y nada más.

Resta observar que, así como he hecho ver que esa famosa profecía de Isaías no era ninguna profecía sobre Cristo, pondría yo hacer lo mismo con la totalidad de las profecías del Antiguo Testamento, demostrando que no hay ninguna en él sobre Cristo.

Observación Final

Se da la mayor importancia a que Cristo sea un descendiente de David y se le celebra en cánticos eclesiásticos hoy todavía como tal. La propia Biblia se esmera en demostrarlo mediante dos tablas genealógicas (Mat. 1, 1-17 y Luc. 3, 23 - 38), por cierto que llenas de alteraciones[83] y contradictorias entre sí.

En estas genealogías figura José como descendiente y padre de Jesús, con lo cual la descendencia de David estaría asegurada para Jesús.

Pero los dos Evangelistas, al decir que José era solamente el padre supuesto de Cristo, no se han dado cuenta que han borrado con el codo lo que escribieron con la mano, ya que el padre real de Jesús seria el Espíritu Santo. ¿Para qué entonces esos árboles genealógicos?

Conclusión

Estamos al fin de una verdadera tragedia, de la tragedia más grande del mundo. Digamos francamente: estamos en el ocaso del cristianismo.

Todo cuanto nos ha traído: Dios, Biblia, Cristo, Iglesia, ha recibido un golpe mortal, al cual, a la larga, no resistirán.

Posiblemente, algún lector me dirá que no hay que olvidar, que el cristianismo ha traído grandes beneficios a la humanidad por su cultura y civilización.

He aquí uno de los errores más grandes, y desgraciadamente, más divulgados.

El mejor ejemplo de esta "cultura", que la Iglesia ha producido, es la misma Italia.

En efecto, ¿cuál ha sido la verdadera causa de la caída del imperio romano, ese imperio que supo vencer a todos sus enemigos sin excepción

---

[83] Nota para la Pág. 243.
Este mismo evangelista Mateo, quien falsificó y tergiversó la profecía de Isaías, hizo otro tanto con la genealogía de Cristo. En efecto, para hacer aparecer en ella el número cabalístico 14 que significa: David (14 =4 6 4-D v d, según el orden de las letras en el abecedario hebreo), Mateo suprime simplemente tantas generaciones como era necesario para obtener tres veces el número 14 asegurando sin embargo tranquilamente a sus lectores, como de costumbre legos en la materia (pero todos conocían el significado del número 14) : "De manera que todas las generaciones desde Abraham a David son 14 generaciones; y desde David hasta la trasmigración de Babilonia 14 generaciones; y desde la trasmigración de Babilonia hasta Cristo 14 generaciones" (Mat. 1, 17). Esto no es un simple error, sino una falsedad premeditada, una de los tantos píos fraudes, de los cuales no solamente la Biblia, sino también la Iglesia se ha servido en todos los tiempos en innumerables casos, según el principio bíblico: El fin santifica los medios. Por lo mismo ni la Biblia ni la Iglesia merecen la menor fe de nuestra parte.

alguna? Fué el cristianismo. Pues, desde el primer siglo, el cristianismo empezó a minar a Roma con una doctrina que era completamente contraria a ese espíritu, por el cual había sido fundada y con el cual se había hecho grande.

Ya en el siglo tercero, Tertuliano, uno de los más prominentes escritores, exclama lleno de satisfacción: "Henos minado vuestra capital y vuestros campos, llenamos vuestras casas, palacios y estancias".

En Roma ya no había más esos hombres fuertes de tiempos pasados; en cambio, estaba llena de cristianos, que pusieron su religión muy por encima de la patria, y cuyo espíritu era el antítesis del espíritu romano. La unidad del imperio estaba rota. No se puede servir a dos banderas. Y siempre se ha traicionado a la bandera de la patria, cada vez, cuando el fanatismo irreligioso veía en ello una ventaja para su bandera eclesiástica.

Y así pasó también en Roma lo previsible: triunfo del cristianismo y con él el Papa, a cuyo lado el emperador ya no era más que una sombra. Lo sintió el emperador Teodosio, y en 395 dividió el imperio romano en dos partes: el Oriente con la capital Constantinopla, y el Occidente con la capital Milán, y más tarde Rávena, pues en Roma reinó el Papa.

Desde entonces pasó la corte imperial verdadera a Constantinopla. Roma estaba abandonada y sola, y cayó sin resistencia alguna en manos de los pueblos bárbaros, que varias veces saquearon la ciudad. Lo único que el Papa León I podía oponer a los invasores era una humilde plegaria. ¡qué cambio! Roma, la poderosa Roma, de rodillas ante un enemigo, por culpa del cristianismo**.**

Esto era en el siglo V. Y ahora dígame el lector, ¿qué es lo que han hecho los Papas con su religión cristiana desde el siglo V hasta el siglo XV para la cultura y civilización de Italia? ¿Dónde está aquella famosa cultura? ¿Acaso han hecho desaparecer en todo este tiempo de mil años, aunque sea tan sólo el analfabetismo? ¿Acaso han organizado Italia y creado algo parecido a las grandes culturas de la China, India, Egipto, Grecia, Roma?

Por cierto, han construido iglesias, han obligado a la gente a ir a misa, a rezar y a persignarse; han cubierto el país con un sinnúmero de conventos, en los cuales, durante siglos no se hizo más que discutir hasta sobre los asientos y la graduación de los untos del Cielo. Y no han olvidado de buscar dotes, legados, herencias, oro, plata, diamantes, y toda clase de tesoros, con que se llenaron hasta ahogarse en ellos; muy especialmente los coleccionó al por mayor el Vaticano para aumentar el brillo de su corte papal y el esplendor de los centenares de obispos, arzobispos y cardenales que llenan el país.

Pero, acaso es este el progreso del cual hablan? ¿No quedó mientras tanto el pueblo en la ignorancia, y en la miseria? ¿No enseñó la Iglesia, al mismo tiempo que acumulaba tesoros, a la gente a poner todas sus esperanzas en el Cielo, y despreciar las riquezas de este mundo, a pasarse los días con misas, rezos, rosarios, indulgencias, cofradías, procesiones, etc., etc., y no procedió a colgar a los heréticos?

En efecto: durante mil años quedó Italia pobre, sin cultura y civilización alguna digna de ser nombrada.

En el siglo XV surgieron el humanismo y el Renacimiento, fiero no debida a la Iglesia, sino al contrario: el impulso salió de la cultura griega y romana, donde los grandes genios de esta época buscaban sus ideales. Es cierto que aplicaron su arte también a las ideas cristianas, pero el carácter de todo este gran movimiento es esencialmente pagano, por no decir anticristiano; y sólo era posible en Italia, porque los Papas de aquel tiempo eran todo, menos cristianos.

Pasó esta gran época, y pronto volvió al estado letárgico en que había permanecido tanto tiempo, por otros cuatro siglos, hasta que Garibaldi – por cierto no llevado por motivos muy católicos – quitó Roma y el Estado de la Iglesia al Papa. Lo que Garibaldi y la casa real de Saboya encontraron de cultura y civilización en Italia era muy poco.

Quiere decir entonces que, en casi dos mil años, la religión cristiana no ha hecho nada por el progreso de Italia, pero se encargó de perseguir a hombres de ciencia y de progreso, como lo hizo con Galileo, al cual encerró durante más de 10 años, imposibilitándole la prosecución de sus trabajos científicos, condenando sus teorías, que habían de evolucionar la ciencia, y obligándolo a revocarlas él mismo[84].

¿Y los demás países? ¿Acaso produjo la Iglesia una cultura notable en España? Eran los moros los que convirtieron a este país en un jardín, cultivando a la vez allí toda clase de ciencias y artes, y creando una civilización verdadera. Pero los cristianos, al expulsar a los moros, transformaron este jardín en un desierto, que quedó así hasta estos últimos tiempos. Y no voy decir aquí nada ni de la tan famosa Inquisición, ni de la más famosa "Conversión" de la América Central y del Sur, donde en nombre de la religión cristiana, grandes pueblos, con espléndidas culturas, fueron sencillamente aniquilados, procediendo los cristianos con barbarie insuperable.

Alemania no tuvo mejor suerte. Apenas los emperadores levantaran este país, cuando vino la Reforma, que no sólo causó terribles y sangrientas luchas, sino que provocó la guerra de 30 años, una de las más desastrosas, que dejó a Alemania en la última miseria. Todo en nombre de la religión cristiana. Pero lo que era peor: el pueblo alemán, debido al cisma en la religión cristiana, quedó desde entonces dividido en dos bandos: protestantes y católicos, que hasta hoy día se odian, con un

[84] En los tiempos nuevos, temerosos por los resultados de la ciencia moderna, los Papas obligaron a todos los curas y los obligan todavía, a prestar el llamado juramento antimodernista. Por este juramento, cada sacerdote católico, aunque sea profesor universitario, está obligado a negar "a priori", que los dogmas de la Iglesia Católica se hayan formado poco a poco; ellos tienen que creer, afirmar y predicar que todos los dogmas existieron, tal cual son, ya en la Iglesia de los apóstoles, siendo predicados por Cristo. Además, por ese mismo juramento están obligados a creer y enseñar que toda la doctrina católica es exclusivamente revelación divina. Ese juramento los obliga a rechazar cualquier resultado, aunque fuera científico, que contradiga a la doctrina católica; los obliga a investigar sólo con la suposición y el prejuicio de que la doctrina eclesiástica sea infalible verdad; los obliga en la interpretación de a Biblia, y procedes según los preceptos de la Iglesia y no según los métodos científicos; los obliga s interpretar los textos de los escritores eclesiásticos de tiempos anteriores solamente en conformidad con la tradición apostólica, y no según su texto verbal y verdadero. Quiere decir que la Iglesia Católica ha llegado a la convicción que sólo a la fueras puede "salvar" su situación. Es ésta la mejor prueba de que quiere encubrir el engaño en que hasta ahora ha envuelto a la humanidad. Se ve, además, que los sacerdotes católicos no merecen la menor fe en sus exposiciones, tratados y libros "científicos", pues por juramento están obligados hasta a mentir y torcer la verdad en favor de su Iglesia, cuando por ciencia y por conciencia deberían confesar todo lo contrario de cuanto dicen.

odio ya hereditario e indeleble, en nombre de la religión cristiana. Acaso ha sido ésta la cultura y civilización cristianas, de las cuales con tantos bríos hablan los teólogos.

¿Y Rusia? ¿No fue este país "cristianizado" un paraíso de analfabetos?

Pero, ¿para qué nombrar uno por uno los diferentes países? ¡Qué me nombren los teólogos el país donde la religión cristiana haya producido una cultura de alguna importancia; donde la Iglesia haya hecho algo en favor del progreso; donde el 99 por ciento de su "trabajo" no era para ella misma; y sólo para ella!

Así como los políticos son también los representantes de Cristo; creen, que la religión es para ellos y que los fieles deben servirles como ovejas que son.

¡Que no se engañe nadie! Todo cuanto hace la Iglesia aparentemente en favor de la cultura, es finalmente sólo con el objeto de beneficiarse a si misma.

Si hoy, en todos los países, la Iglesia trata de apoderarse de la enseñanza de la juventud, es sólo para evitar que la enseñanza laica le quite esa juventud; es sólo para llenar los corazones jóvenes y sensibles con sus ideas religiosas, y así, quedando en contacto con los futuros hombres, aprovecharlos para sus fines.

Si hoy la Iglesia – muy a pesar de ella – cultiva las ciencias, es para desviar el sendero de las investigaciones modernas, especialmente en aquellas cuestiones que afectan a la doctrina cristiana.

Si, además, la Iglesia busca siempre el contacto con el "gran mundo", es sólo para crear nuevas esferas de influencia, directa o indirectamente.

Si, finalmente, la Iglesia en los últimos años se muestra tan activa en todos los países, fundando organizaciones laicas y centras de acción, es sólo porque ve que las "ovejas" se le van del redil; es sólo para tener elementos fanáticos, que ciegamente sigan sus órdenes.

Pero no crea nadie que a la Iglesia le importa lo más mínimo el verdadero progreso y la cultura del país. A ella le interesa una cosa, que es ella misma. Asegurarse, acomodarse, beneficiarse, aprovecharse, esto es todo lo que quiere, y nada más[85].

Si en los últimos tiempos la cultura y civilización de los pueblos modernos ha progresado tanto, se debe esto únicamente al espíritu moderno y liberal que despertó en el siglo pasado y que abrió por fin los ojos de la Humanidad.

¡Que nadie me interprete mal! No niego que grandes hombres hayan sido buenos cristianos y hasta clérigos; lo que niego es tan sólo que la Iglesia cristiana, como tal, haya sido un factor en favor del progreso de la humanidad. Al contrario, la Iglesia misma ha demostrado más que suficientemente, que es una enemiga, y quizás la más grande, de tal progreso, como acabamos de ver.

---

[85] El lector habrá observado que los curas casi nunca hacen obras verdaderas de caridad, o sea obras que exigen contribuciones en dinero. Todas sus obras de "caridad" están bien rentadas, y donde falta la renta o donde hay que contribuir, encargan ellos a otras personas. En todo caso, las pocas obras de caridad verdadera efectuadas por curas no están en ninguna relación con las entradas que tienen.

Si es así ¿qué perdemos entonces con ella? ¿Acaso no es su pérdida una verdadera ganancia? ¿Acaso no nos libra esta pérdida de un mal que, desgraciadamente, dos mil años aqueja a la Humanidad, engañándola, explotándola y llevándola a la ignorancia y a la miseria?

¡Ojalá se abran los ojos de los pueblos cristianos para que conozcan al enemigo de su progreso, y entonces pronto la Iglesia habrá pasado a la historia!

Resumen

"Así, como la iglesia católica es una universalización de los principios cristianos, el cristianismo es, a su vez, la universalización de las creencias judías...

"No hay en Jesús un signo ajeno de la mentalidad judaica. Era un rabí...

"La capacidad de expansión de la obra de Jesús radica justamente en el tipo exclusivamente judío de su teoría. "

("El cristianismo precristiano", de A. Gerschunoff, difunto redactor en jefe del diario "La Nación", de Buenos Aires, 1924).

El Decreto del Concilio Vaticano, referente a la Constitución Dogmática de la Fe Católica proclamada el 24 de abril de 1870, contiene el siguiente párrafo: "Si alguien no aceptare como sagrados y canónicos los libros de las Santas Escrituras en todas sus partes, tales como el Santo Sínodo de Trento ha enumerado, o negase que han sido divinamente inspirados: que sea anatema".

El aludido Concilio incluye entre las Santas Escrituras también todos los libros del Antiguo Testamento. Por tanto el cristiano católico que no reconociere el Antiguo Testamento o partes del mismo, quedaría ipso facto excomulgado.

Con la declaración del Concilio Vaticano la Iglesia Romana ha ratificado una vez más que ella reconoce todo el contenido del Antiguo Testamento como inspirado, aprobado y sancionado por Dios, Creador del Universo.

Ahora bien, la casi totalidad de los principios establecidos en esa obra, sus doctrinas, procederes en la vida diaria, así como sus métodos recomendaos especialmente en la guerra han sido proscriptos por las leyes internacionales o representan prácticas severamente castigadas en las naciones civilizadas, por ser en alto grado inmorales, criminales y hasta inhumanas o por tratarse de discriminaciones raciales y otras monstruosidades incompatibles con el concepto ético moderno.

Estamos entonces frente. a una situación tan grotesca como paradoja y es que dos entidades que se precian de ser religiosas, la Iglesia Cristiana y la Judía sustentan como autoridad máxima una obra compuesta por hechos, ideas y enseñanzas netamente inmorales, criminales, inhumanas y llenas de discriminaciones raciales, al extremo que esa obra debiera ser considerada como enemiga mortal de todo progreso cultural, destructora de toda cultura, cualquiera que sea, y como fuente y origen de todo racismo, hasta entonces desconocido en el mundo.

No puede alegarse que esos textos de aberración humana o inhumana se encuentren sólo esporádicamente y solamente en una que otra parte del Antiguo Testamento.

Porque aún si así fuera, sería suficiente, para desconocerle al libro el carácter de ser revelado por Dios, y para proscribirlo como se hace con cualquier otro producto literario en tales casos. En efecto, textos de esa índole anulan por completo cuanto hubiere digno de ser alabado en las demás partes y, como hemos visto, el Antiguo Testamento no es una obra inspirada por Dios sino que es puramente humana y por lo tanto debe ser juzgada como cualquier libro.

Pero resulta, además, que no se trata aquí de alguno que otro texto objetable, como partes interesadas quieren hacer creer, la verdad es que el Antiguo Testamento está saturado de tales inmoralidades, crímenes, monstruosidades y, ante todo, discriminaciones raciales[86]. Esos textos constituyen el tema permanente y por eso el genuino espíritu de la obra que, por su pretendido carácter de ser la expresión de la voluntad de Dios, adquiere una autoridad e importancia singular que por cierto no le corresponde; pero que hace y ha hecho esta obra tanto más peligrosa para la sociedad humana, por cuanto se ha prestado y sigue prestándose, en nombre de Dios, a acciones tan condenables como las que se encuentran en esa obra. ¿Puede haber una afrenta más grande a Dios?

Por todo eso la difusión del Antiguo Testamento no solamente debiera ser estrictamente prohibida, sino también castigada por la ley.

Esto corresponde tanto más, por cuanto, mediante el cuento de tratarse de una obra revelada por Dios, se ha logrado convertir el Antiguo Testamento en el libro básico de la cultura no solamente de los judíos, sino también, desde ya hace 2. 000 años, de toda la cristiandad, aún cuando la grey cristiana sólo lo conoce a través de la prédica de los clérigos que se cuidan mucho de presentar desde el púlpito esos textos denigrantes a sus feligreses. El escándalo no podría ser mayor.

Las consecuencias de haber adoptado el Antiguo Testamento como base de la cultura general y religiosa, por ser la expresión de la voluntad de Dios, han sido y son todavía desastrosas para todos los pueblos que fueron engañados de esa manera.

La historia tanto de la Iglesia Cristiana como la de la Sinagoga constituye una sola prueba de la terrible peligrosidad de los principios del Antiguo Testamento. Los pueblos, en lugar de encontrar en la cultura, edificada sobre esa obra, un desarrollo y progreso feliz, sólo han cosechado disensiones, discordias, odios, persecuciones sangrientas, guerras "religiosas" sin fin y sufrimientos interminables que terminaron en el caos universal en que hoy por hoy está debatiéndose todo el mundo

[86] El contenido p. ej. de los tan famosos libros "Isaías" y "Jeremías" puede resumirse así: Maldiciones sin fin, amenazas terroríficas, odios a muerte, rencores raciales, expresiones repugnantes, pretendidas profecías, publicadas recién después de haberse producido los hechos, contradicciones a granel, promesas de valores puramente materiales y repeticiones interminables, todo esto a veces mezclado al extremo que se puede dudar del buen sentido del autor. El valor literario -y ambos libros pretenden ser alta literatura- se reduce, por lo mismo, al de un estimulante para los que sufren de sentimientos religiosos equivocados. No alcanza ni remotamente al valor de una sola de las tantas metamorfosis de Ovidio. Y ¿qué tenemos que ver nosotros con esos cuentos espurios? ¡Nada, absolutamente nada!

cristiano, sin que nadie se da cuenta de que la raíz de todo esto reside, en primer término, en que la base de toda nuestra cultura sufre de un mal tan profundo como difícil de subsanar, porque nadie quiere admitirlo, por lo extraño que parece; pues ese mal se llama: Antiguo Testamento.

En lo que respecta a la Iglesia Cristiana, ya hemos visto que su historia es más sangrienta que la de ninguna otra institución: religión o estado, antes o después de Cristo. Ni siquiera las enseñanzas del Nuevo Testamento han podido mitigar los terribles efectos del Antiguo Testamento sobre la conducta de la Iglesia Cristiana a través de los siglos (¡Léase al respecto mi librito "Herejías Católicas" que pronto reaparecerá!). Es cierto que las leyes modernas han quitado a la Iglesia la posibilidad de seguir con sus asesinatos en masa mediante Inquisiciones, persecuciones de millones de "herejes" y millones de "brujas" y guerras religiosas; pero las ganas no le faltan de llevar, hoy como antes y siempre, a sus adversarios a la horca u hoguera, en conformidad con los mandatos de Jahvé (y también de su hijo) expresados claramente en el Antiguo Testamento (y un poco también en el Nuevo Testamento). ¿Acaso no han aprendido los pueblos de este espíritu las acciones y prácticas tan anticristianas realizadas especialmente en las últimas guerras?

Porque lo que enseña la Iglesia Cristiana no es religión, sino fanatismo e intolerancia. Lo ha hecho siempre y al extremo que cualquier sociedad laica, con una historia, mejor dicho: con un prontuario tan frondoso como el que carga sobre la Iglesia Cristiana, sería declarada fuera de ley.

¿No fueron declarados fuera de ley todos los miembros de las asociaciones nacionalistas por haber cometido persecuciones en masa, según se dijo?

Pero ¿quién puede comparar esos pocos casos de un período brevísimo con la milenaria, ininterrumpida matanza de millones de seres: hombres, mujeres y niños, sacrificados por la Iglesia que hoy todavía sólo lamenta no poder seguir con sus métodos y prácticas? El pretexto de la Iglesia, para justificar sus procederes, tan indignos de una Iglesia Cristiana, ha sido siempre el Antiguo Testamento. Porque si Dios mismo incita a los judíos a cometer semejantes crímenes y atrocidades, ¿cómo no va a tener la Iglesia la misma obligación que la que tenían los judíos: arrasar con fuego y espada a todos los enemigos de la Iglesia, por ser también los enemigos de Dios?

Pero justamente esas increíbles matanzas, ordenadas por Jahvé, Dios exclusivo de los judíos, son la mejor prueba de que ese libro jamás puede haber sido escrito o inspirado por el verdadero Dios, Creador de todo el Universo y, por lo mismo, hay que renunciar a esa obra, por ser ella puramente peligrosa y perniciosa.

Si a todo esto se agrega la falsedad, evidenciada en este libro, de la totalidad de las doctrinas "cristianas" enseñadas por las centenares de sectas cristianas, que se jactan todas de tener la verdad exclusiva y se combaten entre ellas cual gallos de riña – ¿será por amor cristiano? –, entonces una persona de criterio sano se dirá que ha llegado la hora de buscar la religiosidad en otra parte, allí, donde sólo se encuentra, a saber: en el cumplimiento fiel de las leyes de la naturaleza, grabadas tan

visiblemente en nosotros mismos. ¿Cuándo comenzaremos a estudiar sistemáticamente estas leyes y a enseñarlas a nuestra juventud?

Ahí no se precisa ni de curas ni de dogmas, ni hacen falta iglesias ni cánticos inútiles ni representaciones al estilo de comedias ni prédicas, pues "El reino de Dios está en el interior de vosotros". (Lucas 17, 21), y "Quien busca, encontrará" (Mat. 7, 7).

En cierto modo más triste todavía que la realidad cristiana es la situación judía.

El Antiguo Testamento y, consecuentemente, el Talmud obligan al judío creyente y consciente a proceder, como Jahvé ha mandado y, por consiguiente, a considerar y tratar a toda persona no judía así como p. ej. el cura católico debe considerar y tratar a los herejes. No hay la menor duda de que el judío tiene a ello tanto derecho o quizás más que el cura. Pero, como es de imaginar, las consecuencias son para el judío, pese a todas las leyes antirraciales, tanto más fatales por cuanto se encuentra en absoluta minoría. De ahí su tendencia de lograr mayor influencia.

El conocido escritor judío Koester, afirma que la única solución para los judíos dispersos sería o ir a su nueva patria: Palestina o ser absorbidos por los pueblos anfitriones, identificándose con sus ideales. Así lo hacen todas las colectividades extranjeras.

Sería esto, por cierto un gran paso hacia adelante en la solución de su problema.

Pero la única solución verdadera y definitiva sería que tanto ellos como los cristianos buscaran las normas de vivir no en libros "revelados" ni religiones ficticias, sino en las realidades de la vida terrenal, transformando esta tierra en un verdadero paraíso para toda la humanidad.

Desafío

Desafío a la totalidad de los teólogos cristianos y judíos a que no es posible, refutar aunque sea tan sólo uno de los tópicos desarrollados en esta obra. Gustosamente estoy dispuesto a someter cualquier tentativa que se hiciera en este sentido por parte de ellos a un tribunal competente e imparcial, y a reconocer su veredicto, siempre que la otra parte se comprometa a hacer otro tanto.

Buenos Aires, 26 de diciembre de 1956.

Este libro se termino de imprimir en los talleres gráficos de J. Héctor Matera, Lavalle N° 1653, Buenos Aires, el día 10 de marzo de 1958